

Las hijas del duque

I

La serie Northcliff

EMMA LEE BENNETT

Las hijas del Duque

I

La Serie Northcliff

EMMA LEE BENNETT

Contenido

Página del título
PERSONAJES
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
AGRADECIMIENTOS

© 2022 Emma Lee Bennett
Primera edición (en italiano): agosto de 2022
ISBN 9798843862565

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Toda referencia a acontecimientos y personajes históricos ha servido para dar realismo a la obra, pero toda opinión sobre ellos, expresada por los personajes, es totalmente ficticia.

A las lectoras y los lectores de El Duque,
que han amado la novela tanto
como yo he amado escribirla.
¡Gracias a todos!

PERSONAJES

En casa Richmond

Christopher Clayton, conde de Richmond

Vivian Clayton, madre de Christopher Clayton, condesa viuda

Elia Payne, mayordomo de los Richmond

Jesse, camarero personal de lord Richmond

En casa Selkirk

Kenneth MacQuoid, conde de Selkirk

Niall MacQuoid, tío de Kenneth MacQuoid

Alan Lester, mayordomo

Mark Russell, camarero de Lord Selkirk

Timothy, camarero de Niall MacQuoid

En casa Northcliff

Sophie MacKendrick, hija del duque de Northcliff

Bridget MacKendrick, hija del duque de Northcliff

Keiran Cole MacKendrick, duque de Northcliff

Eleonor Grace MacKendrick, duquesa de Northcliff

Nicholas MacKendrick, marqués de Lothian, primogénito del duque

Richard, cuarto hijo del duque

Henry, quinto hijo del duque

Matthew, sexto hijo del duque

Natalie, séptima hija del duque

Ben Wilson, mayordomo de los Northcliff y camarero personal del duque

Hettie, ama de llaves de los Northcliff y doncella personal de la duquesa

Jinny, doncella personal de lady Sophie, casada con Donald (asistente de mayordomo en casa de los Northcliff)

Lottie, doncella personal de lady Bridget

Jeff, camarero personal de lord Lothian

Brian Ferguson, camarero

Colin Roy MacKendrick, hermano del duque

Alice MacKendrick, mujer de lord MacKendrick, hija de los marqueses de Wiltshire

Lady Charlotte, hija del conde de Portland (hermanastro del duque de Northcliff)

Otros

Terrence Evans, conde de Fishbourne, hijo del marqués de Paxton

Miss Violet, hija del vizconde Sale-Hill

Lady Rosanne, hija del conde Maddox

Lady Fanny, hija del marqués Rawling

Lady Clark-Kerr, mujer del marqués Clark-Kerr

Mr. Price, empleado del Banco de Inglaterra

Virginia Burns, cuarta mujer del barón Douglas

Simon Wilkinson, abogado de Richmond, Selkirk, Northcliff

Mrs. Price, mujer de Mr. Price, profesor de piano de lady Douglas

Mr. y Mrs. Payton, Joseph y Sarah, familiares de los Payton en Kentucky

Margareth, Peter, Mary, hijos de los Payton

William y Gillian Barney, ayudantes en la Granja MacQuoid

Tooantuh, amigo indio de Ken

Megan O'Connor, amante de Ken

Jonas y Polly Mitchell, propietarios del Crossroads Hotel

Monsieur Vincent Du Barry, acaudalado hombre de negocios neoyorquino, amigo de la baronesa Douglas

Clinton Carter, empleado de Vincent Du Barry

Emmett Doherty, amigo de Carter, trabaja con él

Gomer Doherty, hermano de Emmett

Nelly, empleado del New York Prime Hotel

Denton y Mallory Harvey, hermano y hermana que regentan el almacén de Megan O'Connor

Mr. Spellman, *concierge* del New York Prime Hotel

1

4 de septiembre de 1831

Londres, Casa del conde de Richmond

Christopher entornó los ojos mientras, con aire melancólico, observaba a su madre beber lentamente el té de su mísero desayuno. Ella temía que las generosas comidas arruinaran su apreciable figura, realzada por deliciosos vestidos abombados por debajo de la cintura y por un ajustado corsé que estilizaba al máximo su figura, como prescribía la moda de aquellos años.

—Detecto una nota de decepción en tu rostro, Christopher —le reprochó ella. Dejó la fina taza de porcelana blanca adornada con pequeñas flores doradas y se volvió para mirarlo a los ojos—. Siempre estás rodeado de jóvenes guapas y correctas, deseosas de complacerte. No uses evasivas. Tienes veintinueve años. Muévete —le ordenó casi amenazadoramente la viuda del conde de Richmond.

Christopher se puso tenso. No soportaba el tono autoritario de su madre, que a menudo olvidaba que tenía delante a un hijo adulto, independiente y seguro, y no a su débil y maltratado marido. Vio en su mente a su padre, arrodillado a su lado en la alfombra del dormitorio de su infancia, apilando ladrillos de madera de colores, con el rostro afable y la mirada divertida.

«¡Más alto, papá, más alto! ¡Más alto!», repetía su voz infantil.

En aquella época de su vida siempre repetía la palabra «más»: «más alto, papá», «hagámoslo más grande, papá», «corramos más rápido, tarta, papá», «cavemos más hondo, papá». Y su padre siempre le complacía, acompañando sus actividades con grandes sonrisas y alegres carcajadas.

Pero Christopher recordaba algo más de aquellos felices episodios: la expresión desdeñosa de su madre mientras observaba

al conde, desaprobando su despreocupado comportamiento y su innata hilaridad.

La misma expresión desdeñosa que la mujer mostraba en aquel momento.

Christopher apartó la mirada. Cogió el tenedor y siguió comiendo, esperando que su indiferencia ante el habitual tema del «matrimonio» la disuadiera.

—Dime los nombres de las jóvenes que te gustaría que me casara con ellas. Evaluaremos juntos cuál de ellas es la más adecuada para el papel —insistió su madre.

Christopher Clayton, conde de Richmond, era conocido por su aire despreocupado y apacible. Su sonrisa siempre era serena, propia de alguien que se toma la vida como viene y con optimismo.

Nada le impedía divertirse en sociedad: las mujeres, jugar a las cartas y apostar en *White's*, las peleas y las carreras de caballos eran algunas de las actividades con las que disfrutaba de su dinero. Siempre se le veía merodeando por los salones de la alta sociedad londinense y por los burdeles más pintorescos y atrevidos de la ciudad. Su risa contagiaba a todos, mujeres y hombres por igual; siempre tenía un chiste preparado y parecía que nada ni nadie le apartaría jamás de su superficial existencia.

Solo en una ocasión perdió el buen humor: la presencia de su madre lo convirtió en un hombre molesto e inquieto, igual que le había ocurrido a su difunto progenitor, que la había soportado solo para no perturbar la serena juventud de su amado hijo.

Tragó el bocado, dejó suavemente el tenedor, se limpió los labios con elegancia y levantó la mirada sombría hacia la mujer que aguardaba una respuesta.

—No tengo interés en ninguna joven de buena familia. Y aunque lo tuviera, evaluaría la cuestión por mí mismo, siendo perfectamente capaz de hacerlo. Ahora, *maman*, si me disculparais.

Se levantó arrojando la servilleta con un gesto repentino que traicionó su irritación, hizo una educada reverencia y salió de la sala del desayuno a paso decidido, antes de que lady Richmond pudiera decir palabra, dejando tras de sí un ligero perfume aromatizado y apenas dulzón.

Un camarero comenzó a ordenar, y el fiel mayordomo se acercó con cautela a su señora.

—¿Os apetecería más té, condesa?

Vivian Clayton esbozó una leve sonrisa forzada que no engañó en absoluto al hombre que esperaba pacientemente.

—No, Payne, gracias. Creo que daré un paseo por Hyde Park, antes de que el sol se vuelva molesto.

—Entonces, prepararé el carruaje —dijo Payne, poniéndose en marcha sin demora. Sabía que «molesto» quería decir «dañino»: la condesa nunca se exponía al sol, bajo ningún motivo, más allá de cierta hora, para evitar que su piel blanca se enrojeciera.

El hombre salió de la habitación y dio órdenes rápidas a un lacayo. Luego se dirigió al estudio del conde.

La puerta estaba abierta.

Lord Richmond estaba de pie, detrás de su escritorio, con una postura compuesta y erguida, un papel en la mano derecha, los ojos absortos en la lectura, mientras una leve sonrisa aliviaba el aire concentrado.

Su perfil se recortaba contra la claridad de la luz que entraba por la ventana, cuyas cortinas de brocado habían sido abiertas y sujetadas con cordones de borlas.

Payne sabía bien cuánto lady Richmond constituía para su hijo una piedra en el zapato, como lo había sido para el anterior conde. La diferencia entre padre e hijo era que el primero no había sabido o querido rebelarse, conformándose con la vida que le habían impuesto al lado de una mujer desagradable, fría y derrochadora, primero por sus padres y luego por sí mismo para evitar disgustos a su hijo; el segundo, menos mal, sabía impedir que la condesa le arruinara la vida y, en el momento oportuno, la apartaba sin titubear.

—Disculpadme.

El conde de Richmond levantó sus ojos grises de la página.

—Me preguntaba si debería tener preparado un caballo o un carruaje —dijo el mayordomo.

Christopher dejó el periódico y suspiró. Le habría encantado montar a caballo a galope tendido, pero desde luego no podía

hacerlo en el centro de Londres. Y salir de la ciudad en mitad del trabajo que se avecinaba no habría sido la elección más sensata.

—Me quedo en casa —anunció de mala gana—. ¡No quiero ver el ajetreo que asola esta maldita ciudad estos días! —mintió Christopher para que no se diera cuenta de que tenía trabajo atrasado—. ¡Apuesto los ingresos de la fábrica a que todas las jóvenes casaderas están por ahí cazando presas!

El mayordomo no pudo contener la sonrisa, como siempre hacía ante las bromas del conde, y apenas la dejó entrever.

—Efectivamente, el riesgo de toparse con jóvenes charlatanas es bastante alto, lord Richmond. Además, adentrarse en la muchedumbre hoy no es nada aconsejable: las celebraciones por la coronación del rey Guillermo están poniendo a prueba a la *City*, aunque se rumorea que se trata de una celebración más bien modesta —explicó Payne.

—Lo confirmo. Al Rey no le gusta la pomposidad, al contrario que su predecesor. De todos modos, me quedo aquí, Payne. ¿Podrías traerme algo de comer? No he desayunado como es debido. —Y dio el último detalle, guiñando un ojo con mirada cómplice.

—Ciertamente, lord Richmond —le guiñó el otro.

Christopher se pasó una mano por la barbilla bien afeitada y luego por el cabello castaño, como para comprobar que el mechón de siempre no le caía sobre la frente.

Releyó complacido el papel que tenía delante: sí, incluso la compra de aquel enorme terreno le resultaría rentable. Junto con Kenneth, obtendrían buenos ingresos de la fábrica textil que planeaban construir allí.

Londres, Casa del conde de Selkirk

Kenneth tenía una sonrisa satisfecha: sí, la compra de ese enorme terreno también les reportaría grandes ganancias. Junto con Christopher sacarían una excelente renta de la fábrica textil que tenían en mente construir allí.

Era la segunda inversión que hacían en sociedad. Había temido que los negocios pudieran empañar la claridad de su amistad, pero

no había sido así. Al contrario, parecía haberse fortalecido año tras año.

Salió del pequeño estudio con el deseo de compartir las novedades con su tío.

Niall MacQuoid estaba sentado con su habitual aire compungido en una silla acolchada, los brazos descansando cansadamente sobre los reposabrazos. El cabello blanco, bien peinado por su atento criado Timothy, destacaba en la penumbra de la habitación, y la bata de suave lana marrón oscuro contribuía a enfatizar ese contraste.

El hombre se volvió al escuchar el ruido de la puerta que se abría y vio la figura alta y robusta de su querido sobrino, envuelta en un traje oscuro, como a él le gustaba, hecho a medida por uno de los costosos sastres más de moda en Londres y llevado a la perfección.

—Buenos días, tío Niall —exclamó Kenneth, acercando una silla a la suya.

Su forma de conversar sin utilizar el «vos» provenía en parte de sus orígenes escoceses, pero sobre todo del vínculo informal que habían establecido desde que Kenneth era un niño. La vida les había impuesto a ambos un duro régimen de sufrimiento.

—Kenneth MacQuoid, esa expresión significa que te ha llegado una buena noticia de madrugada. ¡Suéltala, muchacho!

Kenneth se echó a reír, lo que hizo que su oscuro aspecto resultara un poco más accesible. Cogió una galletita de canela especiada de la bandeja, especialidad de la cocinera casera de los MacQuoid, y con un gesto de la mano pidió al camarero que abriera las cortinas.

—No me gusta tanta luz, lo sabes —murmuró el tío, frunciendo el ceño.

El fiel sirviente fingió no oír sus quejas y permitió que la luz inundara la lúgubre estancia.

—Han aceptado la propuesta, tío. Mañana por la mañana, Christopher y yo firmaremos para la compra del terreno —anunció con gran satisfacción, mientras se terminaba el dulce de dos bocados.

Mr. MacQuoid se dio cuenta de cuánto se parecía el chico a su padre, Nigel, su amado hermano gemelo, sin darse cuenta de que,

por lo tanto, también se parecía a él. Claro, los ojos del joven eran de un verde más vivo, pero esos cabellos tan negros también fueron suyos una vez.

—¡Sí, definitivamente es una buena noticia! —afirmó, dando una palmada en el hombro del sobrino. Sabía cuánto le importaban sus negocios al joven y cuánta satisfacción encontraba en ellos. Kenneth no amaba estar ocioso y vivir de las rentas, se esforzaba por todos y siempre buscaba nuevos estímulos. Era un trabajador, eso es todo—. Entonces, ¿estáis de acuerdo, tu amigo Richmond y tú, en construir otra fábrica textil?

—Claro que sí. La *Gold Texture* va bien, los trabajadores están contentos y nosotros ganamos dinero. Y en la nueva fábrica habrá mucho más, tío. Christopher tuvo la idea de contratar a muchas madres. Sí, has oído bien. Habrá una guardería para sus hijos, justo allí, junto a la fábrica. Y pagaremos a las mujeres del pueblo cercano para que los cuiden.

El viejo asentía con aprobación, aunque un tanto asombrado.

—Verás, las mujeres ganan un salario inferior, pero nosotros contratamos casi el doble de ellas en comparación con las fábricas competidoras, por lo que llevamos dinero a muchas más familias.

El tío Niall asintió.

—Yo, en cambio, tuve una gran idea, tío: ¡daremos almuerzo a nuestros trabajadores!

El otro frunció el ceño sorprendido. Su expresión dio pie a Kenneth, quien comenzó a gesticular con entusiasmo.

—Habilitaremos un cobertizo como comedor, siempre dentro de la fábrica. Habrá una cocina y comidas calientes. Cualquiera podrá comer allí: trabajadores, niños, contables, ¡e incluso nosotros! —le explicó, enumerando con los dedos.

—¡Eso es realmente una innovación, hijo! ¿Los fondos están disponibles? ¿Son suficientes? —preguntó Niall contagiado por esa euforia.

—Sí, sí. Sabes que nunca me muevo sin tener un respaldo, tío. He estado ahorrando durante años. La renta familiar sigue ahí, nunca la he tocado, desde que comencé a trabajar con la *Gold Texture*, así que...

—Eres un buen chico, Ken. Tu padre estaría orgulloso de lo que estás logrando.

El destino había sido cruel con los padres de Kenneth. Nigel y Laurie murieron de escarlatina cuando su único hijo tenía dos años. Cuando Niall comprendió la causa de aquellas fiebres altísimas, sacó al pequeño de la casa paterna, con la aprobación de su hermano y de su cuñada, para evitarle el contagio.

Aún hoy, el viejo recordaba con tristeza cómo había llorado la dulce Laurie, presa de la fiebre, pidiéndole que alejara al niño de ellos: sabía cómo terminaría y que esa sería la última vez que vería a su hijo.

—Si los necesitas, tengo dinero guardado, Ken.

Kenneth sacudió la cabeza vigorosamente.

—No quiero. Y no lo necesito, tío, gracias.

El joven se inclinó para besar la mejilla de su tío, un gesto que habría sorprendido a cualquiera.

—Voy a ver a Chris. A estas horas, la condesa de Richmond debería haber salido para dar su paseo matutino por el Parque —dijo guiñando un ojo cómplice.

—¡Ay, librémonos de esto! —murmuró el viejo—. Siempre ha sido así, incluso de joven. Su manera de imponerse la hacía odiosa para todos, incluso para sus amigas, si es que podían llamarse así. Nunca encontré a alguien que le dijera a la cara lo antipática que es. ¡Ni siquiera ese pobre conde que la desposó, un santo varón aquel hombre! Pero tarde o temprano...

Kenneth sonrió ante las habituales frases que el tío Niall repetía desde hacía años cuando se hablaba de la Condesa de Richmond.

Londres, Residencia del duque de Northcliff, May Fair

—Demasiado taciturna —sentenció el duque de Northcliff tras una cuidadosa reflexión.

A través del cristal de la ventana, observaba a su hija Sophie, que, de pie en medio del césped, escuchaba aparentemente

impasible a su hermana Bridget, quien a su vez gritaba y gesticulaba como un pilluelo de los *Docks*.

Lady Northcliff espió divertida a su marido.

—Es como una brasa bajo las cenizas, lista para encenderse de repente cuando menos lo esperas —añadió él, con sus penetrantes ojos apenas entornados.

Eleonor se volvió a mirarlo y levantó las cejas para remarcar su asombro por esa afirmación.

—Si los adjetivos no estuvieran en femenino, juraría que estás hablando de ti mismo, Key.

Keiran la fulminó con el azul de su mirada amenazante.

—Sabes bien a qué me refiero.

—Claro que lo sé, pero no puedes vivir con el pensamiento constante de una crisis suya. —Como siempre, ella intentaba alejar ese espectro desplegando una despreocupación no del todo sincera, para ayudar a la familia a seguir adelante—. Deja de poner esa cara, de todos modos, no me asustas —dijo ella, forzándose a sonreír—. Cuando adoptas tu expresión más inquieta eres particularmente fascinante, ¿te lo había dicho ya? —le preguntó, inclinando ligeramente la cabeza a un lado.

—No emplees tus artimañas conmigo, chiquilla.

—Key, Sophie tiene tu carácter: es apasionada, y sin embargo se comporta como una chica reservada, introvertida, silenciosa, justo como siempre has sido tú. Tú eres un hombre excepcional, así que ella será una mujer excepcional.

Keiran suspiró al escuchar ese razonamiento. Desde luego, la excesiva preocupación no iba a mejorar la situación de Sophie. Decidió no responderle y prestó atención al cuerpo seductor que se apoyaba contra el suyo. Deslizó las manos por sus caderas, maldiciendo toda esa tela fruncida de la falda y añorando las líneas más simples de los vestidos de hacía veinte años. Deseó hacer el amor con su esposa, allí y en aquel mismo momento, como si fuera un joven de treinta años.

—Entonces ella debería encontrar un hombre extrovertido, que no tema expresarse frente a otros, en resumen, como tú, *mo´*

leannan[1].

—¡Pues claro que sí! ¡Y lo encontrará! —exclamó ella apartándose de golpe. Comenzó a caminar presa de su habitual euforia, con las manos gesticulando, luego se giró de repente y, con un dedo en alto, añadió—: ¡Pero ahora no! ¡Solo tiene dieciséis años, maldita sea! ¡Sólo es una chiquilla!

Keiran permaneció impasible. Luego volvió la mirada hacia Sophie, al otro lado del cristal.

La muchacha estaba inmóvil, con las manos juntas, en una actitud distante, muy elegante. Él captó con claridad la intensa energía que emanaba de ella; supo que estaba a punto de reaccionar ante el arrebato de su hermana.

De pronto, Sophie abrió la boca y dijo algo sin inmutarse, sin moverse.

Bridget enmudeció.

Pocos instantes después, Sophie pasó junto a ella, la superó y entró en la casa, dejando a su hermana pequeña sin palabras.

—¡Yo no soy como tú! ¡Toda compuesta, reservada y perfecta! ¡A mí me gusta estar en el jardín y correr con los más pequeños haciendo mucho ruido, construir con clavos y martillo, practicar esgrima, y usar arco y flechas!

La jovencísima Bridget, tercera hija del duque de Northcliff, mostraba un temperamento fogoso, incluso demasiado para una niña de trece años. El tono de voz, decididamente más alto de lo que las buenas maneras permitían a las señoritas de clase alta, era el primer y habitual paso hacia su acostumbrada explosión.

—¡Y si he de serte honesta, que sepas que quiero tener mi propio barco y ser la capitana! —añadió desafiando la aparente indiferencia de su hermana, poniendo las manos en sus delgadísimos costados y apretando nerviosamente la tela descolorida de su gastado vestido verde.

Molesta por el silencio de su hermana mayor, decidió buscar alguna reacción y gritó:

—¡No lograrás hacerme ser lo que no soy! ¡Nadie lo logrará! ¡Prefiero huir a América!

Sophie permaneció inmóvil, en su sencillo vestido, perfectamente planchado. Parecía indiferente a esa explosión de ira. Tenía la encomiable capacidad de gestionar sus emociones, y solo quienes la conocían bien sabían que en ella estaba hirviendo una rabia ardiente.

Sin embargo, nadie sabía que, en momentos de particular turbación como aquel, un temblor inexplicable invadía su cuerpo. Desde hace algún tiempo, sospechaba que se trataba del don de las manos de su padre, y la seria posibilidad de haberlo heredado le quitaba el sueño por la noche. Había ocultado el asunto para sí misma por temor al juicio de los demás.

Cuando estuvo segura de que Bridget no diría nada más, suspiró. Luego, mirándola con ojos de un verde casi punzante, similares a los de su madre, dijo en un tono tranquilo:

—Estoy segura de que serías capaz, Bridget. Sin embargo, me gustaría preguntarte solo una cosa. ¿Has pensado alguna vez que tu comportamiento podría hacer sufrir terriblemente a mamá y papá? —Sophie vio la derrota en el semblante abatido de la niña—. Bien. Ahora tienes algo en qué reflexionar —murmuró, pasándole al lado con un andar lento y decidido.

Se dirigió hacia la casa, acompañada por el suave frufrú de la seda de su vestido marrón.

Su hermano mayor, Nicholas, el primogénito del duque, salió a su encuentro.

—¿Qué le has dicho para hacerla callar así? —preguntó él, sospechando la respuesta.

Sophie no se detuvo y, comenzando a subir las escaleras, dijo:

—La verdad, sólo le he dicho la verdad.

Nick soltó un silbido, siguiéndola hasta su alcoba. Entró aunque no estaba invitado.

—Sabes hundir la hoja con una precisión impresionante.

—¿Tú también me consideras insensible? —dijo Sophie con un toque de auto ironía que en verdad ocultaba no poco malestar.

—Te equivocas. Sé que no eres insensible, Sophie. Sólo deberías evitar esforzarte tanto por parecer cínica y dura, ya que no lo eres. Déjate llevar al menos un poquito.

Sophie miraba a su hermano, mordiéndose el interior del labio inferior como siempre hacía cuando se sentía atrapada. Un nudo inoportuno le subió a la garganta y se obligó a no llorar.

—Llora. Sería mejor. Demostraría que eres una persona real, con sentimientos.

—Por favor, sal de aquí. Tengo cosas que hacer —susurró Sophie con voz temblorosa. Esforzarse por no sentir emociones y ocultar su emotividad era algo realmente agotador.

—Está bien —dijo Nick, poniéndole las manos sobre los hombros —. Piénsalo, Sophie. Y recuerda que si me necesitas, siempre estaré aquí. —La besó en la mejilla y la miró fijamente por un momento. El rostro angelical parecía rígido. Él frunció el ceño, asaltado por la sospecha de que iba a suceder de nuevo.

La última vez había sido seis meses antes; él no estaba allí y Sophie estaba sentada en la arena de la bahía junto a los hermanos más pequeños, y con Zaynab y Beyruud[2].

—¿Sophie?

Ella abrió los ojos de par en par, el verde intenso pareció desbordarse como si buscara una vía de escape.

Nicholas sintió que los delgados hombros se tensaban, vio los brazos contraerse.

Sí, estaba ocurriendo otra vez. Un instante antes de que ella cayera, logró levantarla en brazos para acostarla en la cama. Corrió hacia la puerta, aún abierta, y con toda la voz que tenía gritó:

—¡Llamad al duque! ¡Rápido!

Cuando al cabo de unos segundos volvió junto a ella, la rigidez del cuerpo ya era total, los dedos se aferraban neuróticamente, el rostro comenzaba a deformarse.

—Tranquila, pasa rápido, Sophie, papá está llegando —trató de consolarla, acariciándole la frente con una mano mientras sostenía su delgado brazo con la otra.

Pasos apresurados anunciaron la llegada de más personas. Se volvió y vio a su padre conmocionado como si fuera la primera vez, a su madre evaluando brevemente qué hacer con ojo clínico, y a Jinny, la doncella personal de Sophie, ya llorando.

El duque colocó de inmediato la mano sobre el pecho de su hija, sentándose a su lado, pero sabía que ni siquiera el poder de su don evitaría el ataque y esperaba las convulsiones de un momento a otro. Las vibraciones subieron desde su palma abierta, por el brazo, y en pocos segundos se apoderaron de él. Cerró los ojos y se concentró para ayudarla a superar ese momento.

Eleonor se subió a la cama, arrodillándose junto a ella, y le puso un trozo de cuero entre los dientes que ya castañeteaban.

No había rastro de crisis epilépticas en sus árboles genealógicos y, a decir verdad, las conjeturas sobre la naturaleza genética del «morbo sagrado» seguían siendo solo una mera hipótesis. Sin embargo, existía la sospecha de que pudiera tratarse de algún defecto genético heredado, porque Sophie nunca había recibido golpes en la cabeza que justificaran los ataques.

Nick permanecía inmóvil, esperando preocupado. Los ojos de su hermana estaban brillantes y vacíos, como ausentes. Con la mirada ausente, pero él sabía que su mente comenzaba a apagarse. En ese instante, piernas y brazos empezaron a dar sacudidas involuntarias repentinas, movimientos violentos e incontrolables; el cuello delgado mostraba las venas, acentuando la crudeza de esa escena lamentable.

El delicado rostro de Sophie se había transformado y nada quedaba de la joven tímida, reservada y compuesta. La máscara de esa maldita enfermedad había deformado las líneas perfectas, reemplazando la expresión elegante que la caracterizaba, como burlándose de tanto esfuerzo que ella había hecho para no dejar traslucir su emotividad.

Las convulsiones aumentaron y el joven cuerpo pareció sacudido por un terremoto interior que estremecía a todos y todo. La cama y sus padres se agitaban al ritmo de esos impulsos malignos. Su madre no pudo contener las lágrimas mientras acariciaba el brazo

electrificado de la chica y murmuraba palabras reconfortantes que, sin embargo, ella no podía oír.

Nick percibió un olor acre y, por instinto, dirigió la mirada al vestido, donde las amplias faldas y enaguas impedían la vista. La orina seguramente había escapado, humillando aún más a la inconsciente Sophie.

Jinny le dio un pañuelo blanco y él entendió lo que debía hacer. Se inclinó hacia adelante y secó suavemente un hilillo de saliva que corría por una comisura.

Habían pasado tres minutos. Tenían la costumbre de llevar un registro de cada ataque, desde el momento inicial hasta el de las convulsiones, y desde éstas hasta la fase postictal.

El movimiento incontrolado de brazos y piernas disminuyó lentamente, los dedos se relajaron, los músculos del cuello y del rostro se distendieron.

Nick vislumbró un destello de presencia en el verde de los ojos de Sophie mientras su respiración jadeaba en busca de alivio tras ese esfuerzo inmenso e involuntario, y la frente se perlaba con un velo de sudor. Volvió a mirar el reloj de bolsillo: cinco minutos.

Sophie miró asustada a cada uno de ellos. Comprendió que había vuelto a suceder y se preguntó qué horrible espectáculo habría dado. Vio el pañuelo que su hermano sostenía en la mano e intentó tocarse los labios secos, pero no lo logró. Una fuerte sensación de malestar la invadió.

—No te muevas, cariño, ahora se te pasará y te sentirás mejor— le susurró su madre, mientras su padre la miraba con unos ojos que lo decían todo. Sentía una de sus manos posada en el pecho y la otra en la cabeza, para ahuyentar a ese monstruo maldito que la invadía sin previo aviso.

El inconfundible olor y la humedad entre las piernas la llevaron a mirar hacia abajo. No veía nada, pero una profunda mortificación la abrumó.

Unas lágrimas de ardiente vergüenza brotaron profusamente nublándole la vista. No podía detenerlas; las sentía caer de sus cansados y cálidos ojos, lentamente y sin fin. Los cerró para huir de la compasión de los presentes y escapar de aquella horrible realidad.

2

11 de septiembre de 1831

Londres, Residencia de lord MacKendrick, hermano del duque de Northcliff

Kenneth MacQuoid, conde de Selkirk, asistía a las fiestas de sociedad con aire indiferente, porque ese mundo consagrado a la frivolidad y a las diversiones frívolas no le conmovía lo más mínimo. Práctico, concreto y serio, con un porte austero que se acentuaba aún más por su habitual elección del negro al vestir, consideraba aquel bullicio social una mera ilusión. No obstante, como tenía el respeto y la cortesía en alta estima, aceptaba de buen grado cualquier invitación.

En contraste con él, Christopher Clayton, conde de Richmond, se deleitaba en la futilidad del gran desfile que se repetía en cada fiesta. Observaba a la gente con ojos agudos y serenos, curioso y conocedor de cualquier arista del alma humana, en particular de la femenina, encontrando diversión en cada una de las personas que le rodeaban.

Sonreía, cautivando a las jóvenes con modales expertos y captando la atención de las mayores con sólo unas palabras. Tomarse la vida de frente, con alegría y actitud desenfadada, fue siempre su lema.

Con demasiada frecuencia sobrepasaba los límites permitidos. Por lo tanto, para él se había vuelto normal burlarse por igual de esposas y jóvenes doncellas.

—¡Cuántas pequeñas aspirantes al anillo nupcial! ¡Y cuántas dispuestas a todo! —murmuró Christopher tras una sonrisa divertida para suavizar el tono cínico.

—¿Quién te gusta? —preguntó Kenneth.

—¡Todas, obviamente!

—Obviamente.

—Sin embargo, Miss Violet parece bastante disponible —dijo Christopher con cautela.

—Miedo me das cuando hablas así.

—¡Se recogería conmigo en el rincón más oscuro del jardín con tal de conseguir un matrimonio!

—Más que probable. Sin embargo, ten cuidado de no cometer una de tus idioteces solo por amor al riesgo: ésa te obligaría casarte de verdad y te arruinaría la existencia.

Las advertencias de su amigo disciplinado lo hacían sonreír.

—Lady Fanny no deja de mirarte, Chris.

El otro rio con ganas, haciendo que algunas jóvenes cercanas se giraran, a las que regaló una mirada ardiente.

—Mira, lady Fanny podría ser una agradable compañera de por vida, Ken. Es encantadora, incluso hermosa. Tiene un físico atractivo, lo suficiente como para desearla también después de desposada. Es educada y tiene buenos modales. Sabría estar en su lugar: le bastaría con una generosa renta mensual.

—Lo tendré en cuenta si me elige a mí —se burló Kenneth, provocando otra carcajada. Entonces, su atención se fijó en una figura femenina nada llamativa que parecía incómoda.

—Ahí está la hija del duque de Northcliff. Rara vez se la ve.

Christopher entrecerró los ojos. Evaluó la figura esbelta y el rostro perfecto, el atuendo demasiado insignificante e insípido para ser la hija de un duque, la actitud altiva y distante.

—Yo diría que podría ofrecer con más gracia lo poco que tiene.

—Creo que acabará siendo hermosa.

—Se parece a su madre, la duquesa. Sin embargo, por lo que he oído, tiene un carácter cerrado y trata de refugiarse tras una actitud altiva y una apariencia insustancial. Mírala. Parece clavada en un palo. —Christopher se rio de su despiadado chiste.

—Tal vez todo esto no le guste —dijo Kenneth, señalando con la cabeza alrededor—. ¡Y quién puede culparla!

—O tal vez tenga el carácter de su padre. Solo que, al ser mujer, su desapego pronto le otorgará el calificativo de frígida. Sé cómo

piensan los hombres. Y sé aún mejor cómo razonan las mujeres: donde pueden golpear y torturar a una de las suyas, lo hacen.

—Eres un cínico. Como siempre.

—Eres demasiado sabio e indulgente. Como siempre.

Christopher miró de nuevo a la hija del duque: el vestido verde claro resaltaba el color de sus ojos, pero era muy sencillo y monótono; el rostro, en su opinión, era perfecto, pero perdía su valor por el aire distante con que miraba a la gente.

La vio estremecerse ante las palabras del conde de Fishbourne y perder por unos instantes su rigidez habitual. Le sorprendió. Tal vez lady Sophie se aislaba para intentar algún tipo de defensa. Las mujeres misteriosas, las que ocultaban aspectos indefinidos, le intrigaban más que nada en el mundo, por lo que sintió el deseo de saber más sobre ella.

—Fishbourne querrá hacerse con su dote, una hazaña muy fácil, teniendo en cuenta el escaso atractivo de la criatura a la que estoy mirando —rio Christopher insensible.

—Tengo entendido que a Fishbourne le va bien económicamente. Desde luego, una dote como la que el duque le proporcionaría a su hija no es para despreciar, ya me entiendes —comentó Ken sabiamente.

Fue en ese instante cuando Christopher vio a Miss Violet, acompañada de lady Rosanne, flanquear a lord Fishbourne y lady Sophie.

—Te apuesto una botella del *scotch* que te envían desde tus tierras escocesas a que esas dos bobaliconas están espiando a la hija del duque de Northcliff —afirmó, presagiando ya su victoria.

—¿Me tomas por tonto, Chris? ¡Claro que la están espiando! ¡No voy a desperdiciar un buen *scotch* en una apuesta perdida! —exclamó Ken, luciendo un semblante casi ofendido.

Sophie comenzaba a inquietarse. El calor sofocante de la sala le resultaba insoportable. Para acentuarlo, los ojos insistentes de los jóvenes que anhelaban su ingente dote. Era consciente de no ser propiamente deseable con su rostro banal y un aspecto que no

despertaba ninguna admiración. Para empeorar la situación precaria de su estado de ánimo, se sumaban las miradas esquivas, ahora burlonas, ahora esnobs, de las señoritas de las que dependía la aceptación o no en el círculo juvenil exclusivo de las estrellas más brillantes de la alta sociedad inglesa. Además, el temor a un ataque de su enfermedad la hacía aún más irritable. Sabía que su hermano Nick vigilaba, en caso de que una crisis la cogiera por sorpresa, pero su presencia atenta le pesaba, recordándole su dependencia de los demás.

—Lady Sophie, ¿me concedéis el próximo baile?

Se sobresaltó, cogida por sorpresa, y miró a su lado. El conde de Fishbourne, el apuesto hijo del marqués de Paxton, aguardaba confiado una respuesta con una sonrisa reconfortante y abierta, bien peinado y muy elegante con su traje oscuro. Esto la sorprendió no poco, ya que la agradable personalidad de lord Fishbourne, su título nobiliario y su considerable riqueza lo situaban entre los hombres más codiciados de la sala.

En ese momento, notó que muchos ojos estaban puestos en ellos, especialmente los del pequeño grupo de «estrellas» brillantes, entre las que destacaba Miss Violet por su atractivo, con su elegante vestido ceñido a la cintura, su elaborado peinado y un velo de maquillaje que resaltaba su cabello negro y sus ojos azules.

Su incomodidad era tal que, por primera vez en su vida, dudó del vestido que llevaba: un modelo muy sencillo, nada escotado, sin encajes, de un color verde apagado, como lo había definido su hermana Bridget.

—Sois muy amable, lord Fishbourne, y me encantaría aceptar. Pero no me encuentro nada bien, creo que es por el calor —mintió con elegancia, posando una mano sobre su abdomen cubierto por el paño verde de fina seda—. Espero que no os arrepintáis y seáis comprensivo. De hecho, ¿podría pediros que me acompañarais al tocador?

—Sería un gran honor, lady Sophie —respondió él con tono seguro, señalando con la mano lo que tenía delante. El hombre disfrutó de la maravillosa y poco común accesibilidad de la joven y

se convenció de que, a la postre, sería capaz de abrirse paso hasta su inexperto corazón.

Sophie avanzó con el conde a su lado y notó que la gente se apartaba a su paso. Sabía que el motivo era la gran estima que todos sentían por su padre, el duque de Northcliff. O, en algunos casos, temor.

El vasto salón estaba iluminado por espléndidas lámparas de araña diseñadas y creadas especialmente para soportar la energía de gas que ahora se había generalizado en todas las mansiones aristocráticas. Aquel resplandor luminoso iluminaba la madera oscura de la estancia y resaltaba las incrustaciones claras de los muebles.

Llegaron ante el umbral de la puerta y el conde se agachó para hacerse oír por encima del alboroto circundante.

—Lady Sophie, podría esperar aquí y luego acompañaros al jardín a tomar el fresco.

—Gracias, lord Fishbourne. Podría ser una buena idea. No tardaré —respondió Sophie mientras entraba en el tocador. Seguramente a su hermano le habría dado un ataque, ya que allí no tendría ningún control en el caso de que se produjera una crisis. Decidió darse prisa y maldijo el momento en que la habían convencido para asistir a la fiesta.

Dentro había un buen número de jóvenes charlando, eufóricas por la fiesta. Algunas la miraban con aire de superioridad y soltaron algunas risitas; otras ni siquiera se percataron de su entrada.

Ya resignada a provocar ese efecto, Sophie se apresuró hacia un biombo situado al fondo de la sala y se ocultó tras él. Se dejó caer en la silla acolchada, desplomándose y perdiendo la compostura de repente.

Oyó que la puerta se abría y se cerraba tres veces: un grupo de chicas había salido; otro había entrado y, al cabo de un minuto, se había marchado. Pensó que estaba sola, pero, para su sorpresa, oyó el sonido de la llave al girar en la cerradura. Estaba a punto de revelar su presencia cuando una voz susurró:

—¡Estoy segura de que lord Fishbourne está a la caza y captura de ese carámbano de mujer!

Sophie se puso rígida al darse cuenta de que la estaban mencionando, abrió mucho la boca, pero contuvo la respiración. Se asomó por entre los dos paneles del biombo a través de la estrecha rendija: Miss Violet, hija del vizconde Sale-Hill, se admiraba frente a un espejo, tratando de alisar algunos de los pliegues del excepcional vestido color lavanda que hacía que el suyo pareciera un vestido de tarde para andar por casa, mientras que lady Rosanne, hija del conde Maddox, estaba detrás de ella.

—¡Me gusta el conde de Fishbourne, es rico y dicen que besa divinamente!

—¿De quién has oído eso, Violet?

—¡Rosanne, lo sabe todo el mundo! ¡Solo tú, pobre tontaina, lo ignoras! —Violet solía tratar a sus semejantes con condescendencia, incluso a su madre. Sus amigas, las pocas que podían soportarla, eran incluso objeto de sus burlas.

—¿Pero de quién has oído eso? —insistió Rosanne.

—Nunca lo adivinarías —respondió misteriosamente su amiga. Rosanne esperó ansiosa y, finalmente, Violet le contestó—. ¡Lady Clark-Kerr!

Rosanne mostró todo su estupor.

—Vamos, ¿no sabías que lady Clark-Kerr tuvo como amante al conde de Fishbourne durante unos meses? La marquesa disfruta de la compañía de los jóvenes nobles londinenses y los cambia con cierta facilidad.

Sophie estaba estupefacta y apenas podía respirar. Pero ¿qué se esperaba? Lord Fishbourne era un caballero muy solicitado y su encantador aspecto contribuía a que tuviera éxito con las damas más destacadas. Confió en no sentirse mal en ese momento.

—¡Violet, no tenía ni idea! —farfulló Rosanne.

—De todos modos, si esa frígida lady Sophie cree que puede atrapar a lord Fishbourne sin que yo se lo impida, ¡está muy equivocada!

Sophie frunció el ceño indignada.

—¡Pero si has dicho que te gusta lord Richmond! —señaló la otra, cada vez más confusa.

—Rosanne, ¡qué paciencia hay que tener contigo! ¿Eres tonta o finges serlo? Me encantan tanto el conde de Richmond como el de Fishbourne. Los dos son atractivos y guapos, eso me lo reconocerás. Sin embargo, el hecho de que el primero se desvive por trabajar lo hace, cómo decirlo, menos noble que el otro. ¿Lo entiendes ahora?

—Lo entiendo, Violet, no lo había pensado. Tienes razón, lord Fishbourne es decididamente más noble.

—Además, mi querida Rosanne, lady Sophie me irrita tanto que me interesaría por el conde de Fishbourne solo para fastidiarla.

Rosanne soltó una risita y un momento después comenzó a alisar una cinta de su vestido amarillo ocre.

—En fin, su actitud esnob, tan fastidiosamente severa, no hace más que empeorar la imagen que da de sí misma. Incluso los rasgos perfectos de su rostro se vuelven banales con ese cabello recogido, sin rizos, y ese vestido insípido de solterona apolillada.

Sophie comenzó a morderse el labio inferior, herida en lo más profundo por palabras tan duras como ciertas.

—Bien, Rosanne, ¿nos vamos? Tal vez logre divertirme con lord Richmond después de todo: me estaba mirando hace un rato y no me disgustaría bailar con él, antes de dedicarme al conde de Fishbourne. Quién sabe cómo será la bailarina que le hace compañía por las noches.

—¿Compañía? ¿A quién? ¿A lord Richmond? ¿Cómo lo sabes?

Violet resopló impaciente.

—¡Juro que eres realmente exasperante, Rosanne! ¡Nunca sabes nada! Por el momento, el conde de Richmond tiene como amante a una bailarina. Dicen que es muy hermosa, joven y experimentada, si es que entiendes lo que quiero decir —dijo dando un golpecito con el abanico en el brazo de su amiga—. Y, sin embargo, parece que desde hace algunos días la mismísima lady Clark-Kerr le ha echado el ojo y lo sigue incluso hasta Hyde Park. ¡Pobre marquesa! —continuó en tono burlón—, querrá consolarse después del interludio con lord Fishbourne.

Lady Rosanne no dijo ni una palabra, consciente de no estar a la altura de su popular amiga y demasiado atónita por el

descubrimiento de la bailarina experimentada del conde de Richmond.

Sophie, ante esa información impactante, temió dejar escapar el gemido que tenía en la garganta, por lo que llevó una mano a la boca, como queriendo contener cualquier sonido. Y bien, ¿qué se pensaba? Christopher Clayton, conde de Richmond, era un hombre tan atractivo como superficial; amaba la buena vida y la diversión, era codiciado por las jóvenes en busca de marido y por las viudas a la caza de amantes ricos.

—De todos modos, ahora lord Fishbourne tiene la mente libre de amantes y será pan comido apartar también a la estirada de lady Sophie. Sin embargo, Rosanne, qué daría yo por escuchar a lord Richmond susurrarme al oído *chérie.* Dicen que el encantador conde llama así a sus mujeres, *chérie*. ¿No te parece adorable? No me sorprendería si dejara a la bailarina por la noble marquesa Clark-Kerr, o tal vez las mantenga a ambas. Sería capaz... dicen.

Sophie no podía ver la cara atónita y la boca abierta de lady Rosanne, aunque se la imaginaba. Incluso ella apenas podía respirar de la sorpresa por la información que había escuchado.

—Vamos, Rosanne. ¡Cierra la boca, no eres un bacalao boqueando! —dijo Violet abriendo la puerta.

Sophie dejó escapar un largo suspiro, tras haber retenido el aire demasiado tiempo.

Estaba estupefacta por cada cosa que había escuchado, pero sobre todo estaba conmocionada por el juicio que la gente tenía de ella. En fin, sabía que no era bien vista y era consciente de que no ayudaba con su actitud distante. El hecho de aparecer raramente en los eventos sociales le había valido la fama de chica esnob y fría. Por supuesto, solo su familia conocía las razones que la mantenían alejada del mundo. Aunque no hubiera sido tan reservada y tímida, nunca habría arriesgado que la gente descubriera su secreto.

Se le hizo un nudo en la garganta, casi asfixiándola, pero se obligó a no llorar. Ese intento solo resultó en un dolor atroz que se irradiaba al pecho, un sufrimiento ardiente y profundo. El deseo de gritar contra un mundo lleno de injusticias estuvo a punto de

prevalecer. Apretó los dedos en un puño, cerró los ojos con fuerza en el esfuerzo por no estallar.

Se miró en el espejo que tenía frente a ella: estaba impecable, como siempre, con el cabello rubio y brillante, bien peinado y recogido en un elaborado moño, los ojos verdes y alargados, como los de su madre, el cuerpo demasiado delgado y anguloso, que ciertamente no podía competir con el exuberante de Miss Violet.

Sí, una común y corriente señorita que solo podía ofrecer una dote descaradamente considerable y que nadie aceptaría una vez informado de su mal.

Paciencia. Podía vivir también sin el mundo. Se irguió en una postura arrogante y más rígida de lo habitual, recompuso la máscara rígida de su rostro pálido y, cuando estuvo segura de que el nudo en la garganta había desaparecido, reunió valor y salió.

Nicholas, al otro lado de la antesala, le lanzó una mirada de reproche que ella recibió con impasibilidad. Mientras tanto, lord Fishbourne la vio desde lejos y se acercó a ella solícito.

—¿Se encuentra mejor, lady Sophie? —le preguntó.

—Sí, gracias —le respondió, esforzándose por no imaginar al conde en compañía de la marquesa Clark-Kerr. Era difícil, dado que el hombre rebosaba encanto y sabía cómo emplearlo. Cada una de sus frases parecía una caricia delicada, y la idea de que el caballero estuviera realmente interesado en ella iba tomando cada vez más fuerza en su mente.

—Podríamos pasear por el jardín, obviamente después de pedir el consentimiento de su excelencia.

—Está bien. Mis padres están junto a la puerta que da al balcón. —Sophie se encaminó lentamente, con un aire aparentemente sereno.

—Excelencia, ¿me permitís acompañar a lady Sophie al jardín? El aire viciado parece molestarle —dijo lord Fishbourne, haciendo al mismo tiempo una reverencia respetuosa hacia los nobles padres de lady Sophie.

—¿Estás bien, Sophie? —le preguntó lady Northcliff.

—Sí, mamá, gracias. Sólo estoy un poco acalorada.

El duque la observó durante unos segundos, y ella apartó la mirada para escapar de las habilidades de su padre. Era la más resiliente de sus hijos: sabía cómo contrarrestar su capacidad de leer en su interior y lo hacía ya con una experta conciencia.

Los ojos suspicaces del duque se dirigieron entonces a lord Fishbourne y comprendió que el hombre no era la causa del malestar de Sophie. Así que asintió con un leve movimiento de cabeza en su dirección para dar su consentimiento a que salieran.

Afuera, el cielo nocturno estaba despejado y por fin se podía respirar. Algunas linternas permitían a las numerosas personas entretenerse charlando. Unos bancos dispuestos aquí y allá, en medio del exuberante césped y muy bien cortado, ofrecían descanso a los acalorados bailarines, y alivio a los pies femeninos encerrados en unos zapatos demasiado ajustados.

Esperaba que el conde de Fishbourne no la obligara a hablar, demasiado perturbada por lo que había sucedido en el tocador. A medida que pasaban los minutos, el dolor por la humillación sufrida se convertía en rabia. Y la rabia no tardó en transformarse en un deseo de revancha hacia esa maleducada de Miss Violet. Cuando luego la vislumbró a lo lejos con lady Rosanne, la idea que inicialmente parecía absurda se perfiló con claridad, y todo le resultó evidente. Se convenció de su plan y supo qué hacer.

Las dos odiosas chicas estaban en compañía de lady Fanny, hija de la influyente y decidida marquesa Rawling. A Sophie le bastó una mirada para comprender que estaban compitiendo por el conde de Richmond, mientras la ingenua Rosanne intentaba un torpe acercamiento con el conde de Selkirk.

Estaba convencida de que, al pasar por allí cerca, la descarada Miss Violet atraería de todas las formas posibles la atención de lord Fishbourne, a pesar de que éste fuera su acompañante. Y ella quería precisamente que eso ocurriera. Su plan de venganza tomó forma en pocos segundos. Segura de eso, se relajó.

—Una hermosa velada, ¿no os parece, lord Fishbourne?

El conde esperaba que ella rompiera ese silencio. Estaba seguro de que lo haría porque conocía bien a las mujeres. Ese mutismo ocultaba sin duda pensamientos y reflexiones femeninas que no

debían ser interrumpidos para no irritar—. Ya lo creo, lady Sophie. Vuestros tíos, lord y lady MacKendrick, saben ciertamente cómo organizar una fiesta exitosa.

Sophie sintió una profunda gratitud por los modales respetuosos del conde. Pensó que, si estaba interesado en ella, sería una buena idea conocerlo mejor. Le atraía mucho, tanto por su apariencia como por sus maneras galantes y moderadas. Paciencia si tenía una amante; casi todos la tenían, y le vino a la mente el comentario picante de su madre sobre cuál era la forma más segura de ganar experiencia en asuntos de mujeres. Decidió que le daría más espacio, porque deseaba tanto que él revelara su habitual galantería incluso frente a noticias molestas y engorrosas como la de su enfermedad.

—Sí, es cierto. Creo que el calor en la sala es normal después de todo —admitió Sophie, dedicándole una leve sonrisa.

Caminaron hacia Miss Violet.

—¡Lord Fishbourne! —dijo una voz melosa a su lado.

Sophie se regocijó porque su plan estaba funcionando tal y como había previsto.

—Miss Violet. Un inmenso placer veros. Buenas noches a todos —respondió el conde de Fishbourne, dirigiéndose cortésmente también al resto del grupo.

Los condes de Richmond y de Selkirk saludaron.

Sophie hizo una reverencia tanto a las jóvenes como a los hombres. Observó de reojo a los dos nobles.

El conde de Selkirk le sonrió, mostrando una jovialidad que usualmente no dejaba entrever. Por un momento sospechó que intentaba hacerla sentirse cómoda, pero al no conocerlo bien no podía estar segura.

El conde de Richmond, en cambio, la miraba de manera directa, demasiado incluso, y sonreía. Sus ojos inquisitivos, uno ligeramente más entrecerrado que el otro en el esfuerzo por descifrar sus pensamientos, eran de un gris oscuro y examinaban su figura sin pudor alguno.

Una irritación instintiva se apoderó de Sophie y su expresión de disgusto hacia aquel noble encantador que la observaba emergió sin

filtros. Lord Richmond se dio cuenta y fue en ese momento cuando una comisura de su boca se elevó aún más, mostrando una sonrisa burlona bastante molesta: la línea atractiva y los labios llenos acentuaban la expresión de alguien que sabe lo que hace, sabe que es atractivo y que puede llevar la delantera mejor que los demás.

El corazón de Sophie comenzó a latir más fuerte y, por primera vez en su vida, comprendió el significado de la palabra atracción. Era innegable que lord Richmond era un hombre apuesto y que ella lo apreciaba.

Se sintió terriblemente avergonzada de ello y buscó dentro de sí la manera de contrarrestar esa sensación inoportuna que cobraba concreción a nivel físico: un nudo en el estómago disparaba adrenalina por todas partes, sintió la sangre subirle a las mejillas y el habitual cosquilleo recorrer sus extremidades hasta las manos y los pies.

Inclinó el rostro hacia sus manos juntas delante de sí, tratando de concentrarse en su objetivo, algo no fácil porque aún sentía la mirada punzante de lord Richmond sobre su persona.

—Lord Richmond agarró una copa y bebió su contenido de un trago, mientras pensaba que los MacKendrick habían estado soberbios en la organización de la fiesta, y que incluso la elección de los vinos había sido impecable. Vio a Miss Violet salir junto a lady Rosanne y decidió usar a las dos chicas, que no sospechaban nada, para seguir a Kenneth y salvarlo de las garras de lady Clark-Kerr, quien lo había atrapado con su subrepticia y seductora habilidad.

—¡Qué maravillas, Miss Violet y lady Rosanne!

—Oh, conde de Richmond, ¡sois siempre tan galante! —respondió Miss Violet con tono zalamero, dejando caer casualmente los dedos sobre su escote.

Christopher desplegó su sonrisa insinuante, en la que una comisura se alzaba más que la otra. ¡Aquella descarada no veía la hora de cazar a un hombre! ¡Perfecto! Decidió que se divertiría.

—Solo expreso la verdad. ¿Un paseo por el jardín?

—Sería perfecto, Lord Richmond, ¡el calor aquí es agobiante! —jadeó Violet.

—¡Sí, verdaderamente agobiante! —repitió Rosanne, como un loro.

En cuestión de segundos, ya estaban fuera.

—¿Os estáis divirtiendo, lord Richmond?

—Ahora que estoy con vos, inmensamente, Miss Violet —respondió él, regalándole una mirada de complicidad que habría sido considerada inadecuada incluso por su amiga bailarina. La engañó durante unos segundos, arrastrando la mirada por su cuello y descendiendo hasta el borde del vestido donde los generosos senos estaban comprimidos, bien a la vista. Por fin le dio el golpe de gracia: se volvió hacia lady Rosanne, dándole la espalda.

—¿Cómo se encuentra vuestro padre, lady Rosanne? Supe de su indisposición.

Se inclinó apenas para ofrecer toda su atención a la joven y así fastidiar más rápidamente a la otra.

—Mucho mejor, conde, mucho mejor. ¡Gracias por preguntar!

—Transmitidle mis deseos de una pronta recuperación. Ciertamente debe ser una carga pesada para vos, lady Rosanne. Ninguna joven debería llevar en el corazón un peso semejante, y menos aún una dulce criatura como vos.

Rosanne se quedó embobada mirando los brillantes ojos del conde y su boca deliciosamente entreabierta.

A Christopher casi le entró la risa ante la expresión alelada de su pobre e inconsciente víctima, y se preguntó cuánto tiempo más soportaría Miss Violet sin ser el centro de su atención.

—Mi padre también está mal, ¿sabéis? —intervino Violet antes de que su amiga hablara de nuevo.

Christopher se deleitaba burlándose de dos muchachitas tontas como ellas, demasiado necias para darse cuenta de que eran objeto de su constante escarnio. Para él, aquello era un entretenimiento recreativo con el que sobrellevar la monotonía de esas fiestas. Poco le importaba que su comportamiento fuese irrespetuoso, insensible y superficial. Vivía cada momento como le dictaba el instinto: sin

remordimientos, sin arrepentimientos y, con demasiada frecuencia, sin límites.

—¿De veras? Lamento oírlo por lord Sale-Hill. Espero que no sea grave, Miss Violet.

—Preocupaciones, lord Richmond —dijo ella enseguida con teatralidad—. Veréis, tiene miedo de dejarme sola a mí y a mi madre antes de que haya encontrado un hombre adecuado y capaz de gestionar el inmenso patrimonio que posee.

Christopher la miró fijamente y sintió ganas de abofetearla por intentar atraparlo usando como cebo el dinero de su padre. ¡Como si él lo necesitara!

—Ciertamente una grave preocupación, Miss Violet. Veo que estáis afectada por esta experiencia y lamento que vuestra habitual belleza pueda resentirse —dijo él con tono diabólico.

Violet llevó instintivamente una mano al rostro, como temiendo que la belleza que él había nombrado saliera volando.

Christopher decidió que aquella chica carecía completamente de ingenio y que el diálogo no estaba a la altura de sus estándares de diversión. Por suerte, lady Rawling y su hija lady Fanny, junto a Kenneth y lady Clark-Kerr, se acercaban a buen paso, y él no desaprovechó la oportunidad de saludar.

—¡Lord Richmond! —gorjeó lady Fanny. Era una joven hermosa, competitiva con sus coetáneas cuando se trataba de atraer la atención de un hombre, pero dócil con todos los demás.

—Lady Rawling, lady Fanny, buenas noches —saludó Christopher besando la mano de la marquesa—. Vuestra hija ha heredado sin duda vuestra belleza —murmuró con su habitual encanto.

Fanny soltó una risita, fingiendo estar avergonzada y batiendo las pestañas de sus grandes ojos azules. Tocó con gesto casual un bucle rubio que le rozaba la oreja y el cuello, trabajado con tenacillas calientes con ese propósito coqueto. El color cerúleo de su vestido, adornado con cintas de un tono más oscuro de la misma gama, resaltaba el color de sus ojos, otorgándole un aire muy elegante y distinguido.

Lady Rawling dijo:

—La belleza, conde de Richmond, pero no la tolerancia al frío. Si me disculpáis, prefiero volver adentro y dejaros a los jóvenes a solas.

El hecho de que hubiese recalcado la palabra «jóvenes» incomodó a lady Clark-Kerr, que se sintió obligada a seguirla.

—Voy con vos, marquesa —dijo entre dientes.

—Bien —respondió la otra, con los dientes aún más apretados.

Jamás se habían soportado, igual que sus respectivas hijas, y verlas caminar una junto a la otra divirtió a Kenneth y a Christopher.

Fanny y Violet se miraron de reojo, y la batalla comenzó.

—Me alegra haberos encontrado, Lord Richmond, así podremos dar ese paseo que me habíais prometido —mintió con voz melosa lady Fanny.

Christopher sonrió saboreando el duelo recién iniciado.

—Tal vez cuando termine de pasear conmigo, lady Fanny —le susurró como una víbora Miss Violet.

Rosanne miraba ahora a una, ahora a otra, sin comprender en absoluto su papel. Miró a lord Selkirk y dijo:

—Una fiesta muy lograda, ¿no os parece?

Kenneth se quedó inmóvil esperando que continuara y no respondió.

—Lord Richmond es demasiado caballeroso para haceros esperar. ¿No creéis que sería mejor esperarnos dentro? No querréis coger un resfriado... Lord Fishbourne.

Todos se volvieron para mirar al conde de Fishbourne y a lady Sophie, que se acercaban hacia ellos.

Christopher y Kenneth se intercambiaron una mirada: ¡el modo en que Miss Violet había cambiado de tono y de tema al ver al predilecto conde había sido increíble! Ambos estuvieron a punto de estallar en carcajadas.

—Miss Violet. Un inmenso placer volver a veros. ¡Buenas noches a todos! —Lord Fishbourne saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Conde, buenas noches —respondieron los otros dos caballeros.

Las jovencitas hicieron unas reverencias perfectas.

Kenneth percibió el malestar de lady Sophie y le sonrió para hacerle entender que no tenía nada que temer de su parte. Sentía por ella una cierta comprensión.

Christopher, en cambio, se encontró observándola fijamente, tan absorto que se sorprendió a sí mismo. Sí, aquella jovencita insulsa escondía un mundo interior que despertaba demasiada curiosidad en alguien como él.

La joven parecía no inmutarse ante la minuciosa evaluación a la que él la sometía. Christopher concluyó que su aire altanero le resultaba insoportable y tradujo su actitud distante como un agravio personal: ninguna mujer lo había ignorado jamás.

De repente, ella alzó los ojos verdísimos de su corbata a su boca. Fue solo un instante, pero bastó para provocarle una sacudida de placer inesperada que le cruzó desde los riñones hasta la ingle. ¿Qué demonios había mirado? ¿No se daba cuenta de que ese gesto era osado?

La castigó arrastrando su mirada más lasciva por el cuerpo de ella para inducirla a la sumisión y esperó el resultado. De inmediato, lady Sophie bajó la cabeza.

—¡Ahora será difícil elegir! —exclamó Miss Violet—. ¡Tanto lord Fishbourne como lord Richmond me han prometido un paseo! —mintió con una desfachatez sin igual.

—Elección difícil, sin duda —murmuró Christopher con un tono irónico que solo Ken captó.

—¿No notáis que el aire está húmedo? ¡A mi parecer, va a llover! —insistió lady Rosanne—. Sería una pena perder el paseo habitual por Hyde Park justo mañana.

—¿Por qué precisamente mañana? ¿Qué ocurrirá mañana? —preguntó lord Selkirk, que nunca estaba interesado en los eventos sociales.

—¡Porque mañana estarán todos, Lord Selkirk! —exclamó lady Rosanne. Luego explicó—: Compartiremos nuestras experiencias sobre la coronación y las diversas fiestas ofrecidas en honor al Rey, incluida esta.

—¡Yo iría incluso bajo la lluvia! —saltó Miss Violet—. ¿Vos, lord Fishbourne? ¿Vendréis?

Lord Fishbourne miró de reojo a lady Sophie esperando que dijera que iría, pero ella mantenía la cabeza baja, las manos unidas decorosamente delante de sí. Entonces volvió a mirar a Miss Violet, que parecía esperar ansiosamente una respuesta.

—Pues bien, Miss Violet, también estaré allí.

—Lord Richmond, espero veros mañana. Yo iré sin falta —murmuró lady Fanny con una dulce sonrisa.

—Si no llueve, lady Fanny. Me gusta estar bajo la lluvia solo cuando...

—Después de lo que os oí decir en el tocador, Miss Violet, no me habría imaginado volver a veros por aquí.

La suave voz de lady Sophie y su tono calmado dejaron mudo a lord Richmond, que se quedó literalmente con la boca abierta, y atrajeron la atención de todos hacia la joven.

Sophie tenía la cabeza gacha. Dos segundos después, la levantó, mostrando una mirada serena, aunque en realidad un estremecimiento interior la había invadido en cuanto pronunció la primera palabra, algo que siempre le ocurría cuando estaba cerca de personas taimadas y maliciosas. Ya no se sorprendía por ello, tras haber comprendido la similitud con las mismas sensaciones que su padre decía recibir gracias al don de las manos.

Miss Violet oyó resonar en su mente las palabras «en el tocador» y el temor de haber cometido una metedura de pata la pilló desprevenida. ¡Entonces, Lady Sophie estaba allí! ¡Estaba allí!, pero ¿dónde exactamente? ¿Por qué no lo explicaba mejor? ¿Por qué la miraba de ese modo?

—Temo no comprenderos, lady Sophie —declaró con altivez.

Sophie alzó apenas las cejas, perpleja, incrédula de que la otra no entendiera. Se inclinó levemente hacia la joven, en actitud de gran complicidad, fingiendo esforzarse por no ser oída, y susurró:

—Vuestra urticaria en las piernas... deberíais volver a casa para tratarla con el ungüento. Además, podría ser contagiosa, Miss Violet.

El silencio tenso y embarazoso que siguió le indicó a Sophie que había ganado, y por primera vez saboreó la satisfactoria sensación de la revancha. Se sorprendía de haberlo logrado, de haber vencido la timidez y el temor a no saber cómo actuar.

Christopher la miraba atónito, al borde de la risa.

Kenneth apretó los dientes para no soltar ninguna carcajada y enseguida echó un vistazo a las reacciones de los presentes: Lord Fishbourne estaba rojo como un tomate; lady Fanny sonreía abiertamente, sintiendo de pronto simpatía por lady Sophie; lady Rosanne contenía el aliento, por una vez consciente de lo que estaba ocurriendo. Decidió liberar a todos del apuro:

—Señores, ¿no os parece que sería de buena educación traer algo de beber para estas encantadoras señoritas?

—Excelente idea. Con permiso —masculló lord Fishbourne, confuso, mientras retrocedía unos pasos para seguir al conde de Selkirk.

Lord Richmond miraba fijamente a Sophie, reticente a perderse el resto de la conversación. ¡Había acertado! ¡Esa muchacha rígida y estirada ocultaba un alma ardiente!

Se alejó a regañadientes tras los demás, pero apenas pasaron un seto, se desvió tras él. No se perdería aquella escena por nada del mundo.

Se aseguró de que nadie lo mirara. Con manos decididas apartó algunas ramas y se deslizó dentro de la densa vegetación, acercándose cada vez más a las jóvenes. El crujido de las ramitas rotas no podía ser oído por los demás, pues el murmullo general era bastante elevado. Sintió una rama clavarse en el muslo, la maldijo mentalmente, la apartó y, por fin, pudo ver con total claridad a lady Sophie.

—¿Nadie os ha dicho nunca que incluso para ser malvada se necesita un poco de inteligencia? De lo contrario, se corre el riesgo de ser simples chismosas dignas de los docks. Os deseo una buena velada, Miss Violet.

Christopher abrió los ojos de par en par, extasiado ante aquella muchacha que se revelaba con tanta energía. La vio coger con delicadeza la falda para levantarla del suelo, girar elegantemente sobre sí misma y alejarse con paso decidido hacia la parte trasera de la mansión.

No se lo pensó ni un instante y decidió seguirla. Salió de su escondite y caminó sin preocuparse del riesgo que corría,

siguiéndola a través del hermoso jardín, donde había cada vez menos gente a medida que se alejaban de la zona principal de la gran casa.

Ahora el silencio lo invadía todo, y pudo oír unos pasos no muy lejos. La vio, caminando deprisa, probablemente intentando huir. Trasteaba con algo. ¡Un pañuelo!

—¡Lady Sophie!

Sophie se detuvo de golpe, pero no se dio la vuelta. Reconoció la voz del conde de Richmond, se apresuró a secarse el rostro de lágrimas y a guardar el pañuelo dentro del corsé. El corazón le latía con fuerza, porque siempre que estaba cerca de él se emocionaba, y su encanto invasivo la alteraba. ¿Qué iba a hacer ahora? ¡Sin duda era el castigo divino que merecía por haberse vengado de Miss Violet!

Empezó a morderse el interior del labio inferior, dándole a la boca una forma inusual.

Christopher ya estaba detrás de ella, extendió una mano por encima de sus hombros, rozándola a propósito, y le ofreció su pañuelo blanco.

Sophie se estremeció ante aquel contacto fugaz, y una vibración tan inesperada como repentina la recorrió, subiéndole al rostro y bajando desde el pecho hasta las piernas. Nunca había experimentado un estremecimiento interior tan intenso.

Intentó recomponerse, inhaló aire y finalmente miró la seda blanca, notando las iniciales bordadas. Se giró a mirar al conde a los ojos, que eran de un gris profundo.

—No lo necesito, gracias —dijo con tristeza.

—¡Embustera! —exclamó él con una sonrisa descarada.

A Sophie le encantaba esa boca que se curvaba más de un lado al sonreír y tardó unos segundos en fingir indignación.

Christopher sintió aquella mirada ardiente como si lo estuviera tocando con una mano y una presión insistente empezó a notarse en su pantalón.

—Sois descortés, Lord Richmond, y no entiendo por qué. Sin embargo, sé con certeza que estamos solos. Si mi padre os encontrara aquí, os obligaría a casaros conmigo. —Sabía por

experiencia que amenazar con la figura del poderoso duque de Northcliff solía surtir efecto: los molestos solían esfumarse de inmediato.

—¡Estoy seguro de ello! Pero... ¿sería tan terrible, Lady Sophie? Claro, sois muy joven, pero se crece, ¿no os parece?

Sophie comprendió, con cierta sorpresa, que el conde, tan desenvuelto y bromista como siempre, no parecía temer al duque. Al contrario, parecía estar divirtiéndose a su antojo. ¿Por qué sorprenderse? Sabía que no le gustaba a nadie. Sí, lord Richmond era tan encantador como engreído y presuntuoso, por lo que la respuesta airada le salió sola:

—No sería nada terrible, Lord Richmond, al menos para vos, que tendríais una esposa riquísima. En cuanto a mí, aspiro a algo mejor. Sin ánimo de ofender, por supuesto.

Christopher soltó una carcajada estrepitosa que rompió la quietud del lugar. Aquella jovencita de dieciséis años tenía lengua afilada y sabía manejar una conversación complicada incluso con alguien como él. Sí, Lady Sophie empezaba a gustarle de verdad.

—Sois directa, como vuestra madre. Una mujer extraordinaria, la duquesa, siempre la he admirado.

La indignación de Sophie creció como nunca, ni siquiera cuando discutía con su hermana Bridget, que era igual que una plaga bíblica.

—Sí, como todos los hombres, lord Richmond. Si tenéis intención de cortejarla, os aconsejo absteneros: mi padre os mataría antes de que podáis siquiera abrir la boca.

Christopher se puso súbitamente serio, impactado por aquellas palabras tan directas. Quien lo conociera bien habría encontrado extraña aquella expresión. Era raro que perdiera el buen humor, y solo le ocurría por su madre. Lady Sophie tendía a ser demasiado autoritaria para su gusto.

—Habláis de asuntos inadecuados para una jovencita noble. Lo hacéis sólo para impresionarme.

—En mi casa, éstos no son temas inapropiados para una mujer. Disculpadme si os he incomodado, lord Richmond.

Christopher la miraba, incapaz de decidir qué decir. Dobló el pañuelo que aún tenía en la mano y lo guardó en el bolsillo del pantalón largo. Finalmente, alzó los ojos para mirar los suyos, arrojándole una de esas sonrisas despreocupadas con las que se burlaba del mundo.

—Soy un hombre de veintinueve años. ¿De verdad creéis que hablar de amantes me incomoda? —dijo él con la intención de desconcertarla.

Sophie no se permitiría ser distinta a como era sólo por agradar a un hombre, y en ese momento, por primera vez, comprendió lo que quería decir su hermana Bridget, la rebelde, cuando se negaba a cambiar para contentar a una sociedad falsa y mentirosa.

—Lo supongo, ya que vos también tenéis una. Entonces, ¿por qué fingís sorpresa ante ciertos temas? ¿Solo porque quien los menciona es una mujer?

—¿Cómo sabéis que tengo una amante? ¿Y quién sería la mujer que habla? ¿Vos? Yo solo veo a una niñita —la burló él para herirla, manteniendo su sonrisa arrogante.

—Disculpad, lord Richmond. Preferí definirme mujer para no desmereceros a vos, un hombre de veintinueve años que, inexplicablemente, se entretiene con una niña de dieciséis —la voz de Sophie temblaba, pero no pudo controlarla. Era la primera vez que se enfrentaba a un hombre, o al menos, lo intentaba—. En cuanto a vuestra amiga, la bailarina: Miss Violet hablaba de ella en el tocador con Lady Rosanne, diciendo que adoraba tanto a lord Fishbourne como a vos, pero que sois menos noble porque os empeñáis en trabajar, así que el conde de Fishbourne era preferible, incluso solo para fastidiar a la frígida Lady Sophie. Sí, creo que dijo exactamente eso.

Christopher apretó los dientes, haciendo que los músculos de su mandíbula se tensaran. Intentó reprimir el enfado hacia la odiosa Miss Violet y al mismo tiempo comprendió todo el resentimiento que lady Sophie albergaba hacia ella. Aquel ataque animoso contra Miss Violet parecía ahora justificado, y casi sintió compasión por la insípida muchachita.

No se dio cuenta de que su sonrisa se había tensado y que hasta ese momento él también se había burlado de ella, usándola como objeto de diversión.

—Ahora, lord Richmond, si no os importa... —Sophie levantó ligeramente el vestido, hizo una reverencia, lista para marcharse.

Pero la mano masculina la detuvo por un brazo.

Un escalofrío, mezcla de miedo y emoción, la recorrió; se deslizó desde el punto de contacto hasta la mano, subió al hombro y bajó al vientre. Una sacudida maliciosa y excitante la atravesó, y se sintió traicionar su parte más recta deseando que él no apartara jamás aquellos dedos.

—¿Qué más han dicho? —susurró él, inclinándose apenas hacia ella, como buscando sus ojos. Sus dedos envolvían aquel delgado brazo como si fuera una ramita.

Sophie lo miró, notando que a la luz suave de los faroles sus ojos tenían destellos metálicos. Sintió el agradable aroma masculino y se obligó a ignorarlo. Esta vez la sonrisa ladeada se había suavizado y parecía casi sincera, como de compasión, y eso no le gustó nada.

—¿Sobre qué, Lord Richmond? ¿Sobre vos, sobre mí o sobre lord Fishbourne?

—Sobre vos.

—Miss Violet no me soporta. Sostiene que soy un carámbano de hielo, dice que tengo una cara vulgar, y que visto sin gusto. ¿Puedo irme ahora?

Christopher no se movió ni respondió. Mantenía la mirada fija en aquella chica herida que fingía indiferencia, sintiendo cierta lástima. Quiso decirle que un hombre sí podía ver su belleza limpia, como la veía él, que su supuesta vulgaridad era en realidad una virtud porque reflejaba su modestia, que su actitud altanera escondía en verdad una timidez contenida.

Pero, por primera vez en su vida, no supo cómo halagar a una mujer. O mejor dicho, a una niña. Y eso lo hizo sentirse superficial, y aún más torpe e inadecuado.

La dejó marchar y se quedó mirándola hasta que desapareció.

Nicholas, el primogénito del duque, tomó a su hermana por el brazo y la escoltó entre la multitud.

—¿Ha pasado algo, verdad, Sophie?

—Nada grave.

—¿Me lo contarás?

—No sé, ahora despidámonos.

Lord y lady MacKendrick sonreían satisfechos por el éxito de la velada.

—Excelencias, esperamos que la fiesta haya sido de vuestro agrado —afirmó formalmente lady MacKendrick, consciente de tener todas las miradas sobre ella.

La duquesa se acercó para susurrar:

—Alice, ¡has estado magnífica! Incluso los comentarios de los invitados son más que positivos. ¡Te felicito, querida!

—¡Gracias, Eleonor! Sophie, ¡dame un beso! ¿Un paseo por Hyde Park mañana? —preguntó lady MacKendrick, mirando a la joven con ojos celestes y genuinos.

—No sé, tal vez no —respondió Sophie con una sonrisa educada que intentaba ocultar su malestar—. Creo que, después de todo, descansaré, lady MacKendrick, porque estoy realmente agotada.

El duque y la duquesa la miraron con sospecha.

—Efectivamente, es tarde —coincidió lord MacKendrick.

—Deberías estar contento, Roy —intervino el duque—. Esto significa que los invitados han estado bien a gusto.

—Sí, tienes razón, Kein. Pasaré por tu casa mañana por la mañana por ese asunto que ya sabes.

El duque hizo un rápido asentimiento con la cabeza y se despidieron.

Eleonor sabía que, a la mañana siguiente, su marido y lord MacKendrick hablarían del nuevo viaje con sus barcos. No le hacía ninguna gracia, como cada vez que decidían partir. La lejanía de Key, los probables peligros de la piratería y los acuerdos comerciales en tierras extranjeras siempre le causaban aprensión. Cuanto más pasaban los años, menos disfrutaba viendo a su marido alejarse.

—A mí también me gustaría participar —declaró Nicholas con determinación.

Ella contuvo la respiración, esperando interesadamente que Keiran no estuviera de acuerdo.

Los segundos de silencio que siguieron acentuaron el enfado del duque por aquella declaración inoportuna y su dura mirada amonestó a Nicholas, que no añadió nada más.

Un sirviente les entregó sus capas y capotes. Subieron al carruaje bajo las miradas reverenciales de muchos invitados. El vehículo se puso en marcha.

—Te había prometido que en el momento oportuno participarías. Tenía intención de decírtelo apenas llegáramos a casa. Nick, no te me adelantes. No lo hagas nunca más. Si digo algo, es eso. Si además lo prometo, ten por seguro que lo cumpliré.

—Perdón. Estoy tan ansioso por navegar que...

Keiran lo interrumpió con un gesto de la mano y él guardó silencio. Luego miró a Eleonor: estaba aterrorizada ante la idea de que su hijo comenzara a navegar solo. Percibía su esfuerzo por contenerse y no hacer algo que desagradara a ambos.

Al llegar a casa, el mayordomo de los Northcliff, Ben Wilson, se acercó solícito.

—Buenas noches, excelencias. Lady Sophie, lord Lothian —les saludó recogiendo el capote del duque.

—Vete a la cama, Ben, gracias. Recuerda que mañana por la mañana lord MacKendrick y lord St. James estarán aquí por el asunto de la partida —le informó el duque.

—Muy bien, excelencia —respondió Ben Wilson, ya acostumbrado a ser informado de cada iniciativa.

Lord Northcliff lo había llevado consigo durante años en cada expedición comercial, y no solo eso. Había participado en las correrías del duque cuando éste vestía los ropajes de Blake, el pirata que arrasaba sin piedad las naves francesas con actos de piratería en toda regla.

Por eso fue más que natural que el duque añadiera:

—Nick vendrá con nosotros, Ben.

El mayordomo sonrió complacido hacia el joven heredero, quien a su vez le guiñó un ojo con aire divertido.

—¡Felicidades, lord Lothian, una gran noticia!

Eleonor siguió a Sophie, sin prestar atención al intercambio de comentarios jocosos entre los tres hombres. Solo dijo:

—Ben, por favor, avisad a Hettie de que no me espere, me quedaré unos minutos en la habitación de Sophie.

Hettie era también su doncella personal, además de ama de llaves en la casa Northcliff.

El duque intuyó que madre e hija charlarían largo rato. Entrecerró ligeramente los ojos mientras las observaba subir las escaleras y se propuso pedirle explicaciones más tarde sobre el malestar de Sophie y la molestia que le había causado la noticia de la partida.

Sophie abrió la puerta de la habitación, saludó a Jenny, su doncella, y le hizo un rápido gesto de despedida. Ésta se inclinó y desapareció.

—¿Qué ha pasado, Sophie?

La chica sacudió la cabeza, reacia a hablar. Su modo de ser reservado no le permitía exteriorizar con facilidad.

Eleonor se acercó con una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy aquí por ti, te escucho, querida.

Tras otro momento de vacilación, Sophie comenzó a balbucear algunas palabras. Su voz temblaba mientras relataba el accidente. Las palabras, al principio entrecortadas, salían luego de corrido. Estaba agitada y su emotividad emergía como siempre cuando estaba en compañía de su madre. No tenía nada de la señorita estirada que apenas media hora antes había puesto en su lugar tanto a Miss Violet como a lord Richmond.

—Me he vengado —afirmó la joven con aire desafiante.

—¿Cómo? —preguntó su madre, anticipando con gusto la respuesta.

—Le he dicho que debería quedarse en casa cuidándose la urticaria que tenía en las piernas, que, por cierto, podría ser contagiosa. —Sophie temía la reacción de su madre, y sin embargo no dejó de mirarla ni un segundo, lista para recibir la merecida reprimenda.

Eleonor sonrió divertida. Luego la asaltó una sospecha.

—¿Ante quién?

—Lady Rosanne, lady Fanny y los condes Richmond, Selkirk y Fishbourne.

Eleonor puso las manos en las caderas y frunció el ceño.

—Mal, Sophie MacKendrick, realmente muy mal. Si tu padre supiera de una falta de educación como ésa, sería capaz de fulminarte.

En realidad, parecía más preocupada por su hija que por lo que había hecho.

—¡Ya no aguanto más que me vean como la rara y fría a la que los jóvenes mantienen a distancia! ¡De verdad! ¡Nadie me aprecia por lo que soy, mamá, nadie! —respondió Sophie con un volumen de voz demasiado alto para el estándar exigido por los buenos modales y para lo que ella misma se imponía.

Reprimida durante demasiado tiempo en su malestar interior, comenzó a llorar desesperada, gimoteando de un modo inesperado. Explotaba con reacciones incontrolables cuando retenía sus emociones durante mucho tiempo.

—¡Entonces deja de ser tan fría y muestra tu verdadero yo! ¡La verdadera Sophie está aquí delante de mí y llora! ¡La verdadera Sophie tiene un fuego dentro que arde hasta hacerla estallar! ¡Deja de usar estos vestidos insípidos y adorna tu cabello con algún maldito accesorio! ¡Sé tú misma, maldita sea!

Eleonor era una madre fuera de lo común, pero a eso sus hijos estaban acostumbrados. Así que Sophie no se sorprendió ante ese lenguaje subido de tono ni ante el ímpetu de los modales maternos. Al contrario, siguió emitiendo sollozos lastimeros y conmovedores, con sus hermosos ojos verdes empañados por las lágrimas de sufrimiento.

—No... puedo... no sé... cómo hacerlo...

Eleonor sintió pena por ella y la abrazó.

—Está bien, tesoro mío, está bien. Lo intentaremos juntas y todo irá mejor. Ahora cálmate.

La puerta se abrió de repente y el duque apareció en el umbral, más imponente que nunca. Había oído todo.

Se acercó a ellas y murmuró:

—Yo sé cuánto se sufre al no expresar el propio yo, los propios sentimientos. Lo sé muy bien. Pero debes cambiar, Sophie.

—No puedo. Cuando estoy entre la gente me siento sola y excluida, me pongo tensa, tengo pánico de que ese demonio me tome por sorpresa y todos vean en lo que me convierto —balbuceó Sophie, sin importarle estar en ropa interior—. Tengo miedo del juicio de los demás, de ser criticada, de que me definan como loca, enferma o poseída.

Keiran la rodeó con un brazo y envolvió el cuello blanco y delgado de su amada hija con su gran mano. En pocos instantes, las vibraciones beneficiosas que solo él sabía transmitir calmaron a Sophie.

Parecía que ninguno de sus siete hijos, entre varones y mujeres, había heredado ese fantástico poder. Pero él temía desde hacía tiempo que la fuerte emotividad que Sophie se empeñaba en ocultar entre timidez y reserva fuera el preludio de ese don, bendito o maldito. Sí, lo temía, porque sólo él comprendía cuánto peso y cuánta responsabilidad implicaba tener ese don.

—Lo solucionaremos juntos, Sophie. Escucha a tu madre, es una experta en cuestiones emocionales y sentimentales. Ella sabrá qué aconsejarte.

Al ver que la joven asentía en señal de obediencia, se acercó a Eleonor, le atrajo la mano hacia su nuca y le dijo:

—Quédate con ella, *leannan*, ayúdala. Háblale como siempre me has hablado a mí. Y no te preocupes por Nick: puedo sentir lo que estás pasando.

Ella agradeció esa última afirmación que le dio confianza. Asintió, rozando sus labios con la boca, dándole una leve caricia.

—Cuando te des cuenta de que estás reprimiendo un instinto, Sophie, haz lo contrario. Permite que ese instinto tome el control —le ordenó Eleonor, acomodando la manta y sentándose junto a su hija.

—Mi venganza contra esa bruja de Miss Violet fue instintiva.

—Sí, tienes razón, carente de educación, pero definitivamente instintiva. La sociedad aborrece ese tipo de comportamiento, tesoro,

lo denigra y juzga mal a quien lo lleva a cabo. Yo era así —susurró su madre, como si estuviera revelando un secreto—, siempre llena de fuego y pasión. Sincera hasta el exceso. Pero estas cosas ya las sabes. Y aun así encontré a tu padre. Tarde o temprano habrá un hombre que te acepte, incluso con esa enfermedad que la Providencia quiso asignarte. Y si no lo encuentras, paciencia. Tu padre y yo nunca te obligaremos a casarte, recuérdalo. Como madre y educadora no puedo decirte que esta noche tuviste un comportamiento ejemplar, Sophie. Como mujer... bueno, ¡peor para esa odiosa de Miss Violet!

—¡Habrías estado orgullosa de mí, mamá, de verdad! Todos se han quedado mudos.

—¡No me cuesta imaginarlo! —exclamó Eleonor riendo.

—Y también fui instintiva cuando he puesto en su lugar a lord Richmond.

—Vaya, cuenta —ordenó, demasiado curiosa para mantenerse en su papel parental.

—Parecía que se estaba burlando de mí con esa sonrisa provocadora, ¡y yo lo he puesto en su sitio! También he pensado que Bridget tiene razón cuando dice que nunca hay que cambiar por nadie.

—Por fin lo has entendido, querida.

—En fin, parecía tan seguro de sí mismo que me ha irritado.

—Creo que te gusta. Eso te molesta porque por primera vez no puedes controlar una emoción. Lo atacas para defenderte.

Lady Northcliff, directa y franca como siempre, había dado en el clavo.

Silencio.

Sophie frunció el ceño, desconcertada al darse cuenta de que su madre tenía razón, pero tuvo la honestidad de no negarlo.

Eleonor la besó y se puso de pie.

—Siempre me ha agradado la actitud despreocupada de lord Richmond. Tomar la vida con alegría y arrojo es una virtud, aunque a veces se exceda. Y admitir que te gusta es un comienzo prometedor.

La puerta se cerró y la joven suspiró, girándose de lado.

Las llamas del fuego subían al compás de una danza cálida y envolvente que acompañó sus pensamientos durante algunos minutos. Aceptó con gran valentía la última afirmación de su madre y se admitió a sí misma que el conde de Richmond le gustaba.

Sin embargo, se forzó a no aceptar que aquellas vibraciones persistentes que sintió durante el diálogo con el conde fueran la herencia del don de las manos de su padre. Resopló molesta y se obligó a dormirse.

Los jadeos de placer de Maureen colmaban la habitación de manera armoniosa.

Christopher pensó que la bella bailarina, perfecta por su cuerpo proporcionado, por su voz melodiosa, por la elegancia de sus gestos, por su brillante melena oscura, lo era también en modular suspiros excitantes y bien ritmados.

Apartó su rostro del de ella para poder mirarla mejor y deleitarse con la expresión perdida en el gozo que precede al orgasmo. Alejó las caderas, deslizándose apenas fuera de ella, y embistió con un movimiento agresivo. Otro suspiro delicioso escapó de los labios femeninos.

Repitió ese movimiento erótico, esperando con cada embestida una reacción mayor.

Maureen se arqueó, ofreciéndose por completo, con las piernas abiertas todo cuanto pudo, los brazos echados por encima de la cabeza, los senos pequeños de puntas prominentes ondeando por aquel asalto. Los gemidos se intensificaron, convirtiéndose en sonidos lascivos.

Christopher no resistió el impulso de lamerle un pezón, usando la lengua para despertar los sentidos adormecidos. Jugó unos segundos en la cumbre que se le había ofrecido, saboreando la piel delicada y sensible, mientras esperaba a que ella llegara. Capturó el instante exacto en que la muchacha comenzó su ascenso hacia el orgasmo, entonces la colmó hasta el fondo y se quedó allí, envuelto en aquel nido ardiente y palpitante. Solo entonces liberó su propia explosión con un rugido breve e inesperado.

Fue intenso y rápido, tal como quería que fuera, tal como debía ser entre dos amantes que no compartían nada más que el sexo. Sin ataduras emocionales, sin desilusiones, sin enfados. Sólo sexo, nada más que sexo.

Maureen volvió a respirar con normalidad, los ojos cerrados, el rostro satisfecho.

—Ahora estoy bien, lord Richmond. Como siempre.

Él salió de su femenino cuerpo, sujetando aún su miembro rígido con tres dedos en la base para evitar que el capuchón de tela se deslizara. Se dejó caer a su lado en la amplia cama y permaneció unos minutos mirando el techo antes de posar la vista en la habitación elegantemente decorada.

Maureen tenía buen gusto, aunque, sin duda, el dinero que él le daba contribuía a sus acertadas elecciones en la decoración.

Pensó que ella recibiría a otros hombres allí, en su bonito apartamento, y esbozó una sonrisa ante aquella idea. No le importaba lo más mínimo, porque él, como cualquiera, sabía que de una mujer como Maureen no había que esperar nada más que placer efímero.

Apenas giró la cabeza para admirar el perfil de la joven.

La penumbra le jugó una mala pasada: en esa tenue luz, tal y como estaba, a punto de dormirse, con esa expresión casi infantil y el cuerpo rendido y expuesto, le vino a la mente la semioscuridad de un jardín donde se recortaba nítido el perfil perfecto de una joven de su misma edad. Lady Sophie.

Se puso tenso.

—¿Cuántos años tienes, Maureen?

Ella masculló y no contestó.

Él se alzó y se apoyó sobre un codo.

—¿Cuántos años tienes?

Maureen abrió los ojos y le miró con desconfianza. Su mirada decidida le indicó que el conde exigiría una respuesta.

—Diecisiete.

No era una mujer, sino una chiquilla, como lady Sophie. Sin embargo, Maureen sabía cómo y qué hacer con un hombre.

Solo con acercarse a ella se sentía sucio, pues difícilmente podía negar que la hija del duque era morigerada y pura.

Constató que ambas parecían más maduras de lo que correspondía a sus años, aunque por motivos muy distintos: Maureen hacía el amor con la experiencia de una mujer adulta; lady Sophie, en cambio, destacaba por su inteligencia, su capacidad de discusión, su elegancia y sus buenos modales, como una noble casada y experimentada.

Concluyó que, si bien era imposible que la bailarina adquiriera las habilidades de lady Sophie, por el contrario, no era imposible, sino más que probable, que tarde o temprano lady Sophie se convirtiera en una mujer apasionada.

Este pensamiento le desgarró los sentidos, provocándole una erección inesperada e inoportuna. Era la tercera vez esa noche que lady Sophie le despertaba esa respuesta física.

Irritado por la intrusión repentina que ella hacía en su mente, alterando su perpetuo buen humor, se puso de pie de un salto, se vistió y se marchó sin decir una palabra.

3

Julio de 1833

Shell Bay Manor, Fifeshire, Estuardo de Forth, Escocia

—Adoro el aroma del pan recién horneado —murmuró Sophie mientras disponía los sándwiches en perfecto orden en el fondo de la cesta.

—Pues deberíais comer más, no solo olerlo —refunfuñó Lorna Begbie, la vieja cocinera de Shell Bay Manor. La anciana ya estaba acostumbrada a sentarse en un cómodo sillón acolchado junto al hogar, que mantenía siempre encendido, incluso en verano. Su edad ya no le permitía ser la cocinera oficial, por lo que desde su confortable posición daba órdenes a dos chicas y un joven que la duquesa le había permitido elegir personalmente.

—¡Estáis demasiado delgada, ésa es la verdad! ¡A los hombres les gustan las curvas! Claro, el pecho crece un poquito, pero ¡tenéis que comer más! ¡Eso es lo que debéis hacer!

Sophie ignoró el comentario sobre su modesto busto para contener el rubor que amenazaba con subirle a las mejillas. Colocó también una gran cantidad de pastelitos sobre los sándwiches. Escogió uno blando y se inclinó hacia la anciana.

—Lorna, ¿te apetece un pastelito? Está blandito y es exquisito. Lo sé porque, en lugar de comer pan, he comido tres de éstos —mintió para complacer a la vieja.

—¿De verdad, lady Sophie?

—De verdad.

Lorna mostró una adorable sonrisa desdentada y, satisfecha, tomó el dulce.

Las dos cocineras se miraron entre risitas. La anciana sentía un gran afecto por los hijos de los Northcliff, pues había volcado en

ellos todo el cariño que no pudo dar a unos hijos propios, al no haberlos tenido nunca. Pero tenía una debilidad especial por aquella joven, que de vez en cuando sufría la agresión de un demonio que la transformaba de criatura tranquila, tímida y elegante en un ser poseído por unas convulsiones diabólicas.

Sophie le dio un beso a la vieja cocinera, tomó la cesta y se dirigió a la entrada principal.

Unos años atrás, jamás se habría permitido una muestra de afecto semejante. Sin duda, la ayuda de su madre había sido clave para convertirla en una auténtica Northcliff: sociable, cariñosa, llena de atenciones y de gestos afectuosos, aunque solo con los miembros de su familia y con quienes realmente le importaban.

El cambio que había experimentado con el tiempo le había hecho descubrir una sensación de liberación que le agradaba. Solo dos cosas le generaban inquietud.

Su sensibilidad hacia los demás, su manera de escucharlos y ayudarlos se transformaba en una extraña forma de ansiedad, de agitación. Y aquel estremecimiento interior, como lo había llamado años atrás, se parecía cada vez más a las vibraciones que su padre, el duque, le había contado que percibía gracias al don de sus manos.

Y el peligro de que alguien del servicio revelara su enfermedad secreta se volvía más tangible con cada día que pasaba. Una posibilidad así habría tenido consecuencias catastróficas para ella y su familia.

En una época en la que las dolencias desconocidas se asociaban con algo peligroso que debía mantenerse a raya, o incluso con maldiciones divinas por pecados que debían ser expiados, los Northcliff se vieron obligados a ocultar su estado de salud, traicionando así los sólidos principios de sinceridad a los que estaban acostumbrados.

Sophie cruzó el umbral de la puerta principal y la luz del sol la golpeó con crudeza, cegándola. Entrecerró los ojos un instante para acostumbrarse al resplandor de aquel día de verano y luego se encaminó hacia el gran roble.

Observó a los presentes que estaban sentados allí, reconociendo a Nicholas, a su abuela, a lady Bridget Northcliff, y a la anciana Mrs.

Agatha Brodie, que en su día había sido la institutriz de los Northcliff.

Se percató de inmediato de que su abuela, con la mirada absorta y una sonrisa inmóvil en el rostro marcado por los años, observaba a su nieta Bridget, quien solo tenía de ella el nombre. Consideraba, de hecho, que la joven era un pequeño terremoto, un muchacho enérgico atrapado en el cuerpo de una niña, siempre en movimiento, con conocimientos que no correspondían a alguien de quince años y con un aspecto que irradiaba pura efervescencia, debido a su cabello rojo, rizado y rebelde, que con demasiada frecuencia llevaba suelto. Para empeorar las cosas, la muchacha tenía la nariz y parte de las mejillas cubiertas de pecas, pues se negaba a llevar sombrero para proteger su piel clara.

—Aquí está la limonada —exclamó Sophie con voz melodiosa. Repartió un dulce a cada uno y, cuando estuvo frente a su hermano, le susurró:

—Ve tranquilo, yo me quedo con ellas.

Nicholas tomó dos porciones de pastel, se puso de pie y dijo:

—Abuela, Mrs. Brodie, voy con el tío Roy. Seguro que está cansado, y yo me muero de ganas de entrenar un poco. Nos vemos luego.

Se alejó a buen paso, la postura erguida: era igual a su padre, el duque, en la seguridad con que avanzaba, en su forma de hablar, de observar y hasta en el color de su cabello, aunque no negro, sino castaño. Sólo había heredado dos cosas de Eleonor: el verde de los ojos y la alegría con la que afrontaba la vida.

Sophie ocupó el asiento que había dejado Nick, con el vaso en la mano.

—Querida, ¿sigues en contacto con alguna amiga que te haya quedado en Londres? —preguntó lady Bridget Northcliff.

—No mucho. En mayo recibí una carta de lady Fanny. No sé bien por qué se toma la molestia de escribirme cada vez que estoy en Escocia, aunque sospecho que tiene que ver con nuestra común antipatía por Miss Violet. Ni siquiera la considero una amiga, es solo una conocida con la que coincido en las fiestas, nada más.

—¿Sigue cortejándola lord Richmond? —preguntó su abuela.

—Lord Richmond corteja con bastante facilidad a todas las jóvenes nobles y agraciadas. Siempre que no piensen demasiado.

Lady Bridget Northcliff se volvió a estudiar a su nieta, pues no le había pasado desapercibido el matiz sarcástico.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que me da la impresión de que teme enfrentarse a chicas inteligentes, hábiles con las palabras y de carácter decidido —le explicó Sophie.

Sophie había coincidido con el conde de Richmond muchas veces en los últimos años, y en todas la había ignorado, o mejor dicho, no le había dirigido la palabra. Se mantenía a distancia, observándola con una insistencia a menudo inapropiada, y ella no sabía si era por su aspecto, cambiado con el tiempo, o por la seguridad de sus palabras. Después de todo, su experiencia con los hombres era mínima.

Hubiera querido que él se acercara, que mostrara interés y entablara conversación. Pero sabía bien que eso nunca ocurriría; es más, en ocasiones convenía consigo misma que era mejor así. ¿A dónde habría llevado una relación más íntima si no al descubrimiento inevitable de su enfermedad? Ningún hombre en el mundo aceptaría vivir con una mujer epiléptica, y mucho menos alguien como Richmond.

Involuntariamente comenzó a torturarse el labio inferior, atrapada en sus reflexiones.

Y sin embargo, el conde le gustaba mucho. Más que cualquier otra cosa, a Sophie le encantaba de él el hecho de que no era indolente, como la mayoría de los nobles de la alta sociedad que la rodeaban. El haber crecido en una familia en la que todos se esforzaban por ganarse la vida había tenido sin duda un peso en su formación: su padre comerciaba gracias a los numerosos barcos de los que también era propietario, su hermano Nick había comenzado a seguir sus pasos desde hacía algunos años, y su madre acababa de abrir la segunda Casa de las Jóvenes Mujeres, donde se acogía a madres solteras, hijas vendidas como sirvientas, mujeres violadas e indefensas que querían aprender un oficio honorable para volverse independientes.

—Te gusta —afirmó de repente lady Bridget Northcliff, observando el movimiento nervioso de su hermosa boca—. Tal vez deberías actuar menos como una intelectual y más como una damisela, Sophie. Después de todo, te has convertido en una hermosa mujer, y te juzgarían con mayor favor si no te obstinaras en usar vestidos tan modestos y en llevar ese moño tan recogido. A veces, para atrapar a un hombre, hay que hacer concesiones.

—Mamá no las hizo.

—Tu madre las hizo, y muchas. Solo después, con sus maneras convincentes y sus estrategias dulces como la miel, moldeó a tu padre. —Sophie frunció el ceño, absorta en sus reflexiones—. Eres como tu padre. Tú también necesitas a alguien que sepa suavizarte —susurró lady Bridget Northcliff, dándole un leve golpecito con la punta del abanico.

Sophie la miró de reojo, sabiendo bien que su abuela tenía razón. Tal vez por eso seguía fantaseando con que el hombre ideal fuera lord Richmond: despreocupado y experimentado, sabría sacar a la luz la parte más auténtica y emocional que ella aún se resistía a aceptar.

¡Esa parte más auténtica era también la que emergía con sus malditos ataques! No, ¡era inútil perderse en esperanzas necias y vanas!

—De todos modos, ya es demasiado tarde: desde hace algún tiempo el conde corteja de manera más decidida a lady Fanny, tanto que ya se rumorea un compromiso antes de que termine el año.

—Tu madre se lo habría llevado y punto —refunfuñó Agatha sin piedad.

—Sophie, yo digo que tienes tanto miedo a una derrota que intentas justificarte con razones poco convincentes —afirmó su abuela.

—¡Amén! —soltó Mrs. Brodie.

Sophie apretó los labios: ¡era tan molesto oír la verdad en voz alta, mientras trataba de ignorarla!

Edimburgo, Escocia

Ajeno, como de costumbre, a la etiqueta que recomendaba a los nobles utilizar un carruaje adecuado y, a ser posible, un sirviente, caminaba con paso decidido, la cabeza baja, clavada en el adoquinado, absorto en sus pensamientos, la seguridad de su porte acentuada por el traje azul oscuro que realzaba su figura esbelta y atlética. Sus ojos verdes, enmarcados por pestañas negras, y apenas entornados, aún veían la intensa mirada azul del duque de Northcliff, quien se había mostrado dispuesto a invertir una suma considerable en la construcción de su segunda fábrica. Le había agradecido, pero había rechazado la oferta, pues abrirse camino por sí mismo siempre había sido su lema, además del de su socio.

Rememoró la reconfortante escena familiar que se había desplegado de fondo mientras conversaba con su excelencia dentro del secular castillo de los Northcliff: en el inmenso jardín, un grupo de ruidosos niños se turnaba en juegos y deportes, y algunas mujeres se afanaban en ofrecer comida y bebidas.

Una sonrisa repentina suavizó la seriedad de su expresión habitual cuando recordó el rostro exasperado del duque que observaba a una niña pelirroja, de no más de quince años, discutiendo vehementemente con una joven rubia impasible, presumiblemente su hermana. Después de que el duque y él se despidieran, mientras recorría el sendero hacia su caballo, no pudo resistir la tentación de mirar atrás: Lord Northcliff había levantado una mano para hacer un gesto afectuoso a la duquesa sonriente, asomada al balcón de la primera planta, y las dos chicas se habían separado; una corría despreocupada hacia sus hermanos, la otra caminaba con compostura hacia la casa.

Esa imagen quedaría grabada para siempre en su mente: una familia alegre, con preocupaciones y problemas como todas, pero unida y solidaria. Así eran los Northcliff.

Se encontró deseando ser el protagonista de una historia similar. Esa constatación hizo que su paso rítmico se ralentizara. Sorprendido por su inesperado descubrimiento, sus brillantes ojos verdes se alzaron para mirar el cielo lleno de nubes que presagiaban una tormenta, y sus dedos se cerraron con fuerza, como si intentaran retener un anhelo incontenible.

Kenneth MacQuoid, conde de Selkirk, decidió en ese preciso instante que lucharía con todo su ser por tener una familia como la de los Northcliff.

Siempre había sido un chico serio y obediente, e incluso cuando transgredía, dedicándose a placeres como mujeres o juegos de azar, sabía usar un raciocinio y una sabiduría cautivadoras. Incluso ahora, a sus veintisiete años, sabía salirse del camino sin causar alboroto, sin atribuirse méritos por cosas que otros jóvenes habrían usado como motivo de orgullo; pero, a diferencia de la mayoría de sus coetáneos, reconocía los valores de la familia, la amistad, el trabajo duro y constante que comporta gratificaciones, los sentimientos y el respeto por los demás, y luchaba por defenderlos, olvidando a menudo su título, su nobleza y la etiqueta.

Un ruido lo obligó a arrancar esos pensamientos de su mente. Miró hacia el callejón a su izquierda y vio a un muchachito muy delgado, de piel negra, que retrocedía aterrado ante el bastón de madera que un hombre amenazaba con romperle en la cabeza. De pronto, aquel sujeto, digno de presidio, descargó su furia sobre la espalda del joven, que, sin embargo, logró girar sobre sí mismo.

La expresión reflexiva de Kenneth cambió, sus ojos se volvieron cortantes y su mandíbula se tensó.

—¡Eh! —gritó furioso, captando la atención del corpulento hombre—. No me gusta el que golpea a los más débiles —dijo de manera lenta y amenazante. Caminó hacia él con paso seguro.

El otro, sorprendido por esa inoportuna intrusión, bajó el brazo.

—¿Y tú quién demonios eres? —murmuró al notar la vestimenta elegante de Ken—. Escucha, sangre azul, el harapiento es mío porque he pagado bien por él y debe hacer lo que yo diga, así que sigue tu camino, que es mejor para ti.

El conde permaneció inmóvil. Luego, moviendo solo la mirada, un gesto habitual que dominaba a la perfección, le preguntó al chico:

—¿Es tu amo?

—Sí —murmuró el pequeño, revelando unos ojos oscuros como el carbón y brillantes como el ónice bien pulido. Su expresión atónita se debía sin duda al hecho de que nunca un noble se había molestado en defenderlo.

—¿Quieres venir a trabajar para mí? —le propuso el conde, seguro de la respuesta.

—¡Vete a la mierda! ¡Lárgate antes de que te abra la cabeza con este bastón! —gritó el rufián avanzando.

Ken no le prestó atención.

—Pequeño, no me has respondido.

Antes de que pudiera hacerlo, su amo levantó el brazo y tomó impulso para estrellar su arma contra Selkirk. Pero éste, con un movimiento increíblemente rápido e inesperado, sacó un cuchillo de su cintura y lo colocó en la yugular del hombre, justo encima de la clavícula.

El brutal individuo detuvo el movimiento de su brazo, abrió la mano y dejó caer el arma. Sentía los ojos de su adversario perforándolo como si fueran espadas finas y afiladas. Contuvo la respiración.

Ken lo tenía vigilado, presionando apenas la punta de la hoja contra la piel oscurecida por la suciedad. Un hedor a sudor y comida rancia llegó a sus fosas nasales, pero no se inmutó.

—¿Entonces, pequeño?

—¡Voy con vos!

—Muy bien. Camina, te sigo.

—No... podéis... Yo lo compré...

—La esclavitud es ilegal, montón de mierda. ¿Quieres que te haga encerrar? —Ken dio un paso atrás sin dejar de mirarlo. Luego guardó el cuchillo en la cintura, en la espalda, sin preocuparse en absoluto de que el bruto pudiera reaccionar. La seguridad de estar en lo correcto le daba fuerza, como siempre cuando se rebelaba contra las injusticias—. Soy Kenneth MacQuoid, conde de Selkirk. Búscame y me encontrarás listo para matarte, te lo juro —le susurró. Atravesó con la mirada al asustado adversario, como solo él sabía hacer cuando se enfadaba. Dio tres pasos hacia atrás y se marchó para alcanzar al pequeño.

—Gracias, señor —balbuceó el desnutrido ser.

Ken se detuvo a observarlo. Notó una laceración en el pómulo demacrado, la camisita sucia de ceniza y sangre, los pies expuestos al frío, apenas cubiertos por un conjunto de harapos que hacían las

veces de zapatos. Decidió que lo llevaría a casa y lo pondría al cuidado de Mark, su criado personal.

—¿Cómo te llamas? —Levantó la barbilla del pequeño para examinar mejor el corte sangrante.

—Yohaness.

—Como John o Giovanni. ¡Me gusta! —comentó, arrancándole una sonrisa al chico. Limpió el líquido espeso que salía de la herida con su pañuelo—. Ness, ¿qué sabes hacer?

—Limpiar el hollín de las chimeneas.

Ken dobló el cuadrado de tela ya sucio y lo presionó sobre la piel del joven.

—No volverás a trabajar de deshollinador nunca más y, nadie volverá a golpearte de nuevo, te lo prometo.

Shell Bay Manor, Escocia

—¡Me siento tonta! ¡Y ridícula! —exclamó Bridget, la tercera hija del duque de Northcliff, mientras se miraba al espejo bajo la mirada severa de su abuela, Lady Bridget Northcliff. Sus ojos azules, brillantes y vivaces, se movían expresivamente, y su cantarina voz interrumpía el murmullo de fondo que provenía de las alcobas de sus hermanos menores, haciendo que cada una de sus afirmaciones sonara aún más impertinente.

Cuando llegó al mundo, el castillo de los Northcliff en Escocia conoció, por primera vez y en muchas generaciones, las vibraciones de un llanto irreverente, estridente y petulante que puso a prueba los oídos de sus habitantes.

Los presentes en el parto se miraron desconcertados por tal ímpetu, pero no emitieron comentario alguno, esperando escuchar al duque, que parecía atónito.

Durante el embarazo de Eleonor, Keiran había sospechado que el bebé sería vivaz, pero en el momento en que la pequeña salió del vientre materno, tuvo la certeza de que aquella criatura sería una piedra en el zapato para toda la familia.

—*Mo' leannan*, ahora comienzan nuestros problemas, lo juro —había proclamado en voz alta.

Crecida en un ambiente poco común, donde el extremo rigor educativo se alternaba con una liberalidad de pensamiento, Bridget se había convertido en una muchacha simpática, afectuosa, altruista, sensible, pero también hiperactiva, rebelde, curiosa, aventurera y locuaz.

Por supuesto, su apariencia física resaltaba cada característica de su peculiar personalidad. Su cabello pelirrojo era rizado y ella evitaba en lo posible la imposición de peinados y lazos, prefiriendo llevarlo suelto. Además, la blanquísima piel de su rostro estaba salpicada de pecas que, cada verano, se multiplicaban porque se negaba a usar sombreros para protegerse del sol.

Al observar el vestido de fina tela amarilla, Bridget arrugó la naricita en una mueca. Echaba de menos el viejo y gastado vestido gris oscuro que usaba para sus múltiples actividades al aire libre. Por un segundo, rememoró la diversión que había sentido una hora antes mientras practicaba esgrima con su hermano Nicholas, heredero del duque.

Esa mañana, Nick se había quedado largo rato sentado bajo el gran roble para hacer compañía a su abuela, lady Bridget Northcliff, y a la anciana Mrs. Brodie; cuando Sophie, su hermana, había aparecido con una gran cesta de dulces y bocadillos, él había considerado oportuno escabullirse. ¡Su hermano mayor era el mejor! Al verlo acercarse hacia ellas, ella había suplicado al tío Roy, hermano de su padre, que la dejara competir con Nick.

—Deberías recogerte el cabello, Bridget, como hacen todas las señoritas —le había aconsejado el hermano de su padre, apartando de su rostro delgado y salpicado de pecas los suaves mechones que ardían a la luz del sol—. Y ponerte los zapatos —había añadido.

—¡Te lo suplico, tío! ¡Quiero probar con Nick!

Habían comenzado a enfrentarse, ella con un fervoroso empeño, él sin ningún esfuerzo y con mucha cautela, evitando embestidas agresivas y movimientos bruscos.

Toda imagen de la hermosa mañana fue borrada por lady Bridget Northcliff, quien, ignorando deliberadamente el desorden que invadía

el dormitorio de su sobrina para abordar el tema en otra ocasión, se colocó detrás de ella. Con su aire siempre sereno e imperturbable, la mujer nunca parecía conmocionada por los actos de rebeldía de la Northcliff más problemática que jamás se hubiera visto. Sin prestar atención a esas quejas, ajustó en el cabello una cinta dorada que amenazaba con soltarse en cualquier momento y dejar caer los rizos. La ató más fuerte.

—No me gusta ir tan emperifollada —replicó la testaruda chiquilla, manoseando la tela del corpiño en un vano intento de ensancharlo.

La abuela suspiró resignada, dando un golpecito a las insolentes manos de su nieta.

—Bridget, en primer lugar, no se dice emperifollada, sino elegante. Además, este vestido es en realidad bastante sencillo, perfectamente adecuado para una cena informal en familia.

La chiquilla apretó los labios, percibiendo una nota de impaciencia en la voz de su abuela.

—No sé cómo hacerlo. No soy como vos, mamá o Sophie. Me cuesta...

—Todas tenemos dificultades —interrumpió la anciana con una calma granítica que alarmó a Bridget—. Nosotras, las mujeres, más que los hombres. Tu madre tiene dificultades para guardarse sus juicios, y aun así lo logra la mitad de las veces. Sophie tiene dificultades para no parecer demasiado rígida, y sin embargo está mejorando. Yo tengo dificultades todos los días, desde que tu padre era pequeño: por culpa de tu abuelo, primero en vida, porque me hizo sufrir, y luego al morir... que el Señor lo tenga en su gloria, porque lo eché de menos y lo echo de menos más de lo que podría haberme imaginado. Así que no hables de dificultades, jovencita, al menos no antes de haberlas experimentado de verdad.

Bridget decidió ser cauta y no añadió nada más.

—Cuando un joven caballero te haga perder la cabeza, entonces volveremos a hablar de esto. Claro que deberá tener carácter porque contigo...

—¿Joven caballero? ¡Puaj! ¡Jamás me casaré! —estalló ella, incapaz de contenerse.

—¡Bridget MacKendrick! —exclamó lady Bridget Northcliff colocándose justo enfrente, con los ojos azul oscuro muy abiertos.

La muchacha contuvo el aliento y enmudeció de nuevo. A veces olvidaba que su abuela podía intimidar casi tanto como su padre.

—Mientras yo viva, te comportarás como es debido y no darás disgustos a tus padres. En casa puedes ser todo lo marimacho que quieras, pero fuera... ¡educación y respeto! ¿Está claro?

Bridget entonces recordó una discusión que tuvo años atrás con Sophie: su hermana, siempre obediente y sensata, había usado las mismas palabras. Comprendió que su abuela no aceptaría un no por respuesta.

—Sí, abuela.

—Y por lo que más quieras, ponte los zapatos.

—Sí, abuela.

—Muy bien. Ahora, llama a Sophie. Acompáñala en estas ocasiones para que te aconseje como es debido.

Mientras se calzaba los elegantes zapatos, pensando que eran instrumentos de tortura, Bridget asintió de nuevo. Luego se dirigió a la puerta, tropezando con un zapato y saltando sobre una enagua manchada de barro. Un pequeño carraspeo de su abuela la hizo detenerse. Alzó los ojos al cielo, reprochándose por esa torpeza. Luego se giró, hizo una reverencia, por cierto perfecta, y salió.

Lady Bridget Northcliff, al quedarse sola, paseó sus ojos inquisitivos por el desastre de aquella leonera. Por último, exclamó:

—Nunca se había visto una Northcliff tan revoltosa, es incluso peor que Eleonor, ¡ay!

Cuando Bridget vio la puerta cerrada, frunció el ceño. Era una orden estricta de su padre que Sophie mantuviera siempre la puerta entreabierta por miedo a sus crisis epilépticas. Una criada había sido contratada años atrás con el único propósito de estar cerca de Sophie cuando estuviera en casa, sin invadir demasiado su intimidad.

Bridget llamó a la puerta, y ningún sonido llegó desde el interior.

Decidió entrar tras el segundo intento, demasiado preocupada por aquel silencio. Tenía palabras de reproche listas para salir cuando se quedó atónita por lo que vio: su hermana estaba sentada en el suelo, con un gran número de dibujos esparcidos a su alrededor, algunos sobre la mesa, el rostro con manchas oscuras, las manos sucias, la falda indecorosamente levantada por encima de una rodilla dejando ver las enaguas y un pedacito de los calzones de encaje.

La luz del día daba a sus cabellos rubios destellos blanquecinos, resaltando las líneas delicadas de su rostro y cuello.

Bridget abrió los ojos de par en par ante aquella escena, mientras avanzaba con cautela, temerosa de romper aquel silencio sagrado. Cuando estuvo lo bastante cerca para ver, no pudo contener su asombro.

—¡Sophie! ¡Son maravillosos! —exclamó en voz alta al ver los numerosos bocetos de manos, brazos, piernas, perfiles y más, tanto de hombres como de mujeres; la carpeta abierta revelaba los dibujos terminados, entre los cuales destacaban, maravillosos, aquellos realizados durante el verano con su padre como sujeto.

El duque de Northcliff, a pesar de sus cincuenta y seis años, tenía un cuerpo forjado por el trabajo manual que desde muy joven realizaba con gran satisfacción para sus hombres. En uno de esos dibujos, Sophie lo había inmortalizado con el hacha en la mano, levantada por encima de la cabeza, mientras cortaba leña para el invierno; junto a él, dos jóvenes campesinos hacían lo mismo; una mujer de espaldas, cuyo rostro no era visible, lo observaba, con una mano apoyada en la cadera y la otra en la frente para protegerse del sol. Bastaba una sola mirada para entender que se trataba de su madre, Eleonor.

Sophie se sobresaltó tanto que dejó caer el carboncillo que tenía en la mano.

—¡Bridget! ¡Te juro que debería estrangularte!

La hermana levantó las cejas, divertida por aquella reacción exagerada.

—¡Vaya, qué diferente te ves! ¿Y éstos? ¡Son hombres! ¡Oh! ¡Sophie, son hombres! ¡Y son hermosos! —exclamó eufórica,

aplaudiendo como una niña a la que le han prometido un juguete—. ¡Y ése es papá! ¡Lo adoro, Sophie, lo adoro! ¿Me lo regalas? ¡Por favor, por favor, por favor!

Mientras tanto, Sophie se había levantado y, con ojos admonitorios, se acercó a su hermana, obligándola a retroceder asustada.

—Tú no has visto nada. Si de tu chismosa boca sale, aunque sólo sea una mísera referencia a lo que acabas de ver, juro que haré que te arrepientas amargamente.

Bridget notó que en ese momento Sophie se parecía de manera impresionante a su padre: los mismos ojos amenazadores, la misma dureza y determinación. Decidió hacer un rápido gesto de asentimiento con la cabeza, sin decir palabra.

—Ahora, largo —ordenó Sophie.

—Pero me manda la abuela, ya casi es hora de la cena.

Sophie miró el reloj sobre la repisa de la chimenea.

—¡Puerca Violet! —exclamó con una expresión inventada por ella misma.

Bridget se llevó las manos a la boca para no estallar en risas, sus ojos brillaban de diversión, aún más abiertos que antes.

—¡Vamos, ayúdame! Recoge los papeles —le ordenó Sophie.

Bridget obedeció. Cuando estuvo segura de que su hermana había recuperado la calma, se atrevió a preguntarle:

—Sophie, ¿me regalarías uno?

Silencio durante algunos segundos.

Sophie la miró por un momento.

—Elige. Pero no el de papá y mamá.

El rostro de Bridget se iluminó, mostrando la tierna felicidad de sus quince años. Admiró con calma los dibujos, hojeándolos uno por uno, intrigada por aquellos que representaban partes masculinas generalmente cubiertas, como el pecho, la espalda, un muslo.

Finalmente se detuvo en un cuerpo entero visto de espaldas: un brazo con el músculo tenso por el esfuerzo de sostener un fardo de leña sobre el hombro; el otro brazo colgaba junto al flanco desnudo; el pantalón estaba rasgado y, a través de la tela apartada, se vislumbraba un muslo; el mar servía de fondo.

—¡Éste!

Sophie, que ya se había desvestido, le lanzó una mirada rápida.

—Guárdalo en una de esas carpetas y escóndelo. Si alguien lo encontrara y te pidiera explicaciones, y tú mencionaras mi nombre, que sepas que lo negaría hasta la muerte —afirmó muy seria.

—Quédate tranquila. Tengo un lugar especial donde esconder mis cosas —explicó Bridget—. ¿Necesitas ayuda?

—No, no. Ve a esconderlo ahora mismo. Yo terminaré enseguida.

En cuanto Bridget salió, Sophie guardó todos los papeles en la carpeta oscura y la deslizó detrás de grandes volúmenes bien ordenados en los estantes de su pequeña librería, echando un vistazo cauteloso hacia la rendija que dejaba la puerta entreabierta. Nadie los encontraría. Había dado la orden de no limpiar nunca allí, alegando como excusa su celo por sus libros. Esto la obligaba a hacerlo ella misma, pero era un precio justo por mantener su pasión en secreto.

19 de noviembre de 1833

Londres, Residencia de Selkirk

¡Mr. MacQuoid, su cocinera es realmente excelente! —exclamó el conde de Richmond mientras terminaba de masticar un trozo de carne del estofado.

Kenneth sonrió y miró con satisfacción a su tío.

Niall rara vez bajaba a comer en el comedor, pero aquella noche había decidido hacerlo porque disfrutaba de la despreocupada compañía de Christopher: aquel joven aportaba un soplo de novedad y diversión, algo a lo que hacía tiempo había renunciado.

—¿Mejor incluso que el estofado de Dotty la Loca? —preguntó, ya que ambos solían comer en la taberna *El Cuerno de Oro* en los *Docks*, donde la gorda cocinera llevaba al menos treinta años preparando la comida. Todos la llamaban loca porque gritaba y vociferaba a las camareras con un lenguaje digno de los peores marineros.

—¡Por supuesto que sí! Pero no se lo hagáis saber a Dotty: apuesto a que sería capaz de servirnos nabos hervidos la próxima vez —respondió Chris antes de beber un sorbo de vino de una copa de cristal. Luego agregó:

—Y en tal caso, sólo el duque de Northcliff podría salvarnos.

—Cierto, Dotty siempre ha tenido debilidad por él, como todas las mujeres, por otro lado. Ken me ha dicho que a menudo se une a vos para cenar cuando os encontráis en los *Docks* —especificó Niall, mirando a Richmond como si esperara alguna información adicional.

—Le caemos bien. Es un hombre que nunca ha torcido el gesto ante los títulos inferiores, al contrario. Además, trabaja duro junto a sus marineros y obreros, y se dice que tampoco se da tregua cuando regresa a Escocia, donde al parecer pasa su tiempo libre construyendo extraños mecanismos, excavando la tierra o cortando leña.

—Sí, lo he oído decir. Lo conocí hace mucho tiempo. Acababa de casarse, y la verdad, nadie se lo habría esperado. Una mujer bellísima, aquella duquesa. Muy culta y vivaz.

—Su hija, lady Sophie, ¿recuerdas, tío? Te hablé de ella. Pues bien, asiste cada vez con más frecuencia a fiestas y cenas, y su hermano, lord Lothian, no se separa de ella ni un instante, como si fuera su perro guardián —dijo Kenneth.

—¿Es tan bella como para necesitar escolta? —preguntó el anciano riendo.

—En realidad, no precisamente —respondió su sobrino—. Es agraciada, pero hace todo lo posible por no llamar la atención, escondiéndose tras una actitud distante y una apariencia insulsa.

Chris levantó su copa como si quisiera confirmar cada una de sus palabras.

—¿Entonces por qué su hermano la vigila de ese modo? —insistió Niall.

—No tengo ni idea, tío.

—¿Y por qué no se la queda alguno de vosotros? Después de todo, es hija de un duque...

—A mí no me interesa —explicó Ken, levantando las manos—. De verdad, no le falta nada, pero no siento ningún tipo de atracción, y

sabes que yo quiero algo más que un matrimonio arreglado. Y además, no quisiera hacerle una jugarreta a Christopher. ¡A él le gusta!

—¡No digas tonterías! —exclamó el otro, soltando una carcajada.

—Lord Richmond, por la vehemencia con la que lo negáis, diría que mi sobrino ha dado en el clavo —lo molestó Mr. MacQuoid.

—No, no, no. Ahora os lo explico —dijo Richmond con un gesto exagerado, como para enfatizar sus palabras—. Lady Sophie me gusta, tiene algo misterioso en su fría reserva que oculta emociones intensas, y admito incluso que ese rasgo me intriga bastante.

Se detuvo un par de segundos y luego añadió:

—Pero es una mujer demasiado difícil para mí.

—¿Difícil? —Niall frunció el ceño, sorprendido.

—Tiene carácter... Detrás de su aparente docilidad, esconde un genio vivo y una lengua afilada que no tengo ningún interés en domar. Es decir, parece dócil, pero cuando menos te lo esperas... ¡bum! ¡Explota! Yo prefiero una mujercita tranquila de verdad. Lady Fanny parece ideal: donde la pones, se queda; lo que le ordenas, lo hace.

—Mi querido muchacho, aunque ya no sois un muchacho, lo que en realidad vos no queréis son complicaciones, eso es todo. Y eso no está bien, ¿sabéis? La vida no es siempre un camino llano, y parece que pretendáis exactamente eso: solo llanura. Hay bajadas peligrosas y subidas agotadoras, y siempre las habrá, incluso si os casáis con lady Fanny. Creedme.

—Quizás haya menos —replicó Richmond.

—No sabría decir cuántas menos, pero los grandes problemas también traen grandes satisfacciones.

El silencio reinó durante unos segundos, hasta que el tío Niall preguntó:

—¿Y la otra hija de su excelencia? Ken me ha repetido hasta la saciedad que es un torbellino.

Una sonrisa divertida iluminó los rostros de los tres hombres.

—La chiquilla pelirroja... se la ve poco, pero con eso basta para notar su carácter burbujeante. La diferencia con su hermana es que lady Bridget no se esconde en absoluto, ¡al contrario! Creo que

incluso le da dolores de cabeza al duque: recuerdo haberlo visto alzar los ojos al cielo, exasperado por culpa de esa chiquilla —afirmó Ken, complacido por las acciones irreverentes de la pequeña, que siempre causaba revuelo.

El tío Niall lo miró fijamente por un momento.

—¡Desembucha, muchacho! ¿Te gusta?

Su sobrino abrió de par en par sus verdísimos ojos, un poco enrojecidos por el cansancio de aquella larga jornada de trabajo en la fábrica.

—¡Nunca he hablado con ella! Además, solo tiene quince años —se defendió, aceptando la broma.

—Pero te gusta —afirmó Richmond, recibiendo de inmediato una mirada torva de su amigo y otra de complicidad por parte de su tío.

—Siempre has tenido debilidad por las muchachas rebeldes y traviesas, incluso de crío. Y nunca te han importado los títulos nobiliarios ni la etiqueta. ¿Recuerdas a la hija del hornero en Edimburgo? Querías ir a la ciudad todas las mañanas solo por ella.

Ken atrapó aquel recuerdo entrañable de una época feliz y, un instante después, el dulce rostro de su madre emergió de un rincón de su memoria, donde guardaba las imágenes más preciadas de una infancia despreocupada. Se puso más serio. Movió un poco el plato y, para no dejar entrever nada de aquella pasajera melancolía, y añadió:

—Me gusta observarla. Es vivaz, dice lo que piensa sin filtros. Un verdadero peligro. Ya saben que detesto las restricciones y las formalidades.

—Bueno, tendrás tiempo. ¡Dejémosla crecer! —intervino Chris, como para romper aquel momento—. Ya tienes suficiente con qué divertirte, me parece. Sabio y pragmático, nuestro Kenneth se pasea teniendo sus experiencias sin llamar la atención. ¿Sabéis, Mr. MacQuoid, que su sobrino tiene dos amigas?

—Lo sé todo sobre las compañías de Ken. ¡Si solo fuera un poco más joven... maldita sea!

Niall sorbió su vino mientras un recuerdo le venía a la mente, tal vez porque era el más reciente, o quizás porque la mujer en cuestión se movía en el escenario como las amigas de su sobrino.

—Mi última amante fue lady Georgia Leight —dijo, con la mirada perdida en el pasado.

—La cantante, ¿verdad? —preguntó su sobrino, habiendo escuchado ya aquella historia debido a los turbulentos antecedentes de sus padres, los Bath[3], que habían atentado contra la vida del duque y la duquesa de Northcliff.

—Sí. Una voz maravillosa. Fue precisamente el duque quien la ayudó a emerger gracias a algunas de sus famosas conexiones italianas. Fue mi amante por unos pocos meses.

El silencio envolvió la sala, como si los recuerdos de Niall fuesen demasiado ruidosos para necesitar más palabras. El viejo sonreía con la melancolía de quien ha vivido bien y con entusiasmo, pero ha dejado todo atrás por causas ajenas a su voluntad.

—Bien, mis queridos jóvenes, creo que ahora me retiraré.

Kenneth y Christopher se pusieron de pie para ayudarlo, pero Timothy, su ayuda de cámara, ya estaba detrás de él para asistirlo.

—¡Quedaos! Tim, vámonos. ¡Buenas noches!

Los dos hombres lo despidieron. Luego, volvieron a sentarse sin decir nada más. Se limitaron a beber sus licores, conscientes de que sus pensamientos flotaban en busca de imágenes de un próspero porvenir. Se intercambiaron unas pocas palabras hasta que Chris se levantó para marcharse y se despidieron con una palmada en la espalda.

Ken entró en su habitación y enseguida percibió el dulce aroma de la joven Heather. Arrojó la corbata sobre el diván de la entrada, cruzó el umbral del saloncito y la vio, sentada junto al fuego, con una sencilla bata de lana amarilla sobre los hombros. Sus grandes ojos se alzaron, iluminándose, pero él apagó su entusiasmo al afirmar con dureza:

—No quiero que te vean entrar aquí, ya te lo he dicho.

En aquella casa vivía con su tío y detestaba faltarle al respeto.

—Nadie me ha visto, he sido cuidadosa. Ya sabéis que yo tampoco quiero que se sepa.

Heather tenía una voz suave y el aspecto impecable de una doncella: siempre pulcra, obediente al ama de llaves y gran

trabajadora. Pero le gustaba divertirse cuando dejaba atrás el uniforme de servicio.

Se había acercado al conde de Selkirk unos seis meses antes, encontrando en él cierta reticencia. Era un hombre tan atractivo como prudente y sensato; de hecho, le había dicho sin rodeos que no tenía intención de dejarse atrapar con un hijo.

—Ni yo —le había respondido ella, mirándolo fijamente.

—Entonces ¿qué quieres?

—Sólo os quiero a vos, lord Selkirk, porque sois limpio, tenéis encanto y un buen físico. Además, quiero divertirme como lo haría un hombre. Soy lo suficientemente emancipada como para saber que otro me consideraría poco seria. Vos no, no sois ese tipo de persona.

Ken la había observado durante unos instantes, un tanto sorprendido de que, tras su aspecto profesional, hubiera tanta desenvoltura. Finalmente, le dijo:

—Me conoces bien.

—Soy alguien que observa y escucha —le respondió Heather con una sonrisa.

—Nos veremos en la despensa, solo de noche, cuando yo te lo diga —le ordenó él.

Y así había sido desde entonces.

Sin embargo, a veces ella se atrevía a aparecer en su dormitorio.

—Hacerlo con todas estas comodidades es mejor —se había limitado a explicar la primera vez que estuvo allí.

Ken avanzó despacio, se quitó la chaqueta y la camisa mientras reflexionaba. Admiraba en Heather su honestidad y el valor de llamar a las cosas por su nombre, sin falsos pudores. Pero aquella constatación ponía a prueba la parte más íntegra de sí mismo: no era un hombre que diera importancia a los títulos y la nobleza, por lo que enamorarse de ella no era en absoluto imposible; sin embargo, el sentido común que lo caracterizaba le ayudaba a encontrar el límite.

Así que, una vez más, se obligó a convencerse de que solo sería pura diversión, nada más. La vio levantarse, acercarse para darle un beso rápido y luego ir junto a la cama, donde se despojó por

completo de la ropa. Era realmente hermosa: los rasgos de su rostro, perfectos; los ojos, grandes y oscuros; el cabello, largo y brillante como las castañas; el cuerpo, firme, suavizado por las líneas femeninas que se acentuaban en las caderas, los muslos torneados y los senos generosos. Parecía mucho mayor que sus diecisiete años.

Ken se lavó las manos en la palangana donde había agua tibia, quizá preparada por ella. Se quitó los pantalones, colocó un capuchón sobre su miembro ya erecto y se metió bajo las mantas, estremeciéndose por el frío.

Heather adoraba al conde de Selkirk por pura atracción física. Le encantaba verlo desnudo, admirar sus anchas espaldas y sus fuertes brazos, los de un hombre que no rehuía del trabajo manual; el vello oscuro en su pecho que se afinaba al descender hasta extenderse de nuevo en la ingle y más allá. Su aspecto viril despertaba en ella un deseo intenso, que desahogaba con una actitud íntima bastante desinhibida.

Apenas estuvo a su lado, lo tocó entre las piernas, deleitándose con aquella dureza que había ansiado durante todo el día. Movió la mano con destreza, cuidando de no desplazar la protección ajustada sobre su miembro y, cuando sintió que no podía esperar más, lo guio dentro de sí, arqueándose para recibirlo en lo más profundo. Exhaló un suspiro de alivio.

—He pensado en este momento durante todo el día, conde de Selkirk.

Ken sonrió, en parte por su franqueza natural, en parte porque ella lo llamaba conde o lord incluso en la intimidad. Se inclinó para besarla, hundiendo la lengua en su boca. Pero la impaciencia de la joven no dejaba espacio para preliminares, así que se apartó y salió de ella. Se quedó observándola unos segundos. Jadeaba, ya perdida en la pasión que la arrastraba; su pecho subía y bajaba con fuerza, exponiendo los pezones oscuros. Ken envolvió uno de sus senos con la mano, apreciando su suavidad y plenitud. La vio estremecerse con desesperación.

—Lord Selkirk... vuelve dentro de mí —murmuró lánguidamente

Ken alzó las cejas, divertido. Se introdujo en ella con lentitud, hundiéndose hasta el fondo antes de retroceder un poco. Pero

Heather lo seguía, demasiado ansiosa por alcanzar su placer, así que él comenzó a embestir con un ritmo constante, adelante y atrás, complacido por los gemidos que provocaba y por el sonido húmedo que nacía de su unión.

Heather le clavaba las uñas en los glúteos, abriendo más las piernas para ofrecerse mejor a aquel asalto sensual que, cada vez, la hacía perder la razón. Se entregó por completo, dejando caer los brazos sobre el colchón, dispuesta a recibir cada embestida lujuriosa.

Ken interpretó aquel gesto como una rendición absoluta. Sujetó sus muslos y apoyó sus delgadas pantorrillas sobre sus hombros. Ahora, el placer de la joven estaba bajo su control. Marcó el ritmo de su deleite, penetrándola lentamente durante un minuto, deslizándose dentro y fuera, despertando su desesperación con aquella fricción constante y sensual.

Por último, aumentó el ritmo con embestidas poderosas y precisas, observándola rendirse al tormento del orgasmo, soltar gemidos largos y ansiosos, entregarse con generosidad a aquel ímpetu sin reservas. Fue entonces cuando se permitió ceder. Sintió el calor invadir su miembro y estallar como un volcán. Se hundió sin piedad hasta el fondo y permaneció allí, sintiendo las contracciones ardientes de su interior que lo envolvían.

Se desplomó sobre ella, exhausto, pero aun deseándola. La retendría allí hasta el amanecer para tomarla de nuevo. Se incorporó sobre los codos y la miró con picardía. Volvió a moverse dentro de ella, sabiendo bien que eso le arrancaría otro orgasmo. Y así fue: la vio estremecerse bajo su mirada exigente y correrse con avidez por segunda vez.

Londres, Residencia de los Northcliff

Ya era casi medianoche, pero Bridget, con el dibujo que Sophie le había regalado en las manos, seguía absorta en sus ensoñaciones.

El descubrir, unos meses atrás, que su hermana sabía dibujar había sido una sorpresa inesperada. Pero comprobar que los sujetos, tan realistas, eran a menudo hombres, había hecho que su joven

imaginación echara a volar. Cada vez que encontraba la puerta de la habitación de Sophie cerrada, aunque supiera que estaba dibujando, se inquietaba: temía hallarla en el suelo, presa de un ataque de epilepsia.

Hablaba poco de la enfermedad de Sophie porque tenía un corazón tierno: aunque a menudo pareciera absorta en sus elaboradas fantasías e ideas disparatadas, percibía el sufrimiento de su hermana por aquel mal y evitaba, en la medida de lo posible, hacerle sentir el peso de su desgracia. A veces, después de una crisis epiléptica, se ocultaba entre la densa vegetación del bosque junto al jardín del castillo y allí lloraba conmovida. «¿Por qué precisamente Sophie, que es tan delicada y perfecta?», se preguntaba.

Le habría gustado tener también un talento especial, como su padre y su hermana, pero no sabía manejar el carboncillo ni pintar a la acuarela, y mucho menos bordar o tocar el piano con la gracia de Sophie. Sin embargo, era una hábil espadachina y trepaba a los árboles «igual que un monito», como solía decirle Pitch, el marinero negro como el alquitrán que servía a su padre. Además, sabía mantener en orden el barco y pulir los metales «hasta hacerlos brillar como los chorros del oro», según afirmaba Stone, el viejo contramaestre del «Eleonor Grace». Incluso era experta en coser heridas, curar y aplicar ungüentos bajo la mirada admirada del señor Freiser, el boticario, marinero también de la misma embarcación.

Pasaba muchísimo tiempo a bordo y se convenció a sí misma que, tarde o temprano, tendría su propia embarcación. Se rio, divertida. «¡Menudas caras pondrían esas arpías de la alta sociedad! ¿A dónde podría llegar con un barco? A África... No, no... quizá a Abu Dabi, para conocer a los jeques. ¡Un momento! ¡Puedo pedirle a papá que me lleve en su próximo viaje! ¡Qué idea tan buena! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? ¡Cuántas tierras desconocidas por explorar, cuánta gente nueva por conocer, cuántas costumbres por probar! Un momento... Mamá no lo permitiría. ¡Y mucho menos la abuela Northcliff! ¡Maldición!»

Arrugó la nariz, contrariada.

«¡Un día, cuando sea mayor, iré sola! ¡Vaya!, ¡ésta sí que es una buena idea! ¡Un momento! ¡Nada de Abu Dabi, izaré las velas rumbo al Nuevo Mundo!».

Satisfecha de sus prodigiosos razonamientos, miró una vez más el papel. En él estaba representado un hombre visto de espaldas, con un brazo estirado en el esfuerzo de sostener un haz de leños sobre su hombro, el otro junto a su costado desnudo, el pantalón rasgado dejando ver el muslo masculino, con el mar al fondo.

«¡Vaya! ¿Y por qué sabe Sophie cómo es el cuerpo masculino? Obvio: pasa horas observando en silencio, sentada en lugares escondidos. ¡Seguro que conoce secretos que otros no saben! Tendré que preguntarle qué secretos oculta».

Metió el papel en una carpeta y la guardó en un lugar donde nadie pudiera encontrarla. Se acostó, pero sus pensamientos viajaban ligeros y lejanos. Empezó a darle vueltas a lugares, personas, frases, ideas. Y entre fantasía y fantasía, finalmente llegó el sueño.

4

15 de octubre de 1834

Banco de Inglaterra, Londres

—Se trata de una especie de garantía adicional que nuestro Instituto ha considerado oportuno solicitar a todos sus clientes, nada más —dijo sonriendo Mr. Price, uno de los muchos empleados del Banco. Sostenía en la mano la carta que el conde de Selkirk le había entregado para que le diera explicaciones. Desafortunadamente, el director había partido con el gobernador del Banco, James Pattison, para una reunión importante, sin que se supiera dónde ni hasta cuándo.

Mr. Price era su único contacto, pero sus maneras forzadamente conciliadoras irritaban a Kenneth, y su actitud demasiado arrogante lo hacía desagradable para Christopher.

Este último, al notar de inmediato que la mandíbula de su amigo se tensaba imperceptiblemente, consideró oportuno hablar antes que él.

—Mr. Price —le respondió desplegando todo su presencia aristocrática y una sonrisa de circunstancia que solo él sabía esbozar —: Solicitamos y obtuvimos ocho mil libras para la *Gold Texture* hace más de cinco años. En 1831, vuestro Banco nos concedió la misma cantidad para la *Gold Texture 2*, nuestra segunda fábrica. En ambos casos, devolvimos la suma completa en un año y con intereses. Ahora —prosiguió, mirando fijamente a Mr. Price e incomodándolo—, ¿nos estáis diciendo, en nombre del Director, que este Banco no nos otorgará el préstamo de ocho mil libras porque quiere mayores garantías?

Mr. Price se dio cuenta de que lord Richmond, a pesar de sus modales educados y el aire sereno acentuado por su perpetua

sonrisa, no permitiría que nadie lo tomara por tonto.

—Lord Richmond, me disculpo porque es evidente que no he explicado adecuadamente la situación. Sois clientes excelentes y leales, y nuestro director os tiene en gran estima. Veréis, desde hace un mes nuestro Banco está solicitando mayores garantías a todos los clientes, no solo a vos. Es una necesidad a la que este Instituto, lamentablemente, ha tenido que enfrentarse debido a, digamos, ciertos inconvenientes desagradables.

—¿Inconvenientes desagradables? ¿Cuáles? —preguntó de golpe Kenneth, impaciente. No era hombre de alargar las cuestiones pendientes; siempre decía lo que tenía que decir de manera directa, sin rodeos, y por lo tanto exigía lo mismo de sus interlocutores.

El empleado se inclinó ligeramente hacia adelante con un aire conspirador y, bajando el tono de voz, dijo:

—En los últimos seis meses ha habido doce clientes, no de su categoría, por supuesto, que solicitaron y obtuvieron préstamos pequeños pero no por ello insignificantes. Pues bien, esos clientes han desaparecido en la nada, dejando su deuda sin saldar.

—¿Desaparecido? —preguntó Christopher, riendo entre dientes y frunciendo el ceño al mismo tiempo. Era una de sus desconcertantes expresiones de burla involuntaria.

—¿Queréis decir que desaparecieron con el dinero? —preguntó Kenneth.

Mr. Price, satisfecho de haber captado su atención, asintió.

—Sé perfectamente que vuestra posición no tiene nada que ver con eso. Sin embargo, el director no puede otorgar preferencias, so pena de incurrir en la desaprobación del gobernador, además del riesgo de recibir advertencias oficiales.

Kenneth y Christopher se miraron.

—¿Se da cuenta, Mr. Price, de que habríamos podido solicitar mucho más de ocho mil libras, considerando la revaluación monetaria?

—Me doy cuenta, lord Richmond.

—¿Y se da cuenta de que a este punto nos convendría cerrar nuestras cuentas aquí y acudir a cualquier otro instituto de crédito? —dijo de repente Kenneth, implacable.

—También me doy cuenta de eso, lord Selkirk. Sin embargo... —Mr. Price dejó la frase en suspenso, mordiéndose el labio inferior, como si temiera hablar—. En nombre del director, que me ha autorizado, puedo hacerles una propuesta para que la consideren. —El hombre abrió el cajón y tomó una hoja. La colocó sobre el escritorio con un gesto teatral, frente a sus nobles clientes, de manera que pudieran verla bien—. El director está dispuesto a conceder un préstamo de dos mil libras a cada uno, si sois tan amables de poner vuestras rentas personales como garantía.

—El director no debería permitirse pensar que nuestras rentas puedan servir de garantía, Mr. Price. Esta propuesta suena claramente inapropiada. La encuentro casi ofensiva —sentenció Christopher con indignación, dejando aflorar su lado más noble.

—¡Yo pienso exactamente como vos, creedme! —exclamó Mr. Price con énfasis.

Kenneth sacudió la cabeza, cada vez más irritado.

—¿Qué vamos a hacer con dos mil libras cada uno?

—Precisamente por eso me tomé la molestia de estudiar una solución diferente, proponérsela al Director y hacer que la firmara para su aceptación. Siempre que deseéis conocerla.

—Veamos —dijo Ken con tono perentorio.

El empleado abrió de nuevo el cajón y les entregó otros dos papeles, idénticos.

Christopher los tomó y le dio uno a Ken.

—Como podéis ver, con mi plan podrían obtener ocho mil libras para la próxima semana simplemente abriendo una cuenta personal a vuestro nombre y depositando dos mil libras cada uno. Esas dos mil libras serían una garantía para nuestro Banco, que acogería con gusto su solicitud de ocho mil.

Christopher leyó cuidadosamente cada línea y vio la firma del director, luego miró a Ken.

Éste se volvió hacia el empleado, que esperaba ansiosamente.

—Déjenos solos unos minutos, por favor.

—Desde luego. —Mr. Price se levantó, hizo una reverencia respetuosa y se retiró.

Los dos socios se miraron.

—Ocho mil para la próxima semana. No es una propuesta para tomarla a la ligera —comentó Christopher.

—No, pero dos mil de golpe en una nueva cuenta es un precio bastante alto para pagar en este momento. Hemos agotado casi todos nuestros ahorros para pagar los salarios de todos, lo sabes. Si abrir una nueva fábrica nos hace ganar tanto como las otras veces, entonces no deberíamos tener problemas, Chris. Pero si las cosas empeoraran...

—Lo sé, Ken. Yo también tengo miedo de la competencia.

Permanecieron en silencio unos instantes.

—Si la nueva fábrica no arrancara bien, podríamos vender todo. Siempre será mejor que acabar con el culo pelado. ¿Qué opinas? —preguntó Christopher.

—Seguro. Mira, ocho mil para la próxima semana es mucho dinero, Chris, y eso es un hecho concreto. Si la ponemos a trabajar de inmediato, deberíamos empezar con buen pie.

—Estoy de acuerdo. Hagámoslo. Llama a ese tipo, está esperando. ¡Parece ansioso por complacerte, Ken! Debe de tener inclinaciones particulares —bromeó Christopher, encontrando siempre una manera de quitarle hierro al asunto.

—No digas tonterías. Se casó hace poco y solo quiere quedar bien con el director —respondió Kenneth, haciendo un gesto a Mr. Price.

—¿Cómo sabes que se casó hace poco?

—Me lo dijo Timothy, el sirviente de mi tío. Su prima trabaja como sirvienta en casa de Price.

—Cuánto me gusta la tupida red de noticias que la servidumbre londinense maneja —comentó divertido Christopher mientras se ajustaba la corbata.

5

14 de octubre de 1834

Residencia de los marqueses Rawling, Londres

Cuando el carruaje ducal se detuvo frente a la casa de los marqueses Rawling, Bridget soltó un sonoro silbido. Una mirada gélida del duque la dejó sin respiración, mientras se reprendía a sí misma por no haber sido capaz de contenerse. Nadie se atrevió a decir una palabra. Esperaron su turno detrás de los vehículos que habían llegado antes y, apenas el lacayo abrió la portezuela, lord Northcliff saltó abajo despreciando las normas y ofreció la mano a la duquesa, exigiendo que ella, en cambio, usara el estribo. Todos los siguieron.

—¡Me habías prometido enseñarme los nuevos dibujos! —susurró Bridget al oído de Sophie cuando los demás se alejaron.

—Silencio, Bri. Te van a oír —la reprendió su hermana sin perder la compostura. Notó que el aire estaba fresco: el otoño londinense se hacía sentir.

—No me dejarás sola para estar con lord Fishbourne, ¿verdad?

—Bridget, basta. Mantente erguida y compuesta.

La otra resopló molesta, desatando las cintas de su sombrerito y quitándoselo de malas maneras. Un mechón rojizo danzó desordenado.

Sophie se giró para mirarla con semblante de reproche, y eso fue suficiente para convencerla de volver a colocarse el sombrerito en la cabeza.

Se encaminaron hacia los escalones de la entrada, y fue entonces cuando Bridget vio a dos hombres en la ventana.

—¿Quiénes son esos dos? —preguntó en un tono decididamente alto, señalándolos.

—¡Oh, Bri, baja la voz! —ordenó Sophie al borde de la exasperación.

Bridget infló la boca con aire y lo retuvo, maldiciendo las fiestas, las cenas, los vestidos elegantes, los andares de oca, el lenguaje afectado, las cursilerías y todo lo demás.

El interior de la casa era ostentoso, y ella, una vez más, no supo guardar silencio.

—Tanta exhibición de lujo sólo para reafirmar el título. Sólo falta que desplieguen la cola como los pavos reales —murmuró en un tono lo bastante alto como para que la oyeran tanto Sophie, que permaneció impasible, como Nick, que soltó una risita.

Junto a sus padres, entraron en el salón. Los saludos formales y las cortesías se sucedieron, y a ella le pareció que durase todo una eternidad. Se sumió en un mundo propio, ajena a toda afectación mundana, rehuyendo diálogos triviales, consideraciones inútiles y temas monótonos. Las voces le llegaban cada vez más apagadas. Estuvo a punto de bostezar y, por evitarlo, casi se dislocó la mandíbula.

Cuando ya estaba convencida de que moriría de aburrimiento, un hombre captó por completo su atención: tenía el cabello negrísimo, una mirada verde, deslumbrante y penetrante, y el aspecto intimidante de quien viste de negro, observa con ojos afilados y lleva el rostro cubierto por la sombra oscura de una barba que, afeitada por la mañana, ya había vuelto a crecer. A primera vista parecía inaccesible y rudo, pero de repente una sonrisa abierta lo volvió cautivador y le otorgó un atractivo irresistible.

Quedó fascinada sin saber por qué. Era la primera vez que sentía un interés así por un hombre: no era una jovencita que corriera tras un buen partido en busca de un futuro acomodado, a pesar de sus diecisiete años, prefiriendo en cambio, diversiones y actividades poco femeninas. Esa reacción la desconcertó, pero estaba demasiado absorta estudiando a aquel noble de ropa oscura como para permitirse reflexiones banales.

El objeto de su interés conversaba con su madre, bromeaba con genuina naturalidad y reía de forma contagiosa. Su porte denotaba el conocimiento de quien domina las buenas maneras y la etiqueta,

aunque su forma sencilla de dialogar revelaba un carácter auténtico y directo.

Bridget congeló una sonrisa en el rostro, sin escuchar en realidad nada de su conversación, dedicada a captar cada detalle masculino: la línea bien definida de la mandíbula que se movía con el diálogo, las manos bronceadas por el sol que se desplazaban rara vez, casi con economía de gestos, la mirada profunda que vagaba entre su interlocutor y el entorno, nunca sobre otras personas, la cabeza erguida en una postura orgullosa que en un hombre altivo habría parecido arrogante, pero no en él. Solo cuando su madre se volvió hacia sus hijas para presentarlo, ella reaccionó: era Kenneth MacQuoid, conde de Selkirk, de quien había oído hablar por su padre.

Las dos muchachas hicieron una reverencia.

—Encantado —dijo él con su encantadora sonrisa—. Si su excelencia lo permite, acompañaré a lady Sophie y a lady Bridget a tomar un aperitivo —propuso de inmediato.

Bridget se entusiasmó con esa manera práctica de hacer las cosas, pero la llegada de lady Fanny, hija del marqués Rawling, con su sorprendente atuendo color glicinia, la arrancó de ese pequeño paraíso que se había creado

—¡Buenas noches, lady Bridget! ¡Adoro el color de vuestro vestido! —exclamó la chica con una seguridad irritante.

Bridget la miró por un instante. ¿Esa petulante oca se estaba burlando de ella? ¡Ella odiaba el rosa pálido! Cuando Sophie le había señalado ese vestido, se había quejado, pero la mirada severa de su hermana no le había dejado más opción que ponérselo tras unos ruidosos bufidos.

—Buenas noches —murmuró, nada convencida de las intenciones de lady Fanny. Fue en ese momento cuando notó las miradas entre Sophie y el noble fascinante que acompañaba a lady Fanny. Era el conde de Richmond, estaba segura, al igual que estaba convencida de que su hermana seguía encaprichada con él.

—Buenas noches, lord Richmond. Ésta es mi hermana pequeña, lady Bridget —la presentó Sophie.

—Un placer. Vosotros sois los de las fábricas textiles —afirmó Bridget sin pensarlo, ignorando la expresión alarmada de su hermana.

La risa de los dos nobles la tomó por sorpresa y la convenció de incluirlos en la lista de personas que le agradaban. Tal vez la velada no sería tan deprimente después de todo.

—Sí, lady Bridget —respondió lord Selkirk con una sonrisa condescendiente—. Somos nosotros, en efecto. ¿Cómo lo sabéis? Mientras lo contáis, vayamos a por algo de beber.

Los dos se encaminaron hacia la sala contigua.

—Mi hermana y mi padre hablan a menudo de vosotros —le informó mientras tomaba el vaso que el conde le ofrecía. Dio un sorbo—. ¡Vaya, qué rico está! —exclamó.

Ken la miró divertido. Detuvo la mirada en la jovencísima Northcliff, curioso por conocerla tras haberla observado detenidamente en otras ocasiones, cautivado por sus maneras informales. Los ojos azul oscuro lo miraban con una sinceridad cautivadora, el rostro salpicado de pecas revelaba desprecio por los sombreros, la sonrisa simpática, nada fingida, proclamaba amor por el prójimo. Sí, era encantadora con una belleza distinta, interesante y casi atrevida por el extraordinario color de su cabello y su aire travieso. No tenía nada de las jóvenes nobles de la alta sociedad; sus comentarios eran espontáneos y no parecía preocuparse por el juicio de los demás.

Bridget comprendió que lo había sorprendido.

—No se me dan bien ni la etiqueta ni las buenas maneras, ya lo habréis notado. Hablo sin pensar, para gran disgusto de mi hermana. —Había enfatizado la última parte de la frase con un rápido movimiento de cabeza. Un rizo rojo colgaba a un lado, escapado del peinado.

—Pues yo os encuentro simpatiquísima. Me gusta la franqueza; en realidad, a duras penas soporto hablar sólo del tiempo —confesó Ken. Su rectitud no le permitía ser tan directo con las mujeres, mucho menos con una muchacha, pero lady Bridget lo incitaba a adoptar una actitud desenfadada que sólo usaría con un amigo de toda la vida. Siempre mantenía, aunque con gran esfuerzo, cierta

reserva y compostura, en parte para respetar las normas y evitar enredarse en relaciones incómodas e invasivas, y en parte por su inclinación hacia la prudencia. Sin embargo, odiaba las formalidades impuestas y a menudo se salía del guion, encontrando satisfacción en ello. Su mérito era saber hacerlo ocultándose tras un férreo decoro.

Se miraron fijamente durante unos instantes, como si fuera lo más natural, con una sonrisa cómplice en el rostro de ambos.

—¿Queréis saber algo sobre nuestros tejidos? —preguntó él, devolviendo la conversación a las fábricas.

Bridget abrió los ojos de par en par, iluminándose.

—¡Sí, por favor! ¿Qué tejidos producís? ¿Es cierto que tenéis dos fábricas? ¿Y que hay un comedor para todos?

—Lana. Sí. Y sí.

Estallaron en risas al unísono.

—Ya os lo he dicho, yo no valgo para la vida social —murmuró Bridget, frunciendo la naricita.

—Sí, menos mal, de lo contrario ahora no estaría divirtiéndome —afirmó Ken.

—¿Ganáis mucho? Feísima pregunta, lo sé, pero soy demasiado curiosa.

Una sonrisa contenida tembló en los labios de Ken.

—Los primeros años, definitivamente sí. Ahora menos. ¿Buscáis un marido rico? —preguntó, adaptándose a su manera desenfadada de conversar. Se sentía más libre que nunca, y una especie de entusiasmo empezaba a atraparlo.

—¡Nada de eso! ¡No me gustan los jovencitos! —exclamó ella, acompañando la irreverente afirmación con un gesto enérgico de la mano que parecía querer borrar a todos los hombres de la faz de la tierra.

Ken levantó las cejas, malinterpretando el sentido de la frase.

Bridget le apuntó con un dedo.

—¡Un momento! ¡No pongáis esa cara! ¡Quise decir que no pienso en absoluto en casarme! ¡Vaya, qué mal entendido!

Él soltó un silbido. ¡Esa muchacha había captado el malentendido al instante!

—Tenéis aspecto de una joven bastante consciente de ciertas cosas, lady Bridget.

—Lo sé —dijo ella, arrugando de nuevo la naricita—, y sabed que en mi casa no se guardan ciertos pudores inútiles y falsos, y yo no quiero que me traten como a una nulidad. Así que, para estar a la par de los demás, me informo.

—Sois verdaderamente original. Imagino que pintar, tocar el piano y bordar no son vuestra especialidad.

—Pues bien, es exactamente como decís —admitió ella.

Ken esperó a que hablara, pero Bridget sonreía sin decir palabra.

—¿Y bien? ¿Qué hacéis para pasar los días, lady Bridget?

—¿Estáis seguro de que quiere saberlo? Además, no estoy segura de querer decíroslo. Podríais empezar a mirarme con otros ojos.

—Estoy seguro de que no me voy a escandalizar —afirmó Ken, observando los dedos de la chica que alisaban la falda, finos y rosados por el sol. También las pecas en sus mejillas demostraban que pasaba mucho tiempo al aire libre.

Bridget lo miró un momento y luego, de impulso, antes de que pudiera cambiar de idea, dijo:

—Practico esgrima, monto a caballo con silla de hombre, limpio las armas del duque, ayudo a los obreros a clavar y construir, nado en el océano con mi padre, cavo en la arena con los niños... cosas de ese estilo.

La sonrisa de Ken se había ido ensanchando a medida que ella enumeraba sus actividades.

—¿Vendréis a mi casa a practicar esgrima? —preguntó él, incontenible.

—¿Lo decís en serio?

—Claro que sí. Aunque temo que el duque no lo aprobaría.

—¡Cuánta razón tenéis! ¡Podéis apostaros vuestros ingresos anuales!

Ken rio con ganas.

—¡Un momento! De todos modos, podría salir con mi doncella y decir que voy al mercadillo, algo que hago a menudo, y luego ir a vuestra casa.

—Estoy seguro de que seríais capaz de hacerlo. Y estoy igualmente seguro de la reacción del duque si llegara a enterarse.

—¡Oh, no os preocupéis! No sería peor que la vez que descubrió, el segundo día de navegación con la «Eleonor Grace», que me había colado en su barco.

—¿Colado?

—Perdón, quiero decir «entrado sin permiso».

—Sé lo que significa.

Bridget captó su asombro.

—¿Estáis escandalizado?

—No, diría más bien divertido. No creía que existiera una chica como vos. O tal vez no lo esperaba.

—¿Es un cumplido?

—Claro que sí.

—¡Muchas gracias entonces!

—¡No hay de qué!

En ese momento, el duque y la duquesa entraron en la sala junto a los anfitriones y lord Fishbourne.

Lord Selkirk cruzó la mirada con su excelencia y comprendió lo que algunos querían decir cuando hablaban de su capacidad para mirar dentro de las personas. Se mantuvo firme, decidido a no ocultar el sano interés por su hija, intuyendo que de nada serviría.

Esperaba ver a Northcliff acercarse. Y así fue.

—Vuestra excelencia, permitidme felicitaros: Lady Bridget es exquisitamente simpática y original.

—Vuestros orígenes escoceses sin duda influyen en el juicio positivo que tenéis de mi hija —sentenció el duque con solemnidad.

—Pues, a decir verdad, excelencia, no se trata solo de mis orígenes. Soy escocés puro. Total y absolutamente escocés.

La comisura de la boca de su excelencia se levantó ligeramente ante la información dada con tanto orgullo.

—Lo decís con orgullo. ¡Parecéis mi abuelo! —exclamó Bridget—. ¡Entonces tendréis una casa en Escocia!

—Así es, lady Bridget. Y me sorprende no haberos encontrado nunca en Edimburgo.

—Mi hija no disfruta de la vida social y solo viaja a Edimburgo cuando se ve obligada a hacerlo —dijo el duque.

.

—¡Papá! —exclamó Bridget, molesta.

Selkirk no parecía en absoluto sorprendido al oír que la pequeña diablillo llamaba al duque «papá». Intervino para solidarizarse con la joven.

—No sabéis cuánto la entiendo. Me adapto a todo esto —dijo señalando a su alrededor—, solo porque es necesario. Preferiría con creces una vida menos mundana.

—Debe ser por eso que encontráis simpática a mi hija —concluyó el duque un instante antes de que llegara el conde de Richmond.

—Excelencia.

—Richmond. Bridget, ve con tu madre —le ordenó el duque con tono perentorio.

Bridget comprendió que quería quedarse a solas con los dos nobles. Hizo una reverencia.

—Hasta luego.

Lord Northcliff sorbió el contenido de su vaso con calma. Luego, inesperadamente, afirmó:

—Para la próxima semana tendréis toda la documentación en regla para la tercera fábrica.

Kenneth y Christopher se miraron, nada sorprendidos de que el duque estuviera al tanto de sus asuntos. Era bien sabido que tenía ojos y oídos en todas partes.

—Así es —confirmó lord Richmond.

—De lo contrario, trasladaremos las cuentas a otro banco —añadió lord Selkirk con determinación.

El duque aprobó esa decisión con un rápido asentimiento de cabeza.

—Repito lo que os dije hace tiempo: admiro vuestra iniciativa y el arduo trabajo que realizáis, al fin y al cabo, estamos hechos de la misma pasta; así que, si alguna vez necesitarais apoyo, de cualquier naturaleza que sea, sabéis dónde encontrarme.

—Gracias, excelencia. Espero, sin embargo, que no sea necesario llegar a tanto —respondió lord Selkirk con una sonrisa.

Nadie más que el duque apreciaba ese deseo de salir adelante por cuenta propia, aunque él sabía que, a veces, una pequeña ayuda era útil: muchos años atrás, cuando era un joven marqués, había sido precisamente el padre de Eleonor, el conde de Hereford, quien le había tendido una mano.

Bastó con poco, pero fue suficiente para permitirle construir su primera nave, comerciar con Oriente, transformarse en ocasiones en Blake, el pirata saboteador de barcos franceses, y ganar tanto dinero como ni siquiera su renta de noble titulado le habría jamás permitido.

Keiran había estudiado con atención los ojos verdes del conde de Selkirk mientras hablaba con Bri: no había malicia en él, solo una curiosidad genuina por la muchacha. Era evidente que el hombre estaba impresionado por la rebelde pelirroja, y él comprendía por qué. Ella lograba desconcertar con sus maneras francas, impetuosas, a menudo inapropiadas. Pero estaba seguro de que el conde no se sentía perturbado por ello; al contrario, la había llamado «simpática» y no «diferente», como hacían todos. Esa palabra le trajo a la mente la gentileza de lady Hereford, su suegra, que solía describir a Eleonor Grace como «original».

Las carreras a galope tendido sobre un caballo sin silla eran una de las cosas que más entusiasmaban al conde de Richmond, pero desde hacía algún tiempo había algo más que cautivaba su mente inquieta: la lucha cuerpo a cuerpo, la *Lancashire Wrestling*[4].

Tres veces por semana, Christopher se entrenaba en el *Catch as catch can wrestling*, el salón deportivo que su amigo y socio, lord Selkirk, había acondicionado específicamente para ese propósito. Últimamente, sin embargo, limitarse a las llaves comunes se había vuelto monótono, por lo que el uso de manos y puños se permitía gracias a un nuevo reglamento inventado. También habían instituido un torneo en el que participaban cada semana numerosos caballeros, tras inscribir sus nombres en una hoja disponible en la

mesa a la entrada del gran salón. De esta manera, cualquiera, incluso los que estaban allí solo para mirar, podía conocer a los luchadores y hacer apuestas.

Lord Richmond ganaba casi siempre, porque la práctica le había permitido perfeccionar movimientos y estrategias. No lo hacía por el dinero, claro, ya que era lo suficientemente rico. El placer de derribar al adversario y golpearle una y otra vez, era para él algo indescriptible. La descarga de adrenalina, en el momento de afirmar su poder, lo exaltaba de una manera que Ken describía como preocupante.

Esa tarde, tras los acontecimientos en el Banco de Inglaterra, el conde de Richmond sólo pensaba en luchar. Sin embargo, quedó bastante insatisfecho consigo mismo porque cometió el imperdonable error de subestimar a su adversario, lord Fishbourne, que participaba por primera vez. Estuvo a punto de perder el encuentro y acabó con más heridas de las que habría sufrido si lo hubiera valorado mejor.

Al llegar con Kenneth a la residencia de los marqueses Rawling, tuvo que intentar, con fingida indiferencia, restarle importancia al corte en la mejilla y a los nudillos enrojecidos cuando lady Fanny lo miró horrorizada.

Ahora, junto a la ventana del salón de la magnífica mansión de los marqueses Rawling, Kenneth y Christopher conversaban sobre aquel encuentro de lucha.

—Vamos, Chris, ¡todos saben que eres el mejor! ¡Incluso Fishbourne lo sabía! ¿Por qué crees que le ha dicho a Mark que era la primera vez que luchaba con nosotros? Quería que lo subestimaras; omitió que no era su primera vez.

—No sé, Ken, sólo ha dicho la verdad: era la primera vez que venía a tu casa. ¿Dices que lo ha hecho a propósito? —preguntó, echando un vistazo al espejo desde el que podía ver su reflejo. Ajustó los puños de su camisa blanca y apenas rozó la corbata de cuadros escoceses.

—¡Claro que sí! —estalló lord Selkirk, impaciente—. ¡Le das demasiada importancia a la moda, y esa corbata recuerda los colores de los Selkirk! —comentó un instante después.

Lord Richmond sonrió complacido. Miró su mano herida y comenzó a abrirla y cerrarla.

—Tal vez podrías considerar variar tu guardarropa y olvidarte de una vez por todas de los trajes negros, Ken —lo provocó, esperando una respuesta severa.

Un ruido sordo desde el exterior, sin embargo, captó su atención.

El carruaje oscuro con el escudo de los Northcliff se había detenido frente a la casa de los Rawling. Su excelencia, el duque de Northcliff, vestido de negro, bajó primero de un salto, ignorando el estribo que el lacayo había bajado, y ofreció la mano a la duquesa.

Kenneth sonrió ante ese gesto que desdeñaba la etiqueta.

Lady Northcliff, con un vestido verde salvia de cintura estrecha y falda amplia, como dictaba la moda de esos años, adornado con finísimos encajes color crema, sonreía a su esposo, hermosa como siempre. Tras ella aparecieron sus hijas, una rubia y la otra pelirroja.

Christopher entrecerró ligeramente los ojos, incrédulo al ver a Lady Sophie.

—¡Que me parta un rayo! ¿Es ésa la hija del duque de Northcliff? —exclamó, asomándose por la ventana.

—Sí, un poco más grande desde la última vez, más alta, pero es ella —susurró Kenneth con malicia—. ¿Chica guapa, buena figura, no crees? —lo provocó intencionadamente, aprovechando que estaba distraído por la agraciada joven.

Christopher lo miró de reojo, percibiendo la burla en el tono jocoso de su amigo.

—Ha crecido, sí —murmuró, admirando la figura elegante que se dirigía hacia los escalones de la entrada.

Lady Sophie llevaba un vestido amplio de color beige claro, de una sola tonalidad, en verdad bastante sencillo, elegido sin duda con la intención de no destacar, bajo una capa igualmente discreta.

—La pelirroja es la hermana menor. Dicen que es un poco hombruna —afirmó Kenneth, observando con curiosidad a la más joven.

La vio quitarse inesperadamente el sombrero, nada inclinada a esa restricción. La hermana mayor, aunque mantuvo el rostro inmóvil en su belleza escultural, la miró de tal manera que la obligó a

ponérselo de nuevo. La pequeña hizo una especie de mueca, frunciendo la nariz.

Kenneth soltó una risita, sintiendo una simpatía inmediata por la rebelde MacKendrick.

—¿Han llegado los Northcliff? —preguntó lady Fanny al verlos mirando por la ventana.

—Sí, así es. El color glicinia os queda particularmente bien —afirmó lord Richmond para restar importancia a su interés por los recién llegados—. Yo adoro las glicinias en flor —añadió, lanzándole una mirada de comprensión.

Lady Fanny se llevó una mano al rostro, emocionada como siempre por el cumplido de lord Richmond y profundamente impactada por las miradas tan abiertas. Esperaba con gran impaciencia que él se declarara oficialmente.

Con menor impaciencia esperaba, en cambio, ser besada de nuevo: el conde había expresado su aprecio besándola con cierto ímpetu. Esto no le había gustado en absoluto, porque el contacto físico con cualquiera la molestaba sobremanera.

—Sois tan amable, lord Richmond, y cada uno de vuestros cumplidos se agradece más que cualquier otra cosa —murmuró, inclinando ligeramente el rostro, dejando que un rizo rubio se balanceara.

Christopher sonrió, admirando su rostro. Notó un ligero rubor artificial en sus mejillas suaves, y la blancura de la piel realzada por un polvo muy claro. No supo decir cómo, pero se encontró pensando en la belleza limpia aunque discreta de lady Sophie, en sus frases nada comunes, en su timidez compuesta, en su sutil inteligencia, en su sagacidad punzante y distante. Al menos así la recordaba. Pero tal vez su memoria le estuviera jugando una mala pasada.

Decidió que la velada estaba empezando mal y, como si quisiera castigarse a sí mismo, aceleró el proceso que lo llevaría al compromiso con lady Fanny.

—¿Puedo acompañaros a tomar otro aperitivo?

Los dos se dirigieron hacia la sala contigua, y Kenneth se quedó observándolos, absorto en una reflexión sobre las razones equivocadas que empujaban a su amigo hacia lady Fanny. Estaba

seguro de que Christopher sentía, en cambio, cierta atracción por lady Sophie y creía que era insano reprimir un instinto tan fuerte. Chris merecía más. Pero él era así: prefería una esposa poco inteligente, sin personalidad y anodina, antes que una que representara un verdadero desafío.

Miró hacia la puerta y vio entrar al duque y a la duquesa, seguidos por sus hijas. Se adelantó y saludó cortésmente.

—Excelencias, un verdadero honor compartir una velada que promete ser muy agradable.

Su excelencia, el duque, hizo un ademán con la cabeza y dirigió su atención al marqués Rawling, el anfitrión.

—¡Lord Selkirk! ¡Qué placer volver a veros! —exclamó lady Northcliff—. Sois uno de los jóvenes más simpáticos que conozco. No sé por qué, pero me recordáis vagamente al duque cuando lo conocí hace tantos años. Debe ser por los colores oscuros que también os caracterizan. Claro que él no lucía sonrisas tan encantadoras. ¡Siempre tan inquietante! ¿Sabéis que todas le temían?

—Sí, excelencia, he oído hablar de eso. Vos, seguramente, no —contestó lord Selkirk, haciendo un cortés besamanos.

—¡En absoluto! De hecho, yo era la única que no le temía —le confirmó lady Northcliff—. Recordaréis a nuestras hijas, lady Sophie.

Lord Selkirk hizo una reverencia.

Lady Sophie le respondió igualmente.

—Y lady Bridget —añadió la duquesa.

—Mucho gusto —murmuró el conde, estudiando el joven rostro de la muchacha. Ojos sinceros de un azul profundo y vivaz lo miraban fijamente; una sonrisa simpática y franca hacía que el rostro, salpicado de diminutas pecas, fuera muy interesante—. Si vuestra excelencia me lo permite, acompañaría de buen grado a lady Sophie y lady Bridget a tomar un aperitivo.

—Por supuesto, marchad tranquilos —accedió lady Northcliff.

Los tres se dirigieron hacia la sala contigua.

—Lady Sophie, hace mucho que no nos vemos —dijo el conde de Selkirk.

—Creo que la última vez fue el otoño pasado, antes de que nos trasladáramos a Escocia —le confirmó lady Sophie.

Kenneth notó que lady Sophie estaba un poco más relajada y accesible, y se alegró por ello. Tal vez su compostura, que a veces parecía excesiva, provenía de una buena dosis de timidez que todos confundían con arrogancia.

Habían entrado en la sala y, de inmediato, lady Fanny se acercó a ellos, abriendo los brazos a Sophie.

—¡Mi querida amiga! ¡Estoy tan feliz de que estéis aquí! ¡Buenas noches también a vos, lady Bridget! ¡Adoro el color de vuestro vestido!

El exceso de énfasis en aquel saludo sonó discordante con el porte mesurado de lady Sophie, que se limitó a hacer una reverencia dignamente distante, cortando de raíz la familiaridad de lady Fanny.

—Buenas noches —murmuró Bridget, profundamente descontenta con su vestido rosa pálido. Se preguntó si el cumplido que le habían hecho era una burla. Cuando Sophie le había dicho que lo usara, ella lo había calificado de demasiado cursi. Su hermana mayor había permanecido impasible ante esas palabras, sin mover una pestaña ni decir nada, limitándose a mirarla fijamente. Así que, tras bufar ruidosamente, Bridget se lo había puesto de mala gana.

Christopher miró a la hija del duque. No la recordaba así.

Sus formas habían evolucionado en una figura femenina armoniosa y suave, aunque en absoluto exuberante; la belleza casi gélida de su rostro de líneas clásicas y perfectas, la boca desprovista de colores artificiales pero naturalmente rosada, habrían captado de todos modos el interés de cualquier hombre digno de ese nombre. Lady Sophie intentaba parecer lo más discreta posible, mostrando una sonrisa de circunstancia, congelada en un rostro inexpresivo y vistiendo un vestido banal en su color y carente de adornos.

No era, desde luego, una mujer por la que uno pudiera enloquecer de deseo, y sin embargo, algo en ella lo atraía. Y estaba seguro de que ella ni siquiera se daba cuenta.

En realidad, el corazón de Sophie había comenzado a latir como el tambor que Pitch, el marinero negro como el carbón que llevaba años al servicio de su padre, tocaba para ellos en su casa en Escocia. Su mente empezó a divagar en pensamientos tan absurdos que se perdía en ellos, mientras el poco raciocinio que le quedaba la

llevaba a preguntarse si toda esa agitación podría provocarle un ataque epiléptico.

Notó de inmediato el corte en el rostro de lord Richmond y sus nudillos despellejados. También su hermano tenía la costumbre de pelear con las manos, y ella ciertamente no era una mujer que fingiera ignorar esas actividades masculinas.

Una chica más descarada que ella habría aprovechado el interés que el Conde mostraba y habría hecho cualquier cosa para arrebatárselo con maniobras hábiles de las garras de lady Fanny, exactamente como decía Mrs. Brodie.

No ella. Nunca lo haría por culpa de esa maldita enfermedad que espantaría a cualquier hombre sobre la faz de la tierra, a pesar del atractivo de una cuantiosa dote. No se sentía capaz, convencida de no estar a la altura del conde, tan atractivo y mundano, simpático y divertido, tan bien querido, siempre solicitado en los salones más elegantes de Londres.

—Buenas noches, lord Richmond. Ésta es mi hermana pequeña, lady Bridget. Bridget, éste es el conde de Richmond.

—Un placer —dijo Bridget con una sonrisa—. Vos, lord Selkirk, y vos, sois los de las fábricas textiles —afirmó con precisión.

Sophie estuvo a punto de sentirse mal por la desfachatez de su hermana, pero se mantuvo firme, segura de que cualquier reprimenda suya solo resaltaría aún más la falta de modales de la pequeña traviesa.

Una risa sonora llegó inesperadamente de los dos nobles.

—Sí, así es, lady Bridget —respondió lord Selkirk—. Somos nosotros, en efecto. ¿Cómo lo sabéis? Mientras nos lo contáis, vayamos a por algo de beber.

Sophie dejó escapar un suspiro de alivio al comprobar que el conde de Selkirk no le había dado importancia a la impertinencia de Bridget y se giró hacia lady Fanny.

—Mi hermana demuestra claramente sus diecisiete años —dijo para justificarla.

—Pequeños inconvenientes que a veces ocurren, lady Sophie, tenéis toda mi comprensión —afirmó lady Fanny en un intento de

consolarla. En realidad, la frase sonaba más a compasión que a solidaridad.

Sophie fingió aceptar esas palabras de buena gana, pero en su interior admitió sentir cierta irritación por lo que parecía una crítica más bien poco cortés.

—Creo que ha llegado lord Fishbourne. Voy a saludarle, si me lo permitís —dijo lady Fanny con una rápida reverencia.

—Lady Fanny es una chica exquisita —murmuró Sophie tímidamente para mantener una conversación apropiada.

—Sí, la candidata perfecta como esposa —susurró maliciosamente el conde, que deseaba desquitarse con la desprevenida joven para castigarla por su indiferencia hacia él, provocando otra escaramuza verbal como la que habían tenido años atrás en el jardín de los MacKendrick. Amaba las sensaciones intensas, y la diversión de un diálogo encendido, sin duda inapropiado, lo empujaba a arriesgarse. Lady Sophie era la única mujer que había conocido capaz de hacerle frente.

Se quedó estudiando su reacción, pero nada. Aquella chica era inquebrantable. Aunque parecía serena, estaba seguro de que ocultaba un fuego ardiente listo para encenderse.

—Estoy segura de que es así —convino ella con indiferencia.

Christopher evaluó su próximo movimiento y, mientras lo hacía, comenzó a abrir y cerrar los dedos entumecidos de la mano derecha sin darse cuenta.

—Debe molestar mucho —comentó Sophie.

—Nada grave. Un saco demasiado duro —respondió él con sequedad.

—Yo más bien diría un puñetazo bien dado en un pómulo durante uno de vuestros combates —masculló ella antes de poder contenerse. A Sophie no le gustaba que la tomaran por tonta con justificaciones poco convincentes, y a menudo eso le traía problemas inesperados.

—Noto que mantenéis la propensión a hablar de asuntos inapropiados para una joven dama —la provocó, anticipando con gusto una respuesta que esperaba fuera mordaz.

—Lord Richmond, personalmente considero más inapropiado aceptar con falso pudor las tontas excusas que vosotros, los hombres, aún dais a actividades masculinas completamente naturales.

—¿Ni siquiera la sangre os perturba, lady Sophie? ¿Ningún vahído? —se burló mientras una sonrisa se extendía por su rostro masculino.

—Lamento decepcionaros, pero esas delicadezas femeninas no van conmigo —respondió con valentía, inclinando la cabeza y clavando los ojos en la alfombra. Demasiado ocupada en defenderse, no se daba cuenta de que él se deleitaba ante su recatada cortesía.

—Habéis cambiado mucho desde la última vez que os vi, lady Sophie —insistió Christopher.

Ella observó con fingido interés a su hermana y a lord Selkirk, intentando ser lo más indiferente posible. Lo estaba ignorando deliberadamente. Cuando se sintió preparada y segura de que su voz no temblaría, dijo:

—¿A qué os referís exactamente, lord Richmond?

Él no pudo contenerse más: era como una presa indefensa ofrecida a un astuto zorro. Se inclinó hacia ella, quizá demasiado, y esperó dos segundos para asegurarse de que sintiera su presencia. Luego pronunció su frase.

—Me refiero a vuestra encomiable habilidad para manejar las emociones —murmuró—, pero también a vuestro aspecto físico, ligeramente mejorado —añadió con descaro, esperando divertido su réplica.

El efecto fue inmediato.

Sophie, impactada por la palabra «ligeramente», levantó la mirada para enfrentarse a él, sin abandonar en ningún momento su perfecta sonrisa de circunstancia. Se encontró con unos ojos grises que parpadeaban, seguros y conscientes. No resistió esa indagación insistente y volvió a bajar la vista al suelo. Respiró profundamente para armarse de valor. No debía permitirle tratarla con tanta arrogante superioridad.

—Por un momento habéis olvidado que estáis en compañía de una joven decente, lord Richmond, y no de una de vuestras amiguitas nocturnas. Os perdono, por tanto, vuestra descortesía, y tomaré vuestro comentario como un cumplido. Después de todo, no es la primera vez que mi modesta presencia causa este efecto en los hombres.

Él se tensó. Enterarse de que incluso otros habían hecho lo mismo lo molestó. ¿Qué clase de hombre se metería con una criatura tan insulsa e inofensiva?

Abrió la boca y la cerró de inmediato: ¡un hombre como él, maldita sea!

—Entonces, ¿cuántas veces ha pasado que alguien haya sido maleducado? —preguntó de sopetón, riendo entre dientes.

—Veamos, diría que, más o menos, cada vez que estoy en compañía de jóvenes caballeros en busca de aventuras o de una mujer adinerada para casarse.

—Para empezar, lady Sophie, no soy un joven, tengo treinta y tres años, trece más que vos. No estoy en busca de aventuras; de lo contrario, no estaría aquí esta noche, sino en el teatro detrás del telón. Y no aspiro a una esposa rica, porque gano bastante y ya he encontrado a la chica con la que desposarme.

Sophie se mordió el labio inferior sin darse cuenta. Las palabras no le salían, y empezó a sentir un calor intenso. Maldijo el deseo irracional de huir y, al mismo tiempo, de seguir a su lado. ¿Cómo era posible querer dos cosas opuestas a la vez?

Christopher clavó la mirada en ese movimiento sensual de los labios. Era un síntoma de su agitación, estaba seguro. Veía el pecho de medidas modestas subir y bajar con un ímpetu rítmico bajo los pliegues plisados del vestido. El único detalle de coquetería de lady Sophie eran unos pocos rizos suaves recogidos en la nuca, que rozaban el cuello, un peinado a la moda con el cabello dividido por una raya central en la cabeza.

—De verdad, lord Richmond, no comprendo por qué cada vez que nos encontramos siempre buscáis divertiros a mi costa y molestarme —balbuceó Sophie en un tono bajísimo, esperando que él no notara el temblor en su voz.

—No sabría deciros, pero ciertamente no quería molestaros. Mi única intención era provocar una reacción, esperando hacer caer la máscara de corrección con la que ocultáis vuestra ardiente personalidad.

Sophie sintió resonar esa frase mientras un leve rubor subía a sus mejillas. Fingió una indiferencia que no sentía y se obligó a fijar la mirada en un punto lejano, pero el aroma masculino no le permitió ignorar la presencia física del hombre.

—Os equivocáis. Soy exactamente lo que parezco: una joven educada que difícilmente lograréis descomponer.

En ese momento, el duque y la duquesa se acercaron, acompañados por lord Fishbourne.

Lord Northcliff divisó a Bridget y al conde de Selkirk riendo y bromeando como viejos amigos, y se dirigió hacia ellos.

De repente, el conde de Fishbourne sólo tuvo ojos para lady Sophie, y se acercó a ella sin dudarlo, sin percatarse de que interrumpía una conversación.

—¡Buenas noches! —exclamó alegremente con una reverencia.

—Hola, Fishbourne —dijo lord Richmond.

—Lord Fishbourne, qué placer volver a encontrarme con vos —lo saludó lady Sophie con un énfasis forzado, intentando convencer al conde de Richmond de que su pequeño enfrentamiento no la había perturbado en absoluto.

—Lady Sophie, ¡sois un encanto!

—Fishbourne, ¡eso mismo acabo de decir yo! ¿Veis, lady Sophie, cómo no me equivoco? —El conde de Richmond desplegó una de sus encantadoras y torcidas sonrisas, acompañada de un semblante sincero.

Antes de que alguien pudiera hablar, él dijo:

—Disculpadme, lady Sophie, veo que el duque me hace una seña, con vuestro permiso. —Hizo una reverencia y, asegurándose de que nadie lo observara, le guiñó un ojo a lady Sophie un instante antes de girarse, sabiendo que la sorprendería.

Sophie mantuvo su expresión distante, pero en su mente desfilaron epítetos de todo tipo: «¡Insolente, descarado... y presuntuoso libertino!».

—No podéis imaginar cuánto me alegra veros, lady Sophie —exclamó lord Fishbourne mirándola abiertamente.

—Vamos, conde, nos vimos hace pocos días —murmuró ella, avergonzada.

—Lo sé. Y, sin embargo, mi mente no hace más que pensar en vos, lady Sophie. Veréis, mi sentimiento es verdadero y sincero. Y, sobre todo, me cuesta mucho reprimirlo —admitió el conde de Fishbourne con franqueza—. Espero que esto no os moleste, lady Sophie.

Sophie, sorprendida por una declaración tan abierta como cortés, entreabrió los labios. Reconoció que, más allá de su asombro, había una especie de alegría: nunca un hombre había mostrado tanto interés por ella y de manera tan educada.

Su corazón inexperto comenzó a latir con fuerza, y su mente ya fantaseaba con la posibilidad de compartir su secreto con aquel hombre encantador. La esperanza la inundó, y un cosquilleo persistente empezó a recorrerle manos y brazos.

—Vaya, lord Fishbourne, me siento halagada y no sé qué decir.

—¡Cielos, no digáis nada! Vuestra sonrisa ya es respuesta suficiente, creedme, lady Sophie.

6

Bridget, eufórica por la velada, propuso a lord Selkirk, lord Fishbourne, lady Fanny y lord Richmond dar un paseo por el jardín, y a Sophie no le quedó más remedio que secundarla para no arriesgarse a ser juzgada como demasiado atrevida. Con su habitual y condescendiente sonrisa, dijo entonces:

—Bridget, pediré el consentimiento de nuestro padre. —En realidad, estaba contenta de tener la oportunidad de estar en compañía del conde de Fishbourne.

Regresó tras obtener el permiso y, tomando un chal para su hermana y otro para ella, se unió al grupo que esperaba junto a la puerta del jardín.

—Podemos irnos —informó, notando que lord Fishbourne se había apartado de los demás para esperar a que ella se lo acomodara. Le gustaba mucho la atención que mostraba en los pequeños detalles.

—El aire está algo fresco pero agradable —admitió Sophie.

—¿Estáis segura de que no necesitáis una capa? —preguntó lord Fishbourne.

—No, gracias, estoy perfectamente así.

Caminaron durante unos minutos y se quedaron rezagados respecto a los demás, cuyo parloteo se oía cada vez más lejano.

Sophie, aunque inexperta, había intuido que el conde de Fishbourne aminoraba el paso a propósito con la intención de quedarse a solas con ella. Ese pensamiento la emocionaba mucho y, al mismo tiempo, la asustaba. Temía no estar a la altura de la situación y esperaba que él no la juzgara infantil por su actitud insegura.

—Lady Sophie, esta noche estoy feliz —declaró él, mirándola.

Sophie lo observó un instante con una sonrisa de circunstancia en los labios. Él esperaba que ella le pidiera una aclaración sobre esa

frase, pero ella era demasiado tímida para atreverse a tanto.

—Veréis, vuestra presencia siempre mejora mi ánimo de manera positiva, creo que se habrá dado cuenta.

Ella apartó la mirada otra vez.

—Pues bien, no sería un caballero si no os confesara que este estado de ánimo está relacionado con lo que siento por vos.

Aunque las educadas palabras expresaban con delicadeza su interés por ella, el conde había usado un tono decidido que dejaba entrever su lado masculino más firme. Sabía bien que la estaba poniendo en una situación difícil, pero exigía una respuesta. Imponerse no serviría, dada la personalidad reservada de la joven, así que empleó toda su experiencia para animarla a hablar con delicadeza.

—Lady Sophie, sé bien que mi franqueza podría ser malinterpretada, y me disculpo de antemano, pero necesito escuchar una palabra vuestra.

El hombre revelaba un aspecto intrigante que hasta ese momento se le había escapado. Sabía ser atento, cordial y respetuoso, aunque con una nota de resolución viril tanto en la voz como en los ojos. Además, su apariencia era atractiva, tenía buen gusto al vestir y su figura era atlética. Sophie admitió que lord Fishbourne también le agradaba físicamente.

Comprendió que no podía seguir ignorándolo y aminoró el paso, con las manos juntas.

—Estoy honrada por vuestra atención, lord Fishbourne. Sois una persona agradable y una excelente compañía —se expresó con cautela, recordándose que debía mantener la debida distancia que la etiqueta prescribía.

Lord Fishbourne asintió con la cabeza. Respetó su silencio para darle tiempo de tranquilizarse. Luego lanzó la siguiente pregunta.

—¿Lady Sophie, sentís algo más por mí además de simpatía?

A Sophie se le cortó la respiración. Se dijo que era natural, después de todo era la primera vez que un hombre la cortejaba. Se mordió el labio inferior, buscando en su mente la frase más adecuada para la ocasión.

—Sí, lord Fishbourne, tengo gran estima por vos y admiro vuestra gentileza.

—Sois tan dulce en vuestra discreción, lady Sophie. ¿Puedo esperar que esa admiración sea algo parecido a un sentimiento?

Esa palabra rebotó en la mente de Sophie. Una alarma sonó por el temor de ir demasiado lejos. Estaba segura de no sentir nada que pudiera definirse de esa manera. Sin embargo, no quería decepcionarlo ni hacerle sufrir, ni mucho menos cerrar puertas que pudieran llevar a un futuro agradable con un hombre que, a cada minuto que pasaba, descubría más fascinante.

La poca lucidez que le quedaba la llevó a sospechar que el conde solo sentía por ella un mero encaprichamiento provocado por pura curiosidad y cierta inclinación a alcanzar su dote. Nada grave, después de todo. Sophie sabía que no podía aspirar a un amor desmedido como el de sus padres y que tendría que conformarse con mucho menos. Aun así, hablar de «sentimiento» ante el primer indicio de interés le parecía excesivo.

—Siento estima por vos, lord Fishbourne, admiro vuestras maneras, vuestra discreción, el hecho de que nunca habéis dado pie a habladurías y que sois un verdadero caballero.

—¿Soy un hombre tranquilo, en resumen? —murmuró él, desconcertado—. Dicho por vos, sé que es un cumplido.

—¿Dicho por mí?

—Veréis, chicas menos formales y rectas que vos habrían preferido a un hombre, digamos, más mundano, exuberante, superficial, acostumbrado a múltiples compañías femeninas. Como Richmond, en fin.

—¿Estáis diciendo que lady Fanny no es una joven educada? —observó Sophie con tristeza.

—¡Ay, tenéis razón, disculpadme! No pretendía ofender a lady Fanny. —Lord Fishbourne la observó largamente, notando su incomodidad, la mirada esquiva típica de los tímidos, la expresión indecisa en su joven rostro. Y, sin embargo, había respondido con agudeza. Lady Sophie era, en definitiva, una mujer impredecible—. Tenéis una rapidez de pensamiento excepcional —afirmó él, guiñándole el ojo con admiración.

Sophie sonrió, intercambiando con él la primera mirada verdadera desde que lo conocía. Se encontró admitiendo que, en comparación con lord Richmond, el conde de Fishbourne salía victorioso en cuanto a galantería y nobleza de espíritu. Comenzó a preguntarse cuánto tiempo más debía desperdiciar su juventud fantaseando con un hombre superficial y maleducado que le provocaba escalofríos, desbocaba el pausado latido de su corazón y despertaba emociones indescriptibles cada vez que estaba cerca, pero que, ella sabía, solo lograba irritarla.

Quizá la verdad era que lord Richmond cautivaba más por su cuerpo que por su mente, atrapaba la parte irracional e instintiva que ella se empeñaba tanto en reprimir. Ciertos impulsos ligados a la atracción física no eran aceptables para una joven dama de noble familia. Además, ¿de qué servía?

El conde de Fishbourne esperaba una palabra suya, y ella despertó del breve letargo de esos razonamientos.

—Quedaos tranquilo, he entendido perfectamente lo que queríais decir.

—Es que, cuando estoy con vos, pierdo la cabeza —confesó el conde, riendo entre dientes—. Lady Sophie, debo decíroslo ahora, porque ninguna otra ocasión será tan buena como ésta. —Se detuvo frente a ella, impidiéndole caminar. Tomó suavemente las manos de la joven entre las suyas y dijo con una expresión alegre—: Estoy enamorado de vos, y sea lo que sea que sintáis o lleguéis a sentir por mí, sabed que siempre será así.

Sophie, con la boca abierta por el asombro, se quedó observando la vehemencia con la que el conde hablaba. Aunque permanecía inmóvil en su postura escultural, sus ojos comenzaron a vagar, primero por los guijarros del sendero, luego por los parterres, desconcertada e incapaz de pronunciar palabra. Fue entonces cuando divisó dos figuras: Lady Fanny de espaldas y lord Richmond muy cerca de ella.

—He sido impetuoso, lo sé, pero vos sois demasiado comprensiva para guardarme rencor.

Sophie intentó recomponerse, agradecida de escuchar su admisión y feliz de que él reconociera su buena naturaleza.

—Me habéis pillado por sorpresa, perdonadme —balbuceó.

—¿Estáis sorprendida? ¿No lo habíais notado, lady Sophie?

—No creía que vuestros sentimientos fuera tan profundos. En verdad, y sin querer ofenderos, lord Fishbourne, me cuesta creerlo. Quiero decir, ¿cómo sabéis que no estáis equivocado? —Sophie lanzó otra mirada al conde de Richmond, mientras lord Fishbourne pasaba una mano por su cabello, despeinándolo.

—Lady Sophie, tengo muchos años más que vos y sé lo que significa amar a alguien. Tal vez vos no, pero yo sí. Y estoy seguro de que os amo, querida, os lo aseguro.

Sophie solo pudo aceptar su afirmación, sintiéndose pequeña e inexperta.

—Sin duda es como decís, soy demasiado joven para tener la experiencia de un amor verdadero y sincero. No sé qué más puedo añadir.

—No tenéis que añadir nada. Solo dejad que vuestro corazón absorba lo que siento por vos, y quizá la estima que me tenéis pueda crecer y convertirse en algo más. Permitidme pedirle a vuestro padre autorización para cortejaros. Esperaré todo el tiempo que deseéis antes de un compromiso oficial.

¿Compromiso oficial? ¿Era correcto apresurarse tanto?

Desde luego, nunca se le presentaría otra oportunidad como ésa. Sin embargo, no podía permitir un cortejo encaminado al compromiso sin que lord Fishbourne estuviera al tanto de su grave enfermedad; sería deshonesto.

Él interpretó esa inseguridad como la señal de la indecisión y el pudor propios de una joven noble bien educada. Y un hombre de su experiencia no podía dejar escapar la oportunidad de atrapar a esa frágil y deliciosa presa, tan dulce en su timidez y encantadora en su apariencia sencilla. Se acercó, la tomó por los hombros y se inclinó para besarla.

Sophie estaba echando otra mirada furtiva hacia el conde de Richmond cuando el rostro de lord Fishbourne le bloqueó la vista mientras sus manos la sujetaban con firmeza. El beso llegó como un chorro de agua helada en la cara.

Contuvo el aliento, atónita por el contacto con la boca masculina. Fue una sensación abrumadora y física. Con los ojos muy abiertos, vio los de él entrecerrados y comprendió que debía hacer lo mismo. Intentó abandonarse, permitir por una vez que los sentidos prevalecieran.

Y así fue como su imaginación le jugó una mala pasada al hacerle creer que esa boca era la de lord Richmond. El estómago se le revolvió, un ardor lánguido se extendió por su vientre y desde allí vibraciones excitantes invadieron su cuerpo, robándole toda lucidez. Se dejó envolver por esa niebla; los brazos, laxos, cayeron a los costados, y las piernas estuvieron a punto de flaquear.

Lord Fishbourne se complació consigo mismo por esa entrega y envolvió la figura delgada en un abrazo firme. Movió ligeramente los labios, invitándola a abrir los suyos, e inició una conquista delicada y experta a la que ella no supo resistirse.

Sophie aceptó esa invasión de buena gana, perdida en una realidad paralela en la que el beso y el abrazo provenían de un hombre atractivo de mirada gris: Christopher Clayton, conde de Richmond.

Con esa constatación, abrió los ojos de golpe, su fantasía se desplomó y fue aplastada por la crudeza de la verdad. ¿Cómo había podido hacer algo tan vulgar e irrespetuoso? ¿Cómo había podido besar a lord Fishbourne pensando en el conde de Richmond?

Se apartó de un impulso, con las manos en el pecho de él. Retrocedió uno, dos, tres pasos, con la respiración entrecortada, horrorizada por su comportamiento reprobable. permaneció inmóvil, con los brazos colgando a los costados. No lo miraba, aterrada por lo que él podría descubrir en su mirada culpable.

—Necesito tiempo —murmuró a modo de disculpa.

—Tenéis razón, perdonad mi ímpetu, lady Sophie. No volverá a ocurrir sin que os lo pida antes. Mi sentimiento es tan fuerte que no sé contenerme —trató de justificarse él—. Esperaré cada día con ansia a que me deis vuestro consentimiento antes de hablar con el duque.

Esas palabras tranquilizaron a Sophie. Tal vez, al fin y a al cabo, no estaba destinada a quedarse soltera de por vida. Se sintió aún más

culpable por esas palabras amables. Se dijo a sí misma que nunca más debía pensar en lord Richmond y que dedicaría toda su gratitud al conde de Fishbourne por no haberse dejado desanimar por su reticencia.

Christopher escuchaba el parloteo de lady Fanny sin prestar atención a lo que decía.

Estaba molesto consigo mismo por su incapacidad para mantener a raya su excesivo interés por lady Sophie. Incluso ahora sólo podía pensar en ella, en su expresión de determinada aceptación ante sus expertas provocaciones, convencido de valer poco, en su digna y cohibida autodefensa, en sus gráciles movimientos, en la suave línea de su cuello rozada por un fino cabello rubio que se había escapado de su sencillo peinado, en las apetecibles formas de su busto donde un modesto pecho se escondía bajo el corsé. Sentía debilidad por los pechos contenidos y perfectos. Las mujeres de pechos generosos nunca habían sido de su agrado. Tuvo que atajar esos pensamientos. Debía poner fin a esos pensamientos. Tenía que acelerar el compromiso con lady Fanny y todo saldría como había planeado.

En ese momento vio a lady Sophie y estuvo a punto de llamarla: Fishbourne estaba de pie frente a ella, impidiéndole caminar, y su expresión desconcertada denotaba toda su timidez e inexperiencia.

Cuando Fishbourne se inclinó de repente para besarla, se le cortó la respiración. Las ganas de correr hacia ella y decirle que lo estaba haciendo mal lo abrumaron, y el deseo de agarrar al joven por la chaqueta y arrojarlo a las espinosas zarzas del rosal de al lado fue irrefrenable.

—Lord Richmond, ¿os encontráis bien? —preguntó la graciosa lady Fanny muy educadamente.

Y fue en ese instante cuando comprendió que estaba más prendado de lady Sophie de lo que debería.

Se llamó idiota a sí mismo y se dio cuenta de que había llegado el momento de tomar el camino hacia el matrimonio. Se movió para

bloquear voluntariamente la vista de lady Sophie y lord Fishbourne, le miró a Lady Fanny y dijo:

—Mañana por la mañana me gustaría venir aquí, a vuestra casa, para pedirle oficialmente a vuestro padre permiso para visitaros. También le comunicaré que deseo casarme con vos. —Pronunció esas palabras de un tirón, para librarse de ese enredo llamado «Lady Sophie», y dejó escapar un suspiro de alivio.

Fanny, en cambio, contuvo el aliento. Sabía que el momento estaba cerca, lo presentía, pero no creía que lord Richmond se declararía de manera tan impetuosa.

—Si vos, adorada mía, estáis de acuerdo —añadió él para suavizar sus maneras abruptas.

—Sí, estoy de acuerdo —susurró ella, incapaz de mirarlo.

Christopher le tomó la barbilla y la obligó a levantar el rostro.

—Repetidlo mirándome, querida.

—Estoy de acuerdo —dijo de nuevo ella, ruborizándose.

Las atractivas maneras de lord Richmond, sus gestos, incluso los que parecían triviales, revelaban su experiencia, algo que incomodaba a Fanny. La joven estaba acostumbrada a los cortejos sanos, basados en miradas y palabras. De hecho, era una de las manipuladoras más hábiles a la hora de tratar de atraer pretendientes. Pero cuando se trataba de contacto físico, aunque fuera solo una caricia, se agitaba, perdía la cabeza, y la mayoría de las veces, sentía fastidio y repulsión. Sabía que ahora el conde la besaría y se preparó para lo peor, repitiéndose a sí misma que debía soportar el disgusto; por su bien y el de su familia, debía llevar a cabo ese compromiso.

Christopher había comprendido que lady Fanny no era una chica apasionada, todo lo contrario, pero no le importaba. La desvirgaría la primera noche de bodas y luego le pasaría una renta mensual suficiente para mantenerla tranquila. Para satisfacer su pasión, buscaría distracciones en otra parte.

Le sonrió, acariciando su terso rostro. Se acercó con cautela y posó los labios sobre los de ella. Se contuvo tras apenas unos segundos, sin ganas de intentar obtener más de una joven tan fría.

Miró hacia la vegetación en busca de otra figura femenina, pero no la encontró.

Durante la cena, Bridget no dejó de hablar ni un momento, acompañando cada frase con pequeños movimientos de las manos que le daban énfasis. Se sentía feliz por haber decidido asistir, pues nunca habría imaginado encontrar una compañía tan agradable como la de lord Selkirk. Lo miraba de reojo de vez en cuando, y él le dedicaba pequeñas sonrisas que la ponían cada vez más eufórica.

«Oh, Bridget, ¡te estás ablandando!» se dijo mientras masticaba la carne de faisán. «Pero él tiene unos ojos... y una boca tan cautivadora... y unas manos muy bonitas... ¡Que tonta eres Bri! ¡Pareces una de esas estúpidas ocas!».

Kenneth se esforzó por mantener su habitual compostura, suavizada por un diálogo desenfadado que agradaba a todo el mundo. En verdad, estaba deseando que esa exhibición de buenos modales terminara. Cuando anunciaron la cena, había esperado tener a lady Bridget cerca, pero ella estaba al otro lado de la mesa, a su izquierda. La había observado varias veces, cada vez más atraído por sus maneras espontáneas y naturales. La muchacha no tenía nada de artificioso, y a sus ojos de sencillo escocés, aquello se convirtió en un valor incalculable.

No se sorprendió cuando la pequeña diablillo, después de que los hombres tomaran sus licores, propuso a los más jóvenes dar un paseo por el jardín.

Lady Sophie obtuvo el permiso de su excelencia y le ofreció un chal a su hermana.

El pequeño grupo se trasladó al exterior y él notó de inmediato que lord Fishbourne se quedaba rezagado con la mayor de las Northcliff, mientras que lady Fanny parecía querer acaparar a toda costa la compañía de Christopher.

Richmond repetía que lady Fanny sería una esposa obediente si se le recompensaba con una renta mensual adecuada, pero Ken, indiferente a toda formalidad, encontraba malsano elegir a una compañera de vida solo porque no causaría problemas: no le

gustaba cómo su amigo se estaba lanzando de cabeza en esa historia y estaba preocupado por ello.

—¡Bien! ¡Esto significa que lord Richmond besará a lady Fanny! —exclamó Bridget, sacándolo de sus pensamientos, mientras señalaba a la pareja que se apartaba.

El conde de Selkirk levantó las cejas.

—Juro que sois la chica más divertida con la que he tratado jamás.

—¿Vos no tenéis novia, amiga o algo por el estilo?

—No estoy comprometido —le respondió con cautela.

—Pero tenéis una amiga.

Lord Selkirk frunció el ceño.

—¿También habláis de estas cosas en vuestra familia?

—Por lo general, sí, pero solo cuando mi padre no está —confesó Bridget con una abundancia de gestos que subrayaban sus chispeantes comentarios—. Él finge escandalizarse, pero nosotros sabemos que se divierte. En fin, como hacéis vos. ¡Estáis muy gracioso con esa cara!

—Estoy encantado de provocar tanta hilaridad —dijo lord Selkirk, conteniendo una sonrisa.

—Entonces ¿Tenéis una amiga?

—Por favor, cambiemos de tema. ¿Vendréis a mi casa a practicar esgrima?

—¡Por supuesto! ¡Decidme cuándo! Pero no se lo digáis a nadie, o mi padre sería capaz de obligaros a casaros conmigo —explicó con un movimiento brusco de la mano que mostraba toda su desaprobación por esas estúpidas reglas.

—Estoy seguro de que lo haría —bromeó el conde ante la frase dicha sin filtros—. Os dejaré probar unas armas especiales, fabricadas en América.

Ante esas palabras, lady Bridget se detuvo y, con una mirada atónita, preguntó:

— ¿De verdad? ¿Cómo las habéis conseguido? —Estaba tan impresionada que se había agarrado a su brazo sin darse cuenta.

—Me las envió un amigo —le explicó Selkirk encantado, incrédulo de que una mujer, por joven que fuera, se interesara por ese tema

—. Se marchó para cambiar de vida. Compró un terreno, construyó un rancho y cultiva tabaco en Kentucky. ¿Por qué ponéis esa cara? Parece que hubierais visto un fantasma.

—¡Yo adoro... esta historia! ¡Me encantaría ir allí! ¡Querría vivir allí! ¡Vos no lo entendéis! —Bridget jadeaba por la emoción de esa extraordinaria coincidencia, parecía haber olvidado todo lo que la rodeaba mientras sus ojos desorbitados soñaban con tierras infinitas, vida al aire libre, trabajo manual sano, sin restricciones ni prejuicios.

Ken se puso serio. La miró fijamente unos segundos y, tras estudiar su expresión, habló.

— Explicaos, os lo ruego.

Bridget tenía ahora ambas manos sobre su brazo, apretando la tela de la manga entre sus finos dedos, demasiado emocionada al escuchar hablar de cosas que había anhelado durante años.

—¡Me encantaría ir a América! ¡Querría hacer como vuestro amigo! ¡Criar ganado o cultivar la tierra, vivir sin toda esta falsedad! —Había abierto los brazos para señalar su vestido y la casa de los Rawling.

En ese momento, la muchacha rebelde parecía tener muchos más años y era hermosísima. Sí, de una belleza especial, hecha de colores fuertes y decididos, concretos y sólidos, como ella. Ken habría deseado tomar ese delicado rostro entre sus manos y besarla, habría querido estrecharla contra sí y sentir el joven cuerpo de mujer pegado al suyo. ¡Maldición! ¡Solo tenía diecisiete años!

—Lo desaprobáis —le susurró ella, decepcionada por la expresión pensativa del hombre.

—No, en absoluto. Solo estaba notando que en este momento parecéis mayor. Y sois muy hermosa.

—¿Me estáis tomando el pelo?

—No, lo digo en serio. —Ken apartó la mirada de ella, dirigiéndola por un instante lejos, más allá del seto.

—Yo también querría ir a vivir a América porque estoy cansado de esta falsedad —le confesó en un murmullo apenas insinuado antes de que pudiera contenerse.

Bridget le tiró del brazo y se aferró a él una vez más.

—¡Miradme! ¿Lo decís en serio?

Ken volvió sus ojos de un verde profundo hacia ella e hizo un cauto gesto de afirmación.

—Tenéis los ojos verdísimos, no me había dado cuenta.

—Y vosotros azul oscuro, como los de vuestro padre. Pero ya lo noté en cuanto os conocí.

—¿Iréis?

—¿Adónde?

—A América.

—Tal vez.

—Llevadme con vos.

La petición retumbó en el silencio del jardín, estalló repentina como un cañonazo, resonó en sus oídos masculinos dejando a Kenneth incrédulo. A pesar de sus veintinueve años, quedó estupefacto, frunció el ceño, abrió la boca, la cerró. Finalmente, hizo un lentísimo gesto de negación, imponiéndose un comportamiento de caballero.

—Lady Bridget, es impropio que habléis así, y estoy seguro de que os dais cuenta —afirmó, fijándose en los labios enrojecidos y las pecas deliciosamente posadas sobre la naricita y las mejillas.

—Lo sé. Pero estoy igualmente segura de no haberos escandalizado. Tenemos muchas cosas en común, vos y yo. Sí, seremos buenos amigos —convino la muchacha, subrayando la idea con un movimiento seco de la cabeza.

A Ken le dio risa la idea de ser amigo de una mujer, o más bien, de una muchacha. Una sonrisa iluminó su rostro oscurecido por la barba ya crecida. Un ruido detrás de ellos lo llevó a dar un paso atrás. Y Bridget retiró las manos de su brazo mientras le dedicaba una mirada cómplice y luminosa.

7

15 de octubre de 1834

Aquella mañana, con toda su impecable elegancia de caballero titulado, Christopher se había presentado en la casa del marqués Rawling y había pedido oficialmente la mano de lady Fanny.

La aceptación de su propuesta de matrimonio había sido bastante rápida. El conde de Richmond, como buen empresario que era, se había preparado sacando del bolsillo un anillo con un gran zafiro que había provocado gran entusiasmo en su aturdida prometida y en la complaciente lady Rawling. En ese instante, comparó sus reacciones alegres con la fría que había tenido su madre cuando le anunció el inminente compromiso. Lady Richmond era hábil para contenerse, pero él sabía bien que la había sorprendido.

Exhausto, de regreso de una velada pasada con Virginia Burns, la desinhibida viuda del barón de Douglas, galopaba por las traicioneras calles de un Londres nocturno y engañoso, con ambas riendas en la mano izquierda y la pistola en la derecha. Unos ruidos repentinos lo mantenían en alerta, la mirada atenta a los vapores que se desprendían inesperadamente de los callejones.

En la verja de su propiedad, un sirviente lo esperaba. Continuó a trote ligero hasta los escalones de la casa y dejó el caballo al mozo de cuadra. Saludó rápidamente a Payne y subió al piso superior.

En su alcoba, el baño estaba listo y se lavó en pocos minutos.

Cuando apoyó la cabeza en la almohada, repasó con mente fría sus compromisos laborales, algo que ya le resultaba natural, y se durmió casi de inmediato.

Un calor opresivo lo llevó a girarse en la cama. Entrecerró los ojos. Apartó un poco las mantas para aliviar ese calor inusual. Se acomodó boca abajo y se adormeció de nuevo.

De repente, la presencia de alguien lo obligó a abrir los ojos de golpe, y ella estaba allí, debajo de él. Podía sentir su respiración ligera sobre la piel, el delicioso perfume de aroma dulce y floral, el cuerpo suave adherido perfectamente al suyo.

Los ojos verdísimos lo miraban desde unos pocos centímetros, una mirada intensa lo conectó con ella, una sintonía silenciosa e invisible. La boca femenina, ligeramente entreabierta, era sensual e incitante, y esas labios emitieron un sonido suspirado que él no comprendió.

Una tensión opresiva surgía del punto de unión de sus cuerpos, y solo entonces comprendió que estaba dentro de ella.

La vio alarmarse, y sin embargo, su cuerpo acompañaba los movimientos rítmicos que él imponía metódicamente. Vio el placer inesperado dibujado en el gracioso rostro con cada embestida que le infligía.

Se inclinó para besarla con extrema delicadeza y luego susurró algo a su oído que la tranquilizó, aunque no supo qué, porque no escuchó ningún sonido.

Ella se relajó, abandonándose por completo. Los amorosos brazos lo estrecharon, y nunca una sensación había sido tan reconfortante. Los dedos femeninos recorrieron su espalda, y él se estremeció.

Con una mano curiosa acarició un muslo, una nalga, una cadera, abrió los dedos sobre el abdomen y envolvió un seno, rozando su punta erecta.

Le quitó el aliento, obligándola a arquearse en busca de una satisfacción mayor.

El verde lánguido de su mirada reveló la pasión inminente, y esa armonía de cuerpos le permitió captar el instante exacto en que debía imprimir el último tormento lascivo.

Ella emitió gemidos y jadeos mientras él le regalaba espasmos ardientes e incontrolados, haciéndola temblar al estimular su carne y desmoronar su frágil mente.

El sonido de su propio grito de placer lo despertó de golpe.

Estaba aferrado a la almohada, con los dedos clavados en ella. Se sentó de golpe y miró a su alrededor, desorientado. La cama

estaba manchada de semen y él se miró entre las piernas, donde la erección aún era visible. El corazón le latía con fuerza, parecía que iba a estallar. Tomó aire, pero nada. Los golpes en el pecho no cesaban.

Incrédulo, se puso a escuchar: el silencio de la alcoba le confirmó que no había nadie. ¿Había soñado?

Se miró los dedos y, como un latigazo, le volvió a la mente la sensación del contacto con la piel blanca y las formas suaves que ella había adquirido con los años.

¡No podía ser solo un sueño, había sido demasiado real! El perfume embriagador aún flotaba en el aire, y le resultó espontáneo inhalar.

Algo extraño había ocurrido, algo que no sabía explicar.

Se obligó a levantarse para ir al cuarto de baño. Se lavó, pero no volvió a dormir. Se tendió en el pequeño sofá frente a la chimenea, donde las llamas aún danzaban vivaces.

Un calor opresivo llevó a Sophie a girarse en la cama. Entornó los ojos. Apartó un poco las mantas para aliviar ese calor inusual. Sus manos percibían una vibración, como leves y agradables sacudidas.

El fuego en la chimenea se había apagado y solo unas pocas brasas emitían aún un resplandor ardiente, por lo que no comprendió el motivo de esa sensación. Se adormeció de nuevo.

De repente, la presencia de alguien la obligó a abrir los ojos de golpe, y él estaba allí, frente a ella, sobre ella. Podía sentir su respiración ligera sobre la piel, su aroma a agua de Colonia penetrante y al mismo tiempo dulzón.

Los ojos grises la miraban desde pocos centímetros, una mirada intensa que los conectaba entre sí, una sintonía silenciosa e invisible. La boca masculina, ligeramente sonriente, estaba un poco más levantada de un lado, y los labios emitieron un sonido vago que ella no entendió.

Un intenso estremecimiento surgió del punto de unión de sus cuerpos. Solo entonces comprendió que él estaba dentro de ella.

¡Se horrorizó! Su mente intentó rebelarse, pero su cuerpo ya acompañaba los movimientos rítmicos que él imponía con sabia estrategia. Un placer inesperado se irradió dentro de ella con cada embestida que él le infligía.

Lo miró asustada.

Él se inclinó para besarla con extrema delicadeza y luego susurró algo a su oído que no pudo descifrar, pero que la tranquilizó al instante.

Se relajó y dejó que él le diera placer. Levantó los brazos y lo estrechó contra sí como siempre había deseado hacerlo. Estaba desnudo, y ella recorrió su espalda palpando los músculos que se tensaban con cada movimiento.

Los dedos cálidos de una mano masculina ascendieron, acariciando con extremo cuidado un muslo, una nalga, una cadera, luego se abrieron sobre el abdomen y envolvieron un seno, rozando la punta erecta.

Sophie estaba sin aliento y se arqueó en busca de mayor satisfacción.

Los destellos grises de la mirada de él revelaban la pasión inminente, y esa armonía permitió a Sophie intuir el instante exacto en que debía liberar ese tormento lascivo que la consumía.

Emitió gemidos y jadeos mientras él le regalaba espasmos ardientes e incontrolados, haciéndola temblar al estimular su carne y desmoronando su frágil mente.

El sonido de sus propios ansiosos sollozos la despertó de golpe.

Sentada en la cama, miró a su alrededor desesperada, buscando al hombre.

No había nadie.

Y sin embargo, había ocurrido, estaba segura.

Sintió entre las piernas la humedad que quedaba y tuvo la confirmación de haber experimentado placer.

Levantó los ojos asustados y observó con cautela la habitación en penumbra.

El aroma ligeramente dulzón de él aún flotaba en el aire.

Las manos aún vibraban con el eco de aquella sensación, y Sophie las observó durante unos segundos. ¡Estaba segura de haber

tocado su espalda desnuda!

Bajó de la cama con cautela y encendió las velas. No había nadie.

Fue entonces cuando recordó las historias de sus padres sobre sueños compartidos en el mismo instante o sobre situaciones vividas en la delgada línea entre el sueño y la realidad. Incluso aquellas narradas por Asabi Sikulu y la anciana Homa, madre y abuela de Pitch[5], respectivamente, se asemejaban a lo que acababa de ocurrirle.

Se sentó en el sillón junto a la chimenea, avivó las brasas y añadió un leño. La llama brilló con viveza. No volvería a meterse en la cama porque temía que aquello sucediera de nuevo.

Ya estaba segura de haber heredado del duque el don de las manos, y no solo eso.

Inesperadamente, esta constatación no la perturbó, tal vez porque en el fondo siempre lo había sospechado.

Resignada, se envolvió en una manta y lloró por la certeza de que la experiencia de ser abrazada por ese hombre seguiría siendo un sueño, un producto de su mente, algo inexistente e imposible.

8

16 de octubre de 1834

El carruaje ducal recorría a toda velocidad las calles aún abarrotadas de Londres y, de vez en cuando, un grito del cochero advertía a quienes obstaculizaban imprudentemente su camino.

En el interior, lord Fishbourne, que había acompañado por cortesía a la duquesa y a lady Sophie, las escuchaba hablar de piel arrancada, sangre, ungüentos e infecciones como si estuvieran charlando sobre cintas y sombreritos. Estaba seguro de que su expresión era de asombro y, aunque sabía que la adorada lady Sophie tenía habilidades médicas tan notables como las de su madre, escucharla discutir sobre asuntos tan crudos le ofrecía una nueva visión de ella.

Sin embargo, incluso en ese momento, la joven sabía mantener un porte elegante.

Se percató de que encontraba intrigante el lado de lady Sophie que emergía de manera imprevisible e inesperada, anticipando una vida matrimonial llena de descubrimientos.

—Habéis sido muy amable, lord Fishbourne, al ofrecernos vuestra compañía —dijo lady Northcliff, notando su mirada.

—Estoy feliz de haberme ofrecido, excelencia, y aún más de que el duque haya concedido su permiso con confianza —respondió él.

Sophie le sonrió agradecida por el generoso sacrificio que había hecho.

Nada en esa velada parecía ir según lo planeado.

Los Northcliff habían declinado la invitación a la fiesta que Mrs. Wright había organizado aquella tarde en la Cámara de los Lores en Westminster, ya que la duquesa había planeado una cena informal en su residencia de Londres con la intención de permitir que Sophie afianzara su relación con lord Fishbourne sin despertar sospechas.

La única manera de lograrlo era invitar a un número de comensales lo suficientemente amplio como para dispersar la atención, pero no tanto como para que se convirtiera en una auténtica fiesta. Por ello, estaban presentes lord MacKendrick, hermano del duque, junto con su esposa y su hijo de diecisiete años, James; el marqués de St. James con su hijo Alexander, también de diecisiete años; el conde de Portland, hermanastro no reconocido del duque, acompañado de su esposa, la condesa, y su romántica hija Charlotte, de quince años.

El grupo de nobles se entretenía despreocupado en el gran salón, entre aperitivos y anécdotas divertidas, mientras disfrutaban expectantes de los aromas de los deliciosos platillos que llevaban horas preparándose en las cocinas ducales. Por ello, cuando el mayordomo Ben Wilson entró en la sala, todos asumieron de manera natural que anunciaría la cena. Sin embargo, el hombre se acercó a la duquesa y le dijo:

—Está aquí el joven Eddy, que viene de la Casa del Murete.

La Casa del Murete era la segunda Casa de las Jóvenes Mujeres abierta por lady Northcliff, y la llamaban así por el murete de piedra seca que delimitaba el perímetro de la propiedad. La otra casa, la primera, se denominaba Casa de las Rosas por el rosal que trepaba por la fachada del edificio.

—El chico dice que la cocinera se ha quemado gravemente, que la piel, y cito literalmente, «se ha desprendido como la cáscara de los melocotones maduros», y que está sufriendo de una manera indescriptible.

Por eso, el vehículo corría para llegar a la Casa del Murete lo antes posible.

Encontraron más tráfico de lo habitual, y lord Fishbourne sacó su reloj.

—Qué extraño este caos, apenas son las siete pasadas, hora de la cena —afirmó pensativo.

—¿No percibís un olor acre a humo? —murmuró Sophie, arrugando la nariz.

Los demás no tuvieron tiempo de responder, porque justo fuera del parque St. James, el carruaje frenó bruscamente y una incipiente maldición del cochero hizo que el conde se asomara.

Otros carruajes obstruían la calzada, avanzando lentamente por la *Parliament Street*, mientras a su alrededor una multitud agitada se dirigía hacia la *Great Bell*.

—¿Qué está pasando? —preguntó lord Fishbourne al hombre que intentaba calmar a los caballo— ¿Y de dónde viene este olor?

El viejo cochero no dijo palabra, levantó un brazo hacia el horizonte en dirección al Parlamento en Westminster, con una mirada preocupada.

Lord Fishbourne siguió la indicación y abrió la boca al ver un resplandor amarillento antinatural más allá de los edificios.

Eleonor y Sophie notaron su expresión y se asomaron por la ventanilla abierta.

—¡Ay, es un incendio! —exclamó la duquesa.

—Excelencia, podríamos retroceder y cruzar el Támesis por el *Waterloo Bridge*, aunque realmente no sé cómo diablos girar la carroza —explicó el cochero, señalando a su alrededor, incapaz de encontrar un espacio para maniobrar el vehículo—. Me temo que no queda otra opción que avanzar. Estamos atrapados, excelencia —admitió con fastidio.

El conde suspiró resignado.

—Me temo que es así, lady Northcliff.

No hablaron más, concentrados como estaban en observar cómo se iba desarrollando la escena ante ellos.

Se encontraban a mitad de la *Parliament Street* cuando los vehículos habían dejado de avanzar.

—Os lo ruego, lord Fishbourne, dejadme pasar —le suplicó Eleonor, impaciente. Abrió la portezuela y, de un ágil salto, descendió de la carroza, haciendo crujir la seda de su valiosa falda de color ocre.

El Conde no tuvo tiempo de oponerse, imitó su gesto, y a continuación le ofreció la mano a lady Sophie para ayudarla a bajar.
La gente se aglomeraba junto a las carrozas, discutiendo sobre la mejor manera de actuar. Muchos dejaban el vehículo a cargo de su cochero y se dirigían a paso rápido hacia Westminster para averiguar qué estaba ocurriendo.

Sophie se había quedado observando la escena. Una extraña y abrumadora sensación de inquietud comenzaba a invadir su corazón y su mente. Sentía que aquel resplandor era una advertencia, un estremecimiento de energía poderosa que debía apaciguar. Agarró el maletín de médico de su madre y dijo:

—Tengo que ir allí, mamá. Alguien podría estar herido.

—¡Oh, lady Sophie, pero qué estáis diciendo! ¡Podría ser peligroso! —intervino el conde, atónito ante la propuesta.

—Mamá, toma los caballos y dirígete a la Casa del Murete. Yo iré a pie al Parlamento.

Eleonor entrecerró los ojos, fijándose en su hija. Conocía bien esa mirada, pero era la primera vez que la veía en ella. Esa constatación la golpeó como un relámpago.

—Tú sientes algo —le susurró, aterrorizada por la respuesta.

Sophie se tensó, temiendo haber sido descubierta, y lanzó una rápida mirada al conde, esperando que no lo entendiera.

—Yo... siento que debo ir a ayudar, eso es todo —se apresuró a mentir.

La súplica en los ojos de su hija valió más que mil palabras, y Eleonor decidió no indagar más por el momento.

—Está bien, Sophie. lord Fishbourne, vos y yo iremos a caballo a Newington.

—¡Pero excelencia! ¡No podemos dejar sola a lady Sophie!

—Sophie hará lo que debe, escoltada por el cochero.

Un silencio tenso siguió.

—Permitid entonces que sea yo quien escolte a lady Sophie, os lo ruego —insistió lord Fishbourne, mirando resueltamente a la duquesa.

Ella le sonrió con aprobación, y él sospechó que lo había puesto a prueba a propósito.

—Permiso concedido, conde. Adelante.

Sophie dio un beso a su madre y comenzó a correr hacia la luz que emanaba de Westminster. Era la primera vez que actuaba sin pensar en una posible crisis epiléptica.

Lord Fishbourne le tomó la bolsa de la mano y se colocó delante de ella. Apartar a las personas se convirtió en una tarea ardua, y él

decidió abrirse paso a empujones, usando la maleta de cuero como escudo mientras con la otra mano mantenía a Sophie pegada a él. El olor a humo era cada vez más intenso y, al llegar al lugar de las llamas, muchos tosían y llevaban pañuelos atados para cubrirse la nariz y la boca.

Palabras entrecortadas flotaban en el aire: «incendio», «Parlamento», «fiesta de Mrs. Wright», «evacuación», «heridos».

Cerca del *Westminster Bridge*, el espectáculo se tornó en catástrofe.

Sophie y su acompañante se quedaron inmóviles durante unos segundos, observando incrédulos.

Lo más inquietante eran aquellas lenguas de fuego que se alzaban desafiantes, desgarrando la oscuridad del cielo londinense como cuchilladas que dejarían cicatrices eternas. El incendio era enorme y devastador, había consumido ya todo el edificio y avanzaba, obligando a la multitud a retroceder. El calor sofocante, mezclado con el humo y los vapores tóxicos, formaba una densa capa a duras penas soportable, que de vez en cuando obligaba a girarse para aliviar la quemazón en los rostros.

El ir y venir de gente desesperada, acompañado por el vocerío agitado, acentuaba aún más la gravedad de la situación. Hombres con chaquetas rojas y sombreros de bomberos corrían en todas direcciones, mientras muchos de ellos luchaban con bombas manuales vertiendo chorros de agua en la base del incendio.

Un grito desgarrador los distrajo.

Un bombero había sido golpeado en el brazo por un trozo de madera incandescente, caído de quién sabe dónde, mientras intentaba alejar a la multitud.

Sophie corrió hacia él, dándose cuenta de que había muchos heridos a su alrededor.

—¡Dejadme ver! ¡Puedo ayudaros! —exclamó ella, rasgando con determinación la tela agujereada de la chaqueta roja—. ¡Dame una venda! —le ordenó a lord Fishbourne, que observaba.

El hombre perdía abundante sangre por una herida pequeña pero muy profunda.

—No puedo coserla, señor, primero hay que desinfectarla bien y comprobar que no haya astillas, pero desde luego no puedo hacerlo ahora. ¿Os sentís capaz de mantener esta venda bien apretada por el momento?

—Claro, *Milady*, apretad... apretad fuerte, así podré ayudar en otro lado.

Una explosión de cristales los hizo sobresaltarse.

Por instinto, Sophie dio la espalda al fuego para evitar las esquirlas y notó que el atento conde había corrido a cubrirle la cabeza. Se miraron un instante, en un gesto de complicidad.

Los cristales se esparcieron por doquier, lloviendo desde lo alto y golpeando a la multitud, que dejó escapar un rugido. El sonido se mezcló con el estruendo producido por aquel infierno.

Una mujer gritó pidiendo socorro: un hombre, al intentar mover a un herido, había quedado atrapado bajo un carro. Sophie corrió hacia él y se arrodilló a su lado. Su pierna mostraba una flexión antinatural. La expresión horrorizada de lord Fishbourne decía cuán grave era la situación para aquel pobre desgraciado.

—L tiene rota. Tengo que colocársela —declaró ella, mirándolo fijamente.

Fishbourne asintió, dejó la bolsa en el suelo y se quitó la chaqueta.

Sophie pensó que precisamente en esos momentos se podía ver la valía de las personas, y lord Fishbourne se estaba revelando, a lo largo de toda la velada, como un hombre excepcional, galante, generoso y dispuesto.

Lo vio inclinarse, con el rostro perlado de sudor, el cabello algo despeinado, y muy concentrado. Tal vez, después de todo, sería comprensivo y de mente abierta incluso respecto a la idea de tomar por esposa a una mujer epiléptica.

De repente, un caballo irrumpió junto a ellos, haciéndolos sobresaltarse.

Sophie levantó el rostro hacia el hombre que los dominaba desde arriba, y el mundo se detuvo. El incendio no fue nada en comparación con la avalancha de emociones que surgieron al mirar esos ojos grises.

Sus miradas se entrelazaron, sus pensamientos se fundieron. Y el sueño de la noche anterior se volvió real para ambos, tan tangible que los dejó atónitos. Estaban juntos de nuevo, en un lecho confortable hecho de aromas conocidos, de respiraciones y una complicidad silenciosa. Fue una conexión interior, una energía intensa que arrastró sus almas durante unos segundos, arrojándolas finalmente sin piedad a aquel maldito lugar ardiente.

Christopher apretó los dientes, obligándose a fingir. A horcajadas sobre su semental de raza, inquieto por las llamas, la miraba con su habitual aire de burla para ocultar su turbación.

—¿Qué estáis haciendo, lady Sophie? ¡Apuesto a que su excelencia el duque de Northcliff no sabe que estáis aquí!

La broma mordaz, gritada para sobresalir por encima del ruido circundante, y el énfasis al pronunciar el título nobiliario atrajeron la atención de todos.

Sophie volvió a respirar. Notó que él estaba sin chaqueta ni corbata. A través de la camisa, que a estas alturas ya no era impecable, se vislumbraba el pecho y una leve pelusilla. Se dijo a sí misma que incluso su postura era arrogante: una mano en el muslo y la otra sosteniendo ambas riendas, con el torso erguido.

La imagen de él desnudo sobre ella irrumpió inesperadamente en su mente, y Sophie tuvo que apartar la mirada para escapar de esa agresión.

—Tiene el permiso de lady Northcliff, y yo la estoy escoltando. No os preocupéis, Richmond, íbamos camino de Newington y la duquesa ha continuado para atender a una enferma —le explicó cortésmente Lord Fishbourne.

Sophie le agradeció con una sonrisa por su intervención, un gesto que no pasó desapercibido para Christopher.

Éste saltó del caballo, pasando la pierna por encima del animal para hacerlo más rápido.

—¡Eh, tú! —le chilló a un hombre arrodillado junto al que estaba en el suelo—. ¿Eres capaz de sujetar las riendas sin dejarte arrastrar? — El hombre asintió y se desplazó un poco hacia atrás, tirando del caballo.

—No podéis estar tan cerca, maldita sea —le regañó Richmond a Fishbourne—. Todo podría derrumbarse.

—Lady Sophie, lord Richmond tiene razón. Llevaremos al hombre al otro lado de la calle —concluyó Fishbourne.

—¡Tiene una pierna rota! Si lo levantáis entre los dos y se la tocáis... —les indicó Sophie.

—¡A vuestras órdenes, lady Sophie! —dijo Richmond con una reverencia para burlarse de ella—. Lo haré yo solo. ¡Fishbourne, lleváosla lejos de aquí! —No esperó respuesta. Se arrodilló y tomó al hombre en brazos. Fue un esfuerzo inmenso levantarse con ese peso, pero lo logró. Incluso tuvo el ánimo habitual para reírse de los insultos que el herido murmuraba por el dolor. Siguió a Fishbourne y a lady Sophie hasta el muro de otro edificio. Lo depositó en el suelo.

Sophie palpó inmediatamente la pierna mientras preguntaba:

—¿Por qué estáis aquí?

—Estaba en los muelles con unos amigos y vi las llamas —respondió él sin pensar.

Sophie imaginó de inmediato que estaba en alguna taberna de «juerga», como decía su hermana Bridget.

—Entiendo, pero ¿por qué habéis venido?

Christopher la atravesó con una mirada molesta que ella no pudo ver, demasiado ocupada examinando la extremidad del hombre que se quejaba.

—Sé que os parecerá extraño, lady Sophie, pero quería ser útil.

El tono ácido no pasó desapercibido para Sophie; de hecho, la hizo sentirse culpable por haberlo juzgado mal.

—Lord Fishbourne, sujetadlo firme. Vos, lord Richmond, venid aquí, agarrad la cadera de esta manera, sí, aquí, más fuerte. —Sophie tomó sus manos y las colocó como ella indicaba.

Christopher la secundó, sin dudar ni por un instante que ella no supiera qué hacer. La observaba, notando el delicioso movimiento de sus labios y la seguridad de sus gestos, disfrutando del contacto de esas pequeñas manos ardientes por el calor de las llamas.

Sophie se acercó a pocos centímetros de su oído y le murmuró claramente:

—Cuando os diga «ahora», sujetad las manos con toda la fuerza que tengáis. Le dolerá mucho, lord Richmond, así que tened cuidado con la pierna sana porque pateará más que vuestro semental.

Christopher levantó una comisura de la boca, sorprendido por esa ocurrencia.

—Sí, señora —respondió él a su vez.

Sophie lanzó una mirada a Fishbourne para indicarle que estuviera listo. Se sentó en el suelo, tomó la pierna del hombre que la miraba aterrorizado y, sin previo aviso, dijo:

—¡Ahora! —Volvió a colocar la extremidad, pero el esfuerzo fue enorme. El pobre hombre soltó un chillido de dolor que se elevó por encima del ruido infernal, al que se sumaron las exclamaciones y elogios hacia la joven noble y sus ayudantes por parte de quienes habían presenciado la escena. Mientras Fishbourne intentaba reanimar al herido desmayado, Sophie se dejó caer hacia atrás para sentarse y recuperar el aliento.

—Entonces es cierto que sabéis curar —la provocó Christopher, riendo entre dientes.

—¿Por qué no iba a ser cierto?

—No sé, tal vez porque sois toda una dama y ésta no parece una actividad propia de una jovencita tan delicada como vos —continuó él pinchándola de nuevo.

La verdad era que Christopher la admiraba. Nunca había visto a una mujer hacer lo que ella hacía, sucia, entre los heridos, con las manos pegajosas de sangre. No tenía nada de la noble rebelde, fría y altiva que rara vez aparecía en los salones.

Además, algo que él notó con cierto fastidio, Fishbourne no dejaba de mirarla.

En medio de esa confusión, se oyó a un bombero gritarle a un grupito de imprudentes chavales que competían por recoger más cristales del suelo, acercándose cada vez más a las llamas, riéndose de su temeraria hazaña.

Christopher se levantó de golpe, observando la escena con ojos cautelosos.

—Deberían hacer que se alejaran —comentó Fishbourne, dando a entender que ésa era tarea de los bomberos. Se había colocado al

lado de lord Richmond.

—O tal vez deberían entenderlo por sí mismos, si tienen un poquito de sentido común. Esos pobres diablos ya están haciendo lo imposible —añadió Richmond, señalando a los bomberos que no se daban tregua.

Fishbourne asintió, admitiendo que tenía razón.

Sophie miró primero a los chicos y luego a los dos nobles. Era extraño verlos uno al lado del otro. Ambos le gustaban, aunque eran muy diferentes. Uno al lado del otro, casi la misma altura, los ojos fijos en el grupito de mocosos, las camisas blancas ya sucias, los pantalones oscuros. Se le ocurrió la idea de un dibujo, imaginando ya las líneas que definirían los contornos de sus rostros masculinos.

Un crujido estridente rasgó el aire saturado de calor, humo y ceniza, arrancándola de sus fantasías.

Todos levantaron la cabeza: unos enormes escombros, como paredes enteras, se desplomaron con un estruendo mortal junto a los chicos. Un grito inhumano quedó suspendido en el aire, y Sophie intuyó que uno de los jóvenes había quedado aplastado.

Se lanzó hacia adelante.

—¡Quieta! —gritó Christopher, extendiendo una mano para detenerla. Ella fue más rápida, así que él la siguió entre el polvo. La oyó toser y la alcanzó para colocarle su pañuelo sobre la boca.

—Mantenedlo así, delante. ¿Os habéis vuelto loca? ¡Volved atrás, yo me encargo! —ordenó, reprendiéndola con ojos severos. Se inclinó sobre el chico desmayado y comenzó a empujar con fuerza los escombros, liberando el brazo herido. De vez en cuando, levantaba la vista, temiendo que más restos cayeran desde arriba. Ella seguía allí—. Apuesto a que os quedáis solo para fastidiarme —murmuró él con una sonrisa, aguzando el oído ante cualquier crujido.

Sophie no se movió, estaba a su lado, sin aliento.

Una sensación de inevitabilidad la abrumó, sin que entendiera qué era. Un torbellino interior la golpeó, impidiéndole respirar con normalidad. Sabía que no se trataba del polvo ni del humo. De una sola cosa estaba segura: debía estar con él.

—¡Lady Sophie! ¡Salid de ahí! —gritó desde lejos lord Fishbourne, preocupado.

—¡Venid vos aquí y lleváosla! —le sugirió irritado el conde de Richmond.

Fishbourne, aunque vacilante, obedeció, pero se encontró enfrentando la resistencia de Sophie.

—Quiero quedarme aquí... os lo suplico, ayudadnos, terminaríamos antes si...

—No, lady Sophie, nunca me perdonaría si os pasara algo. — El conde la arrastró, pero ella seguía mirando hacia los escombros, con el corazón oprimido, angustiada por algo sin nombre.

Por último, los rescatistas liberaron al chico, y lord Richmond los siguió. Se movían rápido para salir de aquel infierno lo antes posible.

El estruendo repentino de cristales rotos anunció otra lluvia de escombros, y todos comenzaron a correr.

Sophie, ya a salvo, soltó un grito desesperado, y Christopher levantó los ojos para mirarla.

Fue el terror en el rostro perfecto de la mujer lo que le dijo que no tenía esperanzas.

Un bloque cayó frente a él, obligándolo a detener su carrera en seco. Otro se estrelló a su lado. Volvió a correr, fijando la mirada en lady Sophie, que extendía los brazos como si quisiera sacarlo de allí.

Lo último que vio fue a ella: los ojos verdes llenos de miedo, el cabello rubio despeinado, escapando del recogido en la nuca, las manos manchadas de sangre, una raya negra en la mejilla pálida.

Luego, la oscuridad lo engulló.

Sophie intentaba liberarse de la sujeción que le impedía correr hacia él.

—¡Dejadme ir! ¡Dejadme ir! —suplicaba, escudriñando el punto donde las nubes de polvo comenzaban a disiparse.

Hombres con chaquetas rojas se apresuraban, buscaban, hurgaban, activos como hormigas obreras, indiferentes al peligro.

Sin aliento, ella dejó caer los brazos, incapaz de oponerse al intento de Fishbourne de mantenerla alejada. Su mundo se volvió amortiguado, casi sin sonidos, aislado de aquel escenario absurdo.

Sus oídos solo captaban un murmullo lejano, mezclado con el ritmo marcado de sus propios latidos.

Y entonces lo vio.

Estaba inmóvil, los ojos cerrados, sin dar señales de vida. Yacía de espaldas, un fragmento de pared le aplastaba parte del muslo derecho, varias piedras estaban junto a su rostro, ladeado. Un charco de sangre se extendía justo debajo de su cara.

Fue en ese instante cuando su mente nublada despertó. Se lanzó hacia adelante, corrió a toda velocidad, sosteniendo la falda, demasiado voluminosa.

Cuatro bomberos levantaron el cuerpo del conde de Richmond, recién liberado.

Sophie no lo perdió de vista ni un solo segundo y cambió de dirección para seguirlos. Oyó la llamada de Fishbourne como un eco lejano, pero continuó avanzando entre el polvo, saltando los escombros. Cayó, se levantó y llegó sin aliento, sofocada por el aire irrespirable.

Se arrojó al suelo sobre el cuerpo inmóvil. Lo habían colocado sobre una manta, entre la multitud silenciosa que participaba con llantos, oraciones y breves frases de apoyo.

Sophie posó las manos en el cuello de Christopher, buscando el pulso. Nada.

Un nudo le subió a la garganta seca.

Lo intentó de nuevo.

Sus dedos se estremecieron, unas leves vibraciones subieron por sus brazos hasta el pecho, y una garra atroz le atravesó el corazón, haciéndolo doler.

No tenía pulso.

—El golpe en la cabeza ha resultado fatal, *Milady* — susurró una mujer mientras le ponía una mano consoladora en el hombro.

—Lady Sophie, no hay nada que podáis hacer —balbuceó conmocionado lord Fishbourne. Se había arrodillado y apenas había tocado su brazo para apartarla de tan cruel realidad.

Ella lo miró, con el verde claro de sus ojos pidiéndole comprensión.

El conde hizo un pequeño gesto de indulgencia y se alejó apesadumbrado, para concederle unos minutos.

Sophie se aisló para dedicarse al hombre que yacía inerte.

Estudió la camisa cosida a mano, que había perdido su blancura, abierta en el pecho brillante de sudor entre el vello oscuro, y el pantalón azul metido dentro de las botas de un excelente cuero marrón. El cabello castaño de Christopher estaba empapado de sangre, justo en el centro. Otra fea herida se había abierto verticalmente en el pómulo y se extendía cuatro o cinco centímetros hacia abajo, estropeando la belleza de su rostro.

Ella rasgó un borde de su vestido azul y presionó, preguntándose qué sentido tenía si ni siquiera había signos de vida.

Por primera vez en su breve existencia, no supo qué hacer. Con toda la fuerza que tenía, lo atrajo hacia sí, recostó la cabeza del hombre en su regazo y lo sostuvo así. Rodeó su frente con unos dedos temblorosos, acariciándola suavemente; la otra mano se acercó a su cuello y mandíbula, donde sintió al tacto la barba que había crecido desde la mañana. Cerró los ojos para memorizar cada recuerdo de ese momento.

Y una oleada de sensaciones la inundó. Eran tan fuertes y concretas, tan tangibles, que le pareció estar dentro de él. Nunca había experimentado algo así.

Se vio a sí misma, aterrorizada, a lo lejos, como él debía haberla visto en su último instante de lucidez; vio la oscuridad tras un dolor insoportable, oyó las voces de los hombres que intentaban socorrerlo. Luego, el silencio. Un silencio de muerte.

Cuando abrió los ojos, las lágrimas brotaron. Cada barrera rígida cayó junto con las defensas que durante años se había impuesto levantar para protegerse del juicio ajeno, de las críticas, del afecto de quienes podrían haberse decepcionado por su epilepsia.

Bajó la mirada hacia aquel hombre despreocupado, lleno de vida y energía, a veces superficial y a menudo desenfrenado hasta el exceso, que se divertía provocándola y por el que siempre se había sentido irracionalmente atraída.

¿Acaso el sueño que había tenido era una advertencia de la desgracia?

Lo estrechó contra sí y comenzó a mecerlo, inconsciente de lo que hacía.

El llanto se convirtió en una maraña de sollozos, temblores, escalofríos internos, sacudidas ardientes, lamentos lastimeros y conmovedores, mientras sus manos, dotadas del don heredado de su padre, recibían los últimos destellos de la energía vital de Christopher Clayton.

9

16 de octubre de 1834

Londres, Casa de la baronesa Douglas

Cuando Abigail Palmer, criada por su madre para cumplir con los deberes de una esposa obediente y fiel, se casó con el barón Douglas, de más de cincuenta años, convirtiéndose así en su tercera consorte, era una chica inexperta e incauta de veintidós años. Tras sólo tres años de matrimonio, ella murió inesperadamente de una enfermedad y fue llorada por muchas jóvenes como ejemplo de un morigerado sacrificio.

Hasta ese momento, se había hablado de una maldición sobre las esposas del barón, pero tras la muerte de Abigail, la sociedad inglesa comenzó a considerar sospechosas todas esas muertes. De ahí a hablar de asesinato sólo hubo un pequeño paso: se rumoreaba que el barón, ávido de jóvenes esposas, se cansaba de ellas al poco tiempo y las mataba con alguna sustancia que simulara una muerte por causas naturales

Por lo tanto, cuando la bellísima, mundana y desenfadada Virginia Burns, de dieciséis años, comenzó a rondar sin pudor al viejo noble con la intención de consolarlo por la última pérdida, todo Londres se escandalizó.

Se casaron menos de un año de la muerte de la querida Abigail, con tal condena de la nobleza que alrededor del barón se hizo tierra quemada. Pero a Virginia no pareció importarle, demasiado ocupada en cuidar con amor al viejo cónyuge que enfermó repentinamente durante la primera semana de matrimonio. Su dedicación para darle consuelo y atención había disfrazado hábilmente su innata capacidad para engatusar a los demás y, cuando él murió pocos meses después, ella se encontró con una enorme liquidez en una cuenta

bancaria recién abierta a su nombre, amén de varias propiedades próximas a Londres.

La sonrisa maliciosa de quienes susurraban que las fechorías del barón habían encontrado justo castigo no interesó en absoluto a la viuda, ni siquiera cuando las malas lenguas insinuaron la duda de un posible asesinato cometido por ella contra su esposo. Al contrario, la mujer se valió de esas sospechas para infundir temor y sumisión.

Ahora, lady Douglas tenía treinta y seis años y un considerable patrimonio. Siempre presente en los eventos mundanos, amante ora de éste, ora de aquel noble, sabía ganarse el respeto que se le debe a quien puede comprarlo todo.

Creía firmemente que su éxito dependía de no rodearse de personas débiles y pobres, prefiriendo la compañía de hombres ricos en dinero y en experiencias vitales. Por eso evitaba como la peste a los amantes quejosos, exigentes y con escasas posibilidades económicas.

Adoraba al conde de Richmond, con quien llevaba casi un año relacionándose. Era atractivo, experto con el sexo femenino, un excelente empresario, determinado en su trabajo y rico. Y a menudo se preocupaba por hacerle regalos costosos que ella misma elegía sin ningún tipo de pudor.

Virginia había aprendido esta táctica tras numerosas experiencias anteriores: ¿por qué conformarse con menos si se puede tener más?

Vendía la mayoría de los regalos que recibía y luego invertía en actividades lucrativas o compraba terrenos en lugares estratégicos para revenderlos, poco tiempo después, al doble de precio. Por eso seguía con atención la economía de Londres, siempre lista para arriesgarse y aprovechar oportunidades, sacando ventaja de cualquier incauto desafortunado.

Desde hacía algunos días estaba particularmente interesada en un descubrimiento que había hecho gracias a Mrs. Price, su profesora de piano. La recatada maestra, que una vez por semana la ayudaba a perfeccionar sus habilidades musicales y siempre se quedaba después de la lección para tomar un té, había mencionado en su último encuentro que su esposo había sido ascendido de rango

en la institución crediticia donde trabajaba, el Banco de Inglaterra, el mismo de lord Richmond y lord Selkirk.
Entonces La baronesa se había vuelto más atenta que nunca: enterarse de que Mr. Price manejaría personalmente sus asuntos le había generado una gran agitación de pensamientos; saber que los dos nobles le confiarían su dinero la había llevado a fantasear sobre cómo aprovechar esa extraordinaria coincidencia en su propio beneficio. Luego comprendió que todo era muy simple: solo se trataba de decidir si su próxima víctima sería Richmond o Mr. Price. A la postre, no era la primera vez que inducía a hombres a hacer lo que ella quería: tan solo en el último año había convencido a dos de sus amantes a solicitar préstamos, y ellos, tras gratificarla con una recompensa aceptable, habían desaparecido de la faz de la Tierra.

Lady Douglas miró el reloj: casi había pasado la medianoche. Cerró la ventana, que solía dejar abierta hasta la hora de acostarse, porque un insoportable olor a humo impregnaba el aire. Se observó en el espejo: hermosa, piel clara, cabello ondulado de color ébano, ojos negrísimos y almendrados, un cuerpo proporcionado que no pasaba desapercibido ni siquiera bajo los vestidos voluminosos y llenos de pliegues.

Un ruido de cascos irrumpió en el silencio nocturno con una furia sospechosa. Christopher solía atreverse a menudo a recorrer las calles de Londres galopando a toda velocidad, incluso a altas horas de la noche. Sonrió.

Demasiado ansiosa, se desvistió para que la encontrara desnuda bajo las sábanas.

La puerta se abrió de golpe y su doncella apareció con ojos desorbitados.

Virginia se incorporó de un salto.

—¿Qué pasa?

—Milady, ¡lord Richmond ha muerto!

17 de octubre de 1834

Londres, Residencia de los Northcliff, Mayfair

Charlotte se despertó sobresaltada. Permaneció acostada escuchando, pero solo oía la respiración regular de Bridget, que dormía en su cama. La hija del conde de Portland pasaba parte de su vida en la casa de los Northcliff, por lo que la alcoba de su prima había sido equipada para las dos desde que eran pequeñas.

Un murmullo de voces la llevó a levantarse; se dirigió a la puerta mientras acomodaba su largo cabello castaño sobre un hombro y la entreabrió.

—Parece que es algo gravísimo, Hettie —dijo la voz de Ben Wilson, el mayordomo de los Northcliff. Algunas frases se perdieron, pero ella siguió escuchando—. Lady Sophie lloraba creyéndolo muerto... ¡y luego la duquesa sintió que el corazón volvía a latir!

El silencio que siguió hizo suponer a Charlotte que el ama de llaves estaba tan estupefacta como ella. Contuvo el aliento durante unos segundos, demasiado sorprendida, y cuando volvió a respirar, le llegó un leve olor a humo.

—¿Estás diciendo... que lady Sophie es... como su excelencia?

Otro silencio revelador. Charlotte abrió la boca aún más, completamente atónita. No podía moverse de allí, demasiado curiosa por saber más. Así, a pesar de algunas palabras perdidas, se enteró de todo sobre el incendio en Westminster, del don de Sophie, de lord Richmond dado por muerto, de lady Northcliff acudiendo a la residencia del conde para curarlo, y de Lord Selkirk presente mientras ella cosía las heridas.

Cerró la puerta y corrió hacia la cama de Bridget. Encendió una vela y comenzó a darle golpecitos en el hombro.

—¡Despierta! ¡Despierta! ¡Vamos, Bri!

—¿Qué pasa? Estaba soñando con la fiesta —gruñó Bridget, molesta porque el beso de lord Selkirk solo fuera producto de un bonito sueño. Sintió que la sacudían otra vez—. Charlotte, ¿estás loca? Me has asustado... ¡un momento! Por todos los demonios, ¿qué es este olor? ¿Humo? —Miró instintivamente la chimenea, donde el fuego llevaba horas apagado.

—¡Ha ocurrido una desgracia! Te lo explico todo —dijo Charlotte, metiéndose en la cama junto a ella. Echó un vistazo a las cortinas cerradas y vio una raya de luz filtrándose. Estaba amaneciendo.

Las dos chicas hablaron largo rato y, por supuesto, no volvieron a dormirse. Cuando los sonidos en la residencia ducal se hicieron más fuertes, decidieron bajar a desayunar, esperando encontrar a Sophie allí para hacerle mil y una preguntas. Pero ella no estaba.

Las jóvenes saludaron bajo la mirada curiosa de Nicholas.

—Deduzco por vuestra expresión que sabéis qué pasó anoche —afirmó él.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó Bridget.

—Fui yo quien acompañó a mamá a la casa de Richmond.

—¿Dónde está Sophie?

—Me parece obvio... en el salón de papá y mamá,. ¿Creías que podrías interrogarla a tu antojo? —se burló su hermano.

Sin prestar atención a la presencia del mayordomo, le preguntó sin rodeos:

—¿Sophie tiene el don de papá?

Nick notó la sonrisa divertida de Ben y compartió con él una mirada de complicidad: hacía falta paciencia para soportar las salidas inoportunas de esa pequeña diablillo de cabello rojo. Y fue precisamente su melena la que él miró, apenas contenida por una sola cinta azul enrollada alrededor de su cabeza.

—¿Por qué no te lo has recogido, Bri? Sabes bien que vas a recibir las reprimendas del duque. —Se puso a desayunar, indiferente a la pregunta planteada por su hermana. Un mechón castaño cayó sobre su frente, los ojos verdes fijos en el plato. En ese momento se parecía mucho a su padre.

Bridget resopló sonoramente.

—¡Ben! ¿Sophie tiene el don de papá?

Wilson levantó las cejas tanto como pudo en un esfuerzo por no reírse en su cara.

—Pues bien, lady Bridget, eso parece —confesó un instante antes de abrir la puerta.

—¡Un momento! —exclamó ella, como si una idea repentina la hubiera iluminado—. ¿Por qué ella y no yo? Ben, vos conocéis a nuestro padre desde hace mucho tiempo: ¿sabéis cómo y a quién elige el poder de las manos?

—¿Elige, lady Bridget? —respondió el mayordomo, desconcertado.

—Ay, Bri, ¿de verdad crees que el don «elige» a las personas o que hay alguna regla? —preguntó Nick con una mirada burlona.

—¿Por qué la miras así? —intervino Charlotte, molesta, fulminándolo con sus oscuros ojos grandes, adornados con extraordinarias y espesas pestañas.

—Así, ¿cómo?

—Con aire de superioridad y burla.

—Charlotte, de verdad, no sé de qué estás hablando.

Wilson, quieto en el umbral, puso los ojos en blanco: esos dos eran como el gato y el perro peleándose por el último trozo de carne en la tierra. Luego vio los ojos azules de lady Bridget que lo miraban con determinación. No tenía escapatoria.

—Lamento admitir que algo así nunca había sucedido. Quiero decir, no hay noticias de antepasados con ese don antes de su padre.

—Pero eso no significa que no los haya habido —concluyó Charlotte.

—Correcta observación, lady Charlotte. —Ben hizo un gesto con la cabeza y salió.

—Tú siempre estás dispuesta a buscar historias románticas —la acusó Nick dirigiéndose a su prima.

—Y tú siempre estás dispuesto a evitarlas, demasiado superficial para ver una, aunque se te presentara delante de las narices —replicó ella, más mordaz que nunca.

—Pero ¿de qué demonios estás hablando? ¡Olvídalo! Me largo —estalló Nick, huyendo de aquellas dos parlanchinas. Se detuvo en el umbral de la puerta, con los ojos fruncidos fijos en el mármol del suelo mientras se concentraba en algo que no encajaba. Se giró hacia su hermana y la observó con cautela. ¿Qué pasaba? ¡Estaba descalza como siempre! Sus piececitos, blancos y desnudos, asomaban insolentes por debajo del vestido, indiferentes al frío otoñal y a las buenas maneras. Abrió la boca, con palabras de reproche listas para soltar, pero decidió marcharse antes de tener

que lidiar de nuevo con esas dos chiquillas incontenibles y desapareció.

—¡Yo quería tener el don de papá! —exclamó Bri apesadumbrada, como si hubiera sufrido una gran injusticia.

—Mi padre dice que no siempre se puede considerarlo un don —comentó Charlotte.

—¿El conde de Portland dice eso?

La otra asintió con la cabeza y comenzó a comer.

—Si lo dice el tío Simon, debe de ser cierto. ¿Charlotte?

—¿Sí?

—Realmente deberías quitarte a Nick de la cabeza.

—Lo sé —suspiró la chica con un aire demasiado melodramático para una quinceañera.

—Él piensa en sus amigas, ya sabes a qué me refiero, no precisamente en el matrimonio.

—Lo sé —repitió la otra, cada vez más desconsolada.

—Deberías habérmelo dicho —murmuró el duque con tono severo, aunque no parecía nada sorprendido.

Percibía en su hija una serie de sensaciones demasiado persistentes como para ignorarlas. Lo que durante mucho tiempo había sido solo una sospecha, desde hacía algunos meses se había convertido en una certeza: Sophie tenía el don de las manos.

La confusión en el rostro de la chica le indicó que ni siquiera ella sabía cómo explicarlo.

—Sé mejor que nadie lo difícil que es soportar esta carga —añadió.

Alentada por esas palabras, la joven levantó los ojos para encontrar los de su padre.

—Yo... ni siquiera sé qué es, no sé cuándo... pasó. —Mantenía la cabeza gacha, el llanto apenas contenido presionaba, pero se notaba que luchaba por no parpadear y resistir un poco más.

Eleonor suspiró, sintiendo una gran ternura por su hija. Sirvió té en la taza de fina porcelana blanca, añadió un terrón de azúcar y se la ofreció.

—Dicen que un té caliente lo resuelve todo. Nunca he oído una tontería más grande, pero soy inglesa y siempre he fingido creerlo. —Le sirvió también a Keiran, intercambiando una mirada de complicidad con él, luego se sentó con calma y esperó.

—Naciste con el don, Sophie. Hasta ahora has querido ignorarlo porque le tienes miedo. Depende de quién lo posee, sentirlo y saber usarlo. Tú aún no sabes cómo hacerlo —intervino de nuevo el duque.

Sophie no pudo resistir más. Levantó los ojos mostrando una mirada afligida, un verde claro empañado por las lágrimas que brotaban sin cesar.

—Tengo miedo... —balbuceó. Aferraba un pañuelo blanco bordado con unas pequeñas mariposas amarillas, su postura siempre elegante resaltada por el severo vestido color avellana que usaba en casa, el cabello dividido por una raya perfecta y recogido en la nuca en dos moños apretados.

Keiran no se atrevió a dejarla en aquel estado. Se arrodilló junto a ella, le quitó la taza de las manos y la colocó en la mesita, luego recogió los dedos de ella con los suyos.

—No te resistas a lo que te llegue, Sophie, deja que esas vibraciones se deslicen por tu interior. De todos modos, entrarían igualmente. Solo así podrás usar el don para ayudar a los demás, como ocurrió anoche.

Ella lo escuchaba con avidez, a pesar del llanto feroz que la embargaba. La memoria la llevó de vuelta al calor atroz del incendio, a los gritos, a los heridos, a la sangre.

—Los presentes me tomaron por una loca.

—Te acostumbrarás.

—Su desaprobación por mi reacción era evidente.

Eleonor intervino.

—Fue pura desesperación, es innegable. Quiero preguntarte una cosa: ¿era el dolor de lord Richmond lo que te invadía? —hizo una pausa—, ¿o llorabas por él?

Terror, confusión e inevitabilidad inundaron el delicado rostro de Sophie al darse cuenta de que ni siquiera ella sabía qué responder, incapaz de conectar pensamientos coherentes.

—Sophie, veo lo confundida que estás, pero lord Fishbourne estaba allí, lo presenció todo. Eres honesta, así que reflexiona con el buen sentido que te caracteriza y encuentra tu respuesta. Sin embargo, te aconsejo que hables con él para que puedas seguir frecuentándolo sin incomodidad.

Ella miró de reojo al duque y fue entonces cuando comprendió qué quería decir con saber usar el don: a pesar del contacto de sus manos unidas, ella no percibía nada de su padre, mientras estaba segura de que él podía leer cada uno de sus pensamientos y sentimientos.

¿Cómo podría manejar ese poder tan valioso? ¿O acaso era, en realidad, una auténtica maldición?

Londres, Casa del conde de Richmond

Kenneth miraba fijamente el cuerpo de Christopher tendido en la cama: el rostro exangüe e hinchado de un lado, el mismo lado donde una herida marcaba el pómulo y descendía hacia abajo, el cabello bien peinado, la expresión inmóvil.

Mil pensamientos inundaban su mente mientras maldecía no haber seguido a Chris la noche anterior, cuando había saltado sobre su semental para dirigirse a Westminster. La lealtad y el afecto que siempre lo habían unido a él hacían que los sentimientos de culpa que sentía fueran aún más intensos.

Cerró los ojos por unos instantes, asaltado por la imagen sonriente de su despreocupado amigo. Una oleada de desesperación lo tomó por sorpresa ante la idea de la muerte...

Entonces, un gemido lo hizo ponerse de pie de un salto. Se acercó a la cama y esperó a que Chris despertara. El gris apagado de sus ojos emergió poco a poco, una mirada ausente y aturdida.

—Por fin —murmuró Ken, suspirando. El médico había ordenado que lo dejara descansar, pero observarlo durante horas mientras dormía, asegurándose de vez en cuando de que su respiración fuera regular, lo estaba agotando.

Se miraron fijamente durante un largo rato, comunicándose con esa complicidad que solo los buenos amigos tienen.

—No hables, tienes la garganta irritada por el humo. El doctor recomienda que solo bebas té y caldo. Tu madre no será un problema: le ha prohibido entrar aquí, bajo mi petición —le soltó Ken con su habitual pragmatismo.

Christopher tuvo el ánimo de sonreír a pesar del dolor punzante en la cabeza. Su mente confusa le devolvía constantemente el rostro perfecto de Lady Sophie inclinado sobre él. Se convenció de que había sido un sueño.

—Ken... no recuerdo nada... después de la caída de los escombros —se quejó en voz baja.

Ken se armó una vez más, de su habitual practicidad.

—Los presentes dicen que los rescatistas te dejaron en el suelo y lady Sophie se quedó contigo. —Hizo una pausa para pensar cómo explicarle lo que había sucedido y se dio cuenta de que no había otra forma más que decirlo directamente—. Estabas muerto, Chris, estabas muerto. No tenías pulso, ¡maldita sea!

Chris intentaba asimilar esa información absurda y no la comprendía.

—Ella te abrazaba, o eso dicen, y lloraba sobre tu cuerpo inerte, sin respiración. Muerto durante algunos minutos. Luego, de repente, mientras la chica mantenía sus manos sobre ti, abriste los ojos. —A Ken se le escapó una risita, casi burlándose de los testimonios inverosímiles. Sin embargo, eran muchos; decenas de personas habían confirmado esa versión—. Ahora creen que es una bruja sanadora. ¡Inaudito!

—¿Muerto? —Chris estaba desorientado, perdido. A su amigo le impresionaba.

Ken lo miró fijamente sin decir palabra, y eso fue más elocuente que cualquier respuesta.

—Se rumorea que es como su padre, el duque de Northcliff.

—Ella estaba aterrorizada cuando vio caer esa pared. —Fue lo único que se le ocurrió a Chris, y no supo decir por qué. No podía imaginar a lady Sophie inclinada sobre él, abrazándolo y llorando, convencida de que estaba muerto.

—Cuando abriste los ojos, lady Northcliff acababa de llegar —continuó Ken— y presenció... eso... ¡un auténtico milagro! Te tomó el pulso y luego el cuello, asegurándose de que estabas bien. La chica estaba conmocionada, sollozaba, y los presentes dicen que seguía mirándote desesperada mientras la duquesa la arrastraba fuera de ese infierno.

—Veo su rostro... y las lágrimas, hasta pensé que era un sueño. —El susurro de su voz revelaba su debilidad. Se llevó una mano a la cabeza.

—Fue la duquesa quien te cosió, en las primeras horas de la mañana. El duque permitió que estuviera contigo unas horas —explicó Ken, señalando la venda que le cubría la cabeza, de la cual escapaban desordenados mechones de cabello castaño—. Esa mujer sabe usar aguja e hilo, te cosió a la perfección. También el corte en el pómulo, sí, de ese lado, bastante largo, pero te da un aire más interesante.

La broma arrancó una media sonrisa a Chris, mostrando que su espíritu despreocupado no se había quedado reducido a cenizas junto con los restos de Westminster.

Londres, Residencia del conde de Fishbourne

—Parece que lord Richmond está fuera de peligro y se está recuperando —dijo el conde de Fishbourne a la tía Mary al entrar en el salón. Se sentó frente a la chimenea y comenzó a hojear el *Morning Post* con aparente indiferencia.

La mujer asintió y continuó leyendo su libro, esperando que en cualquier momento él abordara nuevamente el tema, mientras sorbía de vez en cuando el té aún caliente. Tenía la costumbre de desayunar allí, con la taza sobre la pequeña mesa junto al sillón y tres galletas. Amaba su apartamento en el ala oeste, creado para ella muchos años atrás por su difunto hermano, el padre de Terrence. Había vivido en esa casa desde que era una niña y nunca se había casado.

—Me pregunto si él recuerda lo que pasó y si se siente avergonzado por ello —volvió a hablar su sobrino.

Cuando Terrence había regresado al amanecer, oliendo a humo, sucio y sudoroso, le había contado todo lo sucedido, deteniéndose en los detalles relacionados con lady Sophie. Lady Mary lo había escuchado con gran interés, comprendiendo su estado de ánimo contradictorio y compartiendo sus justas observaciones.

—¿Quién no lo estaría, querido? —respondió ella sin añadir más, segura de que la pregunta equivalía a una respuesta completa.

—Obviamente tienes razón, tía. El comportamiento de la joven hija del duque y su reacción desesperada ante la supuesta muerte de Richmond revelaron un apego emocional inesperado y, para ser honestos, inapropiado —concluyó él, molesto.

—No puedo disentir, Terrence, sin embargo, la chica expresa lo que sus capacidades sensitivas le imponen, y si se trata del don heredado del duque, pues bien, hay que tener comprensión... pobre chiquilla —comentó la mujer en un tono conciliador.

Terrence se alegró de notar que, a pesar de todo, la tía Mary se mostraba bien dispuesta para con lady Sophie, la mujer que deseaba llevar al altar, pero para no parecer débil afirmó:

—Debería exigirle una aclaración de inmediato.

—¿Con qué derecho, querido?

Dulce y maternal en sus maneras, Mary sabía plantear preguntas pertinentes, sembrando dudas y creando indecisión de una forma tan gentil que sería imposible para cualquiera no verse llevado a reflexionar. Era realmente hábil para guiar a su interlocutor hacia la conclusión que ella deseaba.

De hecho, bastó esa simple pregunta para que su sobrino razonara que la única motivación para hacer exigencias sería oficializar un compromiso, aunque le había prometido a la joven un poco de tiempo.

—Terrence, la chica proviene de una buena familia, es inexperta, modesta. El matrimonio y todos los cambios que conlleva deben asustarla mucho —sugirió la tía con comprensión—. Sin embargo, hay reglas que cumplir y nadie está exento de ellas —suspiró con

una expresión apesadumbrada que mostraba toda su solidaridad por la hija del duque.

Esa afirmación definió los pensamientos de lord Fishbourne, exactamente como ella quería que ocurriera. Su exasperante severidad en cuestiones de etiqueta había influido mucho en el pequeño Terrence tras la muerte de su madre, lo había moldeado en la adolescencia y finalmente transformado en adulto.

Él guardó silencio y repensó las palabras que había escuchado.

Anhelaba de manera desesperada tener a lady Sophie como esposa por una serie de razones, que también su tía aprobaba: una inexplicable atracción que aumentaba a la par del crecimiento físico de la joven; la certeza de que era el ideal de mujer para un noble de su categoría, recatada, moderada, educada, seria; la posición de prestigio que obtendría como esposo de la hija de un duque, además de una situación económica mejorada gracias a una dote considerable.

—Solicitaré una audiencia con su excelencia —concluyó.

—Es tu derecho, querido. Esperemos que los Northcliff no alberguen demasiada simpatía por Lord Richmond.

Otra frase lanzada al azar, que Terrence captó como agua en el desierto y lo llevó a reflexionar.

—Estoy seguro de que la duquesa no ve con buenos ojos una relación entre lady Sophie y el conde de Richmond: la forma en que anoche arrastró a su hija lejos de ese hombre es una señal clara, tía.

Mary comprendió de inmediato que lady Northcliff había apartado a la joven de manera tan tajante solo para protegerla de la curiosidad de los presentes, pero se guardó de decirlo. Decidió que sería prudente dejar que su sobrino se fortaleciera en sus convicciones, ya que así se presentaría ante los Northcliff con mayor seguridad.

—Tienes las cartas a tu favor, querido. Sin embargo, ¿puedo darte un consejo?

—Por supuesto, tía Mary.

—Deja que pase un poco de tiempo y concédele a la querida lady Sophie un breve período para que se recupere del accidente de anoche.

Terrence asintió con una sonrisa, admirando una vez más la bondad de la tía Mary, siempre complaciente con los demás.

10

27 de octubre de 1834

Londres, Banco de Inglaterra

—Lord Richmond, ¿me estáis diciendo que lord Selkirk y vos ya habéis entregado las cuatro mil libras a Mr. Price? —preguntó Mr. Pearse, director del Banco de Inglaterra, pronunciando cada palabra con claridad.

—No, diez mil cada uno, señor director, como vos sugeristeis —explicó lord Richmond con una sonrisa satisfecha—. Luego aceptamos la propuesta que nos hizo a través de Price.

De hecho, Mr. Price los había convocado nuevamente tras su primer encuentro para transmitirles el consejo en nombre del estimado director: un depósito mayor que las dos mil iniciales para obtener un préstamo más alto pero bien estructurado.

En esos días, Ken había recibido una carta de un conocido suyo, Mr. Payton, quien les ofrecía la posibilidad de invertir en su plantación de tabaco en Kentucky, Estados Unidos. Iniciada como un negocio familiar diez años antes, la plantación de los Payton producía ahora una cantidad excepcional de tabaco de la variedad Kentucky, una de las más demandadas. El orgullo de la familia Payton era haber alcanzado el éxito sin el empleo de esclavos, lo que coincidía con las ideologías de los dos nobles emprendedores.

A Chris y Ken les parecía la oportunidad ideal para triplicar su dinero, por lo que habían entregado a Mr. Price las veinte mil libras que serían transferidas a Mr. Payton tan pronto como recibieran el acuerdo firmado.

—¿Diez mil? —Mr. Pearse abrió los ojos de par en par y lanzó una mirada confusa a su colaborador. Luego se volvió hacia los dos

nobles—. Deberíamos confirmar esto con Mr. Price. Me parece lo más sensato que podemos hacer.

En ese instante, Christopher y Kenneth comenzaron a sospechar: algo no encajaba y las miradas de los dos hombres frente a ellos lo confirmaban.

—Tenemos un recibo de depósito por diez mil libras cada uno. Eso debería ser suficiente —dijo lord Selkirk en un tono que no admitía réplicas.

El director tomó los documentos.

—Sería suficiente si el dinero estuviera en sus cuentas bancarias.

—¿Cómo decís? —preguntó Christopher, incrédulo. Lo recibió un silencio inquietante—. Es necesario hablar directamente con Mr. Price.

—Estoy completamente de acuerdo: esperaremos su regreso —dijo Pearse, poco convencido.

—Lo esperaremos aquí, en vuestra oficina —cortó en seco lord Richmond, cruzando una pierna para mostrar que no tenía la menor intención de moverse de allí. Comenzaba a sentir el cansancio. Era la primera vez que salía desde el accidente, y los dolores causados por esos malditos escombros que le habían caído encima se hacían notar cuando estaba demasiado tiempo de pie o sentado. La herida en la cabeza empezó a palpitar tan fuerte que le provocó una molesta sensación de ardor.

El otro pareció desconcertado.

—Disculpad, no me he explicado bien. Mr. Price está ausente por enfermedad y no sabemos cuándo regresará. Al parecer, pobre hombre, ha contraído una forma terrible y muy virulenta de gripe.

Christopher entrecerró los ojos, uno un poco más que el otro, y luego miró de reojo a Kenneth.

—¿Estáis diciendo que deberíamos quedarnos esperando el regreso de vuestro empleado? ¡Han desaparecido veinte mil libras! —estalló Selkirk. Se había contenido con enorme paciencia desde que recibió la carta del banco esa mañana.

Al regresar a casa de Richmond, había evitado encontrarse con la Condesa viuda gracias a la complicidad del astuto Payne, el mayordomo, quien le había hecho atravesar el vestíbulo de manera

furtiva y lo había acompañado apresuradamente a la habitación de Chris mientras este aún se estaba lavando.

La imagen de su amigo con el torso desnudo se le había clavado en la mente por culpa de los malditos moretones, ahora amarillentos, que aún cubrían su pecho y brazos.

El silencio del director resonó más fuerte que un trueno.

—Quiero la dirección de Mr. Price —dijo Kenneth en un tono peligrosamente bajo.

Mr. Pearse comprendió que el conde de Selkirk no tenía la diplomacia de lord Richmond, y tal vez incluso lo justificaba, dada la situación.

—Lord Selkirk, no puedo proporcionaros la dirección de...

—No me habéis entendido —interrumpió Ken. Se levantó de la silla con un movimiento tan repentino que un mechón de cabello negrísimo le cayó sobre la frente. Se inclinó sobre el escritorio, reduciendo a la mitad la distancia que lo separaba del director, y le clavó una mirada penetrante—. Han desaparecido veinte mil libras, ¡nuestras libras! O las encuentra ahora mismo, o lo haremos a nuestra manera.

El director se secó los labios, asustado, y luego miró a Richmond. La situación se estaba complicando, era consciente de ello. Y no tenía ninguna intención de soportar la furia de los dos nobles. Hizo un gesto a su colaborador, que desapareció en dos segundos. Abrió un cajón, sacó un pequeño archivo y lo deslizó lentamente frente a ellos.

—Si me disculpáis, mi secretario necesita hablar conmigo urgentemente. Regreso en unos minutos. —Se retiró, cerrando la puerta.

Ken tomó la libreta y comenzó a hojearla.

—Date prisa —dijo Chris—. ¡Maldito bastardo, si lo encuentro no sé lo que le voy a hacer!

—Pues ponte a la cola. Aquí está: «Price, Ian». Toma un papel y copia la dirección.

Londres, Casa de Mr. Price

Desde la carroza, el barrio parecía decente: las casas bien pintadas, los porches en orden, los jardines cuidadosamente mantenidos.

En el número 87 todo estaba inmóvil, y sin embargo, nada sugería que la casa estuviera deshabitada: las flores estaban exuberantes y las sillas del porche limpias, al igual que el suelo.

Chris golpeó con la aldaba.

Silencio.

Lo intentó de nuevo.

Nada.

—Voy a la parte trasera —le espetó Kenneth, impaciente, mientras recorría el sendero que llevaba a la parte posterior de la casa. Un ruido al otro lado del murete lateral atrajo su atención: una señora mayor estaba podando algunas plantas floridas del seto divisorio—. Buenos días, *Milady* —dijo con una sonrisa afable.

La mujer sonrió mientras se apartaba un mechón de cabello gris con la mano libre.

—Buenos días. ¿Puedo ayudaros?

—Espero que sí. He venido a visitar a mi primo Ian, pero parece que no está en casa. Vengo de fuera y no quisiera haber hecho un viaje largo en vano. Me temo que he sido un tanto imprudente al presentarme sin aviso.

Kenneth era un hábil mentiroso cuando la necesidad lo apremiaba, y su aire gentil tenía un gran efecto en las mujeres, especialmente en las de edad madura.

—Oh, qué lástima. Mr. Price y su esposa se fueron hace unos días a visitar a la tía enferma de Mrs. Price, fuera de Londres.

—Entiendo.

—Lamento que hayáis viajado en balde. Deberíais regresar en unos días, porque la querida Mrs. Price, una mujer increíblemente servicial, tiene que organizar la fiesta de Navidad para todo el barrio. ¿Queréis que deje un mensaje?

—No, no es necesario, gracias. Si me quedo en Londres, volveré a pasarme dentro de unos días.

—Muy bien. Si necesitáis algo, no dudéis en acercaros.

—Gracias, sois muy amable. —Kenneth hizo un gesto con la cabeza y desapareció tras el seto bien podado.

Christopher, que había escuchado, susurró con determinación:

—Quiero entrar en la casa.

—Yo también —respondió el otro al instante.

En la parte trasera, la puerta cerrada de la cocina cedería fácilmente con una patada.

—Espera, Ken. Subamos por la cerca y entremos por ahí —propuso Chris, señalando una ventana en el primer piso—. El árbol nos cubrirá y enfrente solo hay vegetación. Esa señora seguramente vendrá a revisar en unos días, y si viera la puerta de servicio rota...

—Tienes razón. Pero ¿podrás hacerlo?

En respuesta, Christopher dio un salto y agarró la rama más baja, izándose con la fuerza de sus brazos. Los músculos magullados le dolieron, pero el pensamiento del dinero perdido anestesió cualquier dolor.

Treparon hasta el balcón.

Si hubieran tenido quince años menos, podría haber sido una de las muchas incursiones que planeaban para divertirse cuando eran unos críos.

Christopher forzó la ventana del dormitorio principal sin romper el cristal. Una vez dentro, abrió el armario: estaba vacío.

—¿Se han llevado todo para estar fuera sólo unos días? —preguntó apretando los dientes.

Kenneth bajó rápidamente e inspeccionó la planta baja.

—La librería está vacía. Y también su estudio. Ha huido, estoy seguro.

Un ruido agudo captó su atención. Se movieron con cautela, buscando el origen de aquel sonido melancólico. Se detuvieron frente a la puerta junto a la cocina.

Kenneth sacó el cuchillo que llevaba en la bota e hizo un gesto a su amigo para que abriera. Los escalones conducían al sótano, donde una tenue luz entraba por una ventanilla.

El lamento se hacía cada vez más fuerte; un olor acre y repugnante a heces les provocó náuseas.

Al fondo de la sala divisaron un recinto hecho de cajones de madera bien atados entre sí; dentro, dos cachorros emitían sonidos desgarradores.

—Ay... —susurró Christopher.

—¡Ese pedazo de mierda los ha abandonado sin agua! —Ken solía caer en el lenguaje soez cuando algo lo enfurecía, y su origen escocés emergía con fuerza. Subió corriendo y regresó de inmediato con un cubo lleno de agua. Lo vertió en el cuenco, y los perritos bebieron con avidez, sumergiendo el hocico y las patitas.

—Ha huido, con nuestro dinero, Chris —dijo resignado.

—Sí, pero ¿cuánto puede haber viajado en una semana?

Ken lo miró, casi apesadumbrado al tener que presentarle una realidad horrible a la que él aún no había llegado.

—Muy lejos si decidió embarcarse hacia América.

—No es posible, no hay barcos de pasajeros programados en todo el año. Debe estar todavía en Inglaterra.

—Tal vez se fuera en un mercante pagando una suma considerable. Es la única opción viable para alguien que lleva consigo cajas de ropa y libros. Lo hacen muchos, cada vez con más frecuencia. —Ken estaba seguro de que Price lo había planeado con tiempo, trasladando poco a poco cajas y baúles fuera de la casa, quizás a algún depósito, a la espera de la partida.

Christopher contempló por primera vez la gravedad de la situación. Una vaharada de calor lo envolvió, y un mareo lo pilló desprevenido. La debilidad causada por su convalecencia comenzaba a hacerse sentir, y ciertamente la constatación de haber perdido casi todo su dinero no ayudaba. Apoyó una mano en la pared para sostenerse. Su amigo se acercó de inmediato para asegurarlo.

—Ken, jamás lo encontraremos—sentenció, con los ojos grises reflejando la derrota.

28 de octubre de 1834

Londres, Residencia del conde de Selkirk

Era la segunda vez que Christopher salía tras el accidente en Westminster.

Parecía menos pálido, pero ese hilo fino que aún mantenía unidos los bordes de la piel tensa del pómulo recordaba con demasiada frecuencia que había estado al borde de la muerte.

—Toma —dijo Kenneth, ofreciéndole el vaso.

Chris salió de sus pensamientos y se acomodó mejor en el sillón del estudio de Ken. Miró el líquido ámbar que su amigo reservaba solo para las personas más apreciadas.

—He tenido casi que dejarme matar por un pedazo de muro para que sacaras del escondrijo tu más preciado *scotch* —bromeó.

—Me siento culpable por no haber estado allí. Yo nunca te habría permitido estar bajo esa lluvia de escombros —confesó Ken, estudiando el rostro cansado de su amigo.

El otro hizo una mueca, como diciendo que no quería escuchar tales tonterías, y bebió un sorbo.

—Mañana iré a agradecérselo a lady Northcliff y a su hija.

—Es lo más justo. Sin embargo, me temo que no te permitirán hablar con lady Sophie, así que no te hagas ilusiones. —Ken siempre era directo al decir las cosas, y cuando vio la expresión confusa de Richmond, añadió—: Sería inapropiado un encuentro con ella, Chris. Su reacción fue excesiva y se habla de ello en todas partes. Sin mencionar el asunto de haber escapado de la muerte gracias a ese don. Un período de ausencia de la joven de toda actividad social será seguramente lo que los Northcliff exijan, y supongo que eso incluirá las visitas a su casa, especialmente la tuya.

—No lo había pensado —confesó Chris, absorto—. Quería preguntarle los detalles, saber, entender.

—No creo que haya mucho que entender. Algunas cosas son, cómo decirlo, difíciles de explicar racionalmente.

—Es sorprendente que lo digas tú, el hombre racional por excelencia.

—Bueno, digamos que mi sabiduría me permite ver cuándo ceder el paso a la realidad, aunque sea increíble de explicar.

—Ya, una inexplicable mezcla de sentido común y desprecio por la etiqueta —comentó Chris con una sonrisa torcida—. No me gusta

que la llamen bruja por mi culpa, no lo merece —le confesó de repente.

—No es culpa tuya, Chris. Son sus manos, es ese poder o como quieras llamarlo. —Ken notó que su amigo sacudía la cabeza irritado, apretaba la mandíbula como conteniendo la rabia, bebía despacio, probablemente para controlarla. Esa historia lo había puesto a prueba, concluyó Ken, y la forma en que defendía a lady Sophie comenzaba a despertarle sospechas. No era la primera vez que lo hacía—. Ella te gusta —sentenció.

Los ojos grises de Chris se encontraron con los verdes de Ken.

—Es una buena chica y no es justo que la sometan a juicios mordaces, eso es todo —se justificó, esperando que el asunto terminara ahí.

Selkirk asintió, fingiendo aceptar esa explicación, y le dio una tregua cambiando de tema.

—Escucho ruido en la entrada. Creo que Foster ha llegado.

En efecto, Lester llamó a la puerta segundos después, anunciando a Hugh Foster, el *Bow Street Runner*[6] que desde hacía años se encargaba de realizar tareas especiales de manera privada para el duque de Northcliff.

—Buenas noches —dijo el hombre al entrar, haciendo un pequeño gesto con la cabeza.

Ken guiñó un ojo con un gesto informal, ya que últimamente se encontraban a menudo. Le había encargado la tarea de encontrar a Price, el empleado del Banco de Inglaterra. El estafador había desaparecido con el dinero que el banco debía enviar a Mr. Payton en Kentucky como inversión en su plantación de tabaco. Pero dado que no había pistas que seguir, Ken le había pedido que investigara la vida de Mr. Pearse, el director del banco: cualquier detalle podría convertirse en el arma ideal para amenazarlo y tratar de sacarle información sobre Price.

—Hola, Foster —saludó Chris.

—¿Y bien? —preguntó Selkirk.

—Pearse está limpio: un director intachable, sin aventuras, sin préstamos solicitados, sin dinero prestado en privado; tiene muchos

ahorros y los usa para su familia.

Ken suspiró resignado.

—Sin embargo, su secretario... —los sorprendió Foster, dejando la frase en suspenso por un momento y haciendo que Richmond se enderezara en el sillón, escuchando atentamente—. He indagado en lo más sórdido, como suelo hacer cuando parece que no hay más caminos.

La expresión de Ken adquirió un aire casi diabólico.

—¿Mr. Lucas Levine?

—Sí, conde, precisamente él, casado con una morigerada mujer, tienen dos hijos.

—¿Su secretario? ¿El joven que estaba con Pearse cuando hablamos con él? —preguntó Chris, desconcertado.

—Sí. Vamos, Foster, contádnoslo todo —lo urgió Selkirk, impaciente.

—Pues bien, Levine disfruta de... entretenimientos alternativos, por así decirlo. Frecuenta una casa de placer, muy pocos lo saben, donde se practican formas de perversiones extremas. —El *Bow Street Runner* observó cómo Richmond fruncía el ceño por un instante, luego una mueca apareció en su rostro. En cambio, Selkirk permaneció impasible, tanto que dudó si lo había entendido. Decidió explicarse mejor, pero fue interrumpido.

—¿Habláis de sexo violento o de una *Molly House*[7]? —preguntó Ken a quemarropa.

—Sexo violento, lord Selkirk. Por el momento, está ubicada en los *Docks*, y él está allí ahora.

El silencio se instaló en la habitación. Los tres hombres parecían inmersos en sus reflexiones.

Ken se dirigió al mueble de los licores, sirvió un poco de *whisky* escocés en un vaso de cristal y se lo ofreció a Foster.

—*Hard Pleasure*, ¿verdad? —preguntó en un tono de pregunta retórica, sorprendiendo al policía. El administrador de ese peculiar grupo usaba ese nombre y cambiaba frecuentemente de ubicación para evadir los controles—. Me infiltraré allí —le anunció con seguridad.

La cabeza de Chris se alzó rápidamente para mirarlo.

—No es una buena idea —dijo, pensando que si a él ciertas escenas le habían resultado demasiado duras y crudas, seguramente tendrían el mismo efecto en su amigo.

—Lord Selkirk, podría hacerlo yo, ya he estado allí.

—No, gracias, Foster, me las arreglaré solo —respondió Ken, dirigiéndose al escritorio. Abrió un cajón y sacó el sobre que contenía el pago para el policía. Se lo entregó.

Mr. Foster bebió todo su licor y se despidió al salir.

Las protestas murmuradas de Chris se volvieron más insistentes.

—No es agradable de ver, Ken, a menos que te gusten esas cosas, te lo aseguro. Ya sabes que he estado allí y...

—También he estado yo. No me incomoda en absoluto, créeme.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¡Nunca me lo habías dicho! —estalló Richmond un tanto ofendido.

—Me conoces, no me gusta hablar de estas cosas, mucho menos usarlas con orgullo. De todos modos, no pongas esa cara, solo fui por curiosidad, y no me interesa. La segunda vez fue precisamente para saber por el encargado del local si Price o el Director frecuentaban el lugar.

Christopher levantó las manos en un evidente gesto de rendición. Bebió el último sorbo de su vaso y se puso de pie.

—Avísame cuando vayas para acompañarte.

Ken no dudó en asentir con un gesto, sabiendo que mentía, y se despidieron.

Una vez solo, se acercó a la ventana: la noche era oscura y el frío que emanaba del cristal indicaba que afuera el aire otoñal era fresco y anunciaba la llegada inminente del invierno.

Había tomado la decisión en el mismo instante en que Foster le informó de que Levine se encontraba en aquel lugar. Sin vacilar, se dirigió a la entrada y dijo:

—Voy a salir.

Lester ordenó de inmediato al lacayo que trajera el caballo de su señoría; nada de carruaje, porque sabía bien que a esa hora de la noche el conde no quería arriesgar que un sirviente fuera asaltado por algún maleante mientras aguardaba en el pescante.

Ken montó a caballo, dio un leve golpe de talones al animal obediente y se adentró a un trote decidido por una Londres amenazante, envuelta en el silencio. Cuando llegó al lugar donde ya había estado, en un callejón oscuro y maloliente de los *Docks*, ordenó al hombre de guardia que cuidara al máximo de su caballo, dándole una generosa propina y prometiéndole otra a su regreso. Subió los escalones y llamó a la puerta. Un señor bien vestido, el mismo de las dos veces anteriores, lo examinó de pies a cabeza, esperando.

—De Sade —murmuró Ken, sabiendo que usaban el nombre del Divino Marqués[8] como contraseña. En cuanto la puerta estuvo abierta de par en par, entró.

El ambiente estaba impregnado del olor a opio; por lo demás, parecía un salón elegante, con colores tal vez un poco demasiado llamativos, pero limpio y ordenado. Un joven conversaba divertido con dos muchachas: una morena, sentada en sus piernas, y una pelirroja, arrodillada a su lado en el sofá, ambas medio desnudas.

—Seguidme, por favor —dijo el encargado con una sonrisa acogedora.

Por un momento, a Ken le cruzó por la mente que corría el riesgo de ganarse una pésima reputación, pero la esperanza de recuperar las veinte mil libras borró cualquier duda.

Recordaba bien aquel pasillo amplísimo que conducía a la parte trasera, las paredes bien pintadas de un amarillo ocre, las espléndidas lámparas de gas que lo habían sorprendido bastante, siendo un elemento de moda sólo en las casas solariegas.

Pasaron por una puerta vigilada por un muchacho de aspecto hosco —y sin duda muy avisado—, vestido como un paje de la corte francesa. Ken se negó a imaginar cuál sería su función y apartó la mirada, sintiéndose un cobarde.

El olor a droga casi había desaparecido, y dedujo que seguramente se consumía en el piso superior, donde había un simple burdel. Las dos habitaciones a los lados del pasillo carecían de puertas para permitir que los pocos visitantes miraran a su antojo.

Echó un vistazo a la puerta del fondo, la única cerrada, tras la cual, por las previas incursiones, sabía que había una enorme cámara equipada con todo el material para infligir dolor y sufrimiento, una gran mesa a menudo ocupada por varias personas y un mueble con varias palanganas siempre llenos de agua, que una criada contratada para tal fin cambiaba con frecuencia, mientras recorría los alrededores llevando también toallas limpias.

—¿Deseáis dar una vuelta o tenéis alguna solicitud en particular? —preguntó el hombre señalando la cámara cerrada, justo un instante antes de que un grito ahogado de mujer se elevara desde el interior de uno de los ambientes.

—Daré una vuelta.

—Muy bien. Si deseáis entrar en la habitación reservada, llamad a la dulce Maddy —explicó extendiendo la mano hacia una dócil muchacha vestida de criada—. Es nueva aquí, pero realiza su trabajo de manera excelente, a la espera del comprador adecuado para su sana y sagrada virginidad. —Pronunció las últimas palabras con un parpadeo que dejaba claro el sentido de la oferta que estaba haciendo.

—¿Y cuánto costaría esa virginidad?

—Doscientas cincuenta libras, milord. Pero dado que es la tercera vez que nos honráis con vuestra presencia, para vos serían doscientas —comunicó con un tono meloso, como si estuviera haciendo una gran concesión.

—Por ahora quiero divertirme. Ya veremos después —dijo lord Selkirk dirigiéndose a la puerta más cercana, mientras Maddy se sentaba en un banquito y el propietario regresaba al salón principal.

Ken se asomó a la habitación bien iluminada. Una mujer yacía boca abajo sobre una mesa de madera, con su blanquísimo trasero expuesto gracias a la falda levantada, las piernas en el suelo y las muñecas sujetas por un hombre cuyo mirada estaba perdida en lo que observaba, con la bragueta del pantalón abierta dejando entrever parte de su zona íntima.

Otro hombre, a todas luces noble, a juzgar por la camisa de gran calidad, penetraba a la criatura jadeante con un ritmo constante, golpeando con fuerza su espalda con una correa de cuero del grosor

de un dedo. Ella era, sin duda, una prostituta. Su aspecto descuidado y los gemidos exageradamente sentidos indicaban que estaba fingiendo y que tenía experiencia, aunque las marcas casi sangrantes eran muy reales.

Levine no estaba allí, así que continuó su inspección en la habitación de enfrente, donde vio a una mujer atada a una tabla vertical, con dos hombres turnándose para penetrarla, sus miembros erectos envueltos en capuchones de seda. Mientras tanto, otras dos mujeres obtenían placer de esa escena y se masturbaban mutuamente. Fingió no estar interesado ni siquiera en ese entretenimiento y se alejó apretando los dientes, intentando borrar de su mente a aquellas lascivas criaturas que gemían. No pudo ignorar la erección involuntaria que presionaba contra su pantalón, visible para cualquiera. Tomó aire, diciéndose que esa señal inequívoca de excitación le daría credibilidad una vez que entrara en la cámara central.

En cuanto lo vio dirigirse hacia allí, Maddy se colocó a su lado, abrió la puerta y se apartó.

Lo que impactó a Ken fueron los numerosos sonidos que provenían de las muchas personas presentes. En ese instante, se dio cuenta de que sería difícil examinar a todos los participantes sin levantar sospechas. Una idea le vino a la mente.

—Maddy, tesoro, quédate conmigo —le ordenó, rodeando la cintura delgada de la obediente muchacha. Caminaron despacio, como si estuvieran interesados en cada gesto realizado con gran satisfacción por hombres y mujeres.

Los lamentos de dolor y placer, los sonidos lúbricos, los olores acre, los cuerpos desnudos que se ofrecían a cualquiera, las torturas infligidas con látigos, collares de cuero ceñidos al cuello, correas que comprimían los genitales masculinos o los senos femeninos... todo allí dentro parecía emular las ilustraciones originales que acompañaban los textos del marqués de Sade.

Ken sabía que experimentaría sensaciones contradictorias; cualquier hombre frente a escenas como ésas se excitaría. Se odió por ello, maldiciendo la pulsación de su pene, pero no retrocedería, no iba a perder la oportunidad de hallar a Levine.

¿Y si él no estuviera allí? ¿Qué haría? Ciertamente no podría presentarse todas las noches sin participar en esos juegos.

Se detuvo de repente al vislumbrar combinaciones indescifrables en el enredo de cuerpos.

Un hombre estaba penetrando a otro hombre con gran ensañamiento y violencia, como si tuviera la intención de causarle el mayor daño posible; el agredido se quejaba de su dolor y se desahogaba infligiendo lo mismo a una mujer puesta a cuatro patas, hundiéndose en su ano estrecho y ligeramente sangrante.

Ella tenía los ojos perdidos entre aquel sufrimiento y el placer que le proporcionaban los dedos hábiles de un hombre apuesto y bastante atractivo, aunque no ya tan joven, a quien Ken identificó de inmediato como lord Hamilton, uno de los temerarios cortejadores de lady Northcliff cuando ella acababa de casarse con el duque. Dos mujeres lo tocaban alternadamente hasta que su líquido seminal fluyó libremente.

Un joven muy excitado, de pie frente a ellos, con el rostro en penumbra, impartía órdenes sobre qué hacer, dónde colocarse, cómo moverse. Parecía tener mucha autoridad y daba la impresión de seguir un guion propio.

Ken se apartó. Sentía una sensación nauseabunda por aquellos excesos que no eran de su agrado, aunque aceptaba el hecho de no poder controlar su constante erección. Entrecerró los ojos en busca de una pausa.

Finalmente, observó con frialdad. El grupo frente a él estaba representando una ilustración de *Justine*[9], que él conocía bien, habiendo sido objeto de su interés juvenil, a solas en su dormitorio. Una sonrisa tembló en sus labios ante aquel recuerdo.

Se movió ligeramente hacia un lado para ver el rostro del director que coordinaba la transgresión de los demás: ¡era Levine!

Exultó por tal descubrimiento y se dispuso a marcharse, pero la rigidez de Maddy lo hizo mirarla: el perfil perfecto, los mechones rubios cuidadosamente peinados, la cofia impecable. Estaba conmocionada, y él sintió lástima por ella.

—Cierra los ojos, nadie se dará cuenta —le susurró, arrastrándola fuera, donde el encargado la estaba buscando—. Quiero a la virgen —declaró Ken con rudeza mientras el propietario observaba la bragueta abultada del noble lord.

—Muy bien, milord. Os acompaño arriba —respondió complacido.

—No, lo terminaremos aquí —dijo Selkirk con decisión, alarmando a Maddy. La apartó y le señaló el banquito para que no escuchara.

—¿Aquí? Una solicitud inusual... ¿os referís a la gran sala?

—No, me refiero a aquí y ahora. —Ken metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una bolsa llena de monedas pesadas—. El doble de lo que pidió y la muchacha se viene conmigo —afirmó, clavando una mirada gélida en el viscoso explotador.

—Deseáis poseerla por primera vez en vuestra casa —concluyó el hombre, aprobando tales costumbres costosas pero placenteras—. Sabia elección. Creo que, en una circunstancia como ésta, vale más de doscientas —se aventuró a decir.

—Pues yo creo que, en una circunstancia como ésta, podría enfadarme —pronunció Selkirk amenazante mientras apartaba la chaqueta y sacaba un largo cuchillo. Sostuvo la mano armada a lo largo de la pierna, jugueteando con la hoja contra el pantalón, un gesto que capturó todo el miedo del encargado—. Si alguna vez me necesitáis, preguntad por el conde de Selkirk. No me encontraréis, pero yo vendré a vos. Tal vez cuando menos lo esperéis, de noche probablemente.

Esto llevó al hombre a tomar la bolsa y hacerse a un lado.

—No tengo motivo para hacerlo, milord, de verdad...

Ken lo fulminó con una última mirada, seguro de que no tendría problemas, y se marchó tras tomar la mano de la temblorosa criatura. Una vez fuera, la levantó sobre su caballo y se acomodó detrás de ella.

—No temas, no te haré daño.

—Supongo que debería agradecéroslo... La primera vez, mejor con vos que con uno de ésos —murmuró con voz débil.

—¡Ya lo creo! Pero no va a ser así. Eres demasiado jovencita, ¡maldita sea! Te tomaré como doncella en mi residencia, y procura

andar bien recta o te arrepentirás, ¡te lo juro!

28 de octubre de 1834

Londres, Residencia del duque de Northcliff, Mayfair

El conde de Richmond se presentó puntualmente en la residencia de los Northcliff, como había acordado con su excelencia, la duquesa. Era respetuoso y cortés presentarle personalmente su agradecimiento por la ayuda que le había brindado aquella noche.

No estaba seguro de qué tipo de homenaje debía ofrecer; la situación era inusual, por lo que se dejó guiar por su instinto. Y, en efecto, no se equivocó: cuando lady Northcliff, sentada en el sillón de su salón, abrió el voluminoso envoltorio del regalo que le había entregado, exclamó con una sorpresa gratificante.

—Excelencia, no sé qué obsequio dictan las buenas maneras para ofrecer en esta circunstancia —explicó él, avergonzado—, si es que semejante eventualidad está contemplada por el protocolo, cosa que dudo. He actuado por impulso y espero que mi gesto...

—¡Lord Richmond! ¡Estos instrumentos quirúrgicos son profesionales, excelentes, extraordinarios! ¡No tengo palabras! Lo cual es bastante raro.

—Entonces ¿no desaprobáis mi extravagante elección?

—Con demasiada frecuencia doy mi visto bueno a decisiones disparatadas, para desesperación del duque —afirmó Eleonor riendo.

Sus miradas se encontraron, y fue en ese momento cuando muchas palabras no dichas viajaron por sus mentes, muchas reflexiones y pensamientos sobre la desgracia ocurrida en Westminster.

—Lady Northcliff —comenzó él, impulsado por una fuerza invisible—, prácticamente no recuerdo nada, pero los testimonios son exhaustivos y me han perturbado. —Había susurrado, casi temeroso de lo que ella pudiera responderle.

—Puedo imaginarlo, no todos los días se muere y se vuelve a la vida —murmuró la duquesa con una leve sonrisa, mientras ajustaba

algunas arrugas de la manga abullonada de su vestido a rayas azules y grises.

Christopher se armó de valor.

—¿Fue gracias a vuestra hija? —preguntó con un hilo de voz. Observó la expresión indecisa de la mujer y se arrepintió de haber sido tan directo—. Pido perdón por mi indiscreción. Soy consciente de que esta historia genera incomodidad —hizo una pausa y continuó, enfocando su atención en el verde profundo de los ojos que lo miraban fijamente, para enviarle un mensaje inequívoco— y, sobre todo, que causa malestar a lady Sophie.

Eleonor sabía que el conde se refería a la reacción apasionada de su hija ante su muerte.

—Me alegra que lo comprendáis. Por eso he considerado oportuno que ella no estuviera presente hoy.

Lord Richmond asintió con la cabeza y no añadió nada más.

Durante unos minutos, la duquesa se interesó por su estado de salud, ofreciendo consejos médicos sobre las migrañas nocturnas que lo aquejaban debido al golpe recibido, sobre el tipo de actividad física útil para reactivar la movilidad de la pierna herida y sobre las infusiones que debía tomar para favorecer el sueño.

Cuando Christopher subió a su *sulky*, se sintió aliviado. Habían bastado unas pocas palabras con aquella mujer intuitiva para aligerar su ánimo, aunque le quedó el deseo, intenso y persistente, de un encuentro directo con lady Sophie, a pesar de ser consciente de que sería poco apropiado.

Mientras se abría paso entre las calles de un Londres abarrotado de peatones y carruajes, consideró su situación con ojos objetivos. La vida le había cambiado mucho en el último mes, no solo por el accidente, que parecía haberlo vuelto más sensible e irritable, sino también por el desagradable deterioro de su situación financiera.

No tenía ganas de estar entre la gente y decidió aprovechar su lenta recuperación de salud como una excusa fácil para justificar su ausencia en fiestas, cenas, reuniones en *White's* y cualquier otro evento social. Ya no era el mismo.

Llegó a casa sin darse cuenta, y lo primero que hizo fue tragarse un vaso de *whisky* mientras releía en su estudio la carta de lady

Fanny.

28 de octubre de 1834

¡Con suma alegría recibí la noticia de vuestra recuperación!
He pasado días preocupada por vuestro estado de salud, a pesar de que las constantes noticias que me llegaban del amable conde de Selkirk a través de mi padre eran tranquilizadoras.
Sin embargo, temo que solo podré estar más serena cuando os vea con mis propios ojos, asistiendo con vuestra habitual espíritu alegre a una fiesta o a alguna cena.
Vuestras flores llegan puntualmente cada tres días. Os lo agradezco de todo mi corazón porque vuestro amable gesto me recuerda lo atento y considerado que sois.
Sé que habéis hecho arreglos con el marqués, mi padre, respecto a la cena formal por nuestro compromiso, ¡y esto me ha colmado de una euforia indescriptible!
Los preparativos avanzan bajo la supervisión de mi madre, y no niego que tal vez mi entusiasmo sea un poco excesivo, ¡pero estoy segura de que seréis indulgente con esta joven inexperta que desea una velada festiva de la cual ser protagonista!
Os pido desde ahora que me perdonéis si, una vez más, quedo a la espera de saber cuándo tendré el honor de volver a encontrarme con vos antes del recibimiento en nuestro honor.

Vuestra devota prometida
Fanny Bayne

Sonrió al pensar en la joven, sintiendo una especie de consuelo al saber que ella estaría allí incluso en los momentos más sombríos, diciéndose a sí mismo que le respondería con más calma al día siguiente, poniendo en ello todo el afecto que ella merecía.

Escuchó un ladrido insistente que provenía de la parte trasera de la casa, donde el mayordomo Payne había acomodado a los dos cachorros encontrados en la casa de Price. Ante ese recuerdo, una intensa molestia le golpeó en la boca del estómago. Vertió más *whisky* en el vaso de cristal y bebió la mitad. Luego tomó una hoja y escribió a Ken para comunicarle que lo esperaba para resolver el asunto de Price: lo mejor sería solicitar el parecer legal del abogado Wilkinson.

Londres

—Lo siento, lady Bridget, ya no tienen cinta de este tono —dijo su doncella personal mientras subía al carruaje.

—¡Caramba, Lottie! ¿Y quién aguantará ahora a Sophie? ¡Quiere exactamente ese color! Además, y digo yo, ¿para qué demonios lo necesita si está recluida en casa? —resopló para enfatizar su fastidio.

Últimamente, la duquesa la enviaba con cierta frecuencia a hacer compras para su hermana, porque si Sophie salía, corría el riesgo de encontrarse con alguien lo suficientemente entrometido como para hacerle preguntas sobre la noche del accidente.

Mientras tanto, Lottie le dio al cochero el nombre de otra tienda, y el carruaje ducal se puso en marcha para enfrentarse al tráfico de la *City*. Cuando el vehículo se detuvo, Bridget, demasiado impaciente, abrió la portezuela con ímpetu antes de que el lacayo pudiera hacerlo, y bajó de un salto, subiéndose en exceso la falda y mostrando sus finos tobillos sin preocuparse en lo más mínimo.

La voz cantarina e impertinente de lady Bridget, que pasó a su lado como un relámpago en el cielo veraniego sin reparar en él, apartó al conde de Selkirk de sus pesados pensamientos.

No dejaba de dar vueltas a lo mismo. Con la mente aún enturbiada por las transgresiones que había presenciado la noche anterior, se había presentado a primera hora en la oficina de Mr. Levine, en el Banco de Inglaterra, irrumpiendo con la pregunta:

—¿Quién era la apetitosa mujer a la que Hamilton dedicaba las placenteras caricias de sus dedos?

Atónito, el pobre hombre había abierto los ojos de par en par, con la boca abierta y la expresión congelada.

—Quién sabe si su esposa sería capaz de aceptar tales excesos, por excitantes que sean, claro está. Bueno, a las esposas se las puede hacer callar con un par de buenas bofetadas —había insistido Selkirk sin piedad, aunque mostrando un aire de solidaridad—, pero la sociedad no ve con buenos ojos actitudes tan libertinas. Me dicen que el director Pearse es bastante estricto: mejor que no se entere de semejantes infamias, ¿no creéis?

—¿Cómo... cómo puedo ayudaros? —había murmurado Levine, aterrorizado ante la posibilidad de que el director se enterara: caería en desgracia tras un despido deshonroso.

Ken se había acomodado, notando que algunos empleados observaban curiosos a través de la puerta abierta.

—Quiero saber dónde está Price.

—Lord Selkirk, no tengo ni idea de dónde puede estar vuestro dinero.

—No he preguntado por el dinero. Quiero a Price —había dicho Ken, atravesando la mirada perdida del joven con destellos verdes y amenazadores.

—No sé dónde está, ¡os lo juro!

—Bien. Creo que tendré una charla con Mr. Pearse sobre el Divino Marqués y vos —había afirmado Selkirk, levantándose con decisión.

Levine se apresuró a cerrar la puerta para impedir que el conde saliera.

—Escuchad, encuentro a Price odioso por su manera arrogante de actuar, así que nunca he hablado con él —había comenzado, decidido a revelárselo todo—. Cuando terminó su periodo de enfermedad, no regresó, y yo me tomé la molestia de ordenar su escritorio: encontré un recibo de transporte de mercancías hacia Nueva York. No sé más, lo digo en serio. —Inmediatamente notó la expresión dubitativa del conde, que entrecerraba los ojos para evaluar si estaba omitiendo algo—. ¡Os lo ruego, creedme! ¿Pensáis que soy tan estúpido como para arriesgar mi trabajo y mi buen nombre por un cretino como Price?

Su tono había sido suplicante, opuesto a los modos autoritarios que había mostrado la noche anterior, y su razonamiento no tenía fisuras. Tenía mucho que perder, por lo que Kenneth se convenció de que decía la verdad. Le hizo un gesto evasivo y salió de su oficina sin decir palabra, con la intención de mantenerlo en vilo. Sabía que no le contaría a nadie sobre esa visita.

La confirmación de que Price se había esfumado y que no volverían a ver su dinero lo había puesto de un humor más negro

que el carbón. Habría querido informar a Chris de sus hallazgos, pero sabía que su amigo estaba de visita en casa de lady Northcliff.

Así que, cuando se topó con la muchacha rebelde, llena de energía y sin consideración alguna por las reglas, decidió seguirla.

Dentro del local había varias mujeres, y lady Bridget se dirigió de inmediato al dependiente libre, explicándole su precisa solicitud.

El hombre buscó con entusiasmo entre los cintas de las numerosas cajas, pero no encontró nada parecido a lo que la joven señorita le estaba mostrando.

—¿Habéis probado en la tienda donde lo habéis comprado?

Bridget, completamente ajena a que era objeto de interés del conde, miraba embobada a su interlocutor. «Este hombre es idiota, no hay otra explicación. ¡No, espera! ¡Piensa que la idiota soy yo!».

—Señor, ¿estaría aquí si no hubiera ido ya al lugar donde se compró?

El comerciante se puso rojo como un tomate y decidió guardar silencio.

A lord Selkirk le dieron ganas de reír y se dio la vuelta, fingiendo inspeccionar una pieza de lana fina para abrigos. Lady Bridget no tenía intención de darle tregua al pobre dependiente.

—¿Creéis que podría encontrarlo? Os pagaré por las molestias —dijo ella, poniéndole en la mano el trocito de cinta.

—Puedo intentarlo.

—¡Bien! ¡Intentadlo! —exclamó la joven con voz bastante alta—. Si lo encontráis, buscadme en la residencia de los Northcliff. ¡Qué tengáis un buen día! —Se marchó con la misma furia con la que había entrado, como una lluvia refrescante de verano, breve e intensa, bajo las miradas atónitas del dependiente, las sorprendidas de las mujeres que no se habían perdido ni una palabra y la divertida de Ken.

Éste siguió a lady Bridget, oliendo el aire, ahora suavizado por un ligero aroma floral, que había dejado su paso rápido. La chica tenía talento para la practicidad, no se podía negar; era impaciente y detestaba a los estúpidos. La oyó cómo murmuraba:

—¡Sophie le da más importancia a un maldito color que a mi paciencia! —La vio subir al carruaje, levantándose el vestido y

mostrando mucho más que el tobillo.

Justo cuando el lacayo estaba a punto de cerrar la portezuela, Ken la sujetó y asomó la cabeza dentro.

La joven estaba ajustando con gestos nerviosos el vestido claro que resaltaba el color excepcional de su cabello. Levantó sus ojos azules, que emanaban gran fastidio, y lo vio. Abrió la boca y sonrió.

—¡Que sepáis que estáis iluminando mi día! —le soltó, señalándolo con el dedo.

—Lady Bridget, robaré esa frase para hacer feliz a alguna jovencita —bromeó él.

—¡Estoy segura de que os bastará mucho menos para seducir a las pobres incautas que caerán a vuestros pies!

—¿Estáis diciendo que tengo encanto?

—¡Oh, sabéis de sobra que sois muy atractivo!

—¡Y vos divertidísima, os lo juro!

—¡Vamos, subid! ¿Qué hacéis aún ahí? Lottie, baja, voy a charlar un rato con lord Selkirk. ¡Vamos, Lottie, no me mires así! ¡Basta que no se lo digas a su excelencia, no tendrás problemas!

La doncella obedeció, y el conde pudo subir, dejando la portezuela abierta.

—Las fiestas y las cenas resultan casi monótonas sin vuestra compañía —le informó él.

—¿Es eso un cumplido?

—Lo es.

—¡Gracias!

—¡De nada! Yo también estaba en la tienda —le informó, esperando una reacción.

—¡Caramba! ¿Ha oído a ese tonto del dependiente? De todos modos, estaba cansada de dar vueltas en vano por una estúpida cinta. Sophie a veces se obsesiona con los colores y ahora que no puede salir... —Se detuvo, dándose cuenta de que había hablado demasiado.

Ken se recostó en el respaldo y la miró fijamente por unos instantes.

—Es bueno que se quede en casa, estoy seguro de que, a pesar de la molestia de buscar sus cintas, lo comprendéis.

Ella suspiró.

—Sí, claro que sí. A propósito, ¿cómo está lord Richmond?

—Mejor, aunque bastante maltrecho. Sin duda, esa cicatriz le recordará siempre lo sucedido, pero es un hombre que sabe superar cosas mucho peores.

—¡Bien! La única que no lo entiende es mi hermana, que le da tanta importancia a la opinión de la sociedad. Mirad, no entiendo por qué hacer una tragedia de esto. Yo dejaría de lado los juicios de los demás, ¡y que se vayan todos al diablo! —Se dio cuenta, una vez más, de que había ido demasiado lejos—. Perdón, no es precisamente la mejor manera de expresarse.

—No, y sin embargo explica a la perfección lo que pensáis de la etiqueta.

—¿Lo desaprobáis?

—No, en absoluto, de hecho pienso como vos —le confesó, estudiando su mirada confiada—. Sin embargo, debemos ajustarnos a las reglas para no ser excluidos, vos también lo sabéis. —Al pronunciar esas palabras, recordó cómo lo definía Richmond: «una mezcla de sentido común y desprecio por la etiqueta».

Bridget bajó los ojos hacia sus dedos, que jugaban con la bolsita de tela.

—Debería haber nacido pobre y sin título... o en el Nuevo Mundo. No estoy hecha para todo esto —se justificó, abriendo un brazo para señalar hacia afuera.

—Pero no sois pobre y lleváis a vuestras espaldas un título que pesa bastante. Aprenderéis a adaptaros como lo hago yo, estoy seguro.

—¿Creéis que es un deber?

—Lo es, lady Bridget, lo es para todos. ¿Qué otra opción nos queda? —dijo él en un susurro que la obligó a mirarlo.

La complicidad entre ellos volvió a hacerse evidente.

Bridget recorrió con la mirada el atuendo azul del conde, la corbata bien anudada, las botas negras relucientes. Y luego volvió a su rostro franco, oscurecido por la sombra de barba que nunca desaparecía, la boca sonriente que suavizaba la rudeza del semblante, los labios atractivos por esa línea peculiar, el color de los

ojos de un verde brillante cautivador. Justo frente a esa mirada sincera y penetrante, ella hizo un pequeño asentimiento con la cabeza, secundando sus palabras.

De repente, Ken se deslizó hacia adelante en el asiento para acercarse y le susurró:

—Será mejor me vaya. Os deseo un buen día, mi joven amiga.

Bridget se quedó quieta e inhaló los restos de perfume especiado que lord Selkirk había dejado en el habitáculo.

—Excelencia, venid rápido —dijo el mayordomo, nervioso.

La duquesa apartó la vista del *phaeton*[10] de lord Richmond, que ya se dirigía por el sendero a un paso animado, y se giró de repente sobre sí misma para encontrarse con los ojos preocupados de Ben.

Le bastó un instante para comprender que algo había pasado.

—¿Sophie?

—Sí, ha tenido una crisis mientras estaba con el conde —le explicó, comenzando a caminar junto a ella a paso rápido—. No os alarméis: su excelencia está con ella y ahora lady Sophie está despierta. Las atentas lady Bridget y lady Charlotte se quedaron todo el tiempo.

Eleonor suspiró mientras subía los últimos escalones.

—Imagino que Charlotte estará llorando.

—Pues bien, lady Northcliff, sé que esto os sorprenderá, pero esta vez nuestra incurable romántica no lloró: sostuvo la mano de lady Sophie y tuvo palabras de consuelo apenas recuperó el conocimiento. Tal vez la chica esté madurando.

—O puede que lord Northcliff haya aliviado su agitación a través del contacto indirecto. Tanto él como Charlotte estaban tocando a Sophie —concluyó Eleonor con una expresión casi divertida.

Cuando abrió la puerta de la habitación, encontró a Keiran sentado frente a un alegre y crepitante fuego en una poltrona Luis Felipe, de espaldas a la cama, mientras abría y cerraba las manos entumecidas. Se intercambiaron una mirada y un asentimiento con la cabeza.

Pasó a su lado, le dio un beso rápido en la frente donde un mechón oscurísimo apenas salpicado de gris había caído y se acercó a la cama. Sophie le sonrió para tranquilizarla, pero su mirada apagada revelaba su cansancio. Sin embargo, parecía serena en medio de aquel parloteo continuo de los otros tres presentes.

—Te repito que la agitación no tiene nada que ver: mamá lo ha dicho claramente —sentenció Nick señalando a la duquesa que acababa de llegar.

—Sin embargo, no es casualidad que Sophie tenga las crisis justo en momentos en que está preocupada, nerviosa o enfadada —replicó Bridget.

—¿Y tú qué demonios sabes? ¿Acaso eres médico? —respondió molesto su hermano.

—Nicholas, controla esas palabras —intervino su padre desde lejos.

—No hace falta conocimientos médicos para constatar ciertos hechos, Nick —intervino Charlotte con tono irritado—, sino conocimiento del alma humana. Claro que para entender el interior de las personas hay que escuchar, observar, ver.

—¿Y eso qué se supone que significa? —dijo Nick frunciendo el ceño.

—Te está diciendo que no escuchas ni ves más allá de tus narices —cortó Bridget, directa como siempre.

Silencio. Unos segundos después, Nicholas dijo:

—Charlotte, no tengo la menor idea de qué estás hablando. Eres la criatura más extraña, complicada y agotadora que he conocido jamás—. Luego se dirigió a la puerta, saludó y se marchó.

Las tres chicas se miraron.

—Total, nunca va a entender que estás enamorada de él —le dijo Bri a Charlotte sin pelos en la lengua.

El duque levantó los ojos al cielo y murmuró:

—Mejor me voy antes de que escuche cosas que no quiero saber.

11

30 de octubre de 1834

Londres, Despacho del abogado Simon Wilkinson

Simon Wilkinson permaneció un minuto en silencio, echando de vez en cuando un vistazo a los papeles, incluido el acuerdo que Mr. Payton debería haber enviado firmado desde Estados Unidos, luego suspiró negando con la cabeza.

—Me temo que no se puede hacer mucho. A menos que encontremos a Mr. Price, su dinero está perdido. El Banco no se hace responsable, porque no encargó a Price que firmara sus depósitos para aceptación. Iniciar una demanda contra el Banco significa meterse en un laberinto del que ni siquiera yo podría sacaros ilesos. ¿Quién se enfrentaría a un coloso de esa magnitud? Desde luego, no un juez, en mi opinión. E incluso si, en la remota, por no decir imposible, eventualidad de que un juez enloquecido condenara al Banco a pagar los daños, ningún otro instituto de crédito os aceptaría como cliente.

A Ken le gustaba su abogado porque hablaba claro.

—¿Qué sugerís? —le preguntó.

—Haría indagaciones sobre Price, sin llamar la atención. En ese caso, podría darles el nombre de una persona acostumbrada a estas tareas. Trabaja para el duque de Northcliff desde hace años, así que entenderán que confío plenamente en él.

Kenneth asintió, mientras Christopher permanecía en silencio.

El abogado se levantó y fue a llenar unos vasos de agua. Los colocó sobre el escritorio y se sentó. Bebía a sorbos observando al conde de Richmond, intrigado por ese mutismo inusual.

Sin duda, el terrible accidente en Westminster lo había puesto a prueba. La leve sombra alrededor de los ojos y la cicatriz vertical a lo

largo del pómulo derecho lo atestiguaban. Sin embargo, se le ocurrió que podría haber más problemas de los que había planteado.

—Lord Richmond, es evidente que algo mucho más preocupante ocupa sus pensamientos. Tal vez podría daros algún consejo.

Christopher esbozó una leve sonrisa, adoptando un aire de fingida serenidad.

—Digamos que el robo de Price podría dar un duro golpe a mis finanzas. Lo He invertido prácticamente todo: las diez mil libras eran más de dos tercios de lo que me quedaba, y el acuerdo con Mr. Payton habría sido el punto de inflexión también para mejorar las fábricas.

—¿Y vos, lord Selkirk? —preguntó Wilkinson.

—Tengo la fortuna de contar con un fondo decente, la renta de la propiedad heredada. No hablo de cifras enormes, claro está, pero sí suficientes para pagar a los empleados y a un investigador si es necesario.

—¿Lord Richmond, vuestra propiedad en Cornualles? —preguntó el abogado.

—Dejé de invertir allí hace años para dedicar todas mis fuerzas a las fábricas. Me equivoqué, me di cuenta casi de inmediato. Pero ya... —Christopher hizo un gesto repentino con la mano derecha que dio la impresión de una oportunidad perdida.

Wilkinson reflexionó, tomó otro sorbo de agua, se limpió los labios arrugados con un pañuelo blanquísimo y dijo:

—Venderéis las fábricas de inmediato. Es la solución menos perjudicial, porque aquí no se trata de salir ilesos, sino lo menos dañados posible.

Kenneth asintió. Había sospechado que llegarían a esto.

Christopher, en cambio, se quedó desconcertado, sus ojos grises, más oscuros de lo habitual, perdidos más allá de la ventana detrás de Wilkinson.

Vio dos palomas volar bajo y remontar con gran impulso. Siguió la hábil maniobra, aunque en realidad sin verla, luego su mirada se detuvo en el alféizar del edificio de enfrente; notó algunas manchas de humedad en la vieja mampostería, un cristal brillante recién limpiado, una cortina apartada para dejar entrar la luz.

El abogado tenía razón. Era una realidad asquerosa, sí, pero incontestable, al fin y al cabo.

Miró a Kenneth: ya tenía un plan, estaba seguro. Y era probable que incluyera la decisión definitiva de marcharse de Londres. Y entonces se quedaría solo, sin su mejor amigo.

¿Cambiaría eso su posición?

No, estaba su dulce prometida Fanny, que lo adoraba. Sabía bien que ella estaba motivada por el interés, pero a él no le importaba tener a toda costa una esposa enamorada. Le bastaba con que le fuera fiel, tranquila, obediente, que luciera bien en sociedad, una muñeca dispuesta a darle hijos si él quisiera, y que no protestara por sus diversiones y pasatiempos.

—Sí, venderemos, es lo único sensato que podemos hacer —afirmó con confianza.

Londres, Residencia del conde de Selkirk

—¿Se ha escapado con vuestro dinero? —El tío Niall lo miraba con ojos sorprendidos y fruncidos al mismo tiempo, incrédulo ante el relato que su sobrino acababa de contarle. Sujetaba con una presa nerviosa los brazos de la cómoda poltrona que ocupaba cada vez más a menudo, frente a la chimenea de su habitación.

Ken hizo un pequeño gesto de asentimiento, incapaz de añadir más para no agravar el estado de preocupación de su tío. Sacó las manos de los bolsillos y pasó una por el cabello oscurísimo que le caía sobre la frente. Luego se sirvió una buena cantidad de *whisky* y bebió lentamente.

—¿Cuánto? —insistió Niall.

Su sobrino lo observó un instante: no podría ocultarle nada, aunque hubiera querido ahorrarle negros pensamientos.

—Veinte mil. —Al ver su mirada confusa, añadió—: no llegamos a solicitar el préstamo. Richmond y yo decidimos invertir en la plantación de Payton. Lee esto, tío. —Le tendió un sobre.

Niall miró el remitente.

—Mr. Payton, tu conocido en América. —Extrajo dos hojas y las leyó con atención, mientras su expresión, al principio dubitativa, se suavizaba. Luego levantó la cabeza y dijo—: una idea estupenda. Pero esa rata os ha engañado. ¿Lo habéis buscado?

—Ha desaparecido. Se lo ha llevado todo de su casa. Hemos hablado esta mañana con el abogado Wilkinson.

El silencio se impuso, más molesto que la verborrea de las mujeres que, poco después del amanecer, solían llevar provisiones a la residencia escocesa de los Selkirk. Ken siempre había odiado esas voces que lo despertaban temprano por la mañana. Recordó el momento, años atrás, cuando, siendo un niño travieso y vivaz, había tomado el balde lleno de agua usada la noche anterior y lo había vertido abajo, provocando los gritos de las mujeres que se dispersaban por el patio. Siempre estaba preparado para armar alboroto y hacer alguna travesura con un aire eternamente serio que, al final, siempre desarmaba a su niñera. Lady Bridget también debió de haber sido una niña inquieta... Bueno, a decir verdad, todavía lo era. Observó a su tío, que lo miraba esperando explicaciones.

—Vendemos las fábricas. Es lo mejor que podemos hacer.

Niall hizo un lento gesto con la cabeza que declaraba su aprobación.

—Tío, estoy considerando cambiar de vida de una vez por todas.

El otro sonrió para hacerle entender a su sobrino que no estaba para nada sorprendido. Sabía que Ken no se estancaría en un lugar, mucho menos en un trabajo poco rentable, y que su deseo de aventura, de crear algo nuevo, lo empujaría tarde o temprano más allá de Inglaterra. No haría más preguntas, no había necesidad.

Se quedaron mirándose con esa sintonía que siempre los había unido mientras el reloj de péndulo del salón tocaba sus campanadas.

14 de noviembre de 1834

Londres, Residencia del duque de Northcliff, Mayfair

Terrence Evans, conde de Fishbourne, entró en la residencia de los Northcliff y entregó su sombrero y capote al mayordomo, Benjamin Wilson.

—Si queréis seguirme, lord Fishbourne, sus excelencias aguardan vuestra llegada.

El conde, tras dejar pasar un período de tiempo adecuado como le había sugerido su tía Mary, con una tarjeta de visita enviada el día anterior, había solicitado una reunión formal con el duque. La decisión, tomada con dificultad, le pesaba porque en el fondo le dolía ser indiferente al acuerdo que había hecho con lady Sophie en el jardín de los marqueses de Rawling.

Podría haber dado un paso atrás y esperar el desarrollo de los acontecimientos, deseando lo mejor para sí mismo. Pero anhelaba esa unión con una intensidad abrumadora y deseaba a lady Sophie más que nunca, a pesar de que los rumores sobre las dotes extrasensoriales heredadas del duque se multiplicaban y en los salones de todo Londres no se hablaba más que en susurros de la «joven bruja» de los Northcliff.

Había fantaseado durante demasiado tiempo con deliciosos planes de vida como para rendirse y dejar a su dulce y pequeña presa en manos de otro. Y cuanto más pensaba en esos proyectos, más se llenaba su corazón de un sentimiento, en verdad de interpretación personal, que su tía y él definían con facilidad como amor.

Cuando el conde entró en el gran salón, los ojos azul oscuro del duque lo atravesaron, pero la duquesa lo recibió con cortesía.

—Bienvenido, lord Fishbourne.

—Estoy agradecido a vuestras excelencias por recibirme —murmuró él tras el besamanos y una reverencia al duque.

Lady Northcliff le indicó el sofá y se sentó en un sillón junto a su esposo.

—¿Deseáis un té, lord Fishbourne, o preferís abordar de inmediato el motivo de vuestra visita?

El conde de Fishbourne no se sorprendió por su franqueza, conocida por su reputación, así que decidió quitarse el peso de encima de inmediato.

—No os robaré un tiempo valioso, excelencias —afirmó con extremada calma—. Estoy aquí para pediros permiso para cortejar a lady Sophie.

—¿Por qué? —preguntó el duque.

Fishbourne quedó desconcertado por la inesperada pregunta, pero sus sentimientos por lady Sophie eran sinceros y por nada del mundo se haría a un lado.

—Tengo gran estima por vuestra hija y puedo afirmar, con absoluta certeza, que siento mucho afecto por ella. Tras un período decoroso que indiquéis, me gustaría obtener el permiso para un compromiso.

—La premura en consultarnos es sin duda digna de elogio, lord Fishbourne —afirmó lady Northcliff con una sonrisa—. Sin embargo, en este momento la persona interesada no está presente., y sería apropiado hablarlo con ella, ¿no creéis?

La propuesta iba en contra de las reglas de etiqueta previstas para una circunstancia como aquella: una hija debía obedecer la voluntad de sus padres, especialmente la del padre, respecto a la elección del pretendiente. Instintivamente miró al duque esperando un desmentido, pero éste, con los ojos entrecerrados, no daba señales de querer oponerse a su esposa; al contrario, era evidente que aprobaba sus palabras. Aunque desorientado por ese imprevisto, optó por una actitud conciliadora.

—Estaré encantado de renovar mi solicitud en presencia de lady Sophie.

—Hettie —llamó de inmediato lady Northcliff.

—¿Excelencia?

—¿Por favor, serías tan amable de avisar a lady Sophie que el conde de Fishbourne ha venido a visitarnos y nos gustaría contar con su compañía?

—Por supuesto, excelencia.

El conde encontró inusual incluso el tono cordial con el que la noble dama se había dirigido al ama de llaves. Los Northcliff estaban resultando ser personas realmente extrañas, pero la esperanza de un futuro junto a su hija le haría aceptar incluso eso.

Tras unas pocas palabras de cortesía, lady Sophie llegó haciendo crujir la pesada tela de su sencillo vestido de día color salvia.

—Buenos días —saludó con voz débil mientras hacía una elegante reverencia.

—Lady Sophie, buenos días —respondió el conde, levantándose rápidamente para devolverle el saludo con una inclinación.

La joven se sentó junto a su padre, en una silla acolchada que databa del siglo anterior.

—Lord Fishbourne está aquí para pedir permiso para visitarte y, posteriormente, comprometerse contigo —anunció el duque de Northcliff lentamente, sin dejar de mirar al pretendiente—. Sabes bien que tu madre y yo no lo decidiríamos sin tu aprobación.

Fishbourne tuvo la certeza de que con ellos debía esperar cualquier excentricidad imaginable, quizá mucho más absurda que pedirle a una hija su opinión sobre un pretendiente. En ese instante comprendió que lady Sophie podría revelar que ya le había dado una respuesta, y él quedaría como un estúpido.

—¿Y bien? —preguntó el duque a su hija.

Sophie, intentando concentrarse para captar las emociones del Conde, tal como su padre le había enseñado, se recompuso.

—Os agradezco infinitamente, lord Fishbourne, el interés que mostráis hacia mí, y me siento honrada de haber sido elegida para un compromiso —respondió con comprensión, percibiendo en él una fuerte sensación de esperanza: sincero en su objetivo de obtener el favor ducal, estaba confiado en comprometerse con ella—, sin embargo, mi honestidad me obliga a repetiros lo que ya os dije en casa de los marqueses de Rawling: no estoy lista para una relación más asidua y mucho menos para un compromiso, al menos por ahora. Sé que siento por vos una sincera amistad y una profunda estima; por ello, jamás podría cometer la injusticia de aceptar, desmereciendo así la nobleza de vuestro sentimiento.

El silencio se instaló en el salón.

Sophie permaneció inmóvil, con las manos unidas en el regazo y los ojos bajos hacia la alfombra. Percibía el desconcierto de Terrence y lo lamentaba. Lo miró un instante y esos ojos azules despertaron

en ella un sentimiento de compasión que la llevó a pensar que debía decirle a solas lo que pensaba.

—Espero, lord Fishbourne, que la respuesta no os disguste —intervino lady Northcliff con una sonrisa conciliadora, mientras el duque mantenía su expresión impasible—. Las cuestiones del corazón son misterios inexplicables y, a veces, solo hay que dejar que el tiempo nos muestre el camino correcto.

—Estoy de acuerdo, excelencia. Tal vez continuar como hasta ahora permita mayores posibilidades de conocernos, aunque confieso que había albergado esperanzas.

Sophie se levantó, obligando a los hombres a imitarla.

—¿Tengo permiso para hablar a solas con lord Fishbourne unos minutos? —le preguntó a su padre.

—Unos minutos, no más. Que tengáis un buen día, lord Fishbourne —se despidió de él lord Northcliff con tono categórico, dejando claro que no tenía intención de regresar.

—Enviaré a Wilson en cinco minutos —especificó la duquesa—. Que tengáis un buen día, lord Fishbourne.

La puerta quedó abierta.

Sophie no dio señales de querer sentarse, demasiado apesadumbrada por el comportamiento del hombre en quien había depositado sus esperanzas.

—No habéis respetado el acuerdo que hicimos en casa de los Rawling —murmuró decepcionada.

—Lady Sophie, no creía estar haciendo nada malo; después de todo, es correcto por mi parte pedir el consentimiento de vuestros padres —se justificó él.

—Sé bien que así lo exige la etiqueta, pero os pedí un poco de tiempo, lord Fishbourne.

—Y os lo di, de hecho —replicó él.

—Y, sin embargo, estáis aquí y habéis ignorado mi deseo.

—Lady Sophie, ¿cuánto tiempo más habríais pretendido entonces? Esa noche en casa de los Rawling no me rechazasteis, y eso me dio el derecho de presentarme aquí. Además, ha pasado cerca de un mes desde el accidente en Westminster. He actuado según las reglas.

El tono del conde era calmado y reflejaba su pesar por haberla disgustado, pero su apego a la etiqueta puso en alerta a Sophie. ¿No la había pasado por alto para obtener el consentimiento de sus padres, ignorando su solicitud?

—Pensé que seríais más magnánimo con mi temperamento reservado, incluso si eso implica romper la etiqueta.

—Soy un hombre, no un muchacho, lady Sophie, y por eso amo la claridad. Deberíais haber dado un no rotundo en lugar de afirmar que no estabais lista —respondió lord Fishbourne con precisión.

Sophie lo miró horrorizada, descubriendo un aspecto desagradable de él. Comenzó a dudar de haberse ilusionado, y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Quizá mi respuesta no fue lo suficientemente clara en su significado, pero ciertamente fue delicada, pensada para no heriros.

Fishbourne entreabrió la boca, sintiéndose culpable ante tanta autenticidad. Se preguntó si había cometido un error al presentarse allí.

—Me ajustaré a vuestros parámetros de claridad, lord Fishbourne —continuó la joven con la voz quebrada por el llanto que amenazaba con estallar—. La estima que sentía por vos se quedó en el umbral de esa puerta porque habéis ignorado mi naturaleza tímida y os habéis negado a darme un poco de espacio para que me acostumbre a vos.

—Lady Sophie, no entiendo... os obstináis en mostrar una liberalidad de pensamiento que no se ajusta a vuestra persona modesta y sobria, y que es inapropiada para una joven educada como vos. Solo he respetado la etiqueta, nada más —intentó él, cada vez menos seguro de haber actuado correctamente.

El corazón de Sophie golpeaba contra su esternón, lo sentía hasta en la cabeza. Las palabras «modesta y sobria» resonaron como una nota desafinada, y sin embargo era la imagen exacta que ella proyectaba de sí misma, lo sabía muy bien.

Además, el apego del conde por las reglas y las formas, incluso a costa de incumplir el acuerdo alcanzado en el jardín de los Rawling tras un acercamiento confidencial que ella nunca olvidaría, la irritaba tanto que ya no podía callar.

Ese estado de confusión mental le impidió controlar su extraordinario poder y la llevó a hablar sin filtros.

—Solo ahora intuyo que estáis atado a convicciones retrógradas que consideran al hombre como el único dueño de las decisiones sobre la vida de una mujer. Los hombres de ideologías limitadas, intransigentes y clasistas no están en sintonía con mi personalidad. Yo no soy así. Los Northcliff no son así.

—Son acusaciones graves y, os lo aseguro, sin fundamento. Admito que valoro mucho las formas prescritas para estas ocasiones, pero no soy un hombre intransigente ni de miras estrechas, lady Sophie. Me duele que mi comportamiento os haya llevado a pensarlo, y asumo la responsabilidad por ello.

El conde observó los ojos brillantes de la joven, arrepintiéndose de no haber sabido captar plenamente su lado emocional. Dio un paso hacia ella, mortificado por ser la causa de su dolor; habría querido tomar sus pequeñas manos y disculparse, pero temió asustarla.

—Lady Sophie, si hubiera sabido que mi visita os causaría tanto disgusto, creedme, no habría venido —aseguró con una expresión afligida. Observó una lágrima deslizarse repentinamente por la mejilla suave.

Sophie salió de su letargo precisamente por la vergüenza de esas lágrimas.

—Os agradezco vuestro amable interés hacia mí, y por ahora renuevo mi negativa. Que tengáis un buen día, lord Fishbourne —balbuceó. Hizo una reverencia apresurada y se marchó.

Él se quedó mirándola salir, demasiado apesadumbrado para hacer o decir algo más. Cuando se recuperó, apretó los dientes para contener la rabia contra sí mismo y su imprudencia: debería haber seguido su instinto y esperado a que el momento fuera el adecuado, pero se había dejado influir por aquel maldito incendio, por lo que había sucedido después y, sobre todo, por las palabras de su tía.

Se dirigió a la entrada, tomó su abrigo, sombrero y guantes de las manos de Wilson y caminó por la calle a paso lento.

Sophie se había quedado mirándolo desde lo alto de la escalera, indecisa sobre qué sentía en ese instante de incomprensible

tormento. ¿Había depositado demasiadas esperanzas en él? ¿Se había convencido erróneamente de que era la persona adecuada para aceptar su enfermedad? ¿O tal vez había exagerado con él?

Si hubiera mantenido la calma y puesto en práctica las enseñanzas del duque, no estaría en esa situación. La molestia por no saber manejar el don de sus manos creció desmesuradamente, y se preguntó cómo lo había hecho su padre desde pequeño.

—¿Te ha pedido que te cases con él? —preguntó su hermano Richard con aire de experto.

Ella se enderezó y recuperó su postura mesurada.

—Más o menos. ¿Qué haces aquí?

—Henry y yo hemos traído a los pequeños a saludar a mamá y papá. Luego Annis nos llevará a Hyde Park.

—¿Pero te casas con él o no? —preguntó Henry, confundido. Ciertas cuestiones debían describirse con exactitud, y él se impacientaba fácilmente.

—No lo sé.

—¿Por qué? —preguntó Matthew, que sostenía de la mano a la pequeña Natalie.

—Porque no sé si me gusta —explicó Sophie simplemente.

—A mí me parece simpático —replicó Natalie.

—No basta con eso para decidir casarse con alguien —explicó Sophie mientras se dirigía con ellos hacia la habitación de sus padres.

—¿Entonces qué le pasa? —preguntó Richard, señalando con el pulgar hacia la entrada.

—No he dicho que le pase nada —zanjó la hermana mayor.

Bridget pasó por allí mientras se ponía los guantes de lana y murmuraba contra el encaje que adornaba los bordes, pinchándole la piel de las muñecas. Se detuvo, intrigada, y preguntó:

—¿Estáis hablando de Fishbourne?

La ignoraron, de todos modos lo entendería sola.

—Entonces, ¿por qué vino si sabe que estás indecisa? —preguntó Henry, con sus ojos celestes fruncidos, como si quisiera fulminar a ese idiota que no había entendido nada de su hermana.

—Le había pedido un poco de tiempo, pero tal vez no lo entendió —dijo Sophie, intentando justificarlo.

—Un tonto —comentó Bridget.

—¡Bridget! —la reprendió ella.

—De todos modos, es tonto —le hizo eco Henry, fingiendo no ver la mirada fulminante de Sophie.

—¿Entonces con quién te vas a casar? —preguntó Natalie.

—No lo sé.

—Cuando hayas decidido, Sophie, nos lo dirás —afirmó Matthew, que no aceptaba quedar excluido.

—Voy a salir —informó Bridget con ojos evasivos.

Sophie la miró fijamente. Esa diablillo estaba escondiendo algo, y esa constante mención de lord Selkirk empezaba a hacerle sospechar.

—Lleva un lacayo —ordenó secamente justo antes de llamar a la puerta de sus padres.

La otra soltó un bufido y desapareció.

Londres, Residencia de los Northcliff y Residencia de Selkirk

Bridget cerró la puerta. Se detuvo de golpe para asegurarse de tener los zapatos puestos y se dirigió con curiosidad hacia las escaleras, escuchando las voces de sus hermanos menores. Se acercó y los vio.

—¿Entonces qué le pasa? —preguntó Richard, señalando con el pulgar hacia la entrada.

—No he dicho que le pase nada —zanjó la hermana mayor.

—¿Estáis hablando de Fishbourne? —preguntó Bridget con aire jovial, comprendiendo que Sophie lo había rechazado. ¡No le gustaba ese Conde presumido y estirado! Nadie le respondió, y murmuró contra los guantes que se estaba poniendo—: ¡Maldito encaje, pica más que la tela que usa Mrs. Brodie para hacer las bolsitas de lavanda!

—Le había pedido un poco de tiempo, pero tal vez no lo entendió —lo justificó Sophie.

—Un tonto —soltó Bridget, maltratando el borde de encaje del guanto izquierdo.

—¡Bridget! —la regañó la otra.

—De todos modos, es tonto —remarcó Henry.

—¿Entonces con quién te vas a casar? —preguntó Natalie, la menor, con su vocecita encantadora.

—No lo sé.

—Cuando hayas decidido, Sophie, nos lo dirás —declaró seguro Matthew.

—Voy a salir —intervino Bridget con aire indiferente.

Pero nada se le escapaba a Sophie. La miraba con sospecha.

—Lleva un lacayo —le ordenó tajante.

—Sí, sí, está bien —bufó ella mientras bajaba las escaleras a un paso algo demasiado enérgico, con el vestido levantado—. ¡Salgo! —le anunció a Hettie al cruzarse con ella.

—¿Llevas un lacayo, lady Bridget?

—¡Un momento! —exclamó la joven deteniéndose de golpe para mirarla—. ¿Os habéis puesto de acuerdo tú y Sophie? ¡Claro que llevo un lacayo! —Prosiguió hacia la entrada mientras el ama de llaves reía por lo bajo. Subió al carruaje y notó que el tan mencionado lacayo ya estaba en el pescante junto al cochero. Bufó de nuevo, intuyendo que su familia la vigilaba sin descanso. ¡Todos conspiraban en su contra!

Una vez inmersos en el tráfico, protegida por las cortinas de las portezuelas, Bridget se cambió de ropa. Se puso una camisa y unos pantalones prestados por un muchacho flacucho que ayudaba a su mayordomo Ben, ocultando sus rizos bajo un enorme gorro.

—Lady Bridget, me resisto a veros con esas ropas de hombre —se quejó su doncella.

—Entonces no me mires —dijo la joven riendo.

—Si su excelencia os viera...

—¡Oh, basta! Dale unas monedas al lacayo y dile que se compre algo, cualquier cosa que lo mantenga alejado por un rato.

Lottie obedeció, quejándose de tener que presenciar una escena tan absurda. Apenas el vehículo se puso en marcha de nuevo, Bridget anunció:

—Bajaré antes de llegar a la casa del conde. Tú seguirás hacia el mercadillo y...

—...y fingiré que la he perdido durante una hora más o menos en caso de que alguien me detenga o pregunte por vos. ¿Hasta cuándo vais a seguir con esta historia? Si el duque se enterara... —volvió a empezar la doncella.

—¡Precisamente por eso el duque no debe enterarse! —dijo ella subiendo el tono y amenazándola con un dedo.

—Entendido, entendido, lady Bridget.

—¡Tanto alboroto por un par de veces que he estado en casa del conde!

—En realidad, con hoy ya serían cinco —puntualizó Lottie.

—¡Me bajo aquí! —le gritó Bridget al cochero. Saltó del carruaje como lo habría hecho un chico y comenzó a caminar con las manos en los bolsillos. Se dirigió hacia la parte trasera de la gran casa de lord Selkirk. Entró en la cocina y sonrió a la cocinera. Se quitó el gorro, dejando que los rizos cayeran por todas partes—. ¿Dónde está?

—Os espera en la sala de esgrima, lady Bridget —respondió la mujer, que se quedó observando a la muchacha mientras se alejaba —. Es bonita, sí que lo es. Sin embargo, el motivo por el que lord Selkirk sigue viéndola es un misterio, también lo admitiréis vosotros —comentó dirigiéndose a las criadas presentes, quienes le dieron la razón de inmediato—. ¡No puede querer casarse con ella! Es demasiado pequeña, tanto de cuerpo como de edad —añadió. La cocinera se preguntó por enésima vez de dónde sacaba esa joven la fuerza para practicar esgrima con un hombre adulto, alto y musculoso.

Bridget caminó con celeridad por los pasillos de la gran mansión, que ya conocía bien, y llegó a la sala acondicionada para el entrenamiento de esgrima y boxeo.

Kenneth la esperaba, con las manos en las caderas, mirando hacia la puerta porque había oído sus pasos. Llevaba la habitual

camisa blanca, sin corbata, abierta en el cuello, y un pantalón largo beige.

—Sois un deleite para la vista —dijo en voz alta.

—¡Os burláis de mí! Pero si no me vistiera así, no podría moverme con libertad, ¿no os parece? Y vos aprovecharíais para vencerme.

—Pensaba que usabais ropa masculina para eludir el control del duque —exclamó, fingiendo estar escandalizado. En realidad, Ken había comprendido que no temía a lord Northcliff: estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de un matrimonio si el duque se lo exigía. La idea no lo preocupaba en absoluto; al contrario, estaba seguro de que tener a esa pequeña diablillo como esposa sería todo un placer.

—¡Ni por asomo! Si mi padre descubriera todo esto —remarcó Bridget abriendo los brazos como para abarcar tanto su ropa como la residencia del conde—, no sería tan trágico, al menos no para mí. —Luego se acercó, arrojó el gorro sobre una silla y añadió—: ¡Pero para vos sí!

—¿Intentáis intimidarme? No lo conseguiréis. Como mucho, tendría que casarme con vos —dijo Ken con una sonrisa torcida.

—¿No sería eso una tragedia para vos? ¡Ahí fuera hay montones de hermosas mujeres esperando una propuesta vuestra! ¡Y no digáis tonterías sobre mi belleza solo por galantería! Mejor tomad una espada. ¡Sabed que hoy estoy en plena forma!

Ken se quedó un momento mirándola: cada vez se sentía más atraído por ella. Observó los delicados rasgos realzados por su aire desenfadado y sus pecas, el cuerpo delgado donde las curvas comenzaban a tomar forma, mostrando una delicadeza encantadora que meses atrás no tenía.

—Que sea a espada, entonces. De todos modos, cuando digo que sois hermosa, no es por galantería.

Bridget frunció la nariz y tomó el arma que él le ofrecía.

—¿Cómo va el asunto con el Banco?

—No va, precisamente. El dinero está perdido. Como os dije hace unos días, las fábricas estaban en venta... y una ya ha sido comprada.

—¿Estáis muy apenado?

Los ojos azules mostraban una empatía sincera que rara vez tenían las jóvenes por asuntos tan serios e importantes. Ken admiró su capacidad para adaptarse a los temas más diversos.

—Sí, lo estoy. Siento como si perdiera una parte de mí. Sin embargo, no sé regodearme en la autocompasión, y hay muchas soluciones esperándome. Encontraré algo más que hacer.

Tomaba tiempo para no revelarle su idea de partir hacia América, porque sabía que, de lo contrario, ella pediría formar parte, estaba seguro de ello, y él no tenía intención de meterla en problemas o, peor aún, comprometerla. Después de todo, aún no había decidido qué hacer, demasiado preocupado por Christopher, que se enfrentaba a graves dificultades financieras.

Se pusieron en posición y ella atacó primero, como siempre. El cabello, recogido en una coleta improvisada atada con una cinta, ondeaba por todas partes, suave, como llamas rojas.

Ken, superior en fuerza y destreza, se limitaba a defenderse de sus embistes vehementes, permitiéndole hacer lo que quisiera. No dejaba de mirar su rostro perfecto, los ojos azules como la noche y la boca enrojecida, contraída por el esfuerzo de sostener el arma pesada.

—Estáis cansada —susurró cuando estuvieron cerca.

—Para nada —jadeó ella, obstinada.

Divertido, Ken decidió darle una tregua: atacó sin piedad, con un golpe seco, haciendo volar su espada y apuntándole la suya al cuello.

—Estáis cansada. Era hora de terminar el duelo, y he ganado yo.

Bridget entrecerró los ojos, mirándolo con furia.

—¡Por todos los diablos! ¡No peleáis como si yo fuera vuestro igual!

—Claro que no. Correría el riesgo de haceros daño —dijo sin apartar la punta del arma de ella.

—Tenéis que olvidaros de que soy mujer y...

—No puedo hacerlo —susurró Ken, sin dejar de mirar sus labios. Bajó el arma a lo largo de su lado derecho y se acercó a ella, deteniéndose a un palmo.

Bridget frunció el ceño, sin comprender esa extraña luz en los ojos verdes. Una duda la asaltó con fuerza y, preocupada, entreabrió la boca. Su corazón comenzó a latir con fuerza.

Ken no supo explicarse el motivo de esa decisión repentina, pero se inclinó y la besó. Solo un beso, dejado allí, en espera. Fue un instante, un momento suspendido de esa mañana que había comenzado como tantas otras. Se miraron fijamente durante un largo rato, muy cerca, con las narices rozándose y los alientos mezclándose. Al ver que ella no protestaba, extendió la mano izquierda para rodearle la delgada cintura y la atrajo hacia sí. Se inclinó y la besó de nuevo.

A Bridget le pareció vivir un momento irreal. Nunca habría imaginado que sucedería así, durante un entrenamiento y con ropa masculina. Nunca habría pensado que un hombre como el conde pudiera interesarse por ella.

Finalmente se dio cuenta de lo que estaban haciendo, tomó conciencia de que sus labios estaban unidos, sus cuerpos pegados porque él la sostenía con fuerza. Fue entonces cuando sintió una sensación nueva y el deseo de tocarlo prevaleció sobre el poco raciocinio que le quedaba. Instintivamente rodeó su torso con ambos brazos, aferrando sus manitas la tela de la camisa.

Ken sonrió ante esa reacción que encajaba con su carácter. Introdujo la lengua en su boca, seguro de que no encontraría resistencia: la muchacha era inexperta, pero le correspondía con entusiasmo. Una pasión inesperada y sorprendente los envolvió a ambos. Fue esa constatación la que llevó al hombre a recobrar la razón. Tomó los largos cabellos rojos con una mano y tiró ligeramente para apartarla de él.

—Sois exactamente así: un fuego constante y acogedor —le susurró, obligándose a detenerse.

—Es la primera vez que...

—Lo sé —afirmó él con una sonrisa. Colocó la mano izquierda abierta sobre el pecho de la joven y la empujó suavemente hacia atrás—. Volved a casa ahora.

—¿Estáis enfadado conmigo?

—No, en absoluto —respondió él riendo—. Más bien conmigo mismo, diría.

—¡Yo no estoy arrepentida de haberlo hecho! —declaró Bridget con orgullo, alzando la barbilla.

—Ni yo. Pero sois muy joven y yo debo ser más cuidadoso.

—¿Querías decir cuidadoso de no ir más allá, u os veríais obligado a remediarlo? —preguntó ella sin pudor.

—¡Vaya! ¡qué claro habláis!

—¿Sería tan terrible remediarlo y casaros con una chiquilla indecorosa como yo?

—En absoluto. Sin embargo, no me disgustaría seguir los tiempos y las formas prescritas por la etiqueta. Y no porque me intereséis particularmente, sino por respeto a vos y vuestra familia.

Bridget lo estudió largamente, buscando en ese verde alguna traza de fingimiento, pero no encontró ninguna.

—Os creo.

—Gracias por la confianza —bromeó él.

—¿Nos veremos de nuevo?

—Espero que sí. Pero debéis prometerme una cosa.

—¡Un momento! ¡No me gusta prometer! ¡Tengo serias dificultades para mantener las promesas! —dijo ella arrugando la naricita.

Ken se puso serio. Dejó la espada sobre la mesa, fue a recoger la otra del suelo y finalmente se detuvo a mirar a la joven.

—Entonces será mejor que nos veamos menos, lady Bridget.

—¿Por qué? ¡No quiero renunciar a vuestra amistad! ¡No quiero! —estalló ella, cerrando los puños con aire combativo.

—Ni yo. Pero si no me prometéis esa cosa...

—¡Está bien! ¡Lo prometo! ¡Decidme qué! —gritó acercándose a él, con los ojos fruncidos por la rebeldía que la caracterizaba.

—No me permitáis nunca ir más allá de los besos. Prometedlo —murmuró Ken mirando hacia abajo porque ella estaba muy cerca—. Tal vez no entendáis el porqué, tal vez ni siquiera sepáis de qué estoy hablando, pero...

—Entiendo, sí, sé por qué y sé de qué habláis, aunque solo tenga diecisiete años. No soy estúpida —dijo Bridget con aire serio—. Sé

qué pasa cuando un hombre y una mujer son presa de la pasión. Y sé por qué vuestro pantalón está tan abultado.

Incrédulo, Ken se apresuró a darle la espalda. Caminó hacia la puerta ventana por la que entraba una luz excepcional para ser noviembre. Con un gesto habitual, se recompuso el cabello.

—Realmente sois única, lady Bridget, pero no crucéis el límite de la decencia o juro que me veréis enfadado.

—No puedo imaginaros enfadado. Sospecho que os parezcáis a mi padre. —Indiferente al hecho de que él se había alejado, Bridget lo siguió y se plantó frente a él. Agarrándose a sus robustos hombros, lo besó en los labios, emitiendo un sonoro chasquido—. Hacedme saber cuándo podremos vernos de nuevo —dijo mientras se dirigía hacia la puerta, tras tomar el gorro.

Él se quedó inmóvil, lamiéndose los labios en busca de ese sabor inconfundible que solo ella tenía, y se llamó estúpido a sí mismo.

—Maldición —exclamó finalmente, consciente de cuánto le gustaba esa diablillo.

.

12

23 de diciembre de 1834

Londres, Residencia de los Northcliff

—¡Mrs. Payton, no sabe cuánto lo siento! —dijo Bridget mientras rodeaba con un brazo los hombros de la señora que lloraba porque su esposo había sido despedido de la fábrica textil donde trabajaba. Desde hacía años, la mujer llevaba pan recién horneado y huevos frescos de sus gallinas cuando los Northcliff se alojaban en Londres, y Bridget había visitado más de una vez la casa de los Payton: le encantaba jugar con sus tres hijos, Margareth, Peter y Mary.

Sentadas en el banco de piedra en la parte trasera de la casa, junto al pequeño huerto que la cocinera cuidaba personalmente, ambas se quedaron un momento en silencio.

—Cuando lord Selkirk y lord Richmond eran los propietarios, todo iba bien, lady Bridget —explicó la mujer entre sollozos, indiferente a las lágrimas que mojaban su gastado vestido marrón—. Luego la fábrica se vendió y las cosas cambiaron. El nuevo dueño cerró el comedor, prohibió a las mujeres llevar a los niños a la guardería de la planta y, finalmente, despidió a muchos.

—¿Había una guardería? —preguntó Bridget, sorprendida.

—Sí, fue una idea de los condes para atender las necesidades de las familias. Y el comedor estaba abierto a todos, incluso ellos comían con nosotros.

Bridget no tuvo dificultad en imaginar a Selkirk y Richmond sentados a la mesa con sus empleados.

—Pero ¿quién compró la fábrica?

—No sé el nombre... en realidad, todos hablan de un acaudalado comprador anónimo —respondió la señora, ahora más calmada

mientras se dedicaba a darle información a la joven—. El hermano de Mr. Payton nos escribió desde Kentucky, en Estados Unidos.

—¿Vive allí?

—Sí, Lady Bridget, desde hace unos diez años. Se casó con una buena mujer de origen francés y tienen cinco hijos, algunos ya lo bastante mayores para llevar el negocio —dijo con ojos orgullosos al pensar en los sobrinos que aún no conocía—. Tienen enormes plantaciones del tabaco más preciado de Kentucky. Mi cuñado nos ha pedido que vayamos con ellos, a Estados Unidos. A vivir allí, quiero decir.

—Si queréis saber lo que pienso, os diré que partáis.

Mrs. Payton rio, conocedora del espíritu aventurero de la joven Lady.

—No hay barcos, no hasta el próximo año al menos. Y esperar, cuando falta el dinero, es duro.

—¡Hablando de dinero! Tomad esto —dijo Bridget mientras sacaba un saquito con algunas monedas del corsé de su vestido raído.

—¡No, no, lady Bridget, os lo suplico!

—¡Insisto! ¡Tomadlo! Mi padre ha empezado a darme algo de dinero por los pequeños gastos necesarios para asistir a algunos eventos de moda, fiestas, cenas —explicó Bridget con semblante de disgusto—. ¡Qué aburrimiento! Pero vos ya sabéis que no me gustan los lazos ni los encajes, ni cosas tan frívolas como sombreritos y bolsitos. Y mucho menos exhibirme como un maniquí en un escaparate.

Mrs. Payton guiñó un ojo, divertida, observando a la chica que sostenía el sombrerito en la mano y llevaba un vestido gris de casa que tenía como único adorno un encaje claro en el cuello.

—¿Estáis segura? No quisiera que el duque os regañara.

—Aunque se enterara, no me regañaría: nos ha enseñado a ayudar a quien lo necesita. ¡Un momento! Le preguntaré si puede encontrar trabajo para vuestro esposo.

—¡Ay, lady Bridget! ¡Sois un ángel!

—¡Bah! Mi abuela prefiere definirme como una rebelde insoportable.

19 de enero de 1835

Londres

—Son muy bellos y ricos en detalles auténticos —murmuró el dueño de la tienda mientras analizaba con atención los dibujos que representaban detalles del cuerpo masculino y femenino, extraídos de momentos de vida y plasmados en el papel con una maestría increíble—. ¿Los hicisteis vos?

—¿Importa eso algo? —preguntó Sophie, manteniéndose apartada del mostrador, con las manos enguantadas unidas y un aire altivo. Durante las vacaciones navideñas había pasado mucho tiempo observando la vida de las personas que la rodeaban, y la tierra escocesa ofrecía ideas excepcionales.

—En verdad, sí: los compradores se sentirán más atraídos por un artista noble que por uno cualquiera —dijo el hombre, notando la ropa de la joven y sus modales elegantes.

Sophie ya estaba más que acostumbrada a los obstáculos cada vez que intentaba vender su trabajo, pero ni loca iba a permitir que revelaran su nombre. Con resignación, recogió los papeles y los metió en la carpeta con una calma que hizo ponerse en guardia al hombre.

—Esperad un momento, Miss...

—Lady Sophie MacKendrick, de los Northcliff —no pudo contenerse Jinny, complaciéndose al ver al tendero abrir los ojos de par en par.

—Si la gente supiera mi verdadera identidad, el duque, mi padre, vendría a hablar con vos en persona, y creo que vos no desearíais que ocurriera algo así —explicó Sophie con gentileza.

—Sí, sí, por supuesto, ahora lo entiendo. Os ruego que me disculpéis. —Conocía la fama de su excelencia, el duque de Northcliff, y no quería encontrarse con él por haber revelado el nombre de su hija.

—Cobro cinco libras por dibujo. ¿Estáis interesado?

—¿Cinco? Es demasiado.

—Comprendo, Mr. Scott. De todos modos, agradezco vuestra disposición y os deseo un buen día —dijo ella, girándose con un gran frufrú de seda azul.

—¡Lady Sophie, un momento! ¿Podríais aceptar tres libras por obra para empezar?

Ella se volvió nuevamente, mirándolo con condescendencia.

—Temo que hay un malentendido, Mr. Scott. Llevo años vendiendo mis dibujos a doce tiendas en Londres, cuatro en Edimburgo, y ya ni recuerdo cuántas en el resto de Escocia. El almacén de antigüedades de enfrente acaba de comprar seis y quiere otros tantas el próximo mes. Creo que puedo afirmar que sois vos quien estáis empezando, no yo.

—¿Yo no...? ¿Habláis en serio?

Ella no respondió.

—Lady Sophie, se está haciendo tarde, otros dos merchantes nos aguardan —intervino Jinny de nuevo.

—Perdonad mi indecisión, lady Sophie, pero entenderéis... —balbuceó Mr. Scott, desconcertado al descubrir que sus competidores habían comprado antes que él—. ¿Puedo elegir libremente entre sus trabajos?

Sophie le tendió la carpeta.

El hombre tardó poco, ya que había identificado sus favoritos de antemano.

—Son siete. Ose debo treinta y cinco libras.

Sophie no se movió. Esperó a que el comerciante ordenara los papeles y entregara el dinero a Jinny.

—Que tengáis un buen día, Mr. Scott.

La doncella tomó la carpeta y salieron.

—¡Bien hecho! —exclamó apenas estuvieron afuera.

—Gracias a ti —admitió Sophie.

—Sois demasiado tímida y modesta, os lo repito siempre.

—Algunas personas son muy obtusas, pero no por su culpa. Probablemente hablaba tanto para ocultar su inseguridad. Y me ha dado un poco de pena... ¡demonios! —Alguien chocó con ella, golpeándola con un hombro entre el brazo y el pecho—. ¡Pero no

miráis por dónde...! —Las palabras se detuvieron al ver esos ojos gris oscuro ya conocidos—. ¡Lord Richmond!

—¡Lady Sophie! Perdonad mi distracción. Miraba al suelo y no os he visto venir.

Christopher posó una mano solícita sobre el antebrazo de la joven, como para asegurarse de no haberle hecho daño.

Era más hermosa que la noche del incendio, meses atrás; sus rasgos perfectos resaltaban su feminidad, y sus ojos verdes parecían más conscientes. Una belleza peculiar pero genuina, incluso en el vestido azul de líneas simples pero elegantes.

—¿Os he hecho daño? —preguntó preocupado, flexionando las rodillas para buscar su mirada.

Distraída por ese contacto, Sophie no respondió. De repente, un extraño cosquilleo le subió desde los dedos del conde, por el hombro, alrededor del cuello y finalmente al rostro. Se dio cuenta de que se estaba sonrojando. Fue entonces cuando percibió en su interior una sensación que no le pertenecía. Lo estudió durante unos segundos, y el tormento del hombre invadió su mente, tangible, desgarrador, transmitido a través de esos dedos masculinos posados sobre ella. Su corazón comenzó a latir con fuerza ante la constatación de que podía ver dentro de él, su parte más íntima y secreta. Respiró profundamente para recuperarse, pero su aroma dulzón se mezcló en sus fosas nasales con el acre del alcohol. Esa revelación la perturbó mucho porque aún era por la mañana.

Sorprendida de haber logrado concentrarse a pesar de su cercanía, se preguntó si había sido posible gracias a que él la había tocado a ella y no al revés.

Se tomó la molestia de inspeccionar el rostro demacrado: la cicatriz resultaba evidente, dándole sin embargo un aire intrigante; notó la mirada apagada y el aspecto profundamente cansado y agotado. No se trataba de excesos nocturnos. Lord Richmond no estaba bien y bebía. Ella lo percibía. ¿Cómo había sucedido que en tan solo unos meses su situación hubiera empeorado tanto?

—¿Lady Sophie?

—No, está... todo bien, gracias. Que tengáis un buen día.

—No del todo bien: lleváis el sombrerito torcido —señaló él divertido, apuntando hacia arriba con una sonrisa encantadora.

Sophie frunció el ceño. Ese mujeriego descarado siempre se divertía a sus expensas. ¡Podría haberse quedado callado! Levantó los brazos y se lo ajustó.

—En fin, lord Richmond, ¡con vos no me encuentro, con vos me choco! —se aventuró a decir.

—Así parece. Me disculpo de nuevo por el golpe, estaba distraído.

Sophie sintió compasión por ese tono apagado, completamente inusual en él.

—¿Estáis bien? —preguntó antes de poder pensarlo.

—Sí, no me he hecho nada, como podéis ver —respondió él con su habitual sonrisa torcida.

—No, me refiero a... parecéis agotado.

Christopher se puso serio, con los labios entreabiertos. Se preguntó si ella habría usado el don extraordinario que la sociedad ya le atribuía, aunque se sabía poco de ella. En cualquier caso, la muchacha parecía genuinamente interesada en su estado de salud.

—¿Se nota tanto? Tendré que tomarme unos días de descanso entonces —intentó bromear. Pero se dio cuenta de inmediato de que ella no se creía su mentira: lo observaba con atención—. Todavía siento las secuelas del accidente en Westminster, lady Sophie —añadió en un murmullo, sin siquiera saber por qué.

Sophie asintió, soportando el peso opresivo que le aplastaba el pecho: era el malestar de lord Richmond que se transmitía a ella.

—Lady Sophie —dijo él, adoptando un aire grave—, nunca tuve la oportunidad de agradeceros lo de aquella noche.

A Sophie se le cortó la respiración. Bajó la mirada hacia la corbata de rayas oscuras para escapar de esos ojos de acero que la escrutaban con insistencia.

—No quiero que penséis que soy un ingrato. Hubiera querido visitaros para ofreceros toda mi gratitud, pero temía desencadenar habladurías y malentendidos, considerando los hechos posteriores a mi... presunta muerte.

Un chorro gélido atravesó a Sophie, recorriendo su cuerpo como un líquido. El fuerte embarazo la obligó al silencio, con los ojos fijos en los zapatos del hombre, negros y brillantes. Él sabía de su reacción desesperada y de lo que sus manos eran capaces de hacer.

—Sé que mis palabras os causan incomodidad, y sin embargo debía decíroslo. Y deseo saber cómo ocurrió, quiero escucharlo de vos, de vuestra boca, no de los testimonios de los presentes.

Para Sophie eso ya era demasiado. ¿Cómo podría expresar las sensaciones que había experimentado antes y después del accidente? ¿Qué verdades revelaría si ni siquiera ella había entendido claramente cómo lord Richmond había vuelto a la vida?

Su padre afirmaba que ese poder era enorme, tal vez mayor que el suyo, y precisamente por eso Sophie tenía dificultades para controlarlo.

Atrapada por ese desconocimiento apremiante, se dio cuenta de que él esperaba una aclaración.

—Lo siento, lord Richmond, no hay nada más que añadir que vos no sepáis ya. Ahora, si me disculpáis, se está haciendo tarde. Que tengáis un buen día —dijo con un hilo de voz. Hizo una pequeña reverencia y se dispuso a marcharse.

Christopher sujetó su delgado brazo y lo apretó con creciente fuerza, obligándola a levantar los ojos.

Y de nuevo, como había sucedido en aquel sueño, la conexión silenciosa y profunda los catapultó a un mundo paralelo solo suyo, hecho de entendimiento y comprensión, de plenitud mental y alivio físico. En el clímax de esa niebla paradisíaca, un cosquilleo envolvió la mano masculina y el brazo femenino. Una sacudida violenta los desgarró como un relámpago devastador.

Chris tuvo que soltarla al instante. Tuvo la prueba de sus extraordinarias capacidades. Los ojos perdidos de la joven confirmaron que no sabía manejar el poder de esa habilidad sobrenatural, sino que le tenía miedo. Sintió ternura por ella y estaba a punto de decir algo reconfortante cuando lady Sophie se alejó, asustada y confundida.

Se quedó observando su caminar elegante, la cabeza inclinada oculta por el sombrerito, el cuello blanco de piel suave. Tanta rigidez

y compostura en una muchacha tímida y aparentemente fría que, con el tiempo, se estaba revelando dulce, comprensiva y apasionada en las emociones que rara vez dejaba entrever.

Con estos pensamientos, retomó el camino hacia la casa de lady Fanny, quien le había enviado una nota pidiéndole que la viera. Sin duda, los rumores sobre la decisión de vender las fábricas debían haber llegado a los Rawling, quienes seguramente estaban preocupados por perder una oportunidad importante.

Era consciente de que el marqués empujaba a su hija a casarse con él por puro interés económico. De hecho, había realizado indagaciones exhaustivas tiempo atrás, como buen empresario que era, y había descubierto que las finanzas de lord Rawling habían sido puestas a prueba por algún que otro pasatiempo suyos bastante cuestionable. El matrimonio de su hija era la mejor solución deseable, incluso en el caso de que él vendiera las fábricas.

Tras la visita a su prometida, se relajaría en casa con algún buen vaso de *whisky*, un remedio seguro para sus preocupaciones y, sobre todo, para los recuerdos malignos que lo acompañaban desde la noche del incendio. A menudo se despertaba sobresaltado durante el sueño, con la mente llena de llamas, explosiones, vidrios estallando por todas partes, escombros golpeándolo. Ningún brebaje era capaz de darle paz. Beber hasta aturdirse era la única forma de calmar la agitación y apagar las imágenes.

Luego pasaría por *White's* con Ken, y finalmente asistirían a la muy esperada cena en la residencia del marqués St. James. Desde el accidente, había evadido la vida social, incapaz de disfrutar tranquilamente de la compañía de otras personas, para evitar tener que explicar su decisión sobre la venta de las fábricas. Cuando ya no fuera posible ocultar la verdad, dirían oficialmente que deseaban disfrutar de la buena vida con los beneficios obtenidos, tras años de duro trabajo.

Un empresario anónimo estaba interesado en la *Golden Texture 2*, pero no deseaba revelar su identidad. Para la primera fábrica aún no habían recibido propuestas.

Mientras tanto, Ken adelantaba todos los gastos y, en más de una ocasión, había declarado que quería cambiar de aires. Eso solo

significaba una cosa: partir rumbo a América y rehacer su vida allí. Intentaba convencerlo de que lo acompañara, pero él estaba considerando restaurar la hermosa propiedad en Cornualles, seguro de que su prometida estaría a su lado, deseosa de una vida tranquila, lejos de los problemas económicos de su padre.

—Buenos días, lord Richmond —dijo la encantadora lady Fanny, que lo esperaba de pie en el salón, sonriente, con un vestido claro salpicado de pequeñas flores rosadas. En los meses anteriores, aunque Christopher evitaba fiestas y cenas, se habían encontrado en Hyde Park para algunos paseos.

Al entrar él, la marquesa de Rawling se levantó de un sillón tapizado con una preciosa tela floral.

—Conde, es un placer teneros con nosotras —dijo.

—El placer es todo mío, lady Rawling. Adoro vuestra compañía y esta casa tan acogedora. —Chris hizo el besamanos a la mujer y una reverencia a su prometida.

Se sentaron. Una doncella sirvió el té y se retiró cerrando la puerta.

—¡Por fin comienza la temporada! —exclamó lady Fanny con entusiasmo.

—No ve la hora de bailar con vos luciendo uno de sus nuevos vestidos —bromeó la marquesa mientras tomaba un sorbo de su té.

—¡Mamá, te lo suplico, qué pensará el conde!

—Pienso que sois encantadora cada vez que mostráis entusiasmo por algo que os gusta. A propósito, tengo un pequeño regalo que estoy seguro apreciaréis, si lady Rawling lo permite. —Chris sacó de la chaqueta un estuche cuadrado y lo abrió—. Sed indulgente, marquesa, no pude resistirme a la belleza de este broche, debe tenerlo vuestra hija.

Había decidido gastar una suma considerable para impresionar a Rawling y hacerle entender que, a pesar de deshacerse de su próspero negocio, sería capaz de ofrecerle a lady Fanny un nivel de vida mejor del que tendría sin su matrimonio. Para el marqués, esos

pequeños obsequios que él regalaba servirían para cubrir muchas deudas atrasadas.

Lady Fanny dejó escapar un sonido de exclamación y miró a su madre esperando su aprobación. Apenas lady Rawling asintió, la joven tomó el regalo.

—¡Es realmente espléndido! Estoy profundamente impresionada por vuestra atención y vuestro buen gusto, lord Richmond, no sé qué decir... ¡gracias!

—Permitid que vuestra madre os lo coloque esta noche en el vestido nuevo que usará para la cena en casa de los St. James; eso será para mí el mejor agradecimiento.

—Seréis un esposo afectuoso y generoso, lord Richmond —sentenció complacida lady Rawling, como si esa joya hubiera disipado cualquier duda que albergase—. Os concedo diez minutos a solas —dijo al salir de la habitación, tras dirigir una mirada cómplice a su hija.

Christopher rio para sus adentros por la superficialidad que caracterizaba a ambas mujeres.

—Me alegra haber obtenido la aprobación de vuestra madre.

—Yo también me alegro. Sabéis, empezaba a preocuparme por ciertos rumores.

—¿Qué rumores? —preguntó Christopher, fingiendo indiferencia.

—Bueno, no sería apropiado que yo hablara de eso, pero vos sois mi prometido.

—Podéis hablar libremente, querida —la tranquilizó, apoyando los codos en las rodillas.

—Mi padre oyó en *White's* que lord Selkirk y vos tenéis intención de vender vuestras fábricas.

Christopher no dejó de sonreír ni un instante, pero su mente, agudizada por la urgencia, elaboró varias consideraciones: si Rawling se había enterado de la venta, todo Londres lo sabía, y negarlo sería indigno; decidió entonces que una actitud segura de empresario arrogante lo ayudaría más.

—¿Cree que soy tan imprudente como para tomar una decisión así sin haberlo pensado largamente?

Lady Fanny abrió la boca, sorprendida.

—¿Entonces es cierto?

—Sí, estoy cansado de trabajar y quiero dedicaros a vos todas mis energías —le mintió él.

—Oh, pero entonces... por favor, no lo hagáis, ¡no por mí! No interferiré con vuestro negocio, lo prometo.

En ese momento tuvo la certeza de que Fanny temía quedarse con un esposo que ya no fuera tan rico como antes.

—Querida, yo no habría ganado tanto dinero en estos años si no estuviera seguro de lo que hago y de lo que quiero.

—Tenéis razón, pero aun así insisto en pediros que no vendáis vuestras valiosas fábricas —se obstinó la joven con una mirada inquieta.

Christopher entrecerró los ojos, estudiando esa expresión alarmada. Demasiado alarmada.

—No cambiará nada, querida. En lugar de las fábricas, tendré mucha liquidez.

—¿Y qué haréis con ella? —preguntó ella con una desfachatez inesperada.

—Invertiré todo en mi propiedad rural para hacerla rentable.

Ahí estaba: por primera vez había expresado en voz alta su deseo, con tal euforia que esperaba verla alegrarse también por ese plan de vida saludable.

—Creía que vuestra propiedad en Cornualles ya generaba una cuantiosa renta —comentó la joven en un tono áspero.

Él captó su descontento y se sintió decepcionado.

—No desde hace años.

—Significa que os será difícil mantener el estilo de vida que tenéis ahora —concluyó ella con frialdad.

No estaba preparado para una frialdad tan desapasionada de parte de la mujer que había elegido como esposa precisamente por su capacidad de obediencia y dulzura. Nunca había sido capaz de aceptar derrotas, mucho menos cuando las resaltaba una muchacha tonta como lady Fanny. Odiaba sentirse a merced de una emoción como ésa. ¿Qué había creído que obtendría de alguien como ella? ¿Cómo había podido ilusionarse tanto?

—¿Estáis preocupada por vuestro futuro? —preguntó con una sonrisa agriada.

La pregunta directa desconcertó a la joven, que balbuceó:

—Bueno, un poco. Sin una renta y sin los ingresos de las fábricas...

—Venderé las fábricas y trabajaré en mis propiedades en el campo. En pocos años habré duplicado mi patrimonio. No os faltará nada. Solo se tratará de renunciar a lo superfluo por un breve tiempo.

El rostro de lady Fanny se ensombreció, sus ojos se bajaron hacia la alfombra; el pesar al escuchar lo que ese matrimonio le traería fue evidente.

En ese momento, la puerta se abrió y Lady Rawling entró.

—Conde, os ruego que me disculpéis por unos minutos: la modista quisiera hablar con Fanny sobre el vestido de esta noche.

—Entonces, será mejor que me despida de inmediato —dijo Chris.

—No, esperad, Fanny volverá con vos en un momento —insistió la marquesa, saliendo con su hija. Cerró la puerta.

Christopher se puso serio. Se acercó a la ventana y admiró el jardín bien cuidado. Estaba seguro de que lady Rawling había estado escuchando y que ahora le estaba dando a su hija instrucciones precisas para deshacerse de él con alguna excusa que salvara su honor. Había creído que las graves dificultades económicas de Rawling habrían impulsado ese matrimonio a pesar de la venta de las fábricas, pero se había equivocado: apuntaban más alto.

Sin embargo, en las semanas anteriores, en varias ocasiones casi se había convencido de que Fanny lo amaba. ¡Qué amor ni qué gaitas! Nadie regala nada, y se llamó estúpido por haber esperado una esposa enamorada, obediente y consciente. Comprendió que no tenía ganas de casarse con una pequeña víbora.

La puerta se abrió y lady Fanny entró, dejando el umbral entreabierto: la marquesa estaría escuchando. Apenas la joven se sentó, él hizo lo mismo.

—Lord Richmond, ya me perdonaréis si me he mostrado excesivamente descortés e inoportuna al abordar temas poco

apropiados para una señorita de buena familia, pero, mirad, precisamente de familia estamos hablando. No quisiera que mi padre se arrepintiera de haberme dado en matrimonio al hombre equivocado.

Christopher tomó conciencia de la situación y se adaptó a seguirle el juego a la ingenua.

—¿Y cómo se determina cuál es el hombre adecuado? ¿Evaluando su cartera? —Se dio cuenta de que había sido grosero, pero fue más fuerte que él.

—No creo merecer esa respuesta.

—Dejadme a mí juzgar si la merece —afirmó él, sentándose cómodamente y cruzando una pierna—. Fuisteis vos quien comenzó a hablar abiertamente, querida, así que os escucho.

—Pues bien, no quiero renunciar a una renta mensual decente que me permita mantener mi nivel de vida, y temo que ya no estéis en condiciones de ofrecerme eso.

Christopher fingió una expresión de sorpresa para hacerla sentir culpable.

—Pensé que os casabais conmigo por amor, lady Fanny. —La observó sonrojarse por la vergüenza y se complació con ello.

—Os he amado durante años —susurró ella con la voz quebrada —. Me habéis mentido, engañado y nunca podré perdonároslo.

Lloraba, lloraba de verdad, con grandes lágrimas. A Chris le dieron ganas de reír, sin creer ni por un instante que fuera sincera.

—El amor no desaparece junto con el dinero. La estima tal vez sí, pero el amor verdadero, no. Nunca me habéis amado, y tampoco era lo que yo pretendía, claro está.

—¡Entonces vos tampoco! —estalló ella con un rencor inesperado.

—Efectivamente, nunca dije que os amara —añadió él con frialdad glacial.

Lady Fanny, herida en su orgullo femenino, abrió mucho sus ojos celestes.

—¡Estabais dispuesto a desposarme con vos sin amor y sin estar seguro de poder garantizarme una vida digna de la hija de un

marqués! Estoy ofendida por vuestro comportamiento incorrecto. ¡No me atrevo a imaginar qué dirá la gente!

Impasible ante tanta vehemencia, Chris tuvo claro su plan: ella quería culparlo de la ruptura del compromiso para salvarse del juicio mordaz de la sociedad.

—¿Estáis rompiendo el compromiso, lady Fanny? En ese caso, os hago notar que os convertiréis en objeto de conversaciones desagradables.

Lady Fanny se horrorizó; miró un instante hacia la puerta y luego disparó su última carta.

—Es mi derecho romper el compromiso, y mi padre se asegurará de que todos sepan que no habéis cumplido las promesas que hicisteis.

—¿Cuáles? Nunca prometí ninguna cifra, lady Fanny —declaró él con una mirada granítica y peligrosa. Decidió herirla profundamente —. ¿Queréis que llegue a un acuerdo con vuestro padre para que estéis más segura del próspero futuro que os aguarda? ¿Os complacería conocer la renta exacta que os concederé? Si es lo suficientemente elevada, ¿haremos las paces, querida mía?

Aturdida, ella se puso de pie y Chris la imitó.

—Esta noche no os presentéis en la residencia del marqués de St. James, Lord Richmond, porque mi madre informará a todos de que habéis tramado un abominable engaño en mi perjuicio, jactándoos de una fortuna que no poseéis.

Christopher perdió la paciencia: se acercó con aire amenazante y le sujetó el mentón con firmeza, obligándola a mirarlo.

—Yo sé bien cuánto valgo, lady Fanny. Y ahora, por fin, sé cuánto valéis vos: ¡las deudas de vuestro padre! —susurró para que solo ella pudiera oírle—. Espero la devolución del broche, querida mía, y de todos los demás regalos. Hacedlos llegar a mi residencia.

Lady Fanny, aunque aún aterrorizada por aquella agresión, consiguió balbucear:

—Es de muy mala educación pedirlo.

Chris frunció el ceño.

—Así como es vuestro derecho romper el compromiso, es el mío reclamar la devolución de cada obsequio que os haya hecho. ¿No es

acaso lo que dicta la etiqueta? —pronunció con determinación.

Mientras sostenía la puerta abierta, dirigió una mirada al rostro compungido de lady Rawling, apostada allí cerca. Luego volvió a girarse hacia la joven: estaba preocupada y desconcertada por su petición. Una sonrisa impertinente apareció en su rostro vencido.

—Lo entiendo, lady Fanny. Vuestro padre ya ha vendido todas las joyas que os regalé para saldar las deudas contraídas en el juego y con sus prostitutas, ¿no es así? —dijo lentamente en voz alta.

Lady Rawling lo miraba estupefacta, con la boca entreabierta: si el conde estaba al tanto de las sórdidas actividades, poco decorosas y demasiado costosas, de su marido, entonces también lo sabía Londres, y los infames rumores acabarían con ellos. Aquel feroz presentimiento le cortó la respiración, y un mareo estuvo a punto de hacerla caer. Nunca debió sugerirle a Fanny que rompiera el compromiso.

Christopher sintió una satisfacción indescriptible al ver la expresión de la mujer, y sin embargo, salió de aquella casa con un profundo sentimiento de abatimiento.

24 de enero de 1835

Londres, Casa de la baronesa Douglas

—Está llegando el conde. Puedes irte —le dijo Virginia Burns a la doncella, dejando delicadamente el tapón del frasco de perfume en la hendidura de sus pechos. Se admiró en el espejo. La bata de encaje transparente de color burdeos dejaba entrever un camisón corto del mismo tono. Desde luego, semejante atuendo no sería concebible sin el enorme fuego que avivaba la gran chimenea, pues la temperatura exterior era muy fría.

Desde hacía algunos días, Christopher estaba pensativo, pero el hecho de que el sexo siguiera siendo tan extraordinario como siempre la llevó a creer que se trataba de un problema sin importancia y que Mr. Price aún no había actuado.

Había sido fácil decidirse a estafar a su amante.

Su ingenua profesora de piano, entusiasmada por exaltar la popularidad de su marido, le había confiado que lord Richmond y lord Selkirk entregarían a Mr. Price diez mil libras cada uno para una inversión en América.

Lo primero que hizo Virginia fue decirle a Mrs. Price que deseaba consultar a su esposo sobre algunos asuntos económicos importantes. La mujer, complacida por tanta consideración, le presentó a su marido al día siguiente. A partir de ahí, solo tuvo que compartir con Price su genial idea: hacerles llegar a los dos nobles una tentadora, aunque falsa, propuesta del director Pearse. En lugar de invertir dos mil libras cada uno, debían aportar diez mil para obtener un préstamo triplicado.

Al principio, el pobre Mr. Price no entendió, pero en pocos segundos sus ojos, grandes e inofensivos, se iluminaron: robar aquella suma exorbitante le permitiría empezar una nueva vida en el otro extremo del mundo, como siempre había soñado.

La baronesa, en cambio, incapaz de trazar planes simples y directos, no tomaría ni un solo penique: lo único que quería era que su atractivo amante se quedara sin dinero y se viera obligado a malvender las fábricas que ella compraría a un precio irrisorio.

Virginia se sentó en el diván y se posicionó con arte: las piernas extendidas, el torso apoyado en los cojines, la bata lo bastante abierta para dejar entrever la plenitud de sus pechos. Tomó el libro que descansaba en la mesilla a su lado y esperó.

Apenas unos minutos después, lo vio aparecer en el umbral. Richmond entornó los ojos, uno un poco más que el otro, mirándola con suspicacia.

—Chris, ¡qué expresión tan cautelosa!

—Diría más bien una expresión sorprendida, *chérie*. Eres una visión —le mintió él. Seguía siendo tan seductora y tentadora como siempre, pero la sonrisa dulce y tranquilizadora en su rostro perfecto desentonaba. Virginia no regalaba nada de sí misma si no era por interés. Decidió mantenerse alerta.

Se quitó la chaqueta y la corbata y se sirvió una generosa dosis de *whisky*. Bebió con avidez el primer vaso y se sirvió otro. Luego se

sentó junto a ella, tomando sus piernas sobre las suyas. Volvió a tragar, terminando todo el líquido ambarino, y apoyó la cabeza hacia atrás, buscando un momento de tregua para sus preocupaciones.

—Adoro esa cicatriz y el aire intrigante que te da —le susurró ella con un tono suave.

Él no respondió. La única imagen que se le venía a la mente cada vez que veía aquella marca en el espejo era el instante crucial en que lady Sophie lo miraba desesperada y un bloque de escombros le golpeaba la cabeza. ¿Qué podía saber Virginia de su estado de ánimo?

Ni siquiera se había dado cuenta de su rostro cansado o de lo mucho que había adelgazado en tan poco tiempo. Nunca había mostrado especial preocupación por su salud después de aquel maldito accidente.

Ese pensamiento no hizo más que empeorar la opinión negativa que ya tenía de ella, y la traicionera e inesperada comparación con el altruismo de lady Sophie laceró su mente. Un suspiro escapó de sus labios.

—¿Qué pasa? ¿Has perdido alguna de tus peleas? —le preguntó ella, rozando los nudillos magullados de su mano derecha.

Él negó con la cabeza sin decir nada.

—Te siento distante, Chris. ¿De qué se trata? No me digas que todavía te afecta la ruptura de tu compromiso con la pequeña Fanny. No habría estado a la altura de un hombre como tú.

Él no se inmutó, encontrando fuera de lugar aquel exceso de preocupación.

—Pequeños problemas, nada importante.

—Entonces, ¿no es por ella?

—No.

—Quisiera ayudarte, quizá pueda hacerlo —insistió Virginia en tono suplicante.

Él se irguió para observarla. ¿De verdad le interesaba? ¿A qué tipo de ayuda se refería? ¿Económica o moral? El modo ambiguo en que Virginia interactuaba con la gente le resultaba molesto. Decidió poner a prueba su sinceridad, esperando que se mostrara más afectuosa, porque eso era lo que necesitaba: una mujer comprensiva

que no estuviera obsesionada con el dinero, que no fuera interesada, que lo quisiera sólo por lo que era como hombre.

—El contacto en el banco ha desaparecido con el dinero que le dimos.

La mujer estuvo a punto de celebrar al escuchar que Price había actuado con precisión y se le escapó una sonrisa. Para evitar que Chris sospechara, decidió exagerar su reacción divertida, aunque eso la hiciera parecer superficial.

—Definitivamente, un gran problema, querido. ¡Solo espero que el muy astuto sea lo bastante joven para disfrutar ese dinero! —rio.

—No bromees. Diez mil libras no son poca cosa. En realidad, veinte mil, porque también estaba el dinero de Selkirk.

—Lo siento, tienes razón, es mucho dinero. Me imagino que lo habéis buscado.

—Sí, ha desaparecido con su esposa.

—¿Y ahora qué harás?

—Nada —le mintió él.

—¿Cómo que nada?

—Exactamente lo que he dicho: no haré nada. ¿Tienes algún consejo para mí, *chérie*? —le preguntó con la esperanza de que, por una vez, ella le ofreciera algo más que su cuerpo.

—En realidad, sí. Podrías venderlo todo y salir del problema.

La frase cayó como un mazazo, la única solución concreta a la que él ya había llegado, pero Virginia no podía saberlo. En ese instante tuvo la certeza de que ella nunca había tenido intención de ayudarlo ni de prestarle dinero, no le daría ningún tipo de afecto.

No debía esperar nada de ella. En realidad, de nadie.

Cerró los ojos de nuevo y no dijo más.

—¿Cuál es el valor de tus fábricas? —insistió Virginia con impaciencia.

La miró, meditando. Su excesiva curiosidad lo puso en alerta: quizás la astuta viuda quería terminar la relación sin escándalos, antes de que el barco se hundiera. Pues bien, sería él quien decidiría cuándo romper.

—¿Entonces? ¿Cuánto? —insistió ella, terca.

Chris estaba a punto de decir cincuenta mil, una cifra obtenida de una estimación moderada de venta. Luego, seguro de que se tragaría la mentira, soltó:

—Ochenta mil.

—¿¿¿Qué??? ¡Es muchísimo dinero, Chris! ¡Una cifra enorme!

—Es el valor de nuestras fábricas, ni más ni menos.

—Nunca conseguirás venderlas por esa cantidad —sentenció ella con seguridad.

Christopher se tensó y detuvo los dedos con los que estaba desabrochando la fina bata. La observó y, con una de sus sonrisas torcidas, pronunció despacio:

—Ya veremos.

Un torrente de adrenalina recorrió a Virginia: era la excitación por la caza de una gran oportunidad. Las fábricas valían más de lo que había imaginado y nadie pagaría ese precio. Tarde o temprano, Richmond tendría que bajarlo y ella estaría lista para comprar.

—¿Podemos olvidarnos del dinero, *chérie*?

—Por supuesto... bésame, por favor —susurró ella en un impulso dictado por el miedo a ser descubierta.

Chris sonrió, complacido de haberla engañado: la haría suya una vez más, la última. Esa certeza le provocó un frenesí irrefrenable. La despojó de su ropa con brusquedad y la llevó a la cama. Se desvistió rápidamente y ajustó el capuchón de tela sobre su rígida extensión. Se colocó sobre ella, envolvió sus generosos pechos con las manos y recorrió sus curvas suaves y sinuosas con desesperada ansiedad.

—Chris, ¿qué te pasa esta noche? —preguntó Virginia con una risita, acariciándole el pecho donde los moretones por fin habían desaparecido.

Pero él ya no la escuchaba. Separó sus muslos y la penetró con un suspiro de satisfacción. Comenzó a moverse, adelante y atrás.

Virginia se arqueó buscándolo, mientras suspiros de placer escapaban rítmicamente de su boca rosada.

Chris se detuvo y se deslizó fuera de ella.

—Date la vuelta.

Ella obedeció, poniéndose a cuatro patas sobre la cama. Ser una amante complaciente le aseguraría un lugar en primera fila para la

estafa bien tramada.

Christopher se introdujo en ella con facilidad y se movió con embestidas secas.

—Quiero tenerte así, así que ven —ordenó. Deslizó los dedos hacia el centro de su feminidad, provocando sensaciones abrumadoras.

Los jadeos de Virginia, desesperada por ese placer que no encontraba fin, llenaron la estancia. Se agitó, abriendo más las piernas para recibirlo lo más profundamente posible. Pronunció palabras subidas de tono para incitar a su amante a atacarla con mayor ferocidad, ofreciéndose sin pudor, anhelando las prósperas fábricas textiles adquiridas a precios irrisorios.

Chris no dudó y desgarró con fuerza ese cuerpo exuberante hasta hacerla chillar. Cuando la sintió rendirse al orgasmo, tomó su propio placer, aferrando con firmeza los dedos a sus caderas para obligarla a seguir su ritmo violento y furioso.

13

13 de marzo de 1835

Londres, Residencia de Selkirk

—¿Tienes idea del sacrificio que me estás pidiendo, Ken? —Con las manos firmes en los brazos de su sillón y los ojos fruncidos, el tío Niall escrutaba a su sobrino sentado frente a él.

—Sí, tío, lo entiendo. Sé que será duro, pero menos doloroso que estar sin ti.

El anciano entreabrió la boca, desconcertado por tanta sinceridad.

—Realmente no entiendo cómo puede hacerte falta un viejo cuando te espera una vida aventurera—murmuró para ocultar la emoción.

—No eres viejo, y yo te necesito. Así que vendrás a América.

—No digas tonterías. Solo sería una carga, nada más.

—No para mí. Tal vez para el caballo que te lleve, pero creo que ni siquiera para él. A propósito de caballos. Criaré muchos, tío. En Kentucky hay praderas interminables con excelentes pastos.

—Estás bien informado —dijo Niall con una mirada curiosa.

Ken lo observó, indeciso: ya le había hablado de la venta de una de las fábricas, así que era justo contarle el resto.

—Ya he enviado a Mr. Payton el dinero para comprar cincuenta acres de tierra atravesados por el *Green River*, justo en el centro del estado de Kentucky, colindante con su terreno. Cuando lleguemos, solo tendré que llevar un rebaño de vacas a nuestra propiedad. Los caballos ya están allí. Un carro bien equipado te permitirá viajar cómodamente.

Niall sonrió: no esperaba nada diferente, porque su sobrino siempre había sido sensato y práctico, y no dejaría nada al azar

durante el viaje.

—¿Y si yo no quisiera ir? —intentó.

—Tú vendrás, de lo contrario, ni siquiera partiré yo, y te sentirías culpable por eso —dijo el sobrino, levantándose de la silla. Lo miró con una sonrisa consciente y ojos de astuto conspirador.

—Hasta de pequeño hacías lo mismo: siempre estabas metido en líos, pero con una actitud tan seria y sabia que desarmabas a cualquiera. Eres determinado, audaz y no temes hacer lo que hay que hacer.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Me habría gustado conocer a esa joven que viene a menudo desde hace meses, pero imagino que no quieres enredarte con ella antes de partir.

—Por desgracia, ya estoy enredado. Y mucho.

—¡Por todos los diablos! ¿Está embarazada? —preguntó Niall, incrédulo de que su muchacho hubiera cometido un error así.

—No, no, nunca le habría hecho algo tan horrible. Me refería a que me ha atrapado sentimentalmente.

—¿De verdad? La vi desde la ventana, Ken, ¡y es poco más que una niña!

—Así es, una niña... pero más auténtica, tenaz y valiente que una mujer adulta. Me quiere con todo su ser y vendría conmigo, tío, vendría conmigo sin casarse, si yo se lo permitiera.

El anciano primero abrió más los ojos, mostrando sorpresa, luego dirigió su atención hacia la ventana, reflexionando sobre esas palabras, y finalmente preguntó:

—¿Quién es?

Ken sonrió porque ya anticipaba su reacción.

—Lady Bridget, la rebelde hija del duque de Northcliff.

Niall abrió la boca, con una expresión de asombro en el rostro.

—¿La hija rebelde? ¿La que se viste con pantalones para cabalgar, se divierte jugando a ser marinera en el barco de su padre y usa arco y flechas como una amazona?

—Esa misma, tío. —Su sobrino frunció el ceño—. ¿Sabe usar arco y flechas? Eso sí que me gustaría verlo.

—¿Y el duque?

—No sabe nada. Partiré y sólo regresaré cuando todo esté listo para ella. Haré las cosas como es debido, tío. Le pediré al duque que me permita casarme con ella y, si él lo consiente, la llevaré conmigo a Kentucky.

—¿Te esperará?

—Confío que sí, tío, porque ya la tengo dentro de mí como la carcoma. No quería que te encariñaras con ella, por eso no te la he presentado.

—¿Y quién te dice que me habría gustado?

—Confía en mí, tío. Te gustará, y mucho. Es una mujer auténtica, sincera y directa, habla sin inhibiciones, a veces incluso demasiado. Ama a la gente común, se entretiene con la servidumbre en la cocina y ayuda a su padre a trabajar al aire libre cuando están en Escocia.

Niall se imaginó a la chica pelirroja, delgadita y nada alta, realizando tareas masculinas mientras llevaba unos pantalones que le quedaban enormes. Sonrió. Sí, parecía la mujer ideal para su sobrino Ken.

—¿Ha entrado esta vez por la puerta principal? —preguntó la cocinera de la casa Selkirk, limpiándose las manos en el delantal, ya no tan blanco, dirigiéndose a la doncella de lady Bridget, que estaba en el umbral. Todos se volvieron a mirar con curiosidad, sabiendo que si Lottie estaba allí, la muchacha traviesa seguramente estaba con el conde—. ¡Sigue mezclando tú! ¡Los huevos hay que batirlos bien, o el pastel quedará tan plano como las zapatillas viejas de Mr. MacQuoid! —gritó Mrs. Croyde a un ayudante imberbe que no podía tener más de catorce años. Luego se acercó a Lottie con el aire de quien, solo ella, podía permitirse escuchar ciertas confidencias—. ¿Y bien?

—Lady Bridget se vistió como una verdadera señorita, un esplendor con un vestido beige y verde salvia, un sombrerito perfectamente combinado, el cabello trenzado por mí en un peinado sencillo pero muy elegante —le explicó Lottie, complacida al ver cómo los ojos de la cocinera se abrían más y más a medida que

enumeraba los detalles. Notó que los presentes también la escuchaban y que algunas criadas sonreían felices al saber que la joven rebelde, que había capturado el corazón y la mente del conde, era capaz de transformarse en una verdadera dama digna de los Northcliff.

—Siempre he sostenido que un bonito vestido y algunos pequeños arreglos la harían hermosísima —afirmó Mrs. Croyde con el tono sabiondo de quien conoce las cosas del mundo—. Lástima que esté lo de la partida —continuó, dirigiéndose a los fogones donde probó el estofado para la cena—. ¡Cabeza de chorlito! ¿Para ti echarle sal es algo opcional? —le regañó a una chica de cabello rubio que se apresuró a tomar el frasco de sal—. Lottie, sentaos, Heather os servirá una taza de té.

Heather obedeció al instante, moviéndose con la gracia y la compostura de quien había sido educada específicamente para servir en la residencia de un noble.

—¿Partida? —preguntó Lottie, sorprendida.

—¿No sabíais nada al respecto, verdad? Lo imaginaba —le respondió la cocinera, observando la expresión desconcertada de la doncella de lady Bridget, y añadió—: Una vez vendidas las fábricas, lord Selkirk se irá pronto. Pero no os preocupéis por la pequeña —la tranquilizó—, conozco a mi Kenneth, yo lo crie. Le tiene mucho cariño a lady Bridget, creedme.

La sorpresa de Lottie no era nada comparada con el desaliento de aquellos que, en esa cocina, perderían no solo un buen trabajo, sino también un amo justo, generoso y simpático. Algunos habían decidido seguir al conde, pero para otros no sería posible, y Ken ya se había encargado de encontrarles un buen puesto con las mejores referencias.

—¿Creéis que le pedirá que se case con él y lo acompañe? —murmuró Lottie, temerosa del futuro que aguardaba a la joven Northcliff. Un instante después, se dio cuenta de que ese futuro también podría concernirle a ella, y ese pensamiento la desestabilizó aún más.

—No lo sé, pero mi Ken hará las cosas bien: es un hombre sensato y práctico, y no habría cortejado a la pequeña si no

estuviera seguro de sus sentimientos hacia ella. Recordad mis palabras: Sólo tiene ojos para lady Bridget, está perdidamente enamorado de ella, adora su carácter picante y se regodea cuando se pone esos pantalones anchos y ásperos como los sacos para las patatas —contestó Mrs. Croyde, provocando algunos gestos de aprobación entre los que escuchaban.

Sentada en el banco junto a la puerta que daba a las escaleras del almacén, Heather lustraba las botas de cuero de lord Selkirk. Sabía de la partida y aún no había decidido si iba a marchar con la servidumbre que acompañaría a su amo. Lo que no sabía, y jamás habría sospechado, era que el conde estuviera enamorado de la muchacha pelirroja.

Los comentarios de la cocinera no eran para tomárselos a la ligera: la mujer conocía a Kenneth mejor que nadie porque había ayudado a Mr. MacQuoid a criarlo. Así que, al escuchar ese diálogo, comprendió, por primera vez, que no conocía tan bien a Ken como creía y admitió haber pecado de presunción.

¿Cómo había sido posible? ¿Por qué no se había dado cuenta? Tal vez porque llevaban dos semanas sin que él le pidiera encontrarse por la noche, y eso debería haberla puesto en alerta. En cambio, había subestimado a esa criatura con apariencia de muchacho y aparentemente desprovista de feminidad.

Siempre había creído que él se enamoraría de una mujer fascinante, rica, elegante, quizás viuda o al menos experimentada, tan segura de sí misma que, tras el matrimonio, le negaría la intimidad, permitiéndole así todo tipo de diversiones extraconyugales. Y ella quería seguir siendo ese tipo de diversión, convencida de que podría permanecer en la vida de ese hombre extraordinario, ya que, ciertamente, no podría convertirse en su esposa.

No estaba acostumbrada a ese tipo de desagradables descubrimientos, pero no le quedó más remedio que fingir indiferencia.

—Me alegra que hayáis querido verme aunque no hagamos el entrenamiento —dijo Bridget, quitándose el sombrerito beige adornado con cintas verde salvia, tan intolerante como siempre a cualquier restricción. Por primera vez se había vestido con gusto, deseando parecer graciosa y femenina para su enamorado.

Ken sonrió, admirando el contraste entre el color de su cabello y el vestido. Realmente estaba encantadora y femenina.

—¿Estáis enfermo? —preguntó Bridget.

—No. Quería pasear con vos, sin espadas de por medio. —Señaló el sendero justo afuera de la puerta del salón, intentando mantener cierta distancia. Se dirigió de inmediato hacia la parte trasera de la casa, hacia los árboles junto a algunos bancos. Se sentaron allí para disfrutar del tibio sol invernal.

Bridget lo miraba de reojo y comenzaba a sospechar por ese extraño y galante encuentro.

—¿Por qué todo esto? —preguntó impaciente, ajustándose de nuevo el tocado.

—Vos sois única.

—¿Porque soy descarada?

—También.

—¿Entonces? ¿Por qué estoy aquí?

—Porque os he invitado y habéis aceptado, como siempre.

—¡Lord Selkirk, no os andéis por las ramas!

Ken rio, sentándose a su lado.

—Está bien. No tiene sentido alargarlo. Quería que supierais por mí que me voy.

Bridget sintió una vaharada de calor recorrerla como si fuera agosto, mientras su respiración se volvía pesada, como si una roca le oprimiera el pecho.

—¿Para siempre, verdad? —le preguntó en un murmullo.

—Sí.

—Entonces, a América, ¿verdad?

—Sí.

—Cuando supe de la decisión de vender las fábricas, sospeché de inmediato que el asunto era más grave de lo que dais a entender —afirmó ella con un tono extrañamente calmado. Alisó los pliegues del

vestido con una mano temblorosa y razonó rápidamente: el deseo de aventura, el peso de las restricciones impuestas por su rango, los obstáculos encontrados en su negocio, la necesidad de avisarle precisamente a ella—. ¿Por qué me lo estáis diciendo?

—Me parecía correcto hacerlo, después de que vos y yo nos hemos visto tantas veces.

—¿Y por qué nos hemos visto tantas veces, entonces?

—Porque me gustáis.

—No lo suficiente como para quedaros por mí —dijo ella sin mirarlo—, o para pedirme que vaya con vos.

—No tengo nada que ofreceros, Bridget, nada —dijo él, usando su nombre como para dar más fuerza a sus palabras.

—A vos mismo. Y yo podría aceptarlo.

—Sé muy bien que lo haríais, pero no sería un hombre digno de ese nombre si os pidiera algo así. Nunca me permitiría humillaros a vos ni a vuestra familia de esa manera.

Bridget guardó silencio solo un instante.

—Si realmente me quisierais, lo haríais.

—Precisamente porque me importáis no lo hago. Vos no lo entendéis porque sois inexperta y joven. Si os llevara conmigo, sin dinero, sin matrimonio, sin la bendición de tu familia, en unos años me odiaríais.

—¡Maldita sea! —Bridget estalló con todo el ímpetu que había reprimido hasta ese momento. Se levantó y se plantó frente a él—. ¡A mí todo eso me importa un bledo! ¿Lo entendéis? ¿Por quién creéis que me he puesto elegante? ¿Por qué creéis que estoy aquí? ¡Os amo! ¡Y quiero irme con vos!

Ken abrió la boca, para nada sorprendido por esa reacción. Era tan diferente a las demás, tan auténtica y sincera. Luchó contra el impulso de decirle «¡sí, venid conmigo!». Apretó los dientes y tomó aire.

—Lo he entendido, no soy un niño. Pero vos no vendréis conmigo. Al menos, no ahora —dijo en un tono calmado que no admitía réplicas.

Cada vez más irritada, ella le dio la espalda y comenzó a caminar con las manos en las delgadas caderas. De repente se detuvo, se

quitó los guantes con gestos nerviosos y los arrojó sobre el banco. El sombrerito corrió la misma suerte. Entonces procesó las últimas palabras que había oído.

—¿Qué significa «no ahora»?

Él la miraba, deseoso de tomarla en sus brazos, besarla y tocarla.

—Os escribiré a menudo y os contaré todo lo que haga. Cuando todo esté arreglado, regresaré para hablar con vuestro padre.

—¡Los cojones!

—¿Cómo?

—Habéis oído bien. ¡He dicho los cojones! No vais a volver.

—Bridget, ¡sois la chiquilla más irreverente y divertida que he conocido! Os doy mi palabra: volveré. Y lo haré todo según las reglas.

Bridget entrecerró los ojos, como si buscara respuestas.

—¡Volveré!

—Vos no me amáis.

Ken se puso serio, se levantó y se acercó a ella, tanto que pudo sentir su perfume.

—Yo no sé cómo es el amor del que habláis. Pero estoy seguro de que, si pudiera, me desposaría con vos ahora mismo.

—Entonces hacedlo —le susurró ella.

Él negó con la cabeza, renunciando a explicar una vez más que no podía hacerlo.

—Sois terca y caprichosa. Solo entendéis lo que queréis.

—Esto significa que no me amáis.

—Esto significa que me importáis vos y vuestro buen nombre, significa que me gustáis tal como sois. —Ken la miraba desde arriba, fijándose en sus labios enrojecidos. La atrajo hacia sí y la besó con avidez, con la intención de tomar todo lo posible antes de dejarla ir. Inspiró profundamente su delicioso perfume mientras saboreaba sus labios, despacio, para memorizar cada instante.

La sentía tan dócil que no pudo mantener las manos quietas. Acarició su espalda con las manos abiertas, llegó a las caderas y presionó el joven cuerpo contra su dureza.

Cada vez que la tenía entre sus brazos, el instinto prevalecía sobre la razón. Se apartó de golpe, desesperado.

—Idos, Bridget —le susurró al oído mientras seguía abrazándola con fuerza—. ¡Idos, os lo suplico!

Bridget negó con la cabeza, se aferró a él desesperada por la inminente separación, sujetándolo aún más fuerte. Un nudo en la garganta la atenazó, le quitó el aliento, le dio náuseas.

Apoyó la nariz en su cuello, respirando su olor y atesorándolo para el largo tiempo en que no volvería a ver a su amor. Rozó con los labios la piel áspera por la barba siempre a punto de salir y disfrutó de ese contacto que definía la confianza ganada en esos meses.

Fue al sentir esa boca provocadora que él la apartó bruscamente. Sin mirarla más, se dio la vuelta y caminó a paso rápido hacia la vegetación.

—¡Idos! ¡No volváis aquí nunca más! ¡Jamás! Os escribiré y regresaré por vos.

Desposeída de ese amor recién descubierto, la muchacha se quedó mirándolo. Alto, con el cabello negrísimo, las piernas largas que aceleraban el paso para apartarse de ella lo más rápido posible, la chaqueta marrón que caía perfectamente sobre sus hombros y espalda.

Un sollozo amenazó con ahogarla. ¿Era esto lo que significaba crecer y convertirse en mujer? ¿Decepción y sufrimiento? ¿Sacrificio y dolor? Se quitó con rabia las lágrimas que resbalaban lentas por sus mejillas. Tomó los guantes, el sombrero y el bolso, y comenzó a caminar hacia la parte delantera de la casa a través del jardín. Luego aceleró el paso hasta convertirlo en una carrera desesperada.

Mientras tanto, Ken se había detenido a la sombra de los grandes robles, donde ella no podría verlo. Respiró hondo, oprimido por un dolor que nunca había conocido. Se giró a mirarla: la pequeña rebelde pasaba los dedos delgados por sus mejillas, con furia, luego recogió sus cosas, se dirigió hacia la salida y empezó a correr.

En ese instante maldijo a la sociedad, las reglas que prescribía y el honor que lo ataba a ellas.

Londres, Residencia de los Northcliff

A cada sollozo de Bridget, Sophie sentía una conmoción interna que recorría sus brazos hasta las manos, percibía su desesperación por aquel amor perdido y sufría con ella. La muchacha le había contado sobre la inminente partida de lord Selkirk y, aunque intentaba no pensar en ello, no podía dejar de preguntarse si también lord Richmond se marcharía. Sus ojos se posaron en los pies descalzos de Bri, pero decidió no reprenderla, demasiado conmovida por su tristeza.

—No quiero que papá y mamá se enteren —susurró Bridget entre un sollozo y otro, con su cabeza llameante apoyada en el regazo de su hermana.

—Siento decirte que ya saben lo de tu interés por el conde —le informó Sophie, recordando la conversación que había tenido con sus padres en el despacho del duque. Sorprendida espiando detrás de la puerta, su padre la había obligado a revelar lo que había percibido durante el encuentro en la calle con lord Richmond, y de ahí a Selkirk, el paso fue breve. Había quedado claro que el duque y la duquesa se habían dado cuenta de cuánto le importaba el conde a su hija rebelde, y por eso su vigilancia se había vuelto aún más estricta.

Bridget resopló.

—No bajaré a cenar.

—Mamá vendrá a verte, ya lo sabes. Le diré que te has dormido por un fuerte dolor de cabeza. Quédate quieta en la cama. Te traeré algo de comer más tarde.

—Me arrepiento de no haber pensado en preguntarle a lord Selkirk si el conde de Richmond también partiría con él. Sé que te importa.

—Mucho mejor si se va también, así dejaré de pensar en él —declaró Sophie, intentando restar importancia a sus sentimientos ante su hermana.

—Te habría hecho sufrir —murmuró Bridget.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, es un mujeriego, todo el mundo lo sabe. Algunos lo llaman libertino. Seguro que, casado, no habría cambiado sus costumbres. Y tú no eres una mujer que toleraría traiciones, Sophie.

La verdad es que yo tampoco podría. ¿Sabías que llama a sus amantes *chérie*?

—Sí, lo he oído decir.

—Sophie, ¿cómo reaccionarías si el hombre al que amas se marchara lejos?

—Me resignaría, agradecida de que haya preservado mi honor y mi virtud, así como la dignidad de mi familia.

—¡Pero lord Selkirk ha dicho que volverá! —El silencio que siguió alarmó a la joven. Se incorporó para mirar a su hermana mayor a la cara, con su magnífico cabello rojo despeinado alrededor del rostro enrojecido por el llanto—. ¡Ha dicho que volverá por mí! —insistió.

Sophie la miraba con ojos firmes y resueltos, percibiendo su tumulto interior. Incapaz de sostener aquella mirada desesperada y de decirle que, en verdad, Selkirk no volvería jamás, bajó la suya, le tomó las manos y las apretó; todo el dolor ascendió vibrante hasta su mente.

—¡Ha dicho que volverá por mí! —repitió Bridget con determinación, rechazando cualquier otra posibilidad.

14 de marzo de 1835

Londres, Residencia del conde de Selkirk

—Lo sé, Chris, es un juego sucio, pero si no nos vamos de inmediato, los acreedores nos harán pedazos. A ellos les importa un carajo que estemos a punto de vender. Cuando hayamos ganado algo de dinero, se lo enviaremos al abogado Wilkinson para saldar las deudas y nuestra conciencia estará tranquila.

Christopher se giró para fijar la vista en aquellos penetrantes ojos verdes, afilados como cuchillas. Rara vez su amigo hablaba con un tono tan vehemente.

—No tengo suficiente dinero, Ken, ni siquiera para huir —le confesó.

—Yo tengo lo suficiente para los dos.

—¿Y qué haríamos?

El conde de Selkirk se preguntó cómo reaccionaría su amigo ante la respuesta que estaba a punto de darle.

—He comprado la propiedad colindante con la de los Payton. Construiremos una casa allí. América ofrece oportunidades inesperadas a quienes, como nosotros, no tienen miedo de trabajar.

Lo vio entreabrir los labios, sorprendido por aquella información, luego sonreír y finalmente asentir con la cabeza. Sabía que Chris estaba enfermo de orgullo, de un orgullo como nunca había visto en su vida. Para él, partir significaba huir: de una ex prometida oportunista, de una examante venal e indolente, de las deudas, de una sociedad a la que no pensaba conceder la victoria

—¿Tu tío irá contigo?

—Sí, no quiero que lo molesten por mi culpa. Será un viaje difícil, pero lo logrará.

—Ha puesto resistencia, ¿verdad?

—En realidad, no demasiada. Sabe que no partiría sin él, así que...

—No vas a esperar, ¿cierto? Seguro que ya has encontrado algún mercante, apostaría las pocas libras que me quedan —bromeó Chris, fingiendo una jovialidad que en realidad no sentía en absoluto.

—Ven conmigo.

—¿Cuándo?

—Antes de mediados de abril.

Chris no ocultó su asombro. Se sirvió más *whisky* y lo bebió de un solo trago. Últimamente bebía mucho y comía poco.

Ken sacudió la cabeza con desaprobación.

—¿Qué ganas quedándote aquí?

—Nada, es verdad —respondió el otro, recordando a su amante, la baronesa Douglas, a quien había visto la noche anterior, cuando decidió que no la vería nunca más. Por un instante, evocó también su último encuentro con su ex prometida, lady Fanny.

—Ven conmigo, Chris. También te necesito.

Richmond parecía derrotado, y la cicatriz en su rostro acentuaba su aspecto desmejorado.

—Está bien, Ken. Tienes razón. Arreglaré mis asuntos aquí y en Cornualles, luego te alcanzaré.

—Promételo.

—Lo prometo —susurró su amigo con aire abatido. Luego, para aligerar la gravedad del momento, añadió—: Pero esos dos fastidiosos perros que saqué de la casa del canalla vendrán conmigo, ya les he tomado cariño.

Ken esbozó una leve sonrisa; sabía que Chris había tenido que hacer un gran esfuerzo para tomar esa decisión. Extendió una mano para sellarlo todo con un apretón simbólico.

—¿Y qué harás con la pequeña de los Northcliff?

Silencio. El suspiro de Selkirk hizo que frunciera el ceño.

—¿Qué sucede, Ken?

—Ella me gusta muchísimo.

—Llévatela contigo, habla con el duque, cásate con ella de inmediato —propuso Chris, tamborileando los dedos con inquietud. Pero la mirada intensa de Ken decía que algo grave había ocurrido.

—Le he prometido que volvería a buscarla, siguiendo los tiempos y las formas que dictan la etiqueta y el honor —murmuró con voz vacilante—. Pero no será ella quien venga conmigo.

—Ay, ¿qué ha pasado?

—He dejado embarazada a Heather.

Christopher, incrédulo ante semejante error, contuvo la respiración. Se miraron durante unos segundos y todo cobró sentido. Conocía bien a su amigo: sabio y recto, un hombre cabal como pocos. Sabía que se casaría con la hermosa criada y la llevaría con él a América, sin importar su título ni la etiqueta, porque el honor valía más que todo lo demás.

Observó el brillo húmedo en aquellos ojos verdes y comprendió que el dolor lo afligía porque, en verdad, se había enamorado de lady Bridget. Romper toda relación con la hija del duque para cumplir con su deber hacia Heather lo destrozaría. Chris se acercó y posó una mano en su hombro. No hacían falta palabras, la amistad estaba toda allí, en un gesto simple y sincero.

Ken permaneció inmóvil, agotado. La noche anterior no había dormido, consumido por la desesperación: Heather había trastocado todos sus planes para un futuro que ya imaginaba junto a la joven de cabellos rojos.

—Chris, arregla tus asuntos y ven a reunirte conmigo en América —dijo en un tono suplicante, tratando de no sucumbir al abatimiento.

Su amigo asintió de inmediato para tranquilizarlo. Luego salió del estudio con un saludo rápido, y el silencio de la mansión invadió la estancia.

Ken no lo soportó por más tiempo y se dirigió a su alcoba en la primera planta.

Le dolía terriblemente la cabeza y sentía que enloquecería al pensar que la joven pelirroja ya no formaría parte de su vida. Caminó inquieto de un lado a otro, despojándose lentamente de la ropa y dejándola esparcida por la habitación, algo que nunca hacía. Se lavó las manos y el rostro antes de acostarse.

Tenía que haber una razón por la cual las cosas estaban sucediendo así. Quizás el destino le exigía un precio, un castigo por algo. Pero... ¿por qué? ¿Por la temeridad de su inversión? ¿Por un antiguo romance ilícito? ¿Por la falta de honradez al ilusionar a la joven hija de un duque? ¿Por qué?

Lanzó las mantas lejos y se sentó al borde de la cama. El aire helado lo envolvió y la piel acalorada de su pecho y brazos se enfrió rápidamente.

¿Cómo podría decírselo a Bridget? Desde luego, no en persona: ella montaría en cólera, podía imaginarlo con claridad. La mejor opción para evitar escenas incómodas y malentendidos era una carta con un tono distante.

Se levantó, encendió dos velas y las colocó sobre el escritorio junto a la ventana. Se sentó, tomó un papel y sumergió la pluma en la tinta, pero su mano se quedó suspendida en el aire.

El líquido negro goteó, extendiéndose implacable como un presagio.

No. No podía decírselo ahora. Debía proteger a la joven. Le escribiría desde Kentucky diciéndole que había cambiado de idea, aunque eso significara acaba siendo juzgado como un verdadero canalla y desprovisto de honor. Pero así la muchacha sufriría menos, el tiempo la ayudaría a olvidar y todo terminaría con más decoro para ella, sin cotilleos ni habladurías inútiles.

Se acercó a la ventana, temblando. La noche afuera era fría y una ligera capa blanca cubría el jardín de abajo. Imaginó a la muchacha haciendo bolas de nieve y lanzándolas, con su risa alegre, los ojos azules brillantes, las mejillas salpicadas de pecas enrojecidas por el frío cortante. Probablemente correría de un lado a otro levantando la falda más allá de lo permitido, indiferente a las miradas ajenas.

En ese preciso instante comprendió que Bridget MacKendrick debía ser un capítulo cerrado definitivamente, por el bien de todos, especialmente por el de la joven que lo había conquistado.

En América se crearía una nueva vida con Heather y se casaría con ella.

Aceptada la decisión, sabia y justa, su mente encontró paz. Pero su corazón estalló de dolor. Un nudo en la garganta amenazó con ahogarlo.

Tomó con mano temblorosa el marco de la ventana, aferrando los dedos a él, inclinó la cabeza y apoyó la frente en el vidrio helado. Un sollozo inesperado irrumpió en el silencio.

14 de junio de 1835

Oxfordshire, Residencia del vizconde Sale-Hill

—Recuerda: un hombre dedicado al trabajo debe ser elogiado por sus habilidades en las finanzas; un hombre noble que no trabaja debe ser estimado por su capacidad para gestionar sus rentas. Ambos quieren una esposa que se mantenga en su lugar, no los haga quedar mal y sea generosa en la intimidad —sentenció la vizcondesa Sale-Hill mientras aprobaba con una sonrisa el vestido color crema que llevaba su hija Violet: respetando los dictados de la moda, permitía a un observador atento notar el surco de sus senos a través de la transparencia del encaje que llegaba hasta el cuello.

Violet asintió con firmeza, emocionada de tener una amplia gama de pretendientes, entre los cuales el favorito era lord Fishbourne,

quien aún no se había decidido a proponerle matrimonio a lady Sophie.

La vizcondesa había hecho preparar, a lo largo del riachuelo que atravesaba parte de su propiedad rural, un espacio para el tiro con arco y otro para el *croquet*, traído como regalo por unos amigos italianos, además de sillas y mesitas para el refrigerio, y las partidas de dominó y ajedrez.

No era una mujer particularmente apreciada debido a su excesiva malicia e insaciable ambición, pero cualquiera en Londres estaba dispuesto a admitir que sabía cómo organizar una reunión veraniega al aire libre. Por eso no sorprendió que las tarjetas de aceptación a la invitación fueran numerosas.

El ruido de algunas carrozas resonó en el silencio del campo.

—Ve a tu alcoba, Violet. Te presentarás cuando hayan llegado al menos cuatro jóvenes —ordenó la vizcondesa, bajando lentamente las escaleras.

Se acercó a su esposo y pasó una mano bajo su brazo, guiñándole con complicidad.

Lo había gratificado media hora antes con un pasatiempo sexual rápido pero apasionado, como a él le gustaba, segura de que sería un excelente incentivo para cualquier petición posterior.

—Querido mío —susurró, posando los dedos tentadores sobre el vientre prominente del vizconde—, recuerda: lord Fishbourne sería el hombre ideal para nuestra hija.

—Desde luego, querida, desde luego —respondió él.

Sophie caminó lentamente hacia el rosal adyacente a un lado de la casa. Había aprendido a amar las rosas de su madre, la duquesa, y de ella también había adquirido el arte de mezclar sus esencias. El calor comenzaba a hacerse sentir y abrió el abanico, realizando pequeños movimientos medidos que emitían un sonido susurrante y no le permitieron escuchar los pasos de lord Fishbourne.

—Lady Sophie, ¿qué tal estáis?

Ella se sobresaltó y se volvió hacia él.

—¡Oh, me habéis dado un susto de muerte!

El conde, demasiado concentrado en preparar la siguiente frase, no prestó atención a sus palabras y dijo de corrido:

—Os pido perdón por no haber respetado vuestra solicitud de daros tiempo.

Sophie le clavó la mirada en los ojos, con la boca ligeramente entreabierta, demasiado sorprendida incluso para respirar.

Esa frase fue como ver un cielo sombrío y gris abrirse para dejar pasar una luz suave y cálida. Ese resplandor era su esperanza, la misma que meses atrás había depositado en ese hombre atento.

—Me tomáis desprevenida —balbuceó.

—Lo sé, me doy cuenta, también porque en estos meses nos hemos entretenido agradablemente durante fiestas y cenas, o al menos eso me ha parecido.

Sophie asintió tímidamente.

—Temía vuestra respuesta ante mis disculpas. Os expreso todo mi pesar por haberos causado tanto sufrimiento, lady Sophie, creedme. Sé que ahora tenéis una pésima opinión de mí.

—Yo... no tengo una pésima opinión de vos. Ahora menos que nunca, lord Fishbourne.

—¿Lo decís en serio?

Sophie asintió de nuevo con una débil sonrisa. Su corazón resonaba en todo su cuerpo, lleno de alegría por esas frases dirigidas a ella, feliz de que él fuera capaz de retractarse y disculparse.

—Os ruego que me digáis que entre nosotros ya no existe ninguna sombra más, lady Sophie. —A Terrence le surgió la duda de que ella pudiera malinterpretarlo, por lo que especificó—: No temáis, no os impondré el tema del compromiso o el matrimonio. Me adaptaré a ser un buen amigo y tendré más cuidado con vuestra naturaleza tímida. Si luego vos apreciáis mi presencia, bueno, entonces sabremos hablarlo vos y yo, a solas.

Sophie, atónita ante tales palabras y por las percepciones positivas que le llegaban de él, no encontró una frase adecuada. Una sonrisa espontánea apareció inesperadamente en su rostro, otorgando a su expresión, usualmente austera, un destello de belleza vital.

Lord Fishbourne la imitó, pronunciando un «gracias» decidido. Se alejó discretamente, para hacerle entender que no la atosigaría, no se impondría, sería más cauteloso.

Si antes había errado, también por influencia de su tía, ahora las cosas serían muy distintas.

—En resumen, Richmond, sois un hombre que no puede quedarse de brazos cruzados —dijo el conde Maddox, padre de lady Rosanne.

—En efecto, así es, lord Maddox —le respondió Chris, provocando algunas sonrisas. Tomaba su limonada y miraba a su alrededor con aire indiferente.

—Conociéndoos, lord Richmond, seguro que ya tendréis idea sobre cómo invertir todo ese dinero. Sois un hombre de mil recursos —afirmó el barón FitzRoger.

—Sí, barón, pero ni siquiera con vuestra simpatía lograréis sacarme una pista.

Todos rieron, empezando a dudar de los rumores esparcidos por lord Rawling.

Chris se esforzaba por parecer sereno, ostentaba seguridad al hablar con los hombres sobre su decisión de venderlo todo, para desmentir cualquier habladuría.

Cuando recibió la nota de lady Sale-Hill, no entendió por qué se había molestado en invitarlo, pero sospechó que quería incomodar a lady Fanny, presente en el picnic con su familia, debido a las tensas relaciones con su hija, lady Violet.

El marqués Rawling lo observaba molesto y trataba de ocultar su irritación por no formar parte del grupo del duque, mostrando un aire distante mientras conversaba con los anfitriones: ¿habría errado al exigirle a su hija que dejara a Richmond, acusándolo de embaucador de jóvenes inexpertas?

Chris sentía sobre sí los ojos inquisitivos del duque de Northcliff. Estaba seguro de que su intuición, o tal vez sus habilidades sensitivas, le permitían ver más allá de la fachada de fingida

serenidad. Lo vio hacerle una seña y comprendió que quería hablarle a solas.

Dieron algunos pasos hacia el río.

—Imagino que Selkirk intentó convenceros de seguirlo en busca de aventuras —dijo el duque.

—Así es, excelencia. Sin embargo, tengo otra cosa en mente y quisiera evaluarlo con calma antes de decidir —le mintió Christopher. En realidad, no tenía idea de cómo salir de ese atolladero llamado fracaso; estaba convencido de que no podría salvar ni un solo penique para invertir en su propiedad en Cornualles.

Se dio cuenta de que el duque lo miraba con severidad y entendió que no tenía escapatoria. Suspiró.

—Bien, excelencia, creo que me uniré a él lo antes posible porque no encuentro otra solución —le confesó con tristeza.

—Puedo ayudaros, lo sabéis. —El duque le había propuesto cubrir el déficit para permitirles invertir en la plantación en Kentucky, absolutamente seguro de que ambos hombres le devolverían hasta la última libra esterlina.

—Os agradezco que renovéis la oferta, pero no puedo aceptarla.

—No es que no podáis, es que no queréis. El orgullo es síntoma de presunción. Yo lo sé. Tarde o temprano también lo entenderéis. Y aprenderéis que será precisamente la humildad la que os salve.

Christopher entreabrió la boca y lo miró acercarse a su hijo, con el porte orgulloso y seguro de quien sabe mucho más que los demás. Pudo escuchar al duque ordenarle a Lothian:

—Nick, dales a Bridget y Sophie mi permiso para competir.

Entonces miró hacia las dos señoritas: sin duda, lord Northcliff había intuido lo que lady Bridget estaba a punto de hacer, y la presencia de lady Sophie, considerada por todos intachable, mitigaría la inminente trasgresión de etiqueta de su hermana pequeña.

Mientras se deleitaba ante esa escena de confortable confianza familiar, notó que lord Lothian se dirigía hacia él.

—Sea lo que sea lo que os haya dicho, escuchadlo. ¡Maldita sea, siempre tiene razón! —exclamó Nicholas, poniéndose a su lado.

El duque se quedó pensativo observándolos caminar por el césped. Era imposible no percibir el leve olor a alcohol que Richmond desprendía, lo que confirmó las palabras que Sophie le había referido meses atrás.

Sorprendida fuera de la puerta del estudio, la había acusado de escuchar a escondidas su conversación con Eleonor. Su hija había tenido el descaro de mostrarse ofendida. La semejanza con Leo era increíblemente extraordinaria, pensó al recordar ese momento.

Tras una leve reticencia, Sophie había cedido ante su mirada amenazante.

—El conde no está bien, no tiene buen aspecto. Lo encontré en el centro mientras hacía compras. Está demacrado, con unas ojeras pronunciadas —había relatado, triste y preocupada, mientras permanecía de pie frente a la chimenea encendida.

Keiran había percibido con claridad las intensas sensaciones que su hija estaba experimentando y no tuvo motivos para dudar de lo que decía.

—¿Lo tocaste? —le había preguntado.

—Él posó la mano en mi brazo. Sentí su mal interior, por las preocupaciones y por el sueño agitado debido a los recuerdos del incidente. Olía a alcohol.

Eleonor, con una expresión de pesar, lo había mirado con complicidad antes de reflexionar en voz alta:

—Quién sabe si fue antes o después de que lady Fanny lo dejara.

—¿Lady Fanny lo dejó? —había preguntado Sophie con un hilillo de voz.

Exasperado al ver a su recatada hija en actitudes melosas, el duque había alzado los ojos al cielo. Sin embargo, en los últimos meses también había sido testigo del renovado interés de Sophie por lord Fishbourne, gracias a la asistencia informal a cenas y fiestas.

La risa de Bridget lo trajo de vuelta al presente y sonrió. Gracias al Cielo, esa diablillo había encontrado paz con respecto a Selkirk. Había sido mérito de Sophie, quien con palabras amables y no poco esfuerzo la había desengañado, quitándole la esperanza de que él regresaría alguna vez. Después de todo, ¿quién volvería de América

habiendo comenzado una nueva vida? Era bueno que Bri lo hubiera entendido tan rápido.

El duque suspiró mientras se dirigía a la mesa del refrigerio.

¡Ser padre era realmente agotador!

—Sea lo que sea lo que os haya dicho, escuchadlo. ¡Maldita sea, siempre tiene razón! —exclamó el marqués de Lothian al acercarse a lord Richmond, quien sonrió divertido. Sentía cierta simpatía por él, conocedor de sus vicisitudes—. ¿Qué tal si nos unimos a las jóvenes junto al tiro con arco? Preveo que mi hermana Bridget querrá dar espectáculo una vez más.

—Con mucho gusto, Lothian.

Nick asintió y caminó por el césped verdísimo junto a Richmond. El sol era cálido y el sonido del agua proveniente del río parecía invitar a sumergirse.

—¡Lo que daría por darme un chapuzón! —exclamó.

—No me lo digáis a mí. Más tarde me dirigiré río abajo y, si está lo bastante desierto, me daré un baño —comunicó Richmond.

Junto al juego estaban, además de Sophie y Bridget, lady Violet, lady Rosanne y lady Charlotte, la hija de dieciséis años del conde de Portland, hermanastro del duque.

Christopher notó de inmediato una expresión desconcertada en el delicado rostro de lady Sophie.

—Su hermana parece bastante tensa —dijo.

—Obviamente habláis de Sophie: lucha constantemente para mantener a raya a esa diablillo de Bridget. No debería decirlo, soy su hermano, pero la pequeña es un verdadero quebradero de cabeza, lo digo en serio.

—He oído hablar de eso —admitió Chris con tono guasón—. ¿Hacemos las parejas? Después de todo, el duque dio su permiso.

—Muy bien, Richmond, pero no os quejéis cuando ella os derrote.

—¿Tan buena es lady Bridget?

—Hablaba de Sophie. Me encargaré de poneros en el mismo equipo, así no hará el ridículo.

—¡Oh, muchas gracias! —bromeó Chris.

—¡Hola, jóvenes maravillas! —exclamó Nick.

—¡Oh, lord Lothian! ¡Siempre tan ingenioso! —exclamó Violet.

—¡Nick! ¿Hacemos equipo tú y yo? —preguntó impaciente Bridget.

—Bri, deja que los hombres jueguen —la reprendió Sophie con extremo decoro.

—Sophie, ¿no te gustaría participar a ti también? Nuestro padre lo aprueba —aclaró de inmediato el hermano mayor con una mirada cómplice.

Sophie entreabrió la boca con aire resignado. Eso sólo significaba una cosa: tenía que jugar por obligación.

—¡Hurra! —exclamó Bridget, aplaudiendo.

—Yo no jugaré. Nunca me ha gustado —afirmó con claridad Charlotte—. Me ofrezco gustosa a sostenerle las flechas a Bridget. —Las dos jóvenes eran casi de la misma edad y estaban muy unidas; de hecho, lady Charlotte pasaba gran parte de su tiempo en la casa de los Northcliff.

—¡Juguemos también nosotras, Rosanne! —exclamó Violet, decidida a no quedarse al margen.

—¿Alguna vez lo habéis intentado? —le preguntó Nick.

—Sí, pero solo una vez. —Violet vio a Lord Fishbourne acercarse con curiosidad y le sonrió con aire coqueto.

—Lady Violet, ¿necesitáis ayuda? ¿Os explico cómo disparar las flechas?

Christopher esbozó una sonrisa ante el intento de lady Violet de captar la atención de Fishbourne. Miró instintivamente a lady Sophie, esperando verla afligida por la actitud de su supuesto pretendiente, pero ella parecía indiferente.

Se acercó con la excusa de elegir un arco de los que estaban en la cesta. Fijó la vista en su perfil perfecto y notó la figura grácil y proporcionada que se delineaba bajo el vestido claro con rayas verdes.

El primer pensamiento al mirarla fue que le gustaría estar a solas con ella para preguntarle sobre la desdichada noche del incendio, pero también razonó que todos lo notarían y a él no le gustaba

ponerla en una situación incómoda. Un enfoque delicado rendiría frutos de la misma manera, aunque fuera en presencia de otras personas.

—Tal vez habría preferido no jugar —dijo.

Sophie levantó los ojos y lo miró fijamente. No le respondió, sin saber bien qué esperar de él. Intentó concentrarse en las posibles sensaciones que pudieran llegarle, pero nada. Sólo pudo ver el aspecto demacrado, acentuado por el rostro cada vez más delgado y la fina cicatriz, recuerdo de una muerte esquivada. La sonrisa, usualmente cautivadora, parecía forzada, como la de alguien que intenta mostrarse sereno sin estarlo.

Durante su último encuentro en las calles de Londres, su aire derrotado era evidente, e inesperadamente, ella había sido capaz de captar lo que emanaba de su interior: sufrimiento y preocupación la habían invadido con punzantes e intrusivas vibraciones, todo lo opuesto a lo que había sido habitual.

No pudo evitar recordarlo en las fiestas mundanas, divertido por cualquier nimiedad, con su despreocupada arrogancia y ganas de burlarse de todo y todos. Sophie concluyó que en esos meses había experimentado un cambio determinante en su personalidad.

—Lord Fishbourne debería haberse ofrecido a estar con vos, no con lady Violet —dijo Christopher, arrancándola de sus reflexiones.

Ella se sorprendió por ese pensamiento delicado.

—No hay motivo para ello, lord Richmond.

—Disculpad, pensaba que el conde tenía interés en vos —le susurró, desconcertado por haber malinterpretado la relación entre ambos.

—Eso no significa que deba sentirse obligado a estar a mi lado en todo momento —lo justificó Sophie. Miró a lord Fishbourne. Estaba contenta de que él ayudara a Miss Violet, porque eso confirmaba su intención de no agobiarla, aunque la miraba de vez en cuando con aire cómplice.

Christopher interceptó una de esas miradas y sacó sus conclusiones como buen conocedor del carácter femenino: los dos disfrutaban de la compañía mutua, pero no estaban listos para oficializar su relación.

—Entiendo, os estáis tomando un tiempo de común acuerdo, tal vez a espaldas de su excelencia —bromeó.

Sophie se giró hacia él, sorprendida por su intuición, pero no quería darle la satisfacción.

—¿Quién os dice que no sea el duque quien exija más tiempo?

Chris frunció el ceño, reflexionando. Finalmente añadió con humor:

—Sí, debe ser ciertamente así; de lo contrario, Fishbourne ya habría muerto a manos del duque, eso os lo garantizo.

Sophie estalló en una carcajada, se llevó una mano al pecho y se inclinó ligeramente hacia adelante.

Él la imitó, disfrutando de ese raro momento de hilaridad de la joven. Nunca la había visto reír y la observaba hipnotizado por la belleza natural y sencilla de su expresión espontánea. Todo en ella, cada rasgo, cada línea, cada detalle de su figura y de su vestido estaban matizados por un decoro femenino sutil, nunca excesivo ni ostentado como solían hacer la mayoría de las señoritas nobles en espera de pretendiente.

Se encontró admirando este aspecto de ella que, en definitiva, la hacía original, mientras que durante años había preferido mujeres atractivas y exuberantes, frívolas y experimentadas.

El deseo de compartir con aquella criatura casi etérea lo invadió.

—Lady Sophie —le susurró con voz grave.

Ella percibió la llamada silenciosa incluso antes de que él pronunciara su nombre; levantó la mirada y la conexión con esos ojos grises fue inmediata. El corazón comenzó a golpear contra el esternón, la adrenalina corría veloz como relámpagos en la oscuridad. Sintió llegar los pensamientos del hombre como ondas rítmicas, suaves, nada desagradables.

—Os pido perdón desde ahora por la incomodidad que estoy a punto de causaros, pero debo saberlo —murmuró Chris—. Habladme de aquella noche.

Sophie entreabrió los labios y fijó la mirada en las briznas de hierba. ¿Qué podría haberle dicho, si ni siquiera ella sabía lo que había ocurrido? Se mordió el labio, cada vez con más fuerza, y no supo qué responder.

—¿Fue vuestro don el que me salvó? —insistió él en voz baja.

Ella comprendió que no podía seguir esquivándolo y balbuceó agitada:

—Yo no... no quiero hablar de esto.

Christopher, consciente de que no debía insistir para no incomodarla ni atraer la atención de los presentes, sin embargo, dijo:

—Permitidme al menos agradeceros, sea lo que sea que hicierais por mí.

Desde lejos, Bridget anunció:

—Hemos decidido las parejas: lord Fishbourne y lady Violet; el barón MacGregor y lady Rosanne; Nick y yo; Sophie y lord Richmond.

En ese momento, lady Fanny se acercó junto al reverendo Brown, un morigerado pastor, amigo de los marqueses de Rawling, inmensamente rico gracias a una herencia recibida de un tío que murió joven y sin hijos.

—Lady Fanny, ¿jugáis también vos? ¿Quizá con el Reverendo? —preguntó Nicholas.

—Con mucho gusto —respondió la joven, lanzando una mirada de desprecio a lord Richmond.

Sophie también lo observó de reojo, esperando que él no lo notara: mantenía la vista fija en un punto impreciso del árbol donde estaban apoyados algunos arcos, el rostro tenso, tal vez por la decepción de no haber recibido de ella explicaciones más completas sobre la noche del incendio. Se sintió culpable.

Bridget y Nick, los primeros en tirar, dieron en el blanco con precisión, y el clamor de los demás competidores atrajo a la multitud de invitados.

Lord Fishbourne también acertó en la diana y compartió una sonrisa con Sophie, mientras que lady Violet falló incluso el blanco por completo.

—¡Soy un verdadero desastre! —exclamó con fastidio.

Lady Rosanne clavó su flecha en el círculo más externo, y el barón MacGregor en el intermedio.

Lady Fanny y el Reverendo Brown acertaron, recibiendo aplausos de aliento.

—Lanzad vos primero, lady Sophie —propuso lord Richmond, colocándose detrás de ella. Observó con atención sus gestos lentos y precisos, notando el color entremezclado de su cabello rubio y la delicada piel de su cuello, cubierta por un encaje finísimo que descendía hasta la escotadura, bajo los omóplatos—. ¿Os molesto si me quedo aquí?

—No, en absoluto —mintió Sophie, intentando reprimir la agitación que su presencia le provocaba. Un cosquilleo comenzó a recorrerle la espalda, bajó hasta las piernas y subió a los brazos. Sentía sus ojos como si la estuvieran rozando y maldijo el don de su padre. Se obligó a respirar despacio mientras fijaba la vista en el blanco, con el arco aún bajado. Cuando el silencio fue total, lo levantó rápidamente y disparó la flecha con decisión, sin apuntar. El rugido del público se alzó por el centro perfecto.

Chris la miró impresionado.

—¿Siempre hacéis eso? —preguntó con una sonrisa torcida, señalando el blanco—. De esta manera pondréis en aprietos a todos los hombres.

Sophie malinterpretó la frase, convencida de que se refería al escaso número de pretendientes que había ahuyentado con su actitud altiva. Se llamó estúpida a sí misma por haber creído que él había cambiado. Bueno, no lo había hecho en absoluto, se burlaba de ella a su antojo, eso concluyó sin darle ningún crédito. Ni por un segundo pensó en detenerse a mirarlo a los ojos para captar sus verdaderas intenciones a través del don sensitivo que poseía, demasiado prejuiciosa como siempre.

—Si eso puede aliviaros, prometo fallar en el próximo turno para no haceros quedar mal —dijo un tanto irritada.

Él la observó un momento antes de tomar posición. Bastaba una frase equivocada y la susceptible muchacha se ponía a la defensiva.

—¡Lady Sophie, no me habléis así justo ahora que creía que empezábamos a llevarnos bien! —Levantó los brazos y la flecha salió disparada directa al centro—. Después de todo, estoy a vuestra

altura. A este paso, estoy seguro de que ganaremos —anunció, confiado en el lanzamiento perfecto que ella haría.

Sophie apretó los dientes, demasiado agitada por los constantes roces verbales. Mantuvo la cabeza baja, rumiando sus palabras, sin notar que él la miraba continuamente. Sin darse cuenta, dejó escapar de golpe:

—A vos os gusta destacar, a mí no... yo odio exhibirme.

—Sí, ya lo he notado —respondió él, recordando lo silenciosamente femenina que era—. Sois perfecta en todo, lady Sophie, un hombre corre el riesgo de sentirse incómodo a vuestro lado. —Admitió para sí mismo por primera vez que ella le gustaba de verdad.

Pero Sophie también tomó a mal esa última frase. Posicionó el arco y lanzó la flecha sin apuntar, fallando el tiro a propósito.

—Si me disculpáis, mi humilde perfección y yo preferimos retirarnos, para no poneros en una situación incómoda. —Hizo una reverencia y se marchó con una gracia tal que eclipsó a todas las demás jóvenes.

Chris quiso hablar, pero no tuvo tiempo. ¿Qué había pasado? ¿Había dicho otra frase equivocada? ¿O era ella la que malinterpretaba todo constantemente? Constató que Sophie MacKendrick entendía mal cada una de sus palabras.

¿Acaso estaba convencida de que valía poco? ¿O lo consideraba a él tan insignificante como para despreciarlo? Y además, si poseía el don sensitivo de su padre, ¿por qué no se detenía un segundo a percibir su sincera admiración?

Recordó el día en que se habían encontrado por casualidad en la calle y evocó con una claridad absoluta la expresión asustada de la joven por aquel enorme poder que había heredado y que no sabía controlar.

—¿Tenéis noticias de lord Selkirk? —le preguntó Bridget al conde de Richmond.

Christopher no se sorprendió por aquella pregunta tan directa. La pequeña Northcliff tenía un temperamento bastante vivaz e iba

siempre al grano.

—No, lady Bridget, aún está de viaje y no espero una carta suya antes de un mes.

Le ofreció un platito con un sándwich, tomado de la mesa repleta.

—¿Partiréis vos también? —preguntó ella antes de empezar a comer lentamente.

—Creo que sí. Aquí ya no queda mucho para nosotros —le confesó Christopher.

La chiquilla mostró una expresión de pena y desconcierto.

—Entonces, no os volveremos a ver.

—Me temo que no, lady Bridget.

Ella suspiró.

—Bueno, una vez más, mi hermana tenía razón —admitió, notando que el hombre esperaba una explicación—. Sophie es práctica. Me dijo claramente que él no volvería jamás. Qué le vamos a hacer, tenía que ser así.

Christopher comprendió que se refería a Ken y encontró reconfortante que ella se hubiera resignado. Reflexionó, en cambio, sobre la practicidad de lady Sophie.

—Lamento cómo terminaron las cosas entre lady Fanny y vos —dijo Bridget, dándose cuenta demasiado tarde de que había sido inoportuna—. Perdonadme, por favor, digo lo que se me pasa por la cabeza sin pensar.

—No representa ningún problema, lady Bridget, eso ya es agua pasada —le respondió él.

Bridget se alegró de que no se lo tomara a mal y suspiró con un toque teatral.

—¡Mejor para vos, lord Richmond! Sabed que ella nunca os habría seguido a América.

—Parecéis estar segura de ello.

—Lo dijo Sophie, y ella nunca se equivoca —afirmó, alzando las cejas.

El descubrimiento sorprendió a Christopher.

—Habrá que creerle, considerando que es cercana a lady Fanny —aseguró, decidido a hacer hablar a la charlatana.

—¡Nada de eso! — exclamó Bridget, ofendida—. Lady Fanny la quiere como amiga sólo porque es hija del duque de Northcliff — continuó, elevando la voz en las últimas palabras para enfatizar la importancia del padre, lo que hizo reír al conde—. En realidad, Sophie sabe muy bien lo oportunista que es lady Fanny y desaprueba su comportamiento.

—Si hubiera hablado más a menudo con ella, seguro me lo habría advertido —le respondió él.

La muchacha frunció la nariz, lista para defender a su amada hermana.

—¡Un momento! ¡Sabed que Sophie nunca habla mal de los demás! Si se le pide expresamente una opinión, entonces es diferente. Pero detesta las injusticias, eso es seguro. De hecho, odia la situación en la que esa bruja os metió.

—¡Qué divertida sois, lady Bridget! —exclamó Christopher, pensando que ése era el mejor momento del día. La pequeña pelirroja era un encanto.

—Y sabed que perdió los estribos defendiéndoos, hace un momento, y le ha dicho las verdades del barquero.

—¿A quién?

—¡Oh, lord Richmond, a lady Fanny! O mejor dicho, a ese presumido del reverendo. Yo no estaba presente, pero lady Rosanne... ¿sabéis que lady Rosanne es realmente simpática? Ha cambiado desde que pasa menos tiempo con Miss Violet, me gusta mucho, es sincera, siempre tiene un aire despreocupado y... ya he perdido el hilo del discurso, como siempre. Os decía que lady Rosanne me contó que Sophie ha silenciado al reverendo Brown, que se jactaba de su posición de prestigio, respaldado por los elogios de Lady Fanny.

—¿Silenciado?

—Sí, sí, ha sido exactamente así. Al parecer, el reverendo se jactaba de no haber prometido nada que no tuviera. La referencia a vos era flagrante y Sophie le ha respondido de la misma manera.

—¿Habláis en serio?

—¡Sabed que yo nunca miento! Bueno, más o menos... casi nunca. En cualquier caso, Sophie le ha preguntado: ¿qué hombre

sería tan vulgar como para prometer abiertamente a su futura esposa rentas mensuales seguras y detalladas? Lady Rosanne ha dicho que mientras pronunciaba esas palabras, ¡Sophie estaba mirando fijamente a lady Fanny! ¿Os imagináis la escena?

Christopher sonreía extasiado, con los ojos grises bien abiertos por la maravilla.

Ante aquella expresión, Bridget se sintió autorizada a continuar.

—Luego ha dicho algo sobre ciertas jóvenes señoritas que, frente a un pretendiente rico, deducen rentas hipotéticas, anhelando lo que nunca se les ha prometido. Lady Rosanne está segura de que se refería a lady Fanny.

—También lo creo yo —dijo Christopher, pensando en la extraordinaria capacidad de lenguaje de lady Sophie.

—Veréis, mi hermana tiene ideas muy liberales. Lord Richmond, crecimos en una casa donde se habla sin falsos pudores de cualquier tema. Casarse sólo porque un hombre nos garantizará lujo y bienestar es... ¿cómo lo dice Sophie? ¡Ah, sí! Es mortificante para la propia dignidad. ¿Os imagináis al reverendo frente a afirmaciones como ésas? Lady Rosanne temía que le diera un infarto.

Christopher intentaba contener la risa y lo lograba solo porque estaba demasiado atento a cada palabra.

—Mi hermana nunca aceptaría casarse con un hombre por su posición económica y social, considera abominable que ciertos padres lo impongan. Ese pavo real del Reverendo llamó a la búsqueda de pretendientes «programas bien pensados» y Sophie ha montado en cólera.

—No sé... no la imagino gritándole a alguien —se aventuró a decir Christopher.

—¡Un momento! ¡Ella nunca estalla en escenas escandalosas! Sophie siempre permanece tranquila y golpea con palabras mordaces que dejan heridas abiertas durante años, creedme.

—¿Y bien? ¿Qué le ha dicho entonces?

—Lady Rosanne ha contado que Sophie le hizo notar que una joven bien educada nunca programaría su futuro, sino que dejaría que las cosas sucedieran como la Providencia dispusiera. De lo contrario, no estaría siguiendo la enseñanza que él mismo, con tanto

empeño, imparte a sus fieles, y correría el riesgo de parecer una oportunista. ¡Qué cara tan graciosa tenéis!

Chris rio: aquel torrente de frases acompañado de un gesticular constante era irresistible, y el descubrimiento de una lady Sophie, mansa y distante, como paladina de los derechos de las mujeres era realmente demasiado.

—Lady Bridget, sé que vosotras, las Northcliff, sois algo fuera de lo común, y deduzco que su excelencia el duque apoya estas ideas, ¿cómo las habéis llamado? Liberales, sí. Sin embargo, la imagen de lady Sophie como portadora de tales principios choca con la figura serena y distante que veo en la sociedad.

—¡Vaya!, ¡cuánta razón tenéis! Ella se esconde. De todos modos, la verdadera artífice de tanta modernidad es la duquesa. Creo que lo he heredado de ella. —Bridget alzó las cejas, pareciéndose más que nunca a su madre, y fijó la mirada en un punto indefinido del césped, reflexionando sobre esa constatación.

—Una mujer notable, la duquesa.

—Así es. Sin embargo, no os acerquéis demasiado a ella —le advirtió, posando una mano sobre su brazo—. Correríais el riesgo de conocer la ira de mi padre.

Y lord Richmond sólo pudo volver a reír.

Tras la competición de tiro con arco, Sophie se había dirigido a la orilla del riachuelo para sentarse en la hierba, presa de un fuerte malestar causado por el tono de burla que lord Richmond parecía mostrar siempre hacia ella.

Irritada y decepcionada por ello, también había tenido un enfrentamiento áspero con la materialista de lady Fanny y el desaliñado Reverendo Brown, quien le recordaba al pavo real del castillo de los Northcliff en Escocia. Su mal humor había aumentado.

En busca de calma y quietud, había cruzado el pequeño puente y se había adentrado en la espesura del bosque en la otra orilla, aprovechando la vegetación oscura y sombreada para evitar que alguien la viera.

Se preguntó si Nick la estaría siguiendo como de costumbre, admitiendo que ciertamente habría sido prudente, aunque el último ataque había ocurrido pocos días después de su encuentro con lord Richmond en la calle, es decir, cinco meses atrás. Esa semana había pensado continuamente en él y en sus problemas, dándole vueltas a cómo ayudarlo. Se había convencido de que la agitación causaba los ataques epilépticos, a pesar de que su madre decía que eso no era posible.

Pisó el follaje que cubría la tierra, liberando un agradable aroma silvestre que le recordó a Escocia. Avanzó lentamente hasta una suave curva del río, y el gran número de invitados, visibles desde su escondite, quedaron excluidos de aquel mundo bucólico, donde los únicos sonidos eran el canto de los pájaros, el susurro de los árboles y el relajante murmullo del agua.

El cauce del río volvió a curvarse y, para su gran sorpresa, la figura del conde de Richmond se recortó con nitidez contra el fondo deslumbrante del agua cristalina en movimiento. Con el torso desnudo, recogía agua con las manos y se la arrojaba sobre los hombros, el rostro y la cabeza. Su cabello, casi completamente empapado, parecía aún más oscuro.

Vencida por una fuerte atracción, Sophie se dejó caer al suelo para inmortalizar esa imagen en su mente, quizás la última de él, dado que partiría hacia América. Sacó los papeles y el lápiz del bolsillo interno de su enagua y comenzó a trazar líneas seguras y precisas.

No supo encontrar una sola razón para estar allí, ni una para seguir alimentando sueños tontos sobre un hombre que nunca la consideraría a su altura.

Lo vio salir del agua y sentarse en la hierba. Luego tomó una pequeña petaca de plata de su chaqueta y bebió con avidez.

Sophie se detuvo. Quiso correr hacia él y decirle que se detuviera, que no lo hiciera, que volviera a ser el de antes, que fuera fuerte como lo había sido al decidir aceptar la invitación a ese picnic, a pesar de saber que estaría entre personas hostiles.

El conde se levantó, se puso la camisa blanca y la chaqueta beige. De repente, se giró en su dirección: Sophie se quedó inmóvil,

su corazón dio un vuelco, la respiración se le cortó y la apnea estuvo a punto de asfixiarla. Parecía que la estaba mirando, pero ella sabía que era imposible en medio de esa oscuridad.

Le vinieron a la mente los relatos de su madre sobre la percepción mutua entre el duque y ella. ¿Acaso lord Richmond la había sentido? Recordó el sueño que tuvo antes del incendio y esa conexión interior que los unía cada vez que se miraban.

Ese vínculo se había establecido seguramente porque ella lo había salvado, como le ocurría a su padre cuando ayudaba a las personas. Suspiró, aceptando que se trataba solo de eso.

Estaba igualmente segura de que él nunca se interesaría por ella si no fuera para recompensarla por lo que había hecho la noche del incendio.

Alguien como lord Richmond, frívolo, superficial, mundano, amante de la diversión en todas sus formas imaginables, nunca se conformaría con una esposa sobria y modesta, reservada y correcta; nunca aceptaría una compañera enferma de epilepsia, y mucho menos las habladurías que sólo una sociedad despiadada sabe crear en estos casos; nunca asumiría el sacrificio de apoyar a una esposa con poderes sensitivos como los suyos.

El tiempo de los sueños debía terminar; la edad infantil había quedado atrás hacía mucho. Había llegado el momento de madurar, de aceptar la verdad tal como se le presentaba: lord Richmond no era más que una infatuación de adolescentes.

Y de repente, la imagen de lord Fishbourne irrumpió en su mente, invadió su corazón necesitado de un afecto sincero y concreto.

Él había regresado, a pesar de su rechazo al compromiso; se había disculpado, mostrándose atento en su intención de respetar su voluntad, tolerante con una relación sin presiones; nunca le había pedido explicaciones sobre el don de sus manos, nunca se había burlado de su timidez, sino que la había comprendido. En conclusión, estaba dispuesto a ofrecerle un futuro agradable y sereno.

La única duda atroz concernía a su enfermedad. ¿La comprendería?

La esperanza de que el conde de Fishbourne también supiera aceptar esto la arrolló como un huracán, despertando emociones exaltantes que nunca había experimentado. El deseo de compartir con él esa parte odiosa de sí misma se volvió más ardiente que nunca.

Se levantó del suelo, constatando que su falda se había humedecido, y se dirigió a paso rápido hacia el puente.

Cuando levantó la cabeza, vio a Lord Fishbourne detenido justo allí, con las manos apoyadas en la barandilla de madera, los ojos azules fijos en el agua burbujeante que fluía debajo, el perfil perfecto, la figura atractiva y proporcionada en su elegante traje.

Era la mejor oportunidad que se le podía presentar. Se acercó.

—Lord Fishbourne —dijo Sophie. Terrence se giró de golpe, sorprendido—. Disculpad, esta vez soy yo quien os ha asustado —añadió ella con una sonrisa.

—El sonido del agua es hipnótico, ¿no creéis?

—En el puente del barco de mi padre, me quedo dormida con el ruido de las olas chocando con el casco —relató ella.

Se miraron durante dos segundos y luego rieron juntos.

Sophie constató que cada sensación que provenía de él era más que positiva, por lo que se sintió autorizada por su parte más reservada a relajarse. También ella se apoyó en la barandilla.

—Me habéis hecho feliz al aceptar mis disculpas. Sé que quizá para vos parezca algo insignificante, pero no lo es —dijo él.

Ella bajó la mirada, avergonzada, preguntándose cuál sería la mejor respuesta. El repentino contacto de la mano masculina sobre la suya le dio un sobresalto.

—Lady Sophie, cuando he descrito vuestra personalidad como modesta, era un cumplido. Sois única en vuestra elegante manera de ser reservada y tímida, y yo adoro ese aspecto de vos —le confesó Terrence, escrutando el verde de esos ojos temerosos. Sonrió para tranquilizarla.

Sophie recibió ese instante de confidencia como una señal.

—Mi reticencia a exponerme está ligada a mi naturaleza reservada, lord Fishbourne —titubeó—, pero no se debe sólo a eso.

—Siempre lo sospeché, os lo confieso —dijo Terrence.

Sophie abrió la boca, sorprendida de que él hubiera intuido algo. ¿Realmente ese hombre seguía interesado en ella a pesar de todo? Si su afecto no fuera genuino, no estaría allí con ella ahora, esperando.

Terrence se colocó frente a ella, envolvió lentamente ambas manos con las suyas y bajó la cabeza para captar mejor su mirada.

—Habladme, os lo ruego. Sabré escuchar, os lo prometo, sabré aceptar cualquier cosa que digáis.

Una descarga de adrenalina, o lo que fuese, recorrió a Sophie, irrumpiendo en su corazón como agujas, revoloteando en su vientre como mariposas, produciendo vibraciones placenteras como caricias. Respiró lentamente, tomó aire y la frase salió sola.

—Temo que ya no os gustaré cuando sepáis qué enfermedad padezco.

Terrence abrió los ojos de par en par, apretó con más fuerza sus pequeñas manos y las llevó a su pecho. Demasiado maravillado por la revelación, meditó durante unos segundos.

—Ponedme a prueba —susurró. Se quedó observando cómo el delicado rostro de la joven perdía color. Sus ojos verdísimos se volvieron acuosos por la ansiedad que sin duda estaba sintiendo. El labio rosado era mordido en un gesto sensual y, al mismo tiempo, conmovedor—. Ponedme a prueba —repitió él para ayudarla.

Sophie parpadeó y unas gruesas lágrimas escaparon libremente. Sin embargo, no se movió, no se apresuró a secarlas ni a esconderse como solía hacer.

—Soy epiléptica —confesó.

El mundo se detuvo. Incluso el gorgoteo del arroyo pareció un sonido remoto.

El calor cayó sobre ellos como una capa insoportable.

Él inmóvil, el rostro estático, conmocionado. Ella suspendida, el rostro enrojecido, aterrorizada.

Sophie intentó retirar las manos para escapar de su reacción silenciosa, pero él las retuvo.

—Habréis sufrido mucho por ello. Ahora lo entiendo todo, mi dulce lady Sophie, y mi cariño por vos ha crecido en este preciso instante.

—No... vos no habéis comprendido...

—Epilepsia. He escuchado muy bien —dijo él sonriendo—. Si no me conmocionó saber que tenéis un gran don en estas pequeñas manos, ¿cómo podría preocuparme una enfermedad?

Ante esas palabras, el llanto se volvió incontenible, una cascada irrefrenable y lastimosa.

Terrence le ofreció su pañuelo y le dio tiempo para recomponerse, mientras repetía:

—Todo estará bien, tranquilizaos, estaré a vuestro lado.

Fue entonces cuando Sophie se atrevió a mirarlo a los ojos.

Sí, era todo cierto: el conde de Fishbourne sentía un gran afecto por ella. Podía percibirlo por las inconfundibles vibraciones placenteras, por el cosquilleo que cada palabra suya despertaba en sus dedos.

Terrence, por su parte, no iba a permitir que una enfermedad, por grave que fuera, lo alejara de la mujer que había elegido, razonadamente, entre decenas de otras desde hacía años. Se puso serio, deseando tener a la joven para sí lo antes posible.

—Quisiera besaros. Os prometí que os lo pediría antes de hacerlo, ¿recordáis?

A Sophie le dio risa y, llevada por un impulso de gratitud, se puso de puntillas y posó sus labios sobre los de él.

Terrence rodeó el cuerpo menudo con sus brazos, levantándola del suelo, y la besó despacio, como solo la experiencia le había enseñado, transportando a la joven a un mundo de sensaciones que ella desconocía.

Al cerrar los ojos, Sophie imaginó primero a Christopher Clayton, fascinante, bromista, risueño... Sí, esa sonrisa habitual de burla y desprecio, la misma que mostraba cuando se mofaba de ella, demasiado insípida para sus estándares. Pero su mente lo aniquiló sin piedad: él no merecía su honestidad ni su simplicidad de espíritu, su rectitud ni su sensatez, se dijo a sí mismo.

Inhaló con fuerza para grabar en su memoria el aroma de Terrence Evans: era él quien la abrazaba con sincero afecto, era él quien había aceptado su maldita epilepsia y el don de sus manos, y solo a él se entregaría.

Correspondió a esa intimidad de buena gana, guiada por una profunda gratitud, descubriendo que incluso el aspecto físico de esa conexión podía volverse placentero.

Aceptaría el matrimonio porque era lo más sensato, porque ningún otro la tomaría como esposa sintiendo tal devoción, porque no era justo que su familia siguiera preocupándose por su futuro.

Sí, los sueños infantiles habían terminado.

Era la hora de la realidad.

14

8 de julio de 1835

Londres

Era una noche tan silenciosa, que Sophie tuvo que respirar profundamente para interrumpir esa molesta quietud. No se había molestado en avivar las brasas de la chimenea, ya que el aire estival mantenía una temperatura suave en la casa, y ahora la alcoba estaba sumida en la penumbra. Mientras en la habitación contigua Bridget y Charlotte finalmente se habían dormido tras charlar un buen rato, en cambio, ella estaba despierta porque los recuerdos de la excursión a casa de los Salle-Hill se agolpaban incesantemente y sin un orden preciso. En ese momento, la sensación de paz por haber decidido aceptar el cortejo de lord Fishbourne le daba seguridad, y se sentía feliz al pensar en una vida junto a un esposo comprensivo y afectuoso.

Sin embargo, el rostro demacrado de lord Richmond apareció de pronto en su mente: sus ojos apagados mientras conversaban durante la competencia de tiro con arco, luego en el río bebiendo ávidamente de la petaca de plata, el brazo musculoso extendido hacia arriba, la cabeza ligeramente inclinada, la garganta expuesta. Se agitó en la cama, molesta. La versión más íntima de él, medio desnudo y mojado, le provocó un frenesí inusual que ascendía desde el vientre, insinuándose como una languidez desconocida. Para contrarrestarlo, se obligó a visualizar la expresión de perpetua burla del conde mientras se mofaba de ella: Richmond no podría competir con la rectitud del querido lord Fishbourne.

Y, sin embargo, aquel rostro marcado por la cicatriz le despertaba un hondo sentimiento de culpa: ella estaba a punto de abrazar un futuro prometedor junto a un hombre excepcional, una vida colmada de alegrías y serenidad, mientras Richmond se enfrentaba a serias

dificultades económicas, perdiendo el juicio y entregándose al alcohol.

¿Qué podía hacer? ¿Ayudarlo, tal vez? ¿Pero cómo? La respuesta le llegó de inmediato: tendría que contarle a su padre lo que había visto en el río.

De repente, se sentó en la cama, encendió la vela y se puso las pantuflas. Se colocó la bata de seda clara, echándose la trenza rubia a un lado, y bajó las escaleras. Sabía que encontraría al duque en su estudio, y cuando aún estaba en el pasillo, lo oyó preguntar:

—¿Quién es?

Sophie, sin sorprenderse en absoluto, empujó la puerta y se encontró de inmediato con los ojos más azules que jamás había visto. Su padre estaba en camisa, con las mangas arremangadas y sin corbata. Se levantó de la silla, con una expresión preocupada, el cabello oscuro, apenas salpicado de gris, despeinado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—Tengo que hablar contigo, papá —murmuró ella. Sentados en el sofá, él le tomó una mano—. No, papá, no me toques. Tengo que decirte algo, sin que nuestras percepciones se mezclen —le rechazó gentilmente, esperando preservar el mayor tiempo posible su mente dividida—. Es verdad que bebe. Lo vi yo, en la excursión.

Imperturbable como siempre, Keiran comprendió a quién se refería. Había confiado que sólo fueran rumores creados para desprestigiar a Richmond, pero en el fondo sabía que no lo eran.

—¿Cuándo?

—En el río. Mientras yo paseaba.

—¿Te vio?

—Oh, no, estaba escondida entre la vegetación. —Notó su mirada severa—. Necesitaba estar sola —se justificó en un tono suplicante.

—Tu enfermedad no te permite estar sola —sentenció él con dureza.

Sophie bajó la cabeza y dejó escapar un leve suspiro: su padre tenía razón, pero estaba agotada por las restricciones que el sentido común le imponía debido a esa enfermedad que la hacía distinta a las demás jóvenes.

—Sé lo que sientes. Pero ésta es tu vida, Sophie, siempre lo has sabido —dijo él.

Ella asintió con tristeza, diciéndose a sí misma que la crudeza de esas palabras sería su salvación. Nada de ilusiones, nada de esperanzas vanas. Sí, era afortunada de tener un pretendiente como el conde de Fishbourne, que aceptaba como compañera de vida a una como ella. Su mente voló inevitablemente hacia el otro conde y su forma desenfrenada de vivir.

—Parecía desesperado. Tomó una petaca de plata y la vació con una avidez preocupante.

—Has hecho muy bien en decírmelo.

—Necesita ayuda.

—Lo convenceré de aceptar una suma o de reunirse con Selkirk lo antes posible —respondió el duque.

Sophie besó a su padre en la mejilla y se marchó en silencio, consciente de su mirada penetrante, incluso cuando entrecerró la puerta.

Pero nunca descubriría que él, sin siquiera tocarla, había percibido el torbellino de emociones que habitaba en ella: la preocupación por Richmond chocaba con la gratitud hacia lord Fishbourne, como si ambos sentimientos libraran una batalla interior. Sorprendido de que ella lograra manejarlos con tanta dignidad y dominio, el duque estaba seguro de no comprender del todo a su hija, una constatación que lo incomodó y lo hizo sentirse impotente, algo inusual para él.

A la mañana siguiente, Sophie apareció en el desayuno con un aire cansado y pensativo; en el carruaje, Jinny notó de inmediato que estaba más callada de lo habitual y al principio pensó que estaba indispuesta. Luego, al observar su delicado rostro, comprendió que sólo estaba reflexionando: demasiado concentrada, parecía no prestar atención a los brincos del vehículo abierto, conducido a través del caótico tráfico de la *City*. La bolsita de seda estuvo a punto de caer, y la atenta criada la atrapó al vuelo y se la devolvió.

—Gracias, Jinny —le dijo Sophie.

Desde el día de la excursión campestre a casa de los Salle-Hill, Sophie había estado dándole vueltas a la suma que llevaba años ahorrando, tal vez influida por los pensamientos sobre su futuro junto a lord Fishbourne. No se trataba solo de lo que había guardado de la renta mensual que su padre le proporcionaba desde que tenía dieciséis años —casi cuatro mil libras en ahorros—, sino, sobre todo, de los ingresos provenientes de la venta de sus dibujos.

En una época en la que se consideraba atrevido levantar la falda más allá de lo que la sociedad definía como decoroso, descarado salir sin guantes o sombrero, y vergonzoso pasear sola por *St. James Street*, los dibujos que representaban el cuerpo humano valían mucho más si el detalle se centraba en una parte habitualmente cubierta por la ropa.

Y Sophie lo había entendido. Una espalda femenina desnuda valía más que un rostro; una pierna musculosa masculina atraía más que una mano; las rodillas de una joven sentada en su tocador prometían mayor éxito que el perfil de un rostro.

Por eso, con apenas veinte años, podía considerarse rica: su cuenta bancaria ascendía a unas treinta mil libras. Estaba a su nombre; el duque, algo casi impensable, no sabía nada al respecto, porque ella había amenazado al director con retirar toda la suma si revelaba su secreto a alguien, especialmente a su excelencia. Sin duda, su habilidad, perfeccionada con los años, para eludir los ojos inquisitivos de su padre se sumaba a esa capacidad sensorial de la que se estaba volviendo dueña poco a poco. Si al principio ese don parecía un obstáculo insuperable, ahora Sophie estaba aprendiendo a manejarlo, si bien con cierta torpeza.

La carroza se detuvo y el lacayo la ayudó a bajar. La criada tomó la carpeta negra que contenía los dibujos y siguió a su ama al interior de la primera tienda. Visitaron nueve más, como ocurría cada vez que salían a vender.

Fue en la última donde Sophie, a través de la puerta del pequeño salón donde la habían hecho acomodarse, vio entrar a la madre del conde de Richmond con un llamativo vestido púrpura, lleno de pliegues, encajes y cintas, que le daba a su figura un aspecto estridente. Observó de reojo al dueño de la tienda: sentado frente a

ella, examinaba los dibujos, que otros habrían calificado de subidos de tono, con rostro imperturbable porque la conocía desde hacía años. Sophie sabía que el hombre dedicaba mucha atención a la selección, estudiando las hojas con una meditada evaluación. Volvió a levantar la mirada: Lady Richmond, altiva en sus maneras y arrogante en su forma de expresarse, revisaba unos guantes para el otoño, exigiendo lo mejor en cuero. El dependiente la trataba con extrema cortesía, pero una mirada de complicidad con su colega delató lo que realmente pensaba.

—Admirables como siempre, lady Sophie. Éste en particular —dijo Mr. Ridley mientras sostenía una hoja entre las manos.

Sophie tuvo un leve sobresalto: el dueño de la tienda estaba interesado en el dibujo del hombre en el río. Se preguntó si habría notado la semejanza con lord Richmond, pero pronto se dio cuenta de que no era más que una espalda desnuda, con los brazos abiertos vertiendo agua sobre sí mismo, una figura masculina como tantas otras.

—Imaginaba que lo apreciaríais. Lo bastante audaz como para venderlo bien y rápido —dijo ella.

—Completamente de acuerdo —admitió el otro—. Me quedo con éstos. Son seis en total, lady Sophie, así que sesenta libras.

—Son cinco más el hombre en el río. Así que sesenta y cinco libras —especificó ella con determinación.

—¿Queréis decir que éste lo vendéis por quince libras?

—Sí, Mr. Ridley. Y estoy tan segura de que no tendréis inconveniente porque, de todos los comerciantes a los que vendo, sois el único realmente capaz de comprender el potencial de obras como ésta. —Pese a su actitud comedida, Sophie sonrió, segura de haber suavizado a su comprador con una táctica femenina aprendida de su madre.

—Efectivamente, no tengo nada que objetar, lady Sophie —le respondió Mr. Ridley, complacido por la reputación que la hija del duque tenía la gentileza de otorgarle. Se levantó y abrió la caja fuerte, frente a la cual se detuvo unos segundos para contar el dinero.

Sophie aprovechó para echar otro vistazo a lady Richmond: estaba eligiendo un sombrerito que podía definirse como muy costoso y poco refinado.

—Aquí tenéis —dijo el dueño entregando la suma a Jinny.

En ese momento, un dependiente llamó a la puerta.

—Disculpad, Mr. Ridley, ¿podría molestaros solo un momento?

—Con vuestro permiso, lady Sophie —respondió él.

Los dos salieron, dejando la puerta entreabierta, pero ésta se abrió lentamente por la corriente de aire que provenía de la entrada principal del negocio, y sus voces se volvieron perfectamente audibles.

—Dice que lo carguemos a la cuenta del hijo, pero él ya no paga desde hace dos meses —se oyó decir al dependiente.

—No puedo creer que el conde de Richmond no le haya prohibido comprar a su nombre. ¿A cuánto asciende la deuda?

—Treinta y ocho libras.

—¿Qué está comprando? —preguntó Mr. Ridley.

—Guantes, los franceses de piel de cabrito, negros, el sombrerito a juego, el más caro, y por último un chal de encaje de Chantilly. Casi trece libras.

—Y ahora ¿qué hacemos? No se le puede negar el crédito sin previo aviso. Habrá que enviar la factura a lord Richmond hoy mismo. La próxima vez, aunque insista, le mostrarás solo mercancía de mala calidad, ¿entendido? ¡Tenemos mucha en el almacén!

Sophie y Jinny se miraron. Luego, para fingir que no habían escuchado, Sophie dijo en voz alta:

—Será mejor que regresemos, Jinny. Mr. Ridley, aquí estáis, por fin.

—Os pido disculpas, lady Sophie, un asunto urgente, ya me comprenderéis.

—No es ningún problema. Que tengáis un buen día.

Salió del local seguida por Jinny, y lady Richmond la despidió con un leve asentimiento de cabeza, tomándose la molestia de evaluar con una descarada inspección su vestido color lila y su sombrerito violeta adornado con pequeños lazos, que seguramente estaba

juzgando como demasiado sencillos, dados sus gustos excéntricos en materia de moda.

Sophie continuó, intentando ignorar esa mirada impertinente. Una vez en el carruaje, se concedió todo el trayecto hasta casa para reflexionar sobre las deudas que esa mujer contraía a nombre de su hijo con total desprecio por sus graves dificultades económicas, y sintió un profundo disgusto.

Londres, Residencia de Richmond

—Lord Richmond, os confirmo oficialmente la información que os di la semana pasada —dijo Hugh Foster, entregándole una hoja—. Ésta es la página de los documentos de a bordo con el nombre de Price y el de su esposa. Como podéis ver, partieron en un mercante. A estas alturas estarán en cualquier rincón de Estados Unidos.

Guardó silencio para darle tiempo de asimilar la noticia. Lo observó leer, con un aire casi ausente, como si no esperara nada diferente. Con ojo atento evaluó su elegancia innata en los movimientos, el traje y la camisa confeccionados por uno de los sastres de moda de Londres, los modales educados y refinados, el cabello castaño bien peinado y el rostro recién afeitado. Sin embargo, el agradable aroma de la colonia no ocultaba el olor acre del *whisky*. Buscó rápidamente con la mirada la botella y el vaso, y los encontró en el mueble junto a la ventana. Lo miró de nuevo: el aire cansado del rostro, acentuado por las oscuras ojeras, era un síntoma de pocas horas de sueño y demasiado alcohol.

Foster se había informado sobre Richmond. Sabía que había sido un gran trabajador, un excelente partido, un hombre mundano, siempre con mujeres revoloteando a su alrededor; pero ahora estaba sin trabajo, sin dinero, sin prometida, sin amante fija; con el poco dinero que le quedaba, pagaba a prostitutas por su compañía, ya que las mujeres nobles, casadas o no, lo evitaban como a la peste. Sin duda, beber hasta el exceso era una consecuencia inevitable en una situación como aquélla. Sintió un arrebato de desaprobación dictado por su seriedad: estaba convencido de que

un hombre nunca debía dejarse llevar de ese modo. Y, sin embargo, ocurría, de las formas más impensables y por las causas más absurdas, como era en este caso. La desaprobación pronto fue reemplazada por solidaridad: aquel Price había arruinado la vida de dos personas decentes, y él no había sido capaz de ayudarlos; solo había encontrado información de poca utilidad. Se sintió derrotado.

—Gracias, Mr. Foster. Creo que vuestros servicios terminan aquí —balbuceó el conde con voz temblorosa.

—Por desgracia así es, lord Richmond, y lo siento mucho: habría querido ser de mayor ayuda.

Christopher hizo un vago gesto de gratitud, pensando ya en el licor que lo esperaba.

—Si me permito, sin embargo, daros una sugerencia —añadió Hugh—, creo que puedo afirmar que lord Selkirk no tendrá dificultad en encontrar información sobre Price: no es hombre de realizar trabajos manuales, así que lo buscaría en la ciudad, no en el campo, y tal vez precisamente por eso, en Nueva York.

—Gracias, transmitiré vuestro consejo a lord Selkirk por carta.

Foster lo miró un instante más, notando que en ese momento aparentaba más de sus treinta y tres años, luego hizo una reverencia, tomó el sobre con el dinero y se marchó.

Chris permaneció inmóvil, intentando razonar sobre las últimas frases que había escuchado, envuelto en la niebla que los dos vasos de *whisky* ya ingeridos le provocaban. La *Golden Texture 2* había sido vendida. El abogado Wilkinson se había encargado de pagar las deudas más urgentes y de dividir la suma restante entre Ken y él. Pero ese dinero estaba casi agotado. Su madre seguía gastando, fingiendo desconocer la situación, y él se sentía demasiado cansado y abatido para rebelarse ante la aplastante derrota.

Abrumado por la miserable situación en la que estaba atrapado, no le quedaba más que beber para mantenerse en un estado de constante irrealidad y olvidar el abismo en el que estaba cayendo. Pero día tras día, ese *whisky* parecía no ser suficiente, y en los raros momentos de plena lucidez se preguntaba si había errado al no irse de inmediato con Ken. Había prometido hacerlo una vez que

arreglara sus asuntos, pero no había calculado la magnitud de las deudas y ahora no tenía suficiente dinero para partir.

Se preguntó si sería capaz de dejar a su madre sola con las enormes deudas por pagar y se dio cuenta de que nunca tendría el valor. El estado de ánimo, melancólico por el alcohol, lo llevó a tacharse de vil y débil. El recuerdo implacable de su padre, sometido por la dura y fría esposa que había sido lady Richmond, le atravesó la mente como un arpón, devolviéndolo a la cruda realidad.

Colmó el vaso y lo bebió de un solo trago. El calor falsamente benéfico se irradió de inmediato por su cuerpo y lo sintió llegar al cerebro como un relámpago, proporcionándole un alivio pasajero. Se calmó por unos instantes y se permitió complacerse por no haber aceptado la ayuda que el duque de Northcliff le había ofrecido semanas atrás: después de todo, no era tan cobarde. Ni por un segundo consideró que su negativa no era más que el reflejo de un orgullo inútil y engañoso, que le daba la ilusión de no estar todavía vencido.

Luego se dio cuenta de que, tarde o temprano, lo arrestarían por deudas y terminaría sus días en la cárcel. Y si, por una improbable hipótesis, lograra salir, los rumores sobre su reputación, ya manchada, tendrían consecuencias letales para el resto de su existencia. Sintió un arrebato de irritación, se odió a sí mismo, a su madre, a la sociedad hipócrita que dictaba leyes sobre todo y todos. Vertió más *whisky* y lo tragó de nuevo de un solo trago. Su mente se elevó en pensamientos nebulosos y confusos, y se quedó dormido durante casi una hora.

Cuando la madre irrumpió en el despacho sin llamar, se quedó desconcertada al encontrarlo dormido en el sillón, en una postura desgarbada y con el cabello revuelto.

—¡Christopher! —exclamó sorprendida.

Él dio un respingo, la miró un instante y luego se giró hacia el otro lado, cerrando los ojos de nuevo. No tenía ninguna gana de escuchar a su madre.

—¿Os parece una actitud apropiada? ¿Abandonarse de ese modo y beber a esta hora de la mañana?

Chris no se movió, esperando que ignorarla eliminaría su molesta presencia. Pero debería haber sabido que lady Richmond no era mujer que aceptara la indiferencia de su interlocutor: acostumbrada a atraer la atención en todo lo que hacía y decía, se imponía hasta volverse insoportable.

—Lord Richmond, creo que es hora de que os controléis y os dediquéis más a las tareas laborales si no queréis acabar sin recursos.

Esas palabras fueron como el aguijón de una avispa clavado en el cuello. Él abrió los ojos y la fulminó con su mirada de acero.

—Los recursos ya se han agotado, *maman*, así que me veo obligado a preguntaros —le dijo, señalando más allá de la puerta abierta, donde un criado llevaba al primer piso varias cajas—, ¿con qué dinero habéis pagado vuestras compras?

La noble dama mostró una expresión ofendida.

—¿Cómo podéis hacerme semejantes preguntas?

—¿Cómo podéis gastar dinero que no poseo? —replicó él con rudeza.

—No digáis tonterías: sé muy bien que tenéis un fondo para...

—No sabéis nada, *maman*. ¡Os había advertido que no os endeudarais más! —estalló, impaciente. Se levantó de golpe y pasó junto a ella.

—Os ruego que me expliquéis por qué no debería hacerlo —insistió ella, siguiéndolo hacia las escaleras. Él no respondía—. Es inaceptable que estéis tan apegado a vuestras ganancias como para negarme lo estrictamente necesario para mantener un estilo de vida decoroso.

Christopher se detuvo a mitad de la escalera, con un pie en un peldaño y el otro más abajo. Respiró hondo, intentando no estallar, y finalmente se giró sobre sí mismo para mirar a la mujer más egoísta que jamás había conocido.

En ese instante recordó la desesperación de su padre cuando descubrió que la condesa había gastado todos sus ahorros personales en ropa y frívolos accesorios de los que podría haber prescindido, considerando que lord Richmond cada temporada se encargaba de proporcionarle un guardarropa nuevo.

Entonces notó el sombrerito de colores chillones adornado con plumas y flores, el vestido púrpura lleno de encajes, cintas y volantes, en una mezcla caótica de tonos superpuestos y excesivos: siempre elegía las cosas más llamativas para hacerse notar y las más caras para que se dijera que era rica.

—No gastéis más mi dinero —pronunció en un tono duro pero tranquilo. Luego reanudó su ascenso, lento y compuesto. Sin embargo, el portazo que dio al cerrar la puerta traicionó su rabia.

15

19 de julio de 1835

Londres, Hyde Park

Sophie detestaba pasear por el parque porque siempre había alguien que la detenía con los pretextos más absurdos para, inevitablemente, llevar la conversación hacia la desgracia de Westminster, el incidente de Richmond, o cómo ella sabía usar el don de sus manos para ayudar a los demás. De ahí a llegar a comentarios sobre su supuesta desesperación por la presunta muerte del conde, el paso era muy breve. Y ella siempre se quedaba atónita ante tanta desfachatez.

En esos momentos, Bridget resultaba de gran ayuda, porque sus respuestas desanimaban a los más entrometidos y disuadían a las señoritas más chismosas, que se horrorizaban con cada una de sus exclamaciones inoportunas.

—¡Por todos los santos, Sophie, te has convertido en toda una atracción! —murmuró, haciendo reír a Charlotte—. ¿Entonces ya lo has decidido? ¿Te dejarás cortejar por ese aburrido de Fishbourne?

Sophie suspiró con paciencia ante el malhumor que se anidaba en su hermana a causa de lord Selkirk, notando lo bien que el amarillo de su vestido combinaba con el color de su cabello; se dirigió hacia el banco apartado donde, por lo general, nadie se acercaba.

—No seas maleducada, Bri. Es una buena persona y me quiere a pesar de la enfermedad.

—Sophie tiene razón: incluso ha aceptado esperar a que pase septiembre antes de hacer su propuesta oficial —intervino Charlotte.

Bridget enarcó las cejas.

—Bueno, en efecto, pocos lo habrían hecho en su lugar. Claro que él sale ganando mucho.

—No necesita dinero. Eres una insolente —la reprendió su hermana mayor.

—¿Dinero? No, me refería a la posición: ¡eres hija de un duque! —replicó la muchacha, desatando las cintas de su sombrerito—. ¡Eh! —chilló poco después en dirección al sendero lateral.

Sophie estaba a punto de reprenderla cuando vio a lord Richmond acercarse. Atractivo como siempre, impecable con su traje azul y gris, la camisa inmaculada y la corbata a rayas, caminaba con seguridad, con pasos amplios y lentos. Para su gran sorpresa, una emoción intensa la invadió, su respiración se volvió entrecortada y comprendió que aún sentía algo por él. Se sintió derrotada. Apretó los labios intentando reprimir ese sentimiento completamente inapropiado para una señorita que había aceptado el cortejo de otro caballero.

—Lady Sophie, lady Bridget, lady Charlotte, buenos días —les saludó él con un leve movimiento de cabeza, tocando el ala de su sombrero.

—Nunca os había visto por aquí —constató Bridget sin rodeos.

—Es cierto, no me gusta pasear —explicó él—. Prefiero montar a caballo. Pero voy a una cita con mi abogado y decidí tomar un poco de aire fresco.

En realidad, Christopher contaba con el frío de esa mañana para llegar al despacho de Mr. Wilkinson más lúcido que nunca. Aunque no había bebido aún ese día, y la víspera se había excedido.

—También yo prefiero cabalgar. ¡Pero Charlotte insiste tanto en venir a Hyde Park! —dijo Bridget.

La franqueza de la muchacha hizo sonreír a Richmond.

—Tienes encuentros interesantes —se justificó Charlotte.

—Todo caballero que tenga el honor de encontraros aquí es muy afortunado. Yo incluido. ¡Después de todo, tres jóvenes encantadoras de una sola vez!

Bridget y Charlotte rieron. Sophie no movió ni un músculo, rígida en el esfuerzo por no delatarse.

—Lady Sophie, estáis particularmente radiante hoy, permitidme que os lo diga. ¡Sin quitaros mérito a vosotras, lady Bridget y lady Charlotte!

Chris no había perdido su espíritu bromista, aunque últimamente sonreía poco, y era evidente que se trataba de una simpática provocación por el aire tan serio de la muchacha. Sophie no captó el sarcasmo inofensivo que había divertido a las otras dos, demasiado ocupada negándose a sí misma que aún estaba enamorada de él. Sentía su mirada penetrante sobre ella y habría querido decirle que parara, porque no era capaz de soportar la tensión de un juego que no sabía manejar, y en el que él tenía gran experiencia.

Sophie esbozó una sonrisa ridícula y lo miró con timidez. En ese momento percibió la negatividad que envolvía al conde, un ánimo derrotado por un destino adverso. Entreabrió los labios, invadida por las sensaciones que le transmitían esos ojos grises. Sintió pena por él y la tentación de consolarlo se volvió más fuerte que nunca. Se impuso una respiración lenta, deseando que su padre hablara con él lo antes posible.

Christopher se resignó ante esa frialdad ostentada. Sin duda, la muchacha no disfrutaba de su presencia ahora que la sociedad lo había etiquetado como un paria. Ya estaba en boca de todos que las Patronas estaban considerando no admitirlo más en *Almack's*. Pero, después de todo, él nunca le había agradado a lady Sophie: probablemente lo veía como un noble indolente, dedicado a la vida mundana y a los placeres.

Sin embargo, él seguía encontrándola interesante. Tras Westminster, había descubierto a una chica capaz de emociones intensas y sensible al sufrimiento ajeno. Aún no entendía por qué se empeñaba en mostrar sólo su lado austero y rígido. ¿Acaso ocultaba algo? La observó un momento. Sí, la joven le gustaba, era inútil negarlo. Fría en su compostura forzada, era traicionada por esos ojos verdes que vagaban desorientados para no mirarlo. La piel blanca de su cuello emergía tentadora bajo la piel del abrigo, y esos mechones de un rubio clarísimo pedían ser tocados. La línea severa de su boca quedaba suavizada por el rubor natural de unos labios

bien delineados en forma de corazón. Una punzada le atravesó los riñones y admitió que sentía atracción física por ella.

—Bien, me alegra haber podido saludaros, aunque sea solo por unos minutos. Me dirijo a mi cita. ¡Que tengáis un buen día!

—¡Nosotras también nos alegramos, lord Richmond! ¡Buenos días! —respondió Bridget, alegre como siempre.

Los ojos de Sophie se dispararon hacia él. La figura imponente y llena de encanto contrastaba con su expresión sombría: se alejaba como si se dirigiera al cadalso. Se levantó de golpe, dejando caer su bolsita.

—¡Lord Richmond!

Él se giró y la miró. Los ojos confundidos de la muchacha decían palabras sin pronunciar. Como atraído por un imán, dio algunos pasos hacia ella.

—¿Qué puedo hacer por vos?

Sophie se mordió el labio, cada vez más fuerte, hasta sentir el dolor. No sabía qué decir, o tal vez lo sabía pero no se atrevía.

Christopher miró su boca y no pudo contenerse.

—Si seguís así, os saldrá sangre —susurró.

Sophie dejó de morderse y se tocó los labios con los dedos. El contacto con el guante de cuero la sacó de aquel estado de desconcierto.

—Yo... yo quería deciros que... siempre hay una solución.

Él frunció el ceño. ¿Acaso su don le permitía leer dentro de las personas incluso sin tocarlas? Se sintió expuesto, casi traicionado, como si alguien hubiera invadido su mente sin permiso. Comprendió que tal vez ella también había percibido el deseo que había sentido por ella unos instantes antes.

—¿Qué significa eso? —preguntó con dureza.

Ante ese tono brusco, Sophie dio un respingo y retrocedió un paso.

—Os pido disculpas. No he debido... —murmuró.

—No, quieta —ordenó él, sujetándola por el brazo. Luego miró a su alrededor para asegurarse de que nadie notara el gesto—. ¿Qué significa eso?

Ella se sintió atrapada. No era propio de su naturaleza revelar tanto de sí misma, y mucho menos contarle al interesado lo que su don le permitía saber.

—¿Qué queréis decir? Por favor, explicádmelo.

—He percibido vuestra tristeza... lo siento, no lo hago a propósito. Siento las emociones incluso sin quererlo —balbuceó ella con voz temblorosa.

Christopher la miró fijamente: estaba asustada. No debía ser agradable captar los dolores ajenos.

—Un gran problema para vos —comentó casi sarcástico para quitarle hierro al asunto—. No creía que fuerais capaz de hacerlo sin usar las manos, y me duele que hayáis tenido que soportar mis males —añadió luego con seriedad.

Sophie, demasiado incómoda, no respondió. Mantuvo la cabeza gacha, observando la mano masculina posada en su brazo, los dedos enérgicos en contraste con la delicada tela de su abrigo. El calor agradable de esa mano ascendía, irradiándose con la suavidad de una caricia. Se maravilló de ello, convencida hasta entonces de que aquel hombre no tenía empatía alguna por los demás. Entonces levantó la mirada: lord Richmond la observaba con comprensión, y sus pensamientos eran compasivos, llenos de un deseo de protegerla y ayudarla; podía captar toda su autenticidad. Como había ocurrido en otras ocasiones, la sintonía entre ellos resurgió con fuerza, fluía a través de sus miradas, como una conexión indisoluble hecha de un intercambio tierno, aunque inexplicable para ambos.

—¿Os preocupáis por mí, lady Sophie? No lo hagáis, os lo ruego. No quiero ser causa de malestar para vos —susurró Christopher en un tono apasionado que no le era habitual.

—Estoy muy apesadumbrada... por lo que os está sucediendo, no puedo evitarlo —susurró ella con voz temblorosa.

Una sensación extraña y nueva envolvió a Richmond: nadie, salvo su padre, se había angustiado por él jamás. Sentirse objeto de afecto lo desestabilizó y, sin saber qué decir, bromeó al respecto, lo único que se le daba bien.

—Lady Sophie, soy como los gatos: siempre caigo de pie. Ya deberíais haberlo entendido a estas alturas.

Le arrancó un leve esbozo de sonrisa, pero cuando con el rabillo del ojo vio que alguien se acercaba, soltó la mano, le guiñó un ojo y se alejó. Retomó su camino, cruzándose con lord Fishbourne.

Los dos se saludaron con cortesía, pero nada más.

Bridget puso los ojos en blanco al ver al pretendiente.

—¡Buenos días, conde! Charlotte, ¿paseamos un poco? —preguntó a su prima, decidida a no soportar al aburrido caballero.

—Buenos días —dijo Fishbourne mientras las muchachas se alejaban—. Lady Sophie, ¿estáis bien? —preguntó con excesiva preocupación, frunciendo el ceño.

—Sí, por supuesto, estoy bien, gracias. Pero ¿por qué estáis tan preocupado?

—He visto a Richmond y, sabéis, me incomoda la desenvoltura con la que os entretiene, sin importarle las habladurías que podrían afectar vuestra reputación. Supongo que no se puede evitar: el parque es un lugar público.

Sophie recibió su comentario con benevolencia: no era la primera vez que tocaban ese tema y sabía que su gentil pretendiente actuaba movido por una sana preocupación por ella. Recordó cuánto le estaba agradecida.

—Os angustiáis demasiado, lord Fishbourne —afirmó con una sonrisa condescendiente que pareció tranquilizarlo.

Residencia de Fishbourne

—Estas patatas están deliciosas, tía. Tendré que felicitar a la cocinera —afirmó Terrence, llevándose otro bocado a la boca.

—Le alegrará escucharlo directamente de ti. Esta mañana llegó otra invitación para una cena, creo que para finales de agosto; he dejado el correo en tu escritorio.

—Gracias, tía.

Él continuó comiendo en el más absoluto silencio, cavilando sobre graves pensamientos a los que había llegado tras semanas de

reflexión, y la cena terminó.

Ese silencio era para Mary más elocuente que muchas palabras, y sabía que solo hacía falta ofrecer el estímulo adecuado para que su sobrino hablara. Con la expresión perpetuamente serena en su rostro claro como la luna llena, le preguntó:

—¿Cómo estaba esta mañana Hyde Park, querido?

—Muy bien: a pesar de ser julio, pasear bajo la sombra de los árboles antes de las once permite disfrutar de una temperatura muy agradable —le respondió él educadamente.

Sin embargo, sus cejas adoptaron una expresión concentrada que ella sabía interpretar bien.

—Imagino entonces que estaba muy concurrido. Recuerdo cuando aún podía caminar más de una hora, encontrándome con conocidos y charlando con mis amigas.

—En efecto, me he encontrado con mucha gente, incluida lady Sophie —comunicó Terrence justo antes de limpiarse la boca y tomar un sorbo de agua.

Notó la sonrisa de su tía al escuchar el nombre de su futura prometida: la muchacha tenía su aprobación y él se alegraba por ello.

—Estaba acompañada de su hermana pequeña y de lady Charlotte —prosiguió con buena disposición.

La tía Mary asintió con pequeños gestos de cabeza, mostrándose interesada en el relato.

—Antes de que yo llegara, estaba conversando con lord Richmond —pronunció lentamente. Si Terrence albergaba la esperanza de obtener alguna reacción visible por parte de su tía, estaba claro que no había aprendido nada sobre ella.

Mary, indiferente a esa información, esperaba más detalles con la curiosidad de una dama que se deleita escuchando cotilleos inofensivos durante un té vespertino.

—He tratado de expresarle mi preocupación por esa magnanimidad de espíritu que la lleva a mostrarse excesivamente disponible con quienes no lo merecen, pero lady Sophie se inclina sin dudarlo por una sociabilidad a menudo inapropiada.

—Querido, la hija de lord Northcliff es una criatura tan ingenua y dulce que podría sentirse herida al escuchar palabras como ésas.

Agradecido por la solidaridad hacia la joven, Terrence recibió ese comentario con una sonrisa.

—Oh, no, creo que he sido bastante condescendiente al darle amables sugerencias.

—Has hecho bien, Terrence. Lady Sophie, siendo tan perspicaz como es, habrá valorado tus consejos. Su amable predisposición al altruismo hace de ella una muchacha inclinada a escuchar, ¿no crees?

Ignorando la flecha bien lanzada por la mujer, él exclamó con énfasis:

—¡Exacto, tía! He aceptado de buen grado este rasgo peculiar de su personalidad. Y, sin embargo, su empeño en defender y justificar a lord Richmond durante innumerables conversaciones me ha parecido inapropiado.

La última frase, pronunciada con un dejo de molestia que solo Mary podía captar, reflejaba cuánto le irritaba a Terrence. Pero ella no se inmutó.

—Querido mío, un espíritu benévolo como el de la hija del duque no podía permanecer indiferente ante la triste historia del conde. Es inexperta, dale tiempo —comentó con indulgencia.

En cambio, Terrence opinaba que el asunto había tomado un rumbo desagradable. Aunque era uno de los hombres más educados de Londres, respetuoso y a menudo tan ceremonioso que rozaba el aburrimiento, no era precisamente un novato. El papel de caballero era un rol que se imponía en sociedad porque así debía ser; pero él no desdeñaba los entretenimientos masculinos, a veces transgresores, que le habían dado una sólida experiencia en cuanto a actitudes femeninas. Precisamente esa experiencia le había permitido notar detalles, invisibles para otros, que despertaron sus primeras sospechas: la pizca de ternura en la mirada de lady Sophie cuando miraba a Richmond no dejaba lugar a interpretaciones.

—Obviamente tienes razón, su innata sensibilidad la hace especial —dijo con cierto orgullo, intentando reprimir la irritación—. Tendré tiempo para hacerle entender que su ingenuo interés por los

desafortunados eventos de Richmond podría parecer inadecuado. Ya sea por un altruismo compasivo o por un impulso amoroso, importa poco: no es apropiado para una señorita de buena familia que ha prometido aceptar un compromiso en breve.

Mary suspiró, como mostrando comprensión por la actitud ingenua de la joven.

—No puedo contradecirte, querido, aunque yo sería de la opinión de que la muchacha está movida por nobles intenciones y no alberga ningún sentimiento hacia ese hombre. Y, desde luego, no sería cortés señalarle ciertas pequeñas faltas sin tener derecho a ello.

Sus pertinentes afirmaciones eran puntuales y certeras, encaminadas a definir, con precisión quirúrgica, la conclusión a la que su sobrino acabaría llegando, convencido de haberlo hecho por cuenta propia.

—Claro, tienes razón, tía —masculló entre dientes, reflexionando sobre la manera más rápida de llegar a la propuesta oficial de matrimonio. Sí, era necesario acelerar.

Esa mañana, en Hyde Park, había visto a su elegida levantarse de golpe y seguir a Richmond como un perrillo faldero tras recibir una llamada. La crudeza de la realidad lo había golpeado sin piedad, y cada sospecha se había convertido en certeza: lady Sophie sentía algo por aquel hombre imprudente y descuidado, carente de reglas y lleno de un encanto maligno. El instinto estuvo a punto de hacerle reaccionar, pero se recompuso, apartando la mirada de los dos que susurraban mirándose como si fueran viejos amigos.

—Tía, estoy preocupado por el daño que podría sufrir su reputación si sigue dejándose ver en compañía de Richmond: en cada ocasión muestran una, ¿cómo decirlo?, complicidad fuera de lugar.

—En efecto, un impulso así es preocupante, no puedo contradecirte —admitió ella con la mirada turbada de quien ha descubierto una inquietud que enfrentar—. Y, sin embargo, mi querido sobrino, ¿no crees que lady Sophie alberga sentimientos sinceros hacia ti, dado que ha aceptado tu cortejo?

Como era su costumbre, Mary planteaba preguntas pertinentes, cuestionamientos gentiles que ocultaban insinuaciones, sembrando dudas, creando indecisión, inyectando sospechas, de un modo tan elegante que era imposible no verse inducido a reflexionar.

Terrence, tocado en lo más vivo, no respondió de inmediato. Darse cuenta de que su amada sentía una inclinación por un supuesto libertino ya era bastante difícil; admitir que había sido desplazado por el encanto de ese hombre perverso e indolente sería demasiado.

—Estoy seguro de que siente un profundo afecto por mí, considerando el impulso sincero que muestra cada vez que estoy a su lado —declaró con desdén. Recordó la escena en el parque y luego la de la excursión campestre durante la competencia de tiro con arco. La rabia comenzó a apoderarse de él y no pudo callar—. Sin embargo, criaturas dóciles y a menudo poco valoradas como la modesta hija del duque se sienten atraídas por lo que está fuera de su alcance. Lo condenable es Richmond, que con su experiencia con las mujeres y sus fines despreciables aparta a las más íntegras del camino recto. La expresión atenta de su tía lo animó a concluir en un tono grave—: Temo que Richmond, en la desesperación de la deplorable situación en la que está envuelto, pueda corromper el alma pura de lady Sophie, aprovechándose de su inclinación a ayudar y consolar.

La tía Mary mostró una expresión mortificada; sabiendo que había llegado el momento de manifestar solidaridad con su sobrino, llevó incluso una mano al pecho, con la boca ligeramente abierta por el asombro.

—¡Pobre muchacha! ¡No es su culpa, desde luego! ¡Ella, tan dulce e ingenua, y él, astuto y malévolo! ¡Debes ayudarla, querido! —Tomó el pañuelo y se secó los ojos, luego la boca, mientras lo miraba con aire suplicante.

Esa reacción despertó en él una mezcla de indignación e ira.

—Sí, tía, obviamente tienes razón y lo haré. Pensaba adelantar mis planes y enviar mi tarjeta al duque para un encuentro oficial antes de finales de agosto —le confesó con determinación.

—¡Alabado sea el Señor! Sí, querido, bien, ahora estoy más tranquila por esa criatura indefensa. A pesar del breve cortejo, nadie podrá decir que buscas una dote cuantiosa dado que eres rico.

Esa sencilla afirmación llevó a su sobrino a hacerse más preguntas, y ella esperó pacientemente su siguiente frase.

—Sin embargo, me pregunto si el apresurado desarrollo de los acontecimientos podría dar lugar a interpretaciones más inconvenientes y perjudiciales.

—En efecto, a menudo un matrimonio celebrado deprisa y corriendo genera habladurías infundadas y es más inconveniente que un matrimonio reparador —Mary hizo una pausa efectista—. En el primer caso, siempre queda la duda de que la novia no haya llegado virgen a la boda, y el espectro del escándalo flotará de manera perenne. En cambio, en el segundo, la duda no existe porque la novia ha sido violada y todos lo saben, pero el escándalo perderá valor poco después de la boda, y todo se resuelve.

—Tienes razón, por supuesto, tía —replicó Terrence más por costumbre que por convicción.

16

27 de agosto de 1835

Lord Richmond firmó el contrato de venta sin pensarlo y se lo entregó al abogado.

Cuando había recibido la carta de Wilkinson informándole que un comprador anónimo tenía la intención de adquirir la fábrica, Christopher había comenzado a albergar alguna esperanza. Se había presentado temprano por la mañana, sin haber probado una gota desde la noche anterior.

Miró las quince mil libras sobre el escritorio con la misma ansiedad con la que un hombre en el desierto desea un vaso de agua.

—Es una elección inusual pagar todo en efectivo —comentó.

—Decisión del comprador —respondió Wilkinson en un tono vago, encogiéndose de hombros.

—Mr. Wilkinson, ¿podríais enviar a Selkirk su mitad? —murmuró, señalando el dinero.

—Si así lo preferís, por supuesto —respondió Wilkinson, esperando que el conde dividiera la suma.

—Hacedlo vos —dijo, indicando el dinero como si, de alguna manera, temiera malgastarlo con solo tocarlo.

Wilkinson sintió compasión por él. Mientras contaba las siete mil quinientas libras, notó que Richmond se acercaba a la ventana, mirando al exterior con indiferencia.

—Hecho —le informó tras colocar la cantidad exacta en un sobre.

—Bien. Ahora, con mi mitad, ¿podríais pagar por mí a los acreedores más insistentes? Pero antes que nada, a la servidumbre de mi residencia en Londres y a los empleados de la fábrica, por todo el próximo mes.

—Está bien, lord Richmond, me encargaré mañana mismo. ¿Quizás queráis guardar algo para vos?

—Cincuenta libras serán suficientes. Tomad también vuestros honorarios de aquí, Mr. Wilkinson.

—Puedo esperar —respondió.

—No. Quiero que los toméis ahora. Me conocéis desde hace años y sabéis al instante cuándo no acepto réplicas.

Wilkinson suspiró. Tomó una hoja de un cajón y la firmó, escribiendo «pagado».

—Cuarenta y cinco libras. Aquí está el recibo.

—Muy bien.

Richmond guardó el papel doblado en el bolsillo.

—¿Me daréis noticias cuando Selkirk reciba la suma?

—Contad con ello.

—Gracias por todo, abogado —murmuró, estrechándole la mano. Lo miró fijamente durante unos instantes y dijo—: Al menos decidme si el comprador es el mismo de la *Golden Texture 2*.

—En verdad, no sabría decirlo, porque no llegué a conocer al primer comprador. Claro que eso no significa que no sea el mismo. Quiere el más absoluto anonimato.

Christopher, resignado, se marchó.

El dolor por haber vendido su primera fábrica amenazaba con ahogarlo. La garganta le dolía terriblemente, los ojos le escocían por las ardientes lágrimas reprimidas. Esa fábrica lo había significado todo para él. Había sido la realización de un sueño, pero sobre todo la satisfacción concreta de un trabajo realizado con honestidad y pasión. Apretó los dientes, obligándose a ser fuerte.

Sabía que no tenía escapatoria. Tarde o temprano llamarían a su puerta sin previo aviso, y terminaría en la cárcel por deudas.

El único pensamiento consolador era que Wilkinson pagaría a los empleados y al servicio de su casa. Pero las últimas entregas de lana no serían saldadas, ni tampoco la costurera de su madre ni las numerosas tiendas donde ella, imperturbable, seguía pidiendo crédito a su nombre, incluida la joyería.

¡Maldito Price!

La rabia y el desánimo lo afligían y, como todos aquellos abatidos por una derrota irreparable, se dispuso una vez más a vivir minuto a minuto, con inconsciencia e indiferencia.

Las Patronas de *Almack's* no deseaban su presencia esa noche; se lo habían comunicado con una nota muy amable, escrita en una caligrafía elegante y redondeada. Era una velada importante, fuera de programa, convocada para la apertura de la caza del faisán.

Encontraría otra forma de divertirse.

Se dirigió hacia la Casa de *Madame* Clovert, donde la bella propietaria lo recibió con una afable sonrisa. Estaba muy perfumada y lucía, como de costumbre, un vestido de colores llamativos, muy escotado; dos plumas sobresalían de su peinado, y sus labios estaban maquillados de un carmesí brillante.

—¡Nuestro querido conde debe encontrar algo especial en mi Casa si vuelve tan a menudo!

Él esbozó una mueca por sonrisa, pensando que lo único extraordinario de aquel lugar, además del excelente *whisky*, eran dos chicas, bellas y especialmente aseadas.

—Es cierto, *madame* Clovert. De hecho, para empezar, me vais a ofrecer vuestro *scotch*. Hoy lo necesito más que nunca.

—Venid conmigo. Os instalaré en el saloncito privado, así después podréis disfrutar de la habitación contigua.

El salón era pequeño y en el ambiente se percibía un aroma oriental. Las luces, suaves debido a los velos de colores colocados sobre las pantallas, transmitían una agradable sensación de relajación.

Richmond se quitó la chaqueta de inmediato y se sentó en el sofá mientras *madame* Clovert le ofrecía un vaso de líquido ámbar que comenzó a saborear lentamente.

—¿A quién os envío hoy? ¿Mandy o Lilly? —preguntó la mujer, acuclillándose a su lado y acariciando con un dedo su rostro masculino.

Chris echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

¡Cuánto habría deseado una mujer amable que lo tocara así, solo por cariño! Se quedó inmóvil, fingiendo por un momento que estaba en su casa, con una esposa a su lado que lo mimaba con afecto y le

susurraba palabras dulces. Y la fantasía le mostró a la única chica que nunca podría tener: la hija del duque de Northcliff.

La recordó mientras disparaba una flecha con su arco con extrema precisión, su cuello esbelto, el cabello rubio recogido en dos moños detrás de las orejas. Incluso le pareció percibir su perfume.

Luego rememoró el instante en que sus ojos asustados lo miraban mientras las ruinas lo sepultaban, y oyó, como si estuviera en esa habitación, el llanto desesperado por su aparente muerte.

Finalmente, la memoria capturó la preocupación genuina que la joven había mostrado cuando se encontraron en la calle. No era tan fría y distante como quería aparentar. Se regodeó en ese falso consuelo hasta que la mano de la prostituta que lo tocaba lo devolvió bruscamente a la realidad.

Abrió los ojos de golpe.

—Lilly —respondió de repente, eligiendo a la joven que se parecía a lady Sophie por el color rubio de su cabello y su tez clara.

—Muy bien. Dadle cinco minutos y estará con vos —le contestó *madame* Clovert antes de marcharse.

Él terminó el contenido del vaso, lo llenó de nuevo y bebió con avidez. Su mente comenzaba a entumecerse. Odiaba todo esto, pero no le quedaba más remedio.

Cuando la puerta se abrió, la chica entró sonriente y grácil, como siempre. Bajo su bata celeste, entreabierta y transparente, se veía una especie de camisón cortito, también transparente. Esa ropa interior, si es que podía llamarse así, solo servía sólo para mostrar la mercancía, pues el fino cuerpo de la joven era perfectamente visible.

—¿Sigues comiendo muy poco, Lilly?

—Sí, lord Richmond, *Madame* dice que no le agradaría verme con un pecho grande y un trasero voluminoso.

—*Madame* tiene razón. Con más peso solo estarías gorda y no llenita como Mandy.

—¿Queréis que le llame también a ella? Podríamos cuidarlo las dos juntas —le propuso Lilly desatando el lazo de su bata.

—No, hoy no. Espera, no te desnudes. Recógete el cabello.

Lilly lo miró sorprendida, porque el conde solía preferir el cabello suelto.

—¿El cabello? ¿Cómo?

—Hazte dos moños detrás de las orejas. Así... muy bien.

Lilly arregló su melena mientras estaba de pie frente al espejo.

Christopher se puso serio: desde atrás, realmente parecía lady Sophie.

—Ven —le ordenó.

Lilly se sentó a su lado, con las piernas recogidas debajo de ella. Sonrió al notar el bulto que ya presionaba en el pantalón de lord Richmond. Le sirvió más *whisky* y le ofreció el vaso.

Él se lo bebió todo en un par de tragos. Luego se quitó la camisa y se levantó para quitarse el pantalón.

—¿Te gusta el nombre Sophie? —le susurró, sintiéndose culpable por los pensamientos impuros que tenía sobre la recatada joven Northcliff.

—¿Queréis que esta noche sea Sophie? —le preguntó Lilly, experta en interpretar a los hombres.

—Puede —le respondió él mientras se dirigía desnudo hacia la habitación. Apagó la lámpara de gas y avivó el fuego en la pequeña chimenea, para tener una luz tenue que facilitara sus fantasías.

—¿Qué puedo hacer por vos, mi peculiar conde?

—Podrías ser dulce y gentil. Solo eso.

—¿Una dulce Sophie?

Chris se preguntó si lady Sophie alguna vez sería capaz de dejarse llevar y mostrar su lado más emotivo, pero su mente estaba demasiado embotada por el *whisky* bebido rápidamente como para darse una respuesta racional.

—Sí, *chérie*, dócil y obediente.

Lilly lo besó tiernamente y lo acarició despacio. Dejó caer la bata y se quitó el camisón.

Él la tocó con suavidad, con dulzura, viendo con los ojos de su mente a Sophie y no a Lilly. La besó con pasión, víctima de su absurdo juego, incapaz de comprender cuán peligroso era desear lo que no podía tener. Cogió un capuchón[11], de los modernos que Madame hacía tener en cada habitación; la chica lo arrastró hasta la cama, sabiendo que no podría resistir mucho tiempo la excitación

debido al exceso de alcohol. Lo hizo acostarse y le colocó con cuidado la protección, luego se deslizó sobre el pene rígido, moviéndose a un ritmo constante.

Christopher seguía sus propios pensamientos: sin duda, lady Sophie tenía los mismos colores, las areolas rosadas de quien tiene la piel muy clara y los pezones pequeños y prominentes. Ocultaba bajo vestidos suaves un cuerpo maravilloso, de eso también estaba seguro.

Cerró los ojos y la imaginó allí, sobre él.

No hizo nada, no se movió, excitado por la idea de que la mujer recatada y elegante se volviera en la intimidad dulce como la miel, dócil y placentera. Explotó en un orgasmo breve y, demasiado nublado por el *whisky* bebido, no se dio cuenta de que pronunciaba su nombre.

Londres, Almack's Rooms

El aire ya resultaba bochornoso en aquel lugar abarrotado y bastante ruidoso. Las risas de las jóvenes doncellas en busca de marido sonaban como notas discordantes en los oídos de Sophie.

Su padre la vigilaba, conocedor del motivo de su descontento; su madre sonreía para ocultar al duque que lo había comprendido todo; su hermano, desdeñoso ante sus razones, la reprendía con la mirada severa, como si le ordenara dejar de hacerse la difícil y de preocupar a todo el mundo. Envidió a Bridget que, demasiado afligida por lord Selkirk, había conseguido aliarse con la duquesa alegando una fuerte gripe para no asistir a aquella importante velada.

Tal vez su hermana tuviese razón: aquellas personas sólo estaban jugando, interpretando un papel que les había sido asignado desde la infancia, impuesto con rigor por una sociedad egoísta que cosechaba víctimas inocentes como lord Richmond.

Cuando había recibido de sus padres la noticia de que se le había vetado a él la entrada en las veladas de gala, una rabia tan inesperada como inusual en ella la había invadido, agravada por la confirmación de que el conde había rechazado incluso la ayuda del

duque. Luego, a pesar de sus esfuerzos por contenerse, había llorado.

—Una vez más, tu reacción es exagerada —había sentenciado con dureza su padre, quien, un instante antes de marcharse, dirigiéndose a su esposa, añadió—: Brasas ardientes bajo la ceniza.

Ahora, al notar sus miradas, murmuró con resignación:

—Quizás habría sido mejor no venir.

—Quizás —admitió su madre, admirando lo bien que le sentaba su nuevo vestido: aquel tono color topo era elegante y resaltaba el dorado casi platino de su cabello—. No obstante, ya que estás aquí, intenta sonreír: las Patronas nos observan y no quiero tener que enfrentarme a ellas, porque acabaría avergonzándolas de tantas mezquindades cometidas.

—Se lo merecerían —soltó Sophie.

Su padre la fulminó con la mirada.

Nick rio.

—Imagino que pedir permiso para retirarme alegando un malestar no es una opción digna de consideración —murmuró ella en dirección a su padre, aun sabiendo la respuesta.

—Es exactamente como dices —profirió el duque.

—Voy a saludar a lady Rosanne —dijo Sophie mientras se dirigía hacia la puerta de la otra sala, donde su amiga había ido en compañía de otras jóvenes. Era la única con la que habría conversado gustosamente.

Desde que se había distanciado de lady Violet, lady Rosanne parecía haber florecido con una nueva vida: brillante en sus observaciones y encantadora en su manera de presentarse, había mostrado una liberalidad de pensamiento que encajaba perfectamente con la personalidad de los hijos del duque.

Cuando Sophie entró, se dio cuenta de que estaba acompañada por lady Violet y lord Fishbourne, quien evidentemente acababa de llegar. Vaciló un segundo porque no quería que él notara su mal humor, pero él ya la había visto, así que se acercó forzando una sonrisa en el rostro.

—Buenas noches.

—Lady Sophie, ¡qué alegría veros! —exclamó lady Rosanne con sinceridad, mientras lady Violet se limitó a inclinar rígidamente la cabeza.

Fishbourne le sonrió afablemente y ella le devolvió el gesto con elegancia. El conde estaba tan encantador como siempre, su atractivo aspecto llamaba la atención, y una vez más, se sintió afortunada.

—¿También está lady Bridget? ¡Vuestra hermana es extremadamente simpática!

—No, lady Rosanne, lamentablemente no se sentía bien debido a una gripe. En este momento debe estar tomando la medicina que nuestra madre le preparó.

—¿Entonces es cierto que su excelencia sabe curar a los enfermos? —preguntó Lady Violet.

—Sí, por supuesto.

—Fue de enorme ayuda durante el terrible incendio, al igual que lady Sophie, por cierto —intervino solemnemente lord Fishbourne, dejando claro de inmediato que aprobaba esa peculiar actividad.

—¿Estudió en la Facultad de Medicina? ¿No está abierta solo a hombres? —preguntó Violet, fingiendo asombro para enfatizar lo que, a sus ojos, era toda una transgresión de las reglas.

—No, no pudo estudiar Medicina porque eligió quedarse con su prima después de que mis abuelos maternos murieran en un accidente. Aprendió de la experiencia, adquiriendo más conocimientos de los que se pueden obtener solo estudiando en los libros. Algunos médicos destacados aún recurren a ella para pedirle su parecer.

—¡Algo excepcional, lady Sophie! —exclamó lady Rosanne fascinada.

—Sí, así es. Es una lástima que algunos estén convencidos de que las mujeres no pueden estudiar las mismas materias que los hombres. Mi madre es la prueba viviente de lo equivocadas que están sus ideas.

—Estoy de completamente de acuerdo con vos —admitió la otra.

—No sé... a mí no me gustaría para nada pasar horas estudiando —replicó lady Violet.

—Quizá a mí tampoco, lady Violet —confesó inesperadamente Sophie—, pero eso no significa que una mujer no tenga el derecho de hacerlo si así lo desea.

—Sin embargo, hay que ajustarse a las reglas para no tener a la sociedad en contra —intervino lord Fishbourne con un tono puntilloso que no pudo ocultar.

—Ciertas actividades masculinas no son adecuadas para una mujer —añadió lady Violet en solidaridad.

—¿Cuáles? —preguntó Sophie a quemarropa.

—La esgrima, por poner un ejemplo.

—Lamento decepcionaros, pero eso no es correcto: mi hermana practica esgrima con mi padre y mi hermano, y es bastante buena.

—Competir con caballos —volvió a intentarlo Violet.

—Una vez más, debo contradeciros. Bridget y yo montamos con silla de hombre y saltamos obstáculos altos. Que la sociedad lo considere inadecuado no significa que no seamos capaces.

Lady Rosanne sonreía divertida.

—¿Con silla de hombre? —preguntó lord Fishbourne incrédulo, con el ceño fruncido.

—Así es.

—¿Y qué decís de un trabajo como el de empresario, lady Sophie? Eso ciertamente no es una actividad para mujeres —dijo Violet, convencida de haber encontrado un ejemplo acertado.

—Pues bien, conozco personalmente a empresarias que mantienen el anonimato porque la sociedad no lo aprobaría. Y, sin embargo, son capaces y también muy ricas.

—Tal vez tengáis razón, lady Sophie. Después de todo, ciertos hombres no tienen ninguna inclinación por los negocios y se convierten en verdaderos delincuentes a los ojos de la ley. ¡Como Richmond y Selkirk! —exclamó lady Violet, omitiendo deliberadamente su título. Al no poder imponerse de ninguna otra manera, decidió atacar a personas que sabía que eran muy queridas por los Northcliff—. Uno pronto acabará en la cárcel por gastar demasiado y el otro... ¡ha huido! —Acompañó la frase con una evidente expresión de disgusto.

Sophie apretó la mandíbula, advirtiéndose a sí misma que no debía decir ni una palabra. Su intuición le decía que hacerlo sería equivalente a tomar una postura pública y que eso provocaría habladurías inapropiadas. Pero la verdad es que no le importaba en absoluto; al contrario, ardía en deseos de hablar.

—Es de mala educación hablar de personas que no están presentes. Y es deshonroso hacerlo en estos términos despectivos —pronunció lentamente.

Vio a Violet horrorizarse, más incluso que aquella vez en que le había dicho que debía quedarse en casa por culpa de una urticaria contagiosa.

—¿Cómo... decís?

—Habéis oído bien. Y añado que es una necedad hacerlo cuando no se conocen los hechos. —La pulla dio en el blanco, certera, y Sophie se regocijó, sin advertir que estaba dominada por una irritación tan evidente como insólita—. Lord Richmond no estaría en apuros si un empleado del banco no le hubiera robado todo, y hoy estaría aquí si sus supuestos amigos supieran lo que significa la palabra ayuda —prosiguió, nombrando sin pensarlo a uno solo de los condes.

Esto determinó, a los ojos de los presentes, la magnitud de su preocupante implicación.

Violet, demasiado entusiasmada por aquel descubrimiento escandaloso, olvidó la ofensa recibida y comenzó a hacer una lista mental de las personas a las que contaría aquel jugoso chisme esa misma noche.

Rosanne se puso seria, comprendiendo que lady Sophie estaba atravesando un momento de gran confusión.

Terrence Evans tuvo dificultades para disimular su ira: devastado por la confirmación de que el corazón de la mujer que había elegido como esposa estaba ocupado por otro hombre, llegó a su decisión final, casi como si fuera la conclusión natural de aquel desagradable asunto. Sí, no daría marcha atrás, lo había decidido. Incluso le pareció sentirse aliviado por ello, así que se forzó por esbozar una sonrisa de circunstancias y dijo:

—Demos un paseo.

La frase, casi ridícula en ese contexto, sacó a Sophie de su estado de furia. Pero el daño ya estaba hecho: había ofendido a lady Violet e incomodado a lord Fishbourne.

—Creo que me retiraré unos minutos, con vuestro permiso —susurró suavemente, señalando las habitaciones interiores.

Lady Rosanne acudió en su ayuda.

—Adelante, querida, parecéis pálida. Iré a buscarla en un rato y le haré compañía.

—Me agradaría mucho, gracias.

Sophie entró en una habitación, dejando la puerta abierta. Se sentó junto a la chimenea y tomó aire.

¿Qué le estaba pasando? Su arrebato por lord Richmond la estaba cegando y terminaría arruinando su relación con lord Fishbourne. ¿Cómo era posible sentir tanta atracción por uno, hasta el punto de enfermarse, y tanta estima por el otro, hasta decidir casarse con él? Eran tan diferentes, casi opuestos.

Escuchó la puerta cerrarse y se giró esperando ver a lady Rosanne.

—Lord Fishbourne, sois vos.

—Quería saber cómo estabais —se excusó él.

—Mejor, gracias. A propósito, quisiera disculparme por mi inapropiado arrebato. Me temo que no estoy bien.

Terrence se sentó frente a ella tras acercar una silla. La observó, notando su mortificación y su semblante desorientado. Sintió cierta ternura por aquella criatura inconsciente del sentimiento que albergaba en su corazón. Maldijo a Richmond, que tantos males había causado.

—Sé que no tengo derecho, pero vuestra reacción ha estado fuera de lugar, y os ruego que perdonéis mi franqueza.

—Admito que he exagerado y me disculpo nuevamente, de verdad.

—Lady Sophie, ¿me permitís hablaros con sinceridad? Tal vez pueda arrojar luz sobre algunos aspectos que aún os resultan incomprensibles.

Como ella no protestaba, sino que lo miraba casi expectante, él se armó de paciencia y continuó.

—Quedé prendado de vos casi de inmediato porque sois moderada, tranquila, sumamente correcta. Luego descubrí vuestro ardor innato que os impulsa a ayudar a los demás y vuestra dulce sensibilidad que estalla inesperadamente para defender a los más débiles. Y os amé aún más.

Se detuvo un momento, notando las lágrimas brillando en los ojos verdes que lo observaban.

—Pero, veréis, querida, esta maravillosa cualidad vuestra es también vuestra peor debilidad: hombres astutos y experimentados podrían aprovecharse de ella brutalmente sin que vos os dierais cuenta. Y me temo, no, estoy seguro de que eso es lo que está ocurriendo con lord Richmond. —Ya estaba, lo había dicho. Hizo una pausa, tomó aire.

Durante aquel discurso, Sophie había sentido la llegada inexorable de la verdad y la humillación creció de manera inigualable. Se consideraba ingrata, imprudente e infantil por no haber sabido admitir la infatuación irracional por Christopher Clayton y haber permitido que un hombre bueno y digno como lord Fishbourne se ilusionara. ¿De qué serviría negarlo?

—No sé qué decir. Os respeto muchísimo y deseo llegar al matrimonio con vos con una mente libre de emociones necias y pasajeras. Temo, por lo tanto, que necesito un poco de tiempo para ordenar mis pensamientos, y confío en vuestra magnanimidad para lograrlo.

Al principio, Terrence se enterneció por aquella propuesta ingenua, pero luego prevaleció la crudeza de la realidad: ella no se daba cuenta de que, cuanto más tiempo pasaba, más envolvía Richmond su alma pura y cándida.

—No es la solución adecuada: estáis demasiado atrapada en esta absurdo obcecación para razonar con lucidez, lady Sophie. Confiad en mí.

Sophie no comprendió qué quería decir, pero, después de todo, él había sido el único que la había querido como esposa a pesar de su enfermedad.

—Yo confío en vos, por eso os pido...

—Entonces dejad que sea yo quien decida lo mejor para vos, aquí y ahora —afirmó con seguridad, arrodillándose frente a ella—. No sois capaz de comprender esta elección ahora, pero lo haréis con el tiempo. —Levantó ambas manos y las posó sobre sus rodillas. El sobresalto por aquel contacto íntimo hizo que los ojos de la joven se abrieran de par en par—. Es la mejor solución para vos, creedme: en pocos días estaremos casados y vos estaréis al margen del deplorable enredo que no sabéis manejar.

A Sophie se le escapaba la intención de aquel acercamiento íntimo, pero cuando las manos masculinas avanzaron sobre sus muslos, volvió a abrir los ojos desmesuradamente. Intentó apartarse, pero la enorme silla no se movía.

—No, no está bien que sea así —balbuceó asustada. Trató de apartar los dedos invasores con suavidad, pero estaban atrapados en una presa tenaz.

—¡No os alarméis, os lo ruego! Jamás os haría daño. Solo será una ficción, quizá poco ortodoxa, pero eficaz.

—Yo... ¡yo no entiendo! ¿Eficaz para qué? ¿Por qué queréis hacerme algo tan horrible?

—¡Para salvaros!

—¿Salvarme?

—¡Mi dulce lady Sophie, siempre tan ingenua! Si no os ayudo yo, ¿qué será de vos y de vuestra reputación? ¡Debo salvaros de esta infatuación insana, del peligro del escándalo que resultaría, de la confusión mental que os aflige, de ese delincuente de Richmond!

Sophie intentó levantarse, pero él ahora la sujetaba por las caderas.

—¡No quiero! ¡No sería el camino correcto hacia un matrimonio!

—¿Y cuál sería? ¿Esperar a que Richmond os tome desprevenida en un lugar apartado para comprometeros?

Sophie abrió la boca, horrorizada.

—¡Eso es lo que estáis haciendo vos! ¡Por favor, dejadme ir!

Terrence pensó que su reticencia era la confirmación de cuánto estaba desvariando: ¿acaso no comprendía lo acertado que era su plan?

Cegado por la irritación, convencido de que estaba haciendo lo mejor para ella, respaldado por las palabras de la tía Mary sobre cómo los escándalos pierden valor tras las bodas, echó un vistazo a la puerta, esperando la llegada del duque de Northcliff, a quien había mandado llamar diez minutos antes.

Mientras tanto, levantó las amplias faldas del vestido, mientras la joven intentaba rechazarlo con todas sus fuerzas. Se sentía un monstruo, pero estaba convencido de que era lo correcto. Ni por un segundo pensó que pudiera haber consecuencias graves por lo que estaba haciendo.

—¡Prefiero no casarme antes que esto! —exclamó Sophie desesperada, luchando contra sus manos insistentes.

—¡Eso sería inaceptable y demuestra que no estáis en vos! —gritó Terrence, enfurecido. Tocó la piel desnuda de sus muslos y el liguero. En pocos segundos los descubrirían y la soltaría.

Pero Sophie, en un arranque de desesperación, se levantó, haciéndolo caer de espaldas; no pudo escapar porque él se puso de pie rápidamente, sujetándola con firmeza por la cintura. Ella le empujó el pecho con ambas manos, usando todas sus fuerzas para apartarlo, sin éxito.

—¿Cómo podéis hacerme esto? —dijo con la voz aguda por la impotencia.

—Os amo y soy el único que puede salvaros de él —susurró Terrence. La empujó con decisión sobre la silla, obligándola a retomar la posición de antes. Sin embargo, la fuerza empleada fue excesiva: hizo que su cabeza se golpeara contra el respaldo de madera—. ¡Quedaos quieta! —le ordenó. Sujetó ambas muñecas con una mano y con la otra aferró la piel ya desnuda de su espalda para impedirle cualquier movimiento.

La furia de la desesperación tomó el control, y Sophie lo golpeó a ciegas.

La nariz del conde comenzó a sangrar. Se tocó por encima del labio, miró su mano, vio el líquido rojo y se horrorizó. Reaccionó como cualquier delincuente callejero: le propinó a la joven una bofetada tan fuerte que la dejó marcada, y rodeó su delicado cuello con la otra mano para evitar que se moviera.

Sophie se quedó inmóvil, atónita.

El hombre que hasta hacía pocos minutos había sido tan gentil y atento ya no estaba. Unos ojos poseídos por una codicia ciega la miraban con malicia.

¿Y ella estaba a punto de casarse con esa bestia? ¿Cómo había sido posible no darse cuenta de lo impredecible que era? ¿De qué servía entonces el don de sus manos?

Un ardor intenso envolvió toda la mitad izquierda de su rostro y su ojo palpitaba de manera insoportable. Unas lágrimas de dolor comenzaron a correr. Y entonces llegaron esas vibraciones negativas: el hombre bueno que había aceptado incluso su enfermedad estaba tan ansioso por llegar al matrimonio que había optado por ese vil y violento ardid. Una fuerte sensación de asco le provocó náuseas, y recordó que a su padre le ocurría lo mismo cuando entraba en contacto con actos malvados.

La puerta se abrió y lady Rosanne entró sonriente, seguida por el duque y la duquesa. Se detuvo horrorizada y llevó las manos a la boca, emitiendo un sonido indescifrable.

Fishbourne, lentamente, se puso de pie.

—Estoy dispuesto a reparar mi error, excelencia. Me casaré con lady Sophie lo antes posible. —Al otro lado de la puerta se agolpaban numerosas personas, todas estupefactas al presenciar la escena. No lo había considerado; pensaba actuar sin montar un espectáculo para proteger a la joven.

Keiran, con los ojos más endurecidos que nunca, vio a su hija en lágrimas, el rostro hinchado y amoratado. La ira feroz amenazaba con desbordarse en cualquier momento. Dio un paso adelante.

Inesperadamente, fue ella quien lo detuvo, arriesgándose a ser arrollada.

—No me ha deshonrado, papá, lo juro —susurró bajito, mientras Eleonor se ponía a su lado.

En ese momento llegó Nicholas. Se abalanzó sobre Fishbourne, lo agarró por la chaqueta y lo levantó del suelo.

Fuera, la gente empujaba y el murmullo del chisme comenzó su recorrido: palabras como escándalo, deshonra, perversión, matrimonio reparador, giraban como una peonza descontrolada.

—Nick, ¿podrías traer mi capa, por favor? Quiero volver a casa —murmuró Sophie.

Su hermano miró al padre y, solo cuando éste asintió, se dirigió a buscarla.

—Habíais organizado esta farsa para hacer creer que me habían deshonrado, pero no lo habéis logrado —resonó la voz de la joven, alta y clara—. Nunca me casaré con vos.

Fishbourne abrió los ojos, desesperado. Miró al duque y dijo:

—Debo casarme con ella... vos la obligaréis, obviamente...

Sophie reconoció en esa afirmación toda la torpeza del hombre, su convicción de poder manejar la vida de los demás según sus reglas, la presunción de saber qué era lo correcto para quienes lo rodeaban.

Se puso furiosa y el puñetazo salió con una energía feroz, golpeándolo en plena cara. A pesar del dolor atroz en los nudillos ensangrentados, ella repitió:

—Nunca me casaré con vos.

Sintió la mano de su hermano rodearle el brazo para escoltarla fuera, mientras lady Northcliff caminaba delante de ellos, con la cabeza en alto, lanzando una mirada fulminante a las Patronas, haciéndoles entender que aquello tendría repercusiones sobre ellas.

Los curiosos, atónitos por la reacción explosiva y violenta de la joven, murmuraban que hacía décadas que no se oía de un suceso similar.

El duque de Northcliff, aparentemente impasible, esperó a que su familia saliera de la habitación. Por último, exclamó:

—Elegid vos lugar y día. Os concedo incluso decidir el arma, para que no se diga que no habíais tenido escapatoria.

17

28 de agosto de 1835

Londres, Residencia de los Northcliff

Jinny apartó las cortinas para dejar entrar la luz de la mañana, luego le tendió un vestido de día a Sophie y le preguntó:

—Lady Northcliff, ¿qué ponemos en este rostro tan amoratado?

—Toma mi ungüento a base de aloe y luego avisa a su excelencia que lo estamos esperando.

Sophie se sentó en el tocador mientras su madre comenzaba a arreglarle el cabello. Al emerger de los recuerdos de la noche anterior, Sophie empezó a preocuparse al pensar en un duelo. Miró hacia el espejo.

—Convéncelo tú de que no lo mate, te lo suplico.

Eleonor asintió con la cabeza y en ese momento entró Keiran.

—¿Puedo ponerte el ungüento en el rostro?

—Sí, papá, y no te preocupes: estoy bien, la rabia ya se está pasando.

Él se arrodilló y con suavidad extendió la pomada transparente y gelatinosa. Parecía bastante tranquilo, y eso reconfortó a Sophie.

—Papá, ¿lo has desafiado a duelo?

El duque no respondió.

—No lo mates —le suplicó.

Él la miró fijamente.

—No lo harás, ¿verdad, cariño? —intervino Eleonor, posándole una mano en la nuca y acariciándolo suavemente.

Keiran entrecerró los ojos.

—¿Me estás calmando, Leo?

—Claro que sí. Sabes lo que pienso. Y sabes que tengo plena confianza en ti. Eres la persona más buena que conozco y estoy segura de que tú...

—Leo.

—¿Sí?

—Basta ya de carantoñas —le ordenó con brusquedad. Luego se giró hacia su hija—. Intentaré no matarlo.

Sophie razonó que todo había sido culpa suya: ¡si su interés por lord Richmond no hubiera salido a la luz, nada de esto habría pasado! —Os pido perdón, con toda la humildad de la que soy capaz —tuvo finalmente el valor de decir.

Su padre se puso de pie, pero no dijo nada, esperando lo que sentía que estaba por venir.

—Lord Fishbourne comprendió mi... inclinación excesiva hacia el conde de Richmond. Eso significa que le falté al respeto y lo llevé a la exasperación. No debí haber aceptado su cortejo sintiendo esas emociones por otro. Fui desleal.

—No lo conoces tan bien como para hablar de sentimientos —sentenció el duque en un tono que no admitía réplicas.

Pero Sophie no le hizo caso, impulsada por la necesidad de compensar su comportamiento anterior equivocado con la verdad.

—Yo creo que sí. Aprecio su capacidad para soportar las adversidades, su tenacidad en el trabajo... y sé que tú también lo estimabas antes de que la desgracia se ensañara con él.

—Te equivocas, aún lo estimo, pero su orgullo lo conducirá a la ruina. Eso es lo que aborrezco de él.

—Así es él, papá. Solo necesita que alguien le enseñe a dejar de lado el orgullo, a aceptar ayuda cuando la necesita, a estar agradecido por ella y, tal vez, también a devolverla.

Eleonor intervino con una sabiduría meditada, casi inesperada, considerando su carácter impulsivo.

—A veces es necesario tener valor, actuar con cierta audacia y esperar una reacción, sabiendo que ésta podría ser diferente a la que se espera.

Keiran se giró de golpe para mirarla. Recordó a Eleonor, joven, hermosísima, intrépida y valiente, en la penumbra de su estudio en el castillo en Escocia, rogándole que la tomara como amante para salvarla del primo que había intentado violarla en repetidas ocasiones. Su hija y su esposa tenían razón, pero estaba

aterrorizado por la posibilidad de que Sophie se ilusionara con cambiar la vida de ese hombre.

31 de agosto de 1835

Londres, Residencia de Fishbourne

—¿En qué puedo ayudaros? — dijo el mayordomo impasible, como si fuera la primera vez que lo veía.

—Soy el marqués de Lothian. ¿Podríais avisar al conde que tengo urgencia de hablar con él? —le respondió Nick con paciencia, tendiéndole su tarjeta.

Ignorando la mano extendida, el anciano de cabello gris afirmó:

—Lo siento, lord Fishbourne tuvo que salir urgentemente de la ciudad: una prima suya se halla muy enferma y él es el único que puede asistirla.

—Una recuperación milagrosa: ayer estaba gravemente enfermo. —Nick guardó la tarjeta en el bolsillo interno de la chaqueta—. Informaré a su tía, si queréis anunciarme.

Esperando esa propuesta, el otro le replicó:

—Lo siento, ella también está fuera de la ciudad con el conde.

Cuando ya era evidente que Fishbourne no informaría al duque sobre el lugar del duelo, Nick y su fiel criado Jeff habían comenzado los seguimientos: el conde parecía haber desaparecido, pero ambos sabían que estaba en casa porque su caballo favorito, un semental bastante vivo, estaba en los establos y cada día un muchacho lo llevaba a las afueras de Londres para ejercitarlo. También estaban seguros de que su tía estaba en la residencia, pues la pequeña carroza no había salido de allí desde la noche del 12 de agosto.

—Muy bien. Si el conde lo prefiere así, entonces esta vez tengo un mensaje para él: si para mañana a las once de la mañana no envía instrucciones para el duelo, su excelencia el duque de Northcliff lo acusará públicamente de cobardía. Obviamente, no faltarán detalles en el relato, como el hecho de que se ha negado innumerables veces. Buenos días.

El mayordomo abrió la boca, la cerró, levantó una mano como queriendo detenerlo, pero la dejó caer impotente.

—¿Volvemos esta noche para vigilar la casa otra vez? —preguntó Jeff.

—No, estoy cansado de hacerle la guardia a un bellaco como él. El ultimátum está dado. Ahora es él el que tiene que decidir.

—El duque se enfadará.

—Dalo por descontado.

Casa de Mr. Price

Todo a su alrededor estaba oscuro y silencioso, tanto que ponía los pelos de punta. El canto de un ave nocturna resonó siniestro en esa atmósfera espectral.

Ian Price miró su reloj de bolsillo bajo la tenue luz que proporcionaba la pequeña linterna del habitáculo.

—Tomaré esta lámpara —le dijo al conductor del carruaje de alquiler que había contratado. Bajó y se dirigió hacia su casa. Abrió con cuidado la pequeña puerta de madera que daba al jardín de su residencia y caminó rápidamente hacia el sendero lateral que llevaba a la puerta de la cocina, en la parte trasera. Notó la vegetación descuidada y las malas hierbas invadiendo sus hortensias; un sentimiento de molestia por ese desorden lo invadió, pero se obligó a no prestarle atención. Introdujo la llave en la cerradura y abrió.

Seguramente los cachorros en el sótano habían muerto hacía tiempo, pero regresar antes habría sido arriesgado; incluso ahora temía que alguien lo viera. Tenía que recuperar su preciosa caja, que la cabeza hueca de su esposa había olvidado llevarse antes de huir.

Subió las escaleras y entró en el dormitorio conyugal. El polvo reinaba por doquier y ya anticipaba que él se iba a ensuciar. Se tumbó en el suelo para arrastrarse bajo la cama. Presionó una tabla del suelo de madera que se levantó de inmediato. Tomó la caja tallada y volvió a colocar la tabla en su sitio. Se levantó mirando la chaqueta blanqueada por el polvo.

—Lo sabía —gruñó, golpeando la tela oscura con la mano para limpiarse. Notó la ventana ligeramente entreabierta. Se acercó despacio, casi presintiendo problemas. La tocó y ésta se abrió—. ¡Maldición! —Alguien la había forzado y la esperanza de salir ileso sin contratiempos se desvaneció. Intentó cerrarla, pero estaba rota. Se apresuró a marcharse.

Una vez en el vehículo, se acomodó mejor la chaqueta y la corbata, y luego ordenó partir. Acercó la caja a la luz de la llama y la abrió. Las joyas que su madre le había dejado en herencia estaban todas allí; nunca había permitido que su esposa las usara, salvo en contadas ocasiones. Debajo estaban los papeles que buscaba: uno detallaba el conteo exacto del dinero obtenido gracias al engaño perpetrado con la baronesa Douglas; el otro era el documento de viaje en un barco mercante rumbo a Nueva York, con la lista de sus pertenencias que habían sido cargadas a bordo.

Ian cerró la caja y, por costumbre, releyó la nota en la que mencionaba las cosas por hacer:

- Crear un documento de viaje falso (febrero de 1835)
- Contabilizar el dinero obtenido
- Hacer un inventario de los bienes cargados a bordo
- Pagar al capitán por el pasaje en el barco
- Recuperar la caja
- Obtener de lady Douglas el dinero acordado y la dirección de *Monsieur* Du Barry en Nueva York
- En Nueva York: conseguir la dirección de Mr. Palmer en Washington para el cambio de nombre y depositar el dinero en el banco

Dentro de unos días iría a ver a la baronesa y la alertaría sobre el hecho de que alguien había entrado en su casa, seguramente pagado por Richmond y Selkirk. Satisfecho de que su plan avanzara según lo previsto, se acomodó para enfrentar el largo viaje hacia el campo, donde llevaba meses escondido con su esposa.

2 de septiembre de 1835

Londres, Residencia de Richmond

Christopher apoyaba la frente contra el frío cristal de la ventana, casi hipnotizado por la lluvia que resbalaba por él. En la mano derecha sostenía un vaso vacío. Tembló y se dio cuenta de que se había quedado desnudo después de bañarse. No tenía ganas de moverse para cubrirse; solo deseaba dormir, dormir durante horas, sin interrupciones, sin despertarse sobresaltado al menor ruido por el miedo a que vinieran a buscarlo. Suspiró y se giró para mirar la cama, que parecía estar tan lejos. Se arrastró con paso cansado hasta allí y se arrojó boca abajo, dejando caer el vaso, que rodó por la alfombra sin hacer ruido.

Cerró los ojos y en su mente apareció una pequeña habitación de piedra, la de una prisión. Casi pudo oler su aire viciado. Su mente ya vagaba en el sueño, pero él creía estar aún despierto, por lo que las imágenes cambiaron a algo más agradable y perfumado. Lilly, la chica de *Madame* Clovert, tan rubia, con el cabello recogido. La muchacha se giró para mirarlo: no, se equivocaba, era lady Sophie. La joven lo observaba sonriendo tan alegremente que él tuvo dificultades para reconocerla.

Un sonido lejano, constante e insistente como el redoble de un tambor, lo perturbó. Decidió que debía abrir los ojos para mirar a su alrededor, pero no lo conseguía. Lo intentó una, dos, tres veces, y finalmente un pequeño haz de luz tenue, el de la vela, penetró en su mirada nublada. Se quedó inmóvil, sorprendido de haberse quedado dormido. Luego, ese ruido lejano. Eran golpes en la puerta principal...

Se levantó de un salto y fue a abrir la puerta de la habitación. Escuchó a su mayordomo girar la llave de la pesada puerta de entrada.

—El conde de Richmond, por favor. Decidle que está aquí Foster.

Christopher apretó los dientes y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Había llegado el momento. El reloj marcaba las cinco y treinta y siete. Aún no amanecía. Se dirigió a la habitación contigua, donde empezó a lavarse rápidamente. Luego eligió un pantalón beige y una chaqueta marrón.

Al entrar, Payne lo encontró poniéndose las botas.

—Está Foster —murmuró, conmocionado.

El conde sonrió.

—Te lo había dicho. ¿Por qué te sorprendes?

—¿Qué le diré a vuestra madre?

—Que finalmente ya no podrá gastar más. Después de todo, la mayoría de las deudas acumuladas hasta ahora son suyas. Repítele estas palabras exactas, Payne. —Tomó una capa y bajó, seguido por el mayordomo—. Buenos días, Foster.

—Lord Richmond. —Hugh Foster se acercó un poco a él, notando sus ojos cansados y enrojecidos, el rostro demacrado que mostraba una calma aparente. Sintió compasión por él y lo admiró por su fuerza—. Recomendé que me enviaran a mí y he elegido esta hora porque todavía hay poca gente en la calle. No podía hacer más que esto.

—Ni yo os pediría más. Habéis sido muy amable, gracias. ¿Me permitís darle algo a mi mayordomo antes de seguiros? —preguntó Chris, señalando el estudio.

El policía asintió, quedándose fuera de la puerta, y vio al conde entregarle a Payne una bolsa de monedas.

—No, lord Richmond, el abogado Wilkinson ya nos pagó el mes.

—Lo sé, pero divide este dinero entre la servidumbre, de la manera que consideres más justa. Digamos que es una buena salida. Luego marchaos. No le des nada a mi madre. Dile de mi parte que será mejor que regrese con su hermana.

—De acuerdo. ¿Tenemos que irnos? —preguntó Payne, inseguro.

—Divide ese dinero ahora mismo, antes de que los acreedores te lo quiten —insistió el conde. Finalmente, le dio una palmada afectuosa en el hombro y salió de la casa junto a Foster.

La lluvia resonaba estrepitosamente en medio de aquella desolación matutina y oscura.

—Me imaginaba que me llevarían en un carruaje con rejas —bromeó Christopher.

—No exageréis, Richmond —dijo Foster sonriendo—. No creo que seáis peligroso ni que queráis escapar, ¿verdad?

—¿Y a dónde podría ir yo sin dinero?

18

5 de septiembre de 1835

Southwark, prisión de Marshalsea

La sala común era bastante grande y él nunca se había imaginado encontrar gente simpática en ese lugar. Eso sí, el hedor era insoportable, pero ya se había acostumbrado. También pensó que él iba a empezar a oler mal en pocos días. Había numerosos jergones en el suelo, otros tantos sobre tablas, además de hamacas raídas colgadas. Las tablas carcomidas, unidas para servir de apoyo, estaban hinchadas por la humedad, pero eso no impedía que los presos las usaran para jugar a las cartas.

Christopher Clayton miró con disgusto al hombre a su lado: lo observaba con ojos impasibles de jugador experto.

—Estás tramando algo, estoy seguro —le dijo.

—¿Tienes miedo de perder tu pitillera de plata, Clayton? —le respondió el otro con una sonrisa torcida.

—¡Claro! ¿Me crees estúpido? Todo lo que tengo me lo he ganado, maldito tuerto apestoso.

Los que estaban alrededor rieron a carcajadas.

—¿Me estás llamando estúpido porque nunca he trabajado? —le preguntó el otro con un aire amenazante.

Chris se dio cuenta de que podría meterse en problemas antes de lo previsto. Decidió engatusar al hombre.

—¿Por qué no has trabajado nunca?

—¿Crees que soy estúpido? ¿Para qué iba a trabajar si podía ganar dinero robando? —dijo el tuerto con tono de obviedad—. ¡Me parece que el estúpido eres tú! ¡Éste está completamente idiotizado, os lo digo yo! —añadió, mirando a sus amigos, que rieron a mandíbula batiente.

—¡Oye, sangre azul, tiene razón! ¡Has trabajado mucho, pero estás en la cárcel con nosotros! —exclamó uno muy flaco sentado al otro lado de la sala.

—Por ahora estaré aquí para alegrar vuestras míseras vidas. ¡Y además, he ganado! —dijo, arrojando las cartas.

—¡Mierda, ha ganado! ¡Menudo peligro tienes, Clayton! —exclamó el delincuente de un solo ojo, señalándolo con el dedo.

—Recuérdalo cuando tengas ganas de joderme —le dijo Chris, encendiendo un cigarrillo.

—¡Clayton! Otra visita para ti, a juzgar por su ropa —dijo el tipo de mala pinta que estaba frente a él, señalando hacia la alta abertura con gruesos barrotes—. Que me parta un rayo, dos visitas en un día.

Él levantó la mirada y vio a un guardia que acompañaba a Wilkinson.

—¡Abogado, si tenéis algo de dinero podríais jugar una partida de cartas con nosotros! —lo saludó desde lejos.

—¡Yo tengo dos libras! —dijo un tipo desdentado—. ¿Me sacáis de aquí por dos libras?

Wilkinson enarcó las cejas.

—Si tenéis más deudas, no. ¿Por qué estáis aquí?

—¡Robé dos libras en una tienda! ¿De dónde mierda iba a sacar dos libras si no? —Rio, mostrando una oscura cavidad.

Las carcajadas resonaron estrepitosamente en la sala.

Richmond se levantó despacio y se acercó a la reja.

—Ya os he dicho que no tengo dinero para encargaros nada, así que, ¿por qué estáis aquí?

—Porque alguien me ha encargado que venga, precisamente —replicó el abogado, notando que la camisa del conde ya no era blanca y que la barba sin afeitar le daba un aspecto poco tranquilizador.

Chris frunció el ceño.

—Guardia, ¿puedo salir unos minutos?

—Clayton, tú tienes pinta de ser decente, pero ¿no irás a darle una paliza a tu abogado? —dijo el guardia en serio.

—¿Por qué iba a hacerlo? Es el único que podría sacarme de aquí.

El guardia sacudió la cabeza y señaló la puerta que daba al patio. Con un uniforme sucio y gastado, abrió la pesada puerta de madera y lo dejó pasar, quedándose a pocos metros de ellos en el pasillo estrecho y oscuro, iluminado solo por una antorcha.

—¿Alguien, quién? El duque de Northcliff, ¿verdad? —le preguntó Christopher.

—No puedo decíroslo.

—¿Qué demonios significa eso?

—He recibido el encargo de sacaros de aquí, pagando la fianza y las deudas de las que os habéis declarado culpable. Pero tengo el deber profesional de respetar la solicitud de la persona que quiere ayudaros.

Richmond lo miraba con los ojos apenas entrecerrados, como si estuviera buscando respuestas.

—Sólo aceptaré si me decís quién es.

—Os repito que no puedo deciros su nombre.

—Sólo aceptaré si me dejáis encontrarme con él —se arriesgó Chris a pedirle de manera un tanto impertinente.

Wilkinson rio.

—¿Qué os divierte?

—Vuestro benefactor había previsto esta propuesta. Aquí están los documentos. Si firmáis, os iréis conmigo ahora mismo — explicó, mostrando los papeles.

Chris abrió la boca y luego la cerró. Solo una persona sabía anticipar tan bien los movimientos de los demás: lord Northcliff. Y solo él era tan tenaz y obstinado como para insistir en ayudarlo.

—Quiero verlo.

—Quien os está salvando estará con vos después de medianoche, así podréis hacerle todas las preguntas que queráis.

—¿Esta noche?

—Sí.

—Es él, ¿verdad? ¿El duque de Northcliff?

El abogado no respondió. Agitó los dos papeles en dirección al guardia, que se acercó rápidamente.

—No respondéis: entonces es él, ¡seguro! —sentenció Richmond al volver adentro.

—¡Mierda! ¿El maldito sangre azul acaba de llegar y ya se está yendo? ¡Abogado! ¡Sácame a mí también! —le gritó el tuerto desde dentro.

Residencia de la baronesa Douglas

—Espero que se trate de algo importante, Mr. Price, porque a esta hora yo suelo estar durmiendo —le reprochó irritada lady Douglas, todavía en bata.

—Creo que lo es: alguien entró en mi casa, seguramente fueron Selkirk y Richmond. Eso significa que todavía me están buscando y no desistirán.

La mujer rio, mirándolo con semblante compasivo.

—¿Creíais que se conformarían con el no de un banco sin hacer sus propias investigaciones? Sois un estúpido —lo insultó sin temor —. ¿Me habéis despertado para esto? Además, con la duda de que sigan investigando, ¿os habéis atrevido a venir aquí?

—He sido extremadamente cuidadoso, no os preocupéis — murmuró él, a pesar de la mirada despectiva de la noble. Esperó a que ella tomara su té lentamente.

—Es hora de que vuestra esposa y vos os marchéis para siempre. Vuestro dinero está en esa bolsa junto con la dirección que os prometí: no volváis nunca más, y sobre todo, no regreséis jamás a mi casa. —Dicho esto, lady Douglas hizo un gesto brusco con la mano para despedirlo, dándole la espalda.

El hombre ni siquiera hizo una reverencia, total, ella no lo vería, y regresó rápidamente sobre sus pasos.

Habría querido explicarle a la baronesa que había comprado un pasaje con un documento de embarque fechado en febrero de 1835 para despistar a los dos nobles estafados, información que la habría dado la seguridad de que no la investigarían. Pero ella estaba más impaciente de lo habitual. Partiría hacia Nueva York pronto, así que

guardó el asunto en el cajón más remoto de su mente y no volvió a pensar en ello.

Londres, Residencia del conde de Richmond

Christopher pasó los dedos por su cabello mojado. Miró de nuevo el reloj que estaba sobre el taburete: ya marcaba las doce menos veinte. Una punzada en el estómago lo tomó por sorpresa: cuanto más minutos pasaban, más se delineaba en su mente la certeza de que tendría que devolverle el favor a su benefactor. La convicción de que se trataba del duque de Northcliff aliviaba en cierta medida su aprensión: hombre justo y correcto, nunca exigiría nada a cambio, de eso estaba seguro, y sin embargo, él sentiría igualmente el peso de la gratitud como una obligación. Por eso nunca había querido aceptar su ayuda.

Decidió salir de la bañera, donde el agua se había vuelto tibia. Mientras se secaba, eligió un pantalón oscuro y una chaqueta gris, y los dejó sobre la cama. Se miró al espejo: la seguridad y el encanto que durante años le habían garantizado un gran éxito con las mujeres, otorgándole una reputación de buen partido, parecían haber desaparecido. El halo de la derrota había opacado ese brillo carismático que siempre lo había caracterizado, el cansancio del sueño había marcado su rostro, la niebla del alcohol había apagado la luz de sus ojos. Las cosas habían cambiado. Su vida había cambiado. Tomó el frasco de colonia y se aplicó un poco en el pecho, luego agarró una camisa blanca y se la puso con gestos irritados. Se vistió rápidamente y se anudó la corbata.

Abajo, ya en el gran salón, se dispuso a aguardar frente a la ventana. Miró la botella de cristal donde el líquido ámbar, siempre tentador, desprendía un agradable aroma, prometiendo olvido. Apretó los labios, obligándose a apartar la vista de allí. Desde la noche de su arresto no había probado una gota de alcohol, y el ansia de la adicción le había infligido horas terribles en aquella celda de la prisión, donde había sudado y sufrido implacables pesadillas.

Miró la hora con dificultad, porque solo dos velas iluminaban el ambiente, una decisión ahorrativa de quien no tiene dinero para pagar la iluminación a gas. Eran las doce y seis minutos.

Escuchó un ruido proveniente del exterior, pero estaba demasiado oscuro para ver. Un momento después, el sonido del aldabón golpeado dos veces resonó en el silencio nocturno, dándole la sensación de estar atrapado. Se quedó inmóvil, escuchando.

—Pasad, lord Richmond os espera en el salón —dijo Payne desde la entrada. El fiel mayordomo aún no había abandonado la casa, aferrándose hasta el último momento a la esperanza de que el abogado sacara a su señor de los problemas.

De pie en medio de la habitación, en tensa espera, Christopher vislumbró la llama de la vela en la mano del mayordomo acercándose. El hombre se hizo a un lado para invitar a la persona detrás de él a avanzar. Ésta no se movió, y Payne, tras una rápida reverencia, desapareció llevándose la fuente de luz.

Chris solo podía ver la parte inferior de aquella figura envuelta en una capa oscura, inmóvil junto a la puerta. Dio un paso adelante. El otro se sobresaltó y retrocedió, como sorprendido. Ese gesto de sumisión temerosa lo dejó tan atónito que entreabrió la boca: ¡Lord Northcliff nunca habría hecho eso!

—¿Quién sois vos? —preguntó con dureza, ajustando sus ojos a la oscuridad. Comenzó a distinguir la forma de aquella persona, bastante baja, con la cabeza cubierta por una capucha tan baja que no dejaba ver ningún detalle de su rostro.

El otro, tras una evidente vacilación, dio dos pasos hacia la luz, manteniéndose aún a una buena distancia de él. Finalmente visible, con ambas manos cubiertas por unos guantes negros, retiró la capucha hacia atrás.

Fue como si el resplandor de aquellos cabellos rubios blanquísimos iluminara la habitación, y Christopher sintió una sensación tan maravillosa que le dolió. Su corazón pareció detenerse, el aliento se le quedó atrapado en la garganta, sus ojos grises se abrieron tanto que parecían lanzar destellos de acero. La miraba incrédulo, tratando de identificar cada detalle para asegurarse de que realmente era ella: los labios en forma de

corazón, enrojecidos, los ojos verdísimos, el cabello recogido en la nuca. Sí, era lady Sophie, sin duda alguna.

Casa de Mr. Wilkinson

Simon Wilkinson estaba sentado, inquieto, en el sillón favorito de su estudio desde que había terminado la cena, bastante frugal para sus costumbres. La ansiedad lo atenazaba desde que había logrado la liberación del conde. Había estado muy indeciso sobre si aceptar el encargo, pero llegó a la conclusión de que, si no lo hacía él, lo haría otro profesional. Sacó su reloj del bolsillo: faltaban quince minutos para la medianoche, la hora en que Richmond descubriría que su benefactora era lady Sophie.

Cuando días atrás había recibido la nota de la hija del duque de Northcliff, se había preparado para algo inusual: le pedía una reunión privada después del horario de cierre del estudio. Esa rareza sugería que el duque no estaba al corriente. Al principio, esto lo había preocupado, porque ocultar algo así a lord Northcliff era grave; luego había considerado que lady Sophie podría estar en problemas y que su negativa podría perjudicarla.

Esa noche había despedido a los empleados unos minutos antes y se quedó observando desde la ventana la llegada de lady Sophie. Las farolas iluminaban la calle mojada, mientras una lluvia ligera y persistente envolvía la ciudad. Una carroza oscura, de las de alquiler, se detuvo frente al portal justo debajo de él. La mujer bajó cubierta por una larga capa negra que ocultaba incluso su rostro. Estaba sola, y el abogado reflexionó que el duque sin duda desaprobaría que no estuviera acompañada al menos por su doncella. La había esperado con la puerta abierta de par en par, dejándola pasar rápidamente.

Lady Sophie se había apartado la capucha hacia atrás con ambas manos.

—Buenas noches, Mr. Wilkinson. Ya lleva lloviendo bastante tiempo —le había comentado con una sonrisa de pura cortesía.

—Sí, lo he notado. Seguidme, por favor. Tomad asiento —le había indicado la silla acolchada de color amatista mientras él se acomodaba detrás del escritorio. La habitación donde trabajaba estaba decorada en tonos marrón oscuro, con estanterías llenas de libros ordenados por materia.

—Antes que nada, quiero agradeceros por recibirme con tan poca antelación, fuera del horario laboral —había dicho la joven quitándose los guantes.

—No es ninguna molestia, de verdad. Imaginé que se trataba de algo importante o confidencial, así que su solicitud estaba justificada.

—Me alegra que lo hayáis entendido. Entonces, si me permitís, me gustaría aclarar un punto esencial.

—Os escucho.

—El asunto es extremadamente delicado y requiere absoluta discreción. Si por alguna razón, dudáis de poder mantener el secreto profesional, os ruego que me lo digáis de inmediato. No me ofenderé ni os juzgaré por ello. Pero me gustaría saberlo de antemano.

Se había quedado impresionado por la franqueza expresada con la mayor cortesía que jamás había presenciado. Absorto, había llegado a considerar que, en caso de ilegalidad o algo inapropiado para su edad y posición social, encontraría la manera de informárselo a su excelencia, sin romper el vínculo profesional.

—¿Puedo saber si se trata de algo ilegal?

—Nada ilegal, Mr. Wilkinson.

—¿Su padre lo aprobaría?

—Son pocas las cosas que mi padre aprueba, y vos lo sabéis de sobra.

Recordó haberse divertido con esa declaración tan sincera.

—Si yo lo hablara con él, ¿qué creéis que os diría vuestro padre?

—Me reprendería por no habérselo consultado. Pero quiero que mi nombre permanezca en el anonimato.

Había sido en ese instante cuando lo intuyó.

—¿Usaréis dinero vuestro o de su excelencia?

—Sois increíblemente perspicaz... dinero mío, en cualquier caso.

—Bien, estaré encantado de ayudaros. Os escucho.

—Tengo una cuenta corriente a mi nombre de la que mi padre no sabe nada.

—¿Estáis segura?

—Completamente segura: si mi padre hubiera sabido algo, me habría pedido explicaciones, porque la suma es considerable: unas treinta mil libras esterlinas.

Se había quedado atónito al escuchar la cifra, lo recordaba perfectamente.

—Sí, sin duda no sabe nada al respecto.

—Veréis, llevo cuatro años vendiendo mis dibujos. Atraen la atención por su audacia, y, al parecer, cuanto más transgresores son, más valen. Sumadle la renta que mi padre me pasa desde que tenía dieciséis años y lo entenderéis. Bien, quisiera usar ese dinero manteniendo el anonimato. ¿Podríais encargaros vos?

—Claro, lady Sophie. Decidme cómo os gustaría invertirlo.

—Quiero pagar las deudas del conde de Richmond y comprar su fábrica —había afirmado ella de un tirón.

Simon recordaba bien haberla mirado fijamente durante varios segundos, boquiabierto, tan sorprendido que ni siquiera se había dado cuenta. Sonrió al pensar en la expresión ridícula que debió haber mostrado y en su necesidad de confirmar el nombre varias veces.

—Disculpadme, ¿habéis dicho el conde de Richmond?

—Sí, así es.

—¿Christopher Clayton?

—Sí, él mismo.

Era evidente que su incredulidad había generado dudas en la joven, porque ella le había preguntado:

—¿Creéis que mi dinero será suficiente?

—Creo que sí, lady Sophie. —Había abierto un cajón para sacar una carpeta. Tras haber estudiado los papeles, le había informado—: Para la compra de la *Golden Texture*, Selkirk y Richmond piden once mil libras.

—¿Es la misma cantidad por la que se vendió la otra?

—Lady Sophie, lo siento, pero no puedo decíroslo porque también soy el abogado de lord Richmond.

—Ofrezco doce mil.

—¡Pero eso es mil libras de más! ¿Por qué hacer una oferta mayor?

—Porque necesitan ayuda, me parece obvio —le había respondido ella con una candidez desconcertante.

No había podido replicar, pues intuía que su intención era salvar a lord Richmond, y se había preguntado si estaría unida al conde por algún sentimiento que iba más allá de la generosidad.

—Se puede hacer.

—Mr. Wilkinson, en cuanto a las deudas, ¿a cuánto ascienden?.

—Lady Sophie, tampoco puedo hablar de esto.

—Tenéis razón, disculpadme.

Enternecido por el aire apesadumbrado de lady Sophie, había añadido en un tono vago:

—Quizás un benefactor podría saldar esas deudas con unas mil libras.

La había visto animarse.

—Se las traeré después de que se concluya la compraventa.

—Prepararé una propuesta de compra y podréis venir mañana a última hora de la mañana para leerla y firmarla. Les diré a los empleados que os habéis pasado por aquí para preguntar por mi mujer.

—Gracias, sois muy atento. ¿Qué tiene vuestra esposa? —preguntó amablemente.

—Un simple resfriado. Sin embargo, es una excelente excusa, ¿no creéis?

—Sí, excelente. Me alegra que no sea nada grave.

—Convocaré a Richmond mañana por la noche.

—Me temo que estará ocupado en *Almack's*, Mr. Wilkinson. Lord Richmond no se perdería jamás la velada de apertura de la caza del faisán.

El encantador rostro de la hija del duque mostraba toda la satisfacción de quien había alcanzado una meta con sus propios medios, por eso no tuvo corazón para revelarle que lord Richmond

había sido expulsado de los eventos de gala. Una noche maldita, la del 12 de agosto en *Almack's*. Era la misma noche en que la joven dulce y grácil había sufrido la agresión de Fishbourne.

Cuando se había enterado de la grave noticia, se había quedado conmocionado; verla llegar a la siguiente cita con el rostro magullado fue mucho peor. Acompañada por su doncella, que se sentó en la salita de espera, lady Sophie estaba protegida por su habitual capa.

—Buenos días, lady Sophie.

—Buenos días, abogado. Dado que ya sabrá lo sucedido en *Almack's*, puedo quitarme esta incomoda capucha —había murmurado afligida, revelando su rostro amoratado.

—Ay, el duque me había informado, pero no imaginaba que estuvierais tan...

—¿Horrible? Decidlo tranquilamente. De lo contrario, sabría que miente —le había contestado ella, molesta, mientras se quitaba los guantes. Un atisbo de ira quebraba su habitual compostura, y eso lo impresionó mucho.

—Lamento profundamente lo que pasó, Lady Sophie. Aquí está el contrato —había dicho él.

Tras una lectura cuidadosa, ella había estampado su firma mientras preguntaba:

—¿Puedo daros la suma para saldar las deudas de lord Richmond?

Él se había sentido avergonzado.

—Veréis, lady Sophie, me temo que la cifra es más alta de lo que le dije la última vez.

—¿Ha gastado más?

—¿Quién? ¿Lord Richmond? No, no, él no. Se trata de deudas antiguas contraídas por lady Richmond.

—Lo imaginaba. ¿Cuánto?

—Mil doscientas.

—Se las traeré hoy mismo.

—Mirad, lady Sophie, también están los gastos de la excarcelación, así que no creo que sea conveniente que vos paguéis: es una suma considerable y os lo desaconsejo. —El aire confundido

de la hija del Duque lo había preocupado de inmediato—. ¿No lo sabíais? ¡Tendréis que perdonarme! A lord Richmond se le ha sacado de su residencia esta mañana, antes del amanecer.

La poca compostura que había conservado tras escapar de la violencia de la noche anterior se desvaneció por completo.

—Sacadlo de ahí, abogado, yo pagaré —le había suplicado fervorosamente.

—Lady Sophie, ya he estado con él, pero lord Richmond rechaza categóricamente mi intervención, a pesar de que le he asegurado que no pretendo honorarios por esto.

—Os doy el encargo oficial de sacarlo de allí.

—¿Me estáis diciendo que me dais el encargo?

—Eso es lo que he dicho. ¿Cuánto necesitáis?

—En ese caso, dos mil libras serán suficientes para saldar las deudas y liberarlo. Os devolveré lo que sobre. Pero hay un problema. Conozco a Richmond: es un hombre muy orgulloso y ya me parece escucharlo diciendo que no aceptará sin saber quién es su benefactor.

—Si se pone difícil e insiste con tenacidad, le diréis que sólo me revelaré después de que sea liberado.

La joven parecía saber lo que hacía y mostraba una prontitud de acción inesperada. Sin embargo, él había dudado sobre esa decisión.

—¿Realmente le diréis quién sois vos?

—Siempre cumplo las promesas que hago, y, si es necesario para convencerlo, así será. Decidle que me espere en su casa después de la medianoche.

—¡Pero lady Sophie, os desaconsejaría que fuerais de noche! —había exclamado él, horrorizado ante la idea de que el Duque se enterara de un acto tan temerario.

—Nadie me verá.

—Iré con vos, lady Sophie. Me quedaré en el carruaje, pero iré con vos.

—No, os lo suplico. Sería aún más embarazoso para mí —le había susurrado ella con voz quebrada.

Una vez más, su dulce rostro lo había enternecido.

—Está bien. Pero permitidme deciros que sois tan obstinada como vuestro padre.

La frase la había hecho sonreír, iluminando su rostro.

—Os lo permito, Mr. Wilkinson. Es más, con no poco fastidio estoy dispuesta a admitir que tenéis razón. Esperaré a que me digáis si la cita se llevará a cabo—. Y la muchacha se había marchado, con la cabeza oculta bajo la capa.

Simon suspiró profundamente y miró de nuevo el reloj: faltaban quince minutos para la una.

A esa hora, lord Richmond seguramente ya había descubierto que lady Sophie era su benefactora. Confió en que todo saliera como la joven deseaba, no solo en lo referente a las deudas, sino también en todo lo demás, fuera lo que fuera.

Residencia de Richmond

La miraba atónito.

¿Cómo había podido el abogado permitir que la joven se arriesgara tanto? Claro, ése era su trabajo, se dijo. Y, sin embargo, sabía que él no quería ayuda de nadie, sabía que no le gustaba que otros lo sacaran de sus problemas. ¡Y mucho menos una chica ingenua e inexperta como lady Sophie! La mortificación y la humillación se deslizaron en su interior, agravando su estado de ánimo herido en el orgullo.

—¿Vos? ¿Habéis sido vos? —avanzó agresivo.

Ella se mordió con fuerza el labio inferior hasta sentir dolor. No se atrevía a mirarlo, temerosa por esa reacción tan impetuosa; mantenía el rostro inclinado y ligeramente girado para ocultar el moretón en la parte izquierda de su cara.

—¿Habéis pagado mis deudas? —insistió Christopher, alzando la voz. Agarró la barbilla de la joven y, con un gesto brusco, levantó su rostro: el hematoma amarillo violáceo llenó su mirada, abrumándolo con su brutalidad—. Oh —susurró horrorizado. Recordó de inmediato lo que había oído sobre el lamentable incidente ocurrido en *Almack's*. La cárcel y las deudas le parecieron de pronto poca cosa

en comparación con esto, y se sintió un verdadero mezquino—. ¿Fue él? ¿Fue ese cerdo de Fishbourne?

Sophie se vio arrastrada por la oleada de emociones intensas que habitaban en Christopher; percibió esa invasión a través del contacto de los dedos masculinos que apretaban cada vez más. Tomó valor y alzó la mirada hacia sus ojos, endurecida aún más por esa cicatriz vertical que marcaba su pómulo. Unas lágrimas involuntarias nublaron su visión, aislándola por un momento de esa escena absurda.

Arrepentido, Chris aflojó la presa, y ese gesto se convirtió casi en una caricia.

—¿Fue él? —continuó en voz baja, con un tono compasivo. Vio su leve asentimiento. Sacó el pañuelo del bolsillo y se lo ofreció.

Ella secó sus lágrimas, tomó una profunda respiración y le dijo:

—Necesito hablar con vos.

Richmond dio dos pasos atrás, señalando el sofá.

—¿Queréis darme vuestro capa? —Ante su negativa con la cabeza, se impacientó—. ¿Pensáis quedaros ahí todo el tiempo? Si os he asustado con mi brusquedad, lo siento, no era mi intención.

En ese momento, dos perros de raza indefinida, moteados, uno claro y otro oscuro, irrumpieron en la habitación, dirigiéndose con ímpetu hacia Sophie. Ella, sorprendida, dio un paso atrás y chocó con un mueble valioso.

—¡Quietos! ¡Sentaos! —les ordenó Chris. Las dos criaturas obedecieron, mostrando su felicidad al mover la cola y olfatear en dirección a la recién llegada—. Son inofensivos, os lo aseguro. Pero para ellos, vos sois la novedad. ¡*Night, Day*! A la cocina, ahora mismo —añadió, señalando la puerta. Los dos simpáticos perros salieron disparados hacia la entrada y desaparecieron. Chris estaba muy encariñado con los dos animales, quizás porque los había encontrado moribundos en casa de Price, y eso le daba la sensación de haber sacado algo bueno de aquel desagradable asunto.

Sophie aprovechó aquellos momentos para buscar la mejor manera de iniciar su discurso. La emoción le provocó un súbito calor y, por instinto, se desató la capa, exponiendo el cuello. La mirada

sorprendida de lord Richmond le recordó el moretón que tenía allí, y su mano subió de inmediato para cubrir la piel marcada.

—No he debido desatarme la capa, disculpadme.

—No debéis hacer eso. No debéis tener ese aire de culpabilidad —murmuró él, pensando en la vileza de las intenciones del bastardo de Fishbourne. Se preguntó si el duque ya lo habría desafiado a duelo por haber mancillado la inmaculada reputación de la joven. Por asociación de ideas, le dijo:

—Deberíais haberos hecho acompañar, lady Sophie. No es apropiado que estéis aquí sola, a altas horas de la noche.

—He de hablar con vos —repitió ella, sacando de debajo de la capa una bolsa que emitió un inconfundible sonido de monedas al ser depositada sobre el mueble más cercano—. Esto es para las deudas que aún no habéis pagado, de lo contrario, volverán a buscaros.

—¿Por qué hacéis esto? ¿Qué queréis de mí? —preguntó él con suspicacia.

—Nada: no todo el mundo da algo solo para obtener otra cosa a cambio, Lord Richmond —susurró con tristeza—. Sin embargo, dado que sé que sois un hombre práctico y con una marcada inclinación por los negocios, me permitiré esbozaros una propuesta que, estoy segura, no os ofenderá. —Percibió su esfuerzo por mantenerse calmado mientras metía las manos en los bolsillos de su largo pantalón. Se quitó los guantes y los dejó junto a la bolsa de dinero —. Vuestra admirable dedicación al trabajo no fue suficiente para protegeros del engaño de ese delincuente, y sin dinero no tenéis perspectivas, nunca podréis salir de la situación catastrófica en la que se encuentra.

Él apretó los labios, molesto por esa verdad innegable expresada en voz alta.

—Lord Richmond, mi reputación está irremediablemente comprometida: soy y siempre seré la encantadora y rica hija del duque de Northcliff, respetada únicamente por el título de mi padre, pero evitada por mi honor mancillado. Poco importa que Fishbourne no me haya deshonrado: las habladurías tienen más peso que la verdad.

—Entonces ¿no lo hizo? —preguntó con descaro.

—No —respondió ella con orgullo.

—Debisteis habérselo dicho a todos.

—Lo hice, justo después de la agresión, frente a todos, en voz alta. Pero ya se sabe, la gente solo entiende lo que quiere, especialmente los nobles de la élite londinense. Y vos lo sabéis bien, ¿verdad? —Alentada por su sonrisa torcida mientras miraba pensativo un punto impreciso de la alfombra floral, continuó rápidamente antes de perder el impulso de valentía—. Ambos estamos en una situación desesperada, para la cual sólo hay una solución: necesitáis una esposa rica para volver al tablero y yo necesito un esposo adecuadamente amable para salvarme de la deshonra.

Las palabras audaces surtieron efecto: primero, Christopher mostró su asombro abriendo los ojos de par en par, luego el desconcierto se apoderó de él. ¿Realmente esa chica estaba intentando comprarse un futuro? ¿Se estaba vendiendo para salvarse de la deshonra? ¿O acaso lo estaba chantajeando? La rabia crecía en su interior como un torbellino.

—¿Os he entendido mal? ¿Estáis negociando un matrimonio a cambio de dinero?

—Bueno, dicho así lo hace sonar como algo repugnante... Es más bien un acuerdo ventajoso para salvarnos a ambos —susurró, liberándose de un peso que le oprimía el pecho desde hacía días.

—¿Y si no aceptara? ¿Qué haríais? ¿Me quitaríais vuestro dinero? —preguntó él, señalando la bolsa con un movimiento de cabeza en esa dirección—. Lo que proponéis suena a chantaje.

Las últimas palabras, pronunciadas en un tono despectivo, golpearon el corazón de Sophie. No era así como había imaginado que irían las cosas. Él estaba malinterpretando todas sus buenas intenciones.

—¿De verdad... pensáis que soy capaz de eso? ¿Es vuestro cinismo lo que os hace desconfiar de mi gesto altruista o realmente creéis que soy tan despreciable como para chantajearos? —balbuceó con la voz rota por el llanto inminente. Calló, tragando saliva varias veces.

Chris estaba confundido y ya no sabía qué pensar. Esa mujer lo desestabilizaba siempre, mostrándose primero reservada y fría, luego vivaz y sensible. Siempre había sido así con ella porque escondía facetas nunca reveladas, una personalidad oculta y bien guardada.

—Lamento desmontar el pésimo juicio que tenéis de mí, pero el dinero es vuestro de todos modos, incluso si no aceptáis mi propuesta —dijo ella, lanzando una rápida mirada al terciopelo verde que contenía el dinero—. Son dos mil libras: serán suficientes para sanear por completo vuestra situación e invertir en vuestra propiedad en el campo, para que os dé algún fruto. Yo no quiero nada a cambio. —Ahora lo miraba fijamente: las lágrimas se habían escapado y por fin podía verlo sin el velo líquido que distorsionaba todo. Dejó su pañuelo, tomó los guantes y se los puso con gestos elegantes. Finalmente, se decidió a mirarlo de nuevo—. Lord Richmond, os lo suplico, recordad que, en cualquier caso, el dinero es vuestro y no tenéis que devolvérmelo —enunció claramente—. La propuesta de casarme no tiene nada que ver con mi deseo de ayudaros.

Conmocionado por aquel torbellino de generosidad y altruismo, Christopher se perdió en sus cavilaciones. Pensamientos confusos rebotaban en su mente como enloquecidos y comenzó a dolerle la cabeza. Levantó la mirada como para constatar que todo era real y que la hija del duque realmente estaba allí. Hermosa, y no solo agraciada como ella se definía, con los ojos aún más verdes por el brillo de las lágrimas, la boca enrojecida por el calor, intentaba acomodar la capa demasiado amplia de la que emergió un vestido raído y unos viejos botines de cuero negro agrietado.

—Siempre me ha parecido incómodo montar en una silla de hombre con ropa elegante—explicó ella tímidamente—, pero os aseguro que sólo lo hago cuando estoy en Escocia —añadió rápidamente para no ser mal juzgada.

—¿Silla de hombre? ¿Habéis venido a caballo? —preguntó él asombrado mientras se acercaba—. ¡Debéis haber perdido el juicio! ¿Tenéis idea de lo que hay ahí fuera de noche? —exclamó señalando la ventana con el brazo.

—No quería que me reconocieran —se justificó Sophie—. Ahora, si me lo permitís, lord Richmond, me iré.

—¡No permito nada! ¡Os llevaré a casa yo! Con mi carruaje.

Sophie negó con la cabeza.

—Gracias, pero no, me niego en rotundo. Alguien podría verme desde la residencia de los Northcliff bajando de vuestro vehículo. Mi doncella me espera en la entrada trasera, no tenéis de qué preocuparos.

—No hay nada que discutir: no os iréis sola. Iré con vos. Mi carruaje me esperará a cierta distancia y regresaré en él. Vamos.

—¿Con... migo? ¿Queréis decir en mi caballo?

Él puso los ojos en blanco.

—¡Sí! ¡Con vos, los dos en vuestro caballo! Lady Sophie, montáis en una silla de hombre, recorréis Londres sola de noche y ¿tenéis el descaro de haceros la recatada y reacia a la idea de cabalgar conmigo? ¡Os recuerdo que hace unos minutos me habéis propuesto matrimonio! ¡Vamos!

Sophie se sobresaltó al escuchar esa cruda verdad arrojada a la cara. Se quedó inmóvil por un momento. Luego admitió que había parecido tonta y ridícula. Se levantó la capucha y lo siguió hacia la entrada.

—La capa, Payne, también mi pistola y mi cuchillo. El carruaje tendrá que recogerme a una manzana de la Residencia de los Northcliff, no más lejos. Acompaño a esta persona en su caballo.

El mayordomo asintió impasible.

Ella razonó: ¿pistola y cuchillo? Comenzó a preguntarse si había cometido un error al venir sola y recordó la reticencia de Wilkinson. Observó a lord Richmond guardar las dos armas en el cinturón, detrás de la espalda, y luego lo siguió afuera, donde estaba su caballo.

Sin ceremonias, Chris la tomó bruscamente para subirla al animal y montó de un salto, quedándose fuera de la silla. Le quitó las riendas de las manos y espoleó a la yegua al paso.

—Nunca había oído nada parecido —masculló.

—Podría haber regresado sola —dijo ella molesta, aunque percibía que su desaprobación se debía al peligro que habría corrido.

—Claro que sí. Con la esperanza de que no os encontrara algún delincuente. ¿Y sabéis qué habría hecho al descubrir que es mujer? ¡Eso sí que habría sido una deshonra!

Ella decidió que era más prudente guardar silencio y no protestó cuando sus brazos la rodearon. En ese momento, la esperanza de que la desposara se transformó en un deseo intenso y ansioso. Negar ese sentimiento que su corazón guardaba desde hacía tiempo era inútil. Fingir ignorarlo le había costado caro: aceptar a Fishbourne, ilusionarlo y luego sufrir las consecuencias de una reputación arruinada.

—¿El duque sabe lo que estáis haciendo? Qué pregunta tan estúpida... no os lo habría permitido.

—Temo que ha intuido algo.

—¿Cómo lo sabéis? No, no respondáis... lo habéis sentido. Sois como él.

—Hay alguien ahí —le informó Sophie, divisando a dos hombres. Estaban bien vestidos y reían a carcajadas, visiblemente ebrios.

—Cerrad esa maldita capa y ocultad esos mechones claros, antes de que se den cuenta de que sois una mujer.

—No pueden notarlo.

—Creedme, se nota perfectamente —dijo él entre dientes mientras espoleaba al caballo a un galope ligero. A una manzana de la Residencia de los Northcliff, se detuvo y bajó. Se quedó mirando a la mujer a los ojos, como si buscara la respuesta a un difícil dilema.

—Gracias por haberme... —La voz de Sophie se volvió débil y luego se apagó en silencio.

Christopher frunció el ceño al notar el rostro congelado en una expresión estática mientras el verde de sus ojos emergía vívido.

—¿Os pasa algo? —preguntó sin entender hacia dónde miraba.

Un movimiento impredecible de sus brazos siguió a su pregunta, luego otro, la postura cada vez más inusual, los hombros rígidos.

Él levantó las manos en el instante en que una sacudida atravesó el frágil cuerpo, que se inclinó hacia un lado hasta deslizarse del animal, que dio un respingo. La atrapó antes de que cayera, observando atónito cómo la figura delgada se transformaba en una criatura enloquecida.

Se acomodó en el suelo sosteniéndola entre sus brazos con delicadeza. La cubrió con la tela negra, cuidando que la falda no se levantara por esos movimientos involuntarios.

Ya había visto otras crisis epilépticas. Uno de sus obreros las padecía y a veces le ocurrían durante el horario laboral. Por eso, a ese buen hombre se le había asignado una tarea segura que no representara peligro para él ni para quienes lo rodeaban.

Pero ver a esa chica en medio de un ataque era desgarrador. El rostro delicado y blanco, ya marcado por los moretones, parecía una máscara maltratada, estirada de un lado a otro, sin dejar rastro de los rasgos perfectos que la caracterizaban. La articulación del cuello parecía retorcerse y los nervios expuestos resaltaban la crudeza de la escena.

Los movimientos se hicieron más intensos y él no los detuvo, sabiendo que solo debía protegerla hasta que todo pasara. Sin embargo, su sensación de impotencia creció porque él no debería estar allí. Era un momento de extrema intimidad y lo comprendió.

Maldijo la imprudencia de la chica que se había aventurado sola y de noche, sabiendo que estaba enferma, y se preguntó cómo podía vivir con esa desgracia siempre al acecho.

Ahora entendía por qué su hermano, el marqués Lothian, la vigilaba a cada paso.

Ahora entendía por qué la mujer ostentaba esa fría compostura: intentaba ocultar, y quizás rechazar, la cruel enfermedad que la transformaba en un ser poseído por impulsos incontrolables, un mal que, burlón, la dominaba privándola de todo control, sometiéndola a la humillación y la vergüenza.

Con el pañuelo secó compasivo las lágrimas al borde de los ojos abiertos que miraban fijamente un punto impreciso de su torso, seguramente sin ver nada. También limpió el pequeño hilo de saliva que comenzaba a deslizarse por el labio inferior, el mismo que ella mordía cuando estaba nerviosa.

Contuvo esa furia en un abrazo suave, protegió a la chica con extremo cuidado cubriendo sus piernas expuestas con un borde de su capa y esperó a que el espectro maligno le diera tregua.

Unos minutos después, todo había terminado.

Poco a poco, su mirada volvió a la realidad y Sophie se dio cuenta de que estaba acurrucada en las piernas de lord Richmond. Cuando cruzó sus ojos grises, lo entendió todo: leyó compasión y piedad, percibió preocupación y sorpresa. Había sucedido, frente a él, arrebatándole el último ápice de dignidad que le quedaba esa noche.

Unos sollozos silenciosos revelaron la mortificación de la ofensa, pero por experiencia sabía que nada podría sanar las heridas internas, así que permitió que ese desahogo tomara el control, demasiado agotada para seguir luchando.

Christopher levantó una mano y acarició la mejilla fría: fue una emoción pura y vibrante para ambos, un cosquilleo tibio que envolvió los dedos masculinos y la piel femenina.

Se miraron fijamente durante unos segundos, unidos por algo invisible que nadie podría explicar, un vínculo hecho de pensamientos y vibraciones, de esperanzas y expectativas.

A Sophie le faltó el aliento hasta el punto de sentirse ahogada. Bajó los párpados para protegerse de ese consuelo genuino, temiendo el momento en que se viera privada de él.

Él se levantó sosteniéndola contra sí y se dirigió a pie hacia la puerta trasera de la propiedad de los Northcliff. Estaba abierta y entró recorriendo el perímetro lateral para no arriesgarse a ser visto desde las ventanas. La puerta de la cocina se abrió y apareció una doncella con el rostro desencajado.

—He tenido una crisis —le explicó él de manera concisa mientras pasaba a su lado.

Dejó a Sophie en un banco, con la espalda apoyada contra la pared. Permaneció agachado unos segundos, asegurándose de que ella pudiera mantenerse sentada. Luego se levantó lentamente y la observó un instante desde arriba. Finalmente, se marchó sin decir nada más.

A través de la puerta abierta, Sophie lo miraba alejarse con pasos largos y rítmicos, la cabeza inclinada hacia adelante. Cerró los ojos y dos lágrimas recorrieron su rostro agotado. El destino había decidido por ella: ahora estaba convencida de que Christopher Clayton nunca aceptaría casarse con ella.

19

6 de septiembre de 1835

Residencia de los Northcliff

Sonriente, el conde de Richmond atravesó la *City* con su moderno faetón, notando con satisfacción los rostros sorprendidos de varias de sus amistades que lo habían dado por perdido.

Entró a un ritmo bastante animado por el sendero cubierto de grava de la Residencia de los Northcliff, haciendo saltar aquí y allá los guijarros blancos. Detuvo el vehículo justo cuando el portón se estaba abriendo y bajó de un salto, tomando las flores para la duquesa con la mano derecha. Subió los escalones de dos en dos, dejando entrever cierta euforia.

—Buenos días —dijo, entregando su sombrero y guantes al mayordomo.

—Buenos días, lord Richmond. Os acompañaré al estudio de su excelencia.

A través de la puerta abierta del salón, vio a lady Sophie junto a la ventana, con la mente perdida en quién sabe qué pensamientos. Decidió hablarle antes de encontrarse con el duque.

—No es necesario, gracias, saludaré primero a lady Sophie.

Indeciso, Ben hizo un gesto con la cabeza y dio un paso atrás, quedándose a observar cómo el conde se acercaba al umbral. Luego se dirigió hacia el estudio de su excelencia, pero la duquesa lo interceptó:

—Yo avisaré al duque, Ben, gracias. —Así, el mayordomo se retiró y ella se encaminó, pensando en cómo retener a su esposo para darle a lord Richmond unos minutos con Sophie.

Mientras tanto, Christopher caminó lentamente más allá de la puerta y la entrecerró sin hacer ruido. Observó la figura femenina de

pie, con el perfil iluminado por el tibio sol matutino. Un aura mágica parecía envolverla, mientras los rayos de luz daban un brillo excepcional a su cabello claro, recogido en un moño en la nuca, y un destello se propagaba desde el pendiente de perla. El moretón bajo el ojo parecía una sombra en esa posición, pero él había visto claramente cuán extenso y oscuro era. El pensamiento del sufrimiento que había soportado por culpa de Fishbourne lo hizo tambalearse una vez más.

La noche anterior, la cama se había convertido en un instrumento de tortura. Se había levantado, puesto la bata y, sentado frente al fuego de la chimenea, había pasado las horas reflexionando como nunca lo había hecho en su vida, hasta casi admitir que un cambio profundo estaba ocurriendo en él desde que la joven Northcliff lo había salvado en Westminster.

Lady Sophie había tenido su buena dosis de humillación tras lo sucedido en *Almack's*, y su reputación había quedado comprometida. Sin mencionar el dolor físico que las maneras violentas de Fishbourne le habían causado. Estaba enferma, de una enfermedad impredecible que la gente siempre asociaba con juicios negativos, expiación de pecados, castigos divinos o cosas peores.

Y, sin embargo, se había presentado en su casa, arriesgándose a ser descubierta por su padre o por cualquiera, en realidad, despreocupada por las críticas de esa sociedad superficial y frívola que, día tras día, minaba su honor con rumores y maledicencias; no sólo había ofrecido una gran suma de dinero por él, sino que se había puesto en juego, se había expuesto con gran valentía y estoicismo, encontrando el impulso para salvarlos a ambos.

A fin de cuentas, sus problemas económicos no eran nada comparados con lo que la chica estaba sufriendo.

El sencillo acuerdo propuesto, que a decir verdad beneficiaba más a él que a ella, resultaba tan claro como inverosímil. Incluso había especificado que, en caso de rechazo, él podría quedarse con el dinero. ¿Quién más habría hecho algo así? ¿Quién podría ser tan altruista y generoso como para salvarlo? Tal vez sólo el duque de Northcliff. Y, al parecer, su mesurada e impenetrable hija, lady Sophie.

Ahora, observándola bajo esa luz que la hacía parecer etérea, el recuerdo del rostro femenino deformado por la crisis epiléptica le pareció más crudo y realista, pero al mismo tiempo confirmó la gran dignidad con la que la joven se enfrentaba a cada adversidad, una dignidad que otras de su edad, y, a decir verdad, muchas mujeres mayores nunca tendrían ni comprenderían.

Fue precisamente esta conclusión la que lo había llevado a solicitar una reunión con su excelencia. No aceptaría la oferta de lady Sophie, pero sí la del duque: era más decoroso ser ayudado por él, para no arriesgarse a generar más habladurías sobre su hija.

—Buenos días —dijo. Ella se giró de golpe, con los ojos muy abiertos. La figura esbelta y proporcionada se hizo más evidente que nunca en ese vestido que finalmente parecía ajustarse a la talla correcta. Se acercó lentamente y dejó las flores en la mesita baja junto al sofá—. ¿Estáis bien?

La joven no respondió. Sin duda, acostumbrada a ocultar su enfermedad, se avergonzaba al pensar que él la había visto en ese estado. Christopher intuyó su incomodidad y sintió ternura, un sentimiento realmente ajeno a su personalidad despreocupada e indiferente. Cuanto más la miraba, más sentía que algo se removía en su interior. Quería darle las gracias, mostrarse comprensivo y asegurarle que nunca la juzgaría por lo que Fishbourne le había hecho sufrir ni por esa enfermedad que le quitaba todo control. Pero se contuvo, consciente de que tal actitud no era propia de él, e intentó con todas sus fuerzas mantener su habitual distanciamiento.

Así, seguro de su decisión de aceptar la ayuda del duque, dio un paso adelante.

—Lady Sophie, antes de que llegue vuestro padre, tengo algo que deciros. En primer lugar, quiero daros las gracias. No sé si alguna vez podré devolveros vuestro gesto generoso, pero sabed desde ahora que haré todo lo que esté en mis manos para lograrlo. —Hizo una pausa al notar que ella mantenía la cabeza gacha. No entendió cómo, pero olvidó todos sus propósitos e intenciones bien planeados y se encontró hablando sin poder detenerse—. Y quiero agradecéroslo de la única manera que conozco, lo único que tengo para ofreceros en este momento —continuó, sorprendiéndose de lo

que su boca estaba a punto de decir—. Lady Sophie, ¿me haríais el honor de casaros conmigo? Por supuesto, siempre que su excelencia dé su...

El brillo en la mirada de la chica delataba las lágrimas a punto de brotar. No era para nada impasible como intentaba aparentar. Vio sus hombros temblar por el llanto contenido. La escena le pareció desgarradora cuando las lágrimas comenzaron a deslizarse por la mejilla ensombrecida por el morado del hematoma. Se acercó y le ofreció su pañuelo.

—Para ser una mujer tan fuerte, habéis llorado bastante entre ayer y hoy —comentó en tono bromista.

Los ojos directos del conde, su aroma masculino, la certeza de que ahora lo sabía todo sobre ella, crearon tal agitación que su corazón comenzó a latir tan fuerte que resonaba en sus oídos. Le resultó imposible concentrarse para captar las intenciones de él y se reprochó su inexperiencia para manejar ese don. Se esforzó por articular unas pocas palabras que pudiera hilvanar.

—¿Estáis diciendo... que aceptáis mi propuesta?

—No, no, no, un momento, lady Sophie. Soy yo quien propone, no vos. Os estoy preguntando si queréis casaros conmigo. —La descolocó una vez más. Usó su pañuelo para secarse los ojos. Luego miró por la ventana, seguramente para escapar de su mirada y ocultar el frágil estado de ánimo que estaba emergiendo—. ¿Entonces?

—¿Qué? —dijo ella, levantando los ojos enrojecidos.

—Os he preguntado si queréis casaros conmigo

—Vos... seguramente no habéis entendido qué tipo de enfermedad tengo; y anoche, después de que os fuerais, tomé conciencia de mi imprudencia: nunca debí haberos hecho esa propuesta, no debí aprovecharme de vuestro sentido de gratitud. Os lo suplico, olvidadlo, y quedaos con el dinero, lo necesitáis.

¿Aprovecharse de su sentido de gratitud? Christopher quedó impactado por la alta opinión que la joven tenía de él y por el juicio negativo que tenía de sí misma.

—No olvido nada. Ya he tomado mi decisión y no por pura gratitud. Quiero ayudaros, quiero casarme con vos.

—¡No lo entendéis! —exclamó ella de repente, sorprendiéndolo con su vehemencia—. Ver mi crisis anoche os convenció de un gesto compasivo, ¡pero no debía ser así! Y yo no soy alguien que acepte la piedad de los demás.

Finalmente, Chris lo comprendió. Una sonrisa torcida recibió esa confesión. Adoraba esa rebelión contra la compasión que la joven creía percibir, porque revelaba una personalidad fuerte y sana.

—Sois vos quien no lo entiende. Apuesto las pocas libras que me quedan, no las vuestras, por supuesto, a que estáis convencida de que yo nunca había visto un ataque epiléptico —dijo riendo para quitarle dramatismo. Luego se puso serio. Con dedos delicados, tomó el mentón de Sophie para obligarla a mirarlo: los ojos verdes llenos de desesperación buscaban ayuda, apoyo, comprensión, y él estaba dispuesto a dárselo todo—. No sentí pena por vos anoche, sino una gran, grandísima admiración por vuestra capacidad para superar cada desgracia, por vuestra fuerza, vuestra excepcional dignidad. Y, sobre todo, admiro que no queráis ser desposada por compasión. —Acercó su rostro al de ella y concluyó—: Quiero casarme con vos porque os estimo enormemente, recordadlo.

Los ruidos en el pasillo la hicieron sobresaltarse con un sollozo de emoción. Instintivamente, envolvió su brazo, apretando los dedos sobre la tela de la chaqueta gris. Sin duda, temía lo que él podría contarle a su padre.

—No le diré nada, os lo prometo —le susurró enternecido.

El duque entró en la habitación, seguido por su esposa. Ambos miraron con incertidumbre a los dos junto a la ventana, mientras Sophie lloraba como pocas veces la habían visto hacer.

—Espero que esas lágrimas no las hayáis causado vos, lord Richmond —dijo en tono amenazante.

—En verdad sí, excelencia. Me temo que lady Sophie es más sensible de lo que quiere aparentar. Cuando le he pedido que se casara conmigo, ha tenido una reacción bastante intensa, como podéis comprobar.

Eleonor llevó una mano a la boca para contener un sonido de alegría: después de todo, las cosas estaban saliendo bien, muy bien. Miró de reojo la expresión cautelosa de su esposo, recordando lo

difícil que había sido convencerlo de darle unos minutos al conde, sabiendo que estaba en compañía de su hija.

—¿Y ella ha aceptado? —lo oyó preguntar serio mientras avanzaba.

—Aún no. Esperaba una respuesta cuando vos habéis entrado —le respondió el conde, girándose para mirar a la joven—. Entonces, lady Sophie, ¿queréis casaros conmigo?

Sophie finalmente tuvo el valor de mirar al conde a la cara: ese vínculo invisible los envolvió, como si estuvieran solos en la habitación, olvidados de todo y de todos; la conexión en esa mirada, ahora única, permitió a Sophie ver. Lord Richmond había dicho la verdad: la admiraba, la estimaba profundamente y le estaba agradecido. ¿Qué más podía desear? Entreabrió los labios, lo miró fijamente y, con voz clara, respondió:

—Sí, lord Richmond, acepto.

Christopher sonrió, mirándola durante unos segundos. Luego se volvió hacia el duque.

—Excelencia, me remito a vuestra última palabra.

Lord Northcliff captó esa complicidad silenciosa y sintió cierto asombro.

—Si mi hija está segura, no tengo nada que objetar —afirmó, dirigiendo a la joven una mirada que pedía mucho más que la pregunta formulada: quería saber si Richmond estaba al tanto de la enfermedad. Cuando Sophie asintió con la cabeza, él sentenció—: Muy bien. —Luego se giró hacia su esposa, quien hizo un gesto de asentimiento, y todo pareció decidido.

Impactado por esa armonía, Richmond pensó que ningún padre permitiría a su hija decidir sobre su propio matrimonio y ningún esposo le daría a su esposa la oportunidad de objetar si así lo quisiera. Selkirk tenía razón: los Northcliff eran originales.

Chris se dirigió a lady Northcliff.

—Excelencia, espero no parecer ofensivo, pero tendría una necesidad imperiosa de hablar con el duque, si él lo consiente.

—Sophie y yo daremos un paseo por el jardín. Tal vez, lord Richmond, podríais alcanzarnos más tarde —dijo la duquesa, encaminándose con su hija hacia la puerta que daba al balcón.

Cuando Richmond y su excelencia estuvieron a solas, tomaron asiento.

Christopher razonó rápidamente: había actuado por instinto y estaba feliz por ello; ayudaría a Sophie mostrándole su gratitud y aprecio. Ahora quería hacer algo mejor. Sin preámbulos, comenzó:

—Quisiera casarme con ella de inmediato. —Fijó la mirada en el duque, notando cómo el traje oscuro lo hacía parecer más inquietante y misterioso. Tenían la misma altura y lo miraba directamente a los ojos, demostrando que no temía un enfrentamiento—. Pero sé que hacerlo así daría lugar a más habladurías. —Vio a su excelencia hacer un leve gesto de asentimiento—. La gente habla, lord Northcliff, vos y yo lo sabemos bien. Lo que pasó en *Almack's* arruinó el buen nombre de lady Sophie. Y, a decir verdad, lo que me ocurrió a mí, las deudas y la cárcel, es aún más grave. Un mes largo de compromiso, quizás dos, debería ser suficiente para acallar cualquier duda: lady Sophie demostraría que no teme esperar, y yo que no tengo prisa por casarme con la rica hija del duque.

—Continuad.

—Quisiera que publicarais lo antes posible el anuncio de la boda, lord Northcliff, y que especificarais que lady Sophie y yo estábamos comprometidos desde antes del incidente en *Almack's* y antes de mi encarcelamiento.

—Podrían no creerme —dijo Keiran sin inmutarse.

—Le creerán porque vos sois el duque de Northcliff y porque yo desafiaré a Fishbourne a un duelo, así todos tendrán la confirmación de que el asunto me concernía a mí y no a vos. De esta manera, el compromiso previo al incidente de *Almack's* será creíble.

—Definitivamente creíble, Richmond, dado que nadie arriesgaría su vida en un duelo si no fuera el prometido o un loco. Y creo que vos, a estas alturas, sois ambas cosas. —Keiran lo observaba con aire pensativo. Se preguntó por qué el conde tenía tanta prisa en proteger a su hija como para arriesgarse a morir por su honor. Recordó sus deudas y la trágica situación económica. Reflexionó sobre la liberación repentina y todo le quedó claro—. Le estáis agradecido y la estimáis. Ahora lo entiendo todo, lord Richmond.

—¿De verdad podéis ver los pensamientos de la gente? —preguntó el conde, desconcertado.

—Depende. Ahora veo con claridad los vuestros y sé que le tenéis cariño porque nadie ha hecho por vos lo que Sophie. No la amáis, al menos no todavía, pero eso no es una falta. La estima que percibo hacia mi hija y el aprecio por ella os llevarán a sentir mucho más que admiración.

—Esa capacidad vuestra me incomoda —confesó lord Richmond, pasándose los dedos por el cabello.

—Lo sé.

—Nunca he estado enamorado. Pero no tengo reparos en admitir que mi sentimiento por vuestra hija es lo más intenso y verdadero que he sentido por alguien.

—¿A pesar de la enfermedad? No os sorprendáis, fue Sophie quien me hizo entender que vos lo sabéis: a veces una mirada entre ella y yo es suficiente, Richmond. Después de todo, no olvidéis que ella también tiene un don especial.

—Cierto, debí haberlo imaginado. Bien, la enfermedad de Lady Sophie no me preocupa, sé cómo manejarlo, os lo aseguro. Lord Northcliff, cuidaré de ella.

—Haré el anuncio en el *Morning Post* y seguiré vuestro plan. Recordad que tiene todos los ojos puestos en vos, Richmond.

—Os prometo que haré todo lo que esté en mis manos para garantizarle a lady Sophie el respeto que merece.

—Fishbourne podría mataros.

—No lo creo. Siempre lo he vencido en los entrenamientos y con diferentes armas, incluso en la lucha cuerpo a cuerpo.

—Sois un hombre con determinación, Richmond, y eso ya lo sabía. El problema es que Sophie no es precisamente una chica maleable.

—Lo he notado, excelencia. Pero creo que, detrás de la máscara de compostura y severidad, oculta sentimientos y emociones que a menudo la perturban.

—Habéis entendido mucho de ella, Richmond. Os felicito por eso. Solo queda establecer la dote que mi hija le aportará.

—No quiero dote.

—No es apropiado que no os dé su dote.

—Muchas cosas no lo son, lord Northcliff, y, sin embargo no parece que eso os importe mucho, ¿verdad?

—Es cierto, un título elevado me permite cambiar las reglas a mi antojo y nadie protesta por miedo a contradecirme. Pero vos tendréis la dote de Sophie, la que yo considere digna de la hija del duque de Northcliff.

Christopher no protestó, entendiendo que no serviría de nada.

—Lord Northcliff, en cuanto a la gestión del patrimonio personal de lady Sophie, me gustaría que no estuviera totalmente bajo mi control: no me gusta decidir sobre la vida de los demás, aunque eso genere habladurías.

—¿Estáis buscando mi aprobación o planeáis actuar en esa dirección de todos modos?

—Me temo que estaría dispuesto a arriesgarme a vuestro malhumor con tal de escuchar la opinión de vuestra hija sobre asuntos financieros.

—No será una novedad para ella. Su madre y yo siempre lo hemos hecho, y al diablo con la etiqueta. Haced lo que prefiráis, Richmond. Ahora, id con vuestra prometida. Tenéis permiso para visitarla todos los días. Estableceréis la fecha de la boda con Sophie. Que tengáis un buen día. —El duque se marchó tras un rápido apretón de manos.

Chris miró por la ventana donde, entre arbustos florecidos, lady Northcliff y su hija charlaban. Se dio cuenta de que se sentía bien, en paz consigo mismo, como quien logra encajar cada pieza de un rompecabezas.

Abrió la puerta que llevaba a la terraza, bajó los escalones y avanzó lentamente por el césped, con pasos largos y las manos en los bolsillos, mientras observaba a Sophie que, junto a su madre, cortaba flores. De repente, ella sonrió al ver una rama florecida, se inclinó para captar el aroma de sus delicados pétalos. Si no la hubiera visto ni conocido antes, al observarla en ese momento, habría hecho lo imposible por ser presentado: era hermosísima, con el rostro sereno, la línea del cuello esbelta que descendía hacia un torso perfectamente proporcionado. El vestido claro, bien ajustado,

resaltaba sus formas y ofrecía una figura armoniosa y elegante. Se dijo a sí mismo que había cedido por su atractivo físico, sabiendo que se estaba mintiendo. Demoraba el momento para deleitarse en la falsa certeza de que aún tenía poder sobre sus emociones.

Lady Northcliff lo vio.

—Lord Richmond, veo con placer que, después de todo, su excelencia no os ha descuartizado —bromeó.

—Vuestro esposo es una persona muy interesante y lo estimo enormemente. Pero eso ya lo sabía. Un poco duro, tal vez, aunque nos entendemos perfectamente.

—¿Un poco? Sois muy generoso —dijo lady Northcliff. Sostenía una cesta llena de rosas recién cortadas—. Lord Richmond, ¿os gustan las rosas? A mí me encantan las de colores originales. Como ésas —señaló unos brotes amarillos con pétalos bordeados de verde —. Sophie, sé amable, ve a cortar algunas. —Tan pronto como la joven se alejó, sorprendió al conde murmurando—: Solo un hombre como vos puede sacar lo mejor de ella.

—¿Como yo? ¿Por qué? ¿Cómo creéis que soy? —preguntó él en voz baja, tomando con galantería la cesta de las manos de la duquesa.

—Sois despreocupado, vivís con serenidad. Sophie teme la vida, el juicio de los demás, tiene miedo de dejarse llevar. Vos seréis capaz de manejarla.

—Me otorgáis una confianza total y eso me halaga.

—¡Y ésa también! ¡Tiene un color precioso! —exclamó lady Northcliff para hacerse oír.

—He comprendido cómo es vuestra hija. Oculta un calor inesperado, como brasas bajo las cenizas.

—Curioso —afirmó la duquesa—. Mi esposo usa la misma expresión. Lord Richmond, no se ofenderá si os despido ahora y no cuando os marchéis, ¿verdad? Tengo un compromiso previo al que no puedo faltar de ninguna de las maneras.

Christopher besó la mano de lady Northcliff y se quedó mirándola mientras se alejaba.

—Vuestra madre es una mujer interesante.

—Lo sé. Todos los hombres la adoran.

—Lo decís como si fuera algo negativo.

—No era mi intención, lo que he querido decir es que, a menudo, el interés de esos hombres ha traído problemas.

—¿Por qué?

—Bueno, en primer lugar, porque muchas mujeres pierden en comparación con mi madre y eso les provoca celos.

—Lo entiendo.

—Y también porque el riesgo de que mi padre pierda los estribos es muy alto.

Chris rio de nuevo, mostrando el encanto habitual de su rostro, a pesar de la cicatriz vertical.

—Tal vez alguno de esos hombres tenga la suerte de encontrar a una mujer a la altura de vuestra madre.

—Tal vez.

—Como me ha pasado a mí: soy afortunado gracias a vos —murmuró, mirándola con insistencia y obligándola a apartar la mirada.

—Lamento decepcionaros, lord Richmond, pero yo no soy ni seré nunca como mi madre.

—Vos no os dais cuenta de cuánto os asemejáis a ella.

—¿Os referís físicamente?

—No —respondió él, acercándose más—. Hablo de la parte oculta, esa que ocultáis celosamente y que solo unos pocos han visto. Yo la he conocido, en varias ocasiones, y me ha gustado mucho.

—A veces no me controlo —se justificó ella.

—¿Y por qué deberíais hacerlo? —Chris notó que entreabría los labios y se mordía el inferior: no sabía cómo responder—. Tarde o temprano entenderéis que es un error esconderse siempre, os lo aseguro. —Dio un paso atrás, con un brazo detrás de la espalda y el otro sosteniendo la cesta, para protegerse del deseo de tocarla. Estaba seguro de que un contacto repentino la asustaría, así que se prometió ir con cuidado—. Por ahora, lady Sophie, ocupémonos de decidir la fecha de la boda. Nos casaremos en poco más de un mes —anunció rápidamente.

—Pero... no se puede hacer.

—¿Por qué no?

—La etiqueta prescribe un período de compromiso adecuado —recitó ella.

—La etiqueta no es mi problema, sino de quien cree en ella. Un mes o poco más.

Sophie apretó los dientes: detestaba las imposiciones.

—Me importan las buenas maneras y estoy segura de que mi padre estaría de acuerdo conmigo.

—Su excelencia ha respaldado mi voluntad, admitiendo que es la mejor solución para todos.

El autocontrol de Sophie comenzó a flaquear.

—Yo... no quiero transgredir las reglas y casarme con vos tan pronto.

Christopher vislumbró una tormenta y nada le pareció más tentador en ese momento. Era la oportunidad perfecta para desestabilizar el equilibrio impecable de la serena muchacha.

—¿Queréis decir que estáis cambiando de opinión? ¿Os estáis echando atrás? ¿Queréis romper el compromiso ya? Recuerdo haber vivido una situación similar con lady Fanny. —La vio buscar palabras con dificultad.

—No os permito que me comparéis con... con ésa...

—¿Sí? —Nada que hacer, ella recuperaba el aliento y se recomponía.

—Vos no comprendéis la vergüenza a la que me exponéis desposándome tras un compromiso tan breve.

—Y vos no comprendéis que os enfrentaréis a una vergüenza aún mayor si esperáramos el período prescrito por la etiqueta, porque las habladurías sobre vos aumentarían hasta sepultaros. Vuestro padre y yo creemos que un mes, o poco más, es un tiempo justo. Diremos que estábamos comprometidos desde antes de que Fishbourne os hiciera eso —dijo él con autoridad, señalando el rostro amoratado.

—De esta manera... todos se convencerán de que fui deshonrada y que vos estáis intentando ocultar mi vergüenza a cambio de la salvación económica que mi padre está dispuesto a ofreceros.

Era evidente que la joven inexperta no había captado el aspecto más importante del asunto. Se preguntó cuán claro debía ser.

—Lady Sophie, intentaré usar el mayor tacto posible, ya que parece que no habéis llegado a entenderlo. Si esperáramos un mes, como propongo, y vos quedarais embarazada poco después de la boda, habrían pasado, al momento del parto, al menos diez meses desde el vergonzoso incidente en *Almack's*: esto eliminaría cualquier duda de que Fishbourne sea el padre. —La vio abrir la boca, los ojos desorbitados perdidos, aquí y allá, en el césped frente a ella. Le dieron ganas de reír por su ingenuidad—. Así que será mi manera de salvaros y devolveros, al menos en parte, lo que estáis haciendo por mí.

—Yo... me disculpo por no haber captado el punto de inmediato y... os lo agradezco.

—Ningún problema, *chérie* —dijo él, arriesgándose a una mayor confianza—. ¿Entonces? ¿Queréis decidir la fecha? —Un cambio inesperado en su expresión lo puso en alerta. ¿Qué había dicho mal esta vez? ¿Quizá la palabra francesa la molestaba? Decidió evitar cualquier discusión—. Hagamos esto: consultadlo con la duquesa. Ahora me despido de vos, mi generosa prometida —dijo, inclinándose inesperadamente para besarla en los labios. ¡Bien! La reacción fue la esperada: ella abrió los ojos de par en par, tomada por sorpresa. Le guiñó un ojo, dio dos pasos hacia atrás, se giró y se marchó.

Tendida vestida sobre su cama, Bridget dormía, con los ojos húmedos, rodeados por un halo rojizo que revelaba las muchas lágrimas derramadas en la soledad de su habitación.

Sophie vio un sobre apoyado allí al lado, sin dirección, solo «Lady Bridget». Debía de haber sido entregado en mano la noche anterior, cuando una doncella de los Selkirk se presentó en la cocina. Pero él había partido en abril. Seguramente había ordenado que lo entregaran después de su marcha, dando instrucciones precisas, considerando que era septiembre. Lo tomó con cuidado y extrajo la única hoja que contenía.

Gentilísima lady Bridget,

Me duele enormemente escribiros con un ánimo tan realista, pero faltaría a mi honor si así no lo hiciera.
América está resultando ser un lugar extraordinario, pero vivir y trabajar aquí es sumamente difícil. Las condiciones de vida son duras e imposibles para una joven inglesa. Los peligros diarios surgen de manera inesperada y son tantos que incluso la construcción de la más sencilla morada se convierte en una ardua empresa que requiere años.
Con el corazón oprimido, me veo en la necesidad de deciros que no alberguéis más ilusiones. No esperéis una propuesta mía para que me acompañéis ni la confirmación de que iré a buscaros: me temo que eso jamás sucederá.
Sois hermosa, joven, llena de vida y espíritu; encontraréis pronto a un hombre digno de vos, y nada me hará más feliz que saber que estáis a salvo y en paz.
Os ruego que no me odiéis y que conservéis los bellos recuerdos que nos unen, sin rencor. Y si no recibís más noticias mías, será porque nada de lo que hay aquí es adecuado para vos, creedme.

Con todo mi respeto.

Kenneth MacQuoid

Conteniendo la respiración, la dejó de nuevo sobre la mesilla de noche y se volvió para observar el delicado perfil del rostro de su hermana.

El reloj de abajo dio la hora, y Sophie recordó que debía hablar con la servidumbre sobre los baúles que utilizaría para transportar sus pertenencias después de la boda.

Salió de la alcoba.

Lord Selkirk era un hombre íntegro; jamás habría alimentado falsas esperanzas en Bri a menos que existiera un obstáculo grave. Por ello, estaba segura de que detrás de aquellas palabras se ocultaba una verdad que él no podía revelarle.

Suspiró, concluyendo que, después de todo, el conde estaba actuando con la misma rectitud de siempre: no permitiría que la hija

del duque de Northcliff tuviera una vida indigna de su título.

7 de septiembre de 1835

Casa de la baronesa Douglas

Virginia leyó de nuevo el pequeño artículo, con su hermosa boca contraída en una mueca amarga.

Christopher Clayton, conde de Richmond, se casaría con lady Sophie, la hija de su excelencia, el duque de Northcliff.

Agarró el periódico y lo arrojó al suelo con un gesto de irritación. Saber que él, su hombre favorito, se había salvado gracias a una muchacha insípida e inmadura la enfureció: se levantó, pateó una silla derribándola, dio un manotazo a la preciosa taza de porcelana finísima que se estrelló contra la pared, haciéndose añicos y esparciendo líquido ámbar por todas partes. Un rugido de bestia enjaulada escapó de su garganta mientras su rostro, usualmente relajado en una expresión indolente, se transformaba en una máscara de rabia. Respiraba con dificultad porque su corazón latía desbocado, generando una agitación preocupante.

Cuando, pocos minutos después, se calmó un poco, comenzó a caminar inquieta por la habitación, su mente agudizada por la necesidad de la situación, lista para idear soluciones convenientes. Era obvio que Chris necesitaba dinero; de lo contrario, no habría tomado la decisión de casarse con una muchacha insulsa y sin carácter como lady Sophie, para salvarla del deshonor a cambio de una cuantiosa dote.

Se detuvo, razonó, y la idea que le llegó como una revelación la hizo sonreír, complaciéndose de sí misma. Dio dos pasos rápidos y tiró de la cuerda del timbre. Cuando su doncella asomó la cabeza por la puerta, ella exclamó molesta:

—¡Por fin estás aquí! El vestido rojo oscuro. Date prisa.

Acostumbrada a esos modales bruscos, la sirvienta obedeció sin inmutarse. Si la baronesa ordenaba el vestido rojo, aquel escotado

por delante y tan ajustado que hacía suponer que el pecho podría salirse en cualquier momento, significaba que iba a encontrarse con un hombre. El hecho de que fueran las nueve de la noche indicaba que la astuta mujer tenía entre manos algo muy importante.

Casa de Richmond

Payne mantenía el portón entreabierto, observando con evidente desaprobación a la viuda Douglas que pedía ver al conde.

—Lo siento, lady Douglas, pero el conde ya se ha retirado.

Virginia empujó el portón con gran enfado:

—Despertadlo.

Desconcertado, Payne se hizo a un lado. Se dirigió a la escalera armado de gran paciencia, pero los pasos detrás de él lo obligaron a volverse.

—¡Pero... Lady Douglas! ¡Os lo ruego, esperad en el salón!

Ignorando las buenas maneras y cualquier regla de etiqueta, Virginia lo sobrepasó y se encaminó hacia la alcoba del conde. Abrió la puerta sin llamar y lo encontró junto a la ventana, en bata. Verlo en el ambiente íntimo de su dormitorio la llevó a convencerse de que ganar esa partida sería fácil.

Christopher se giró de golpe, justo a tiempo para ver la cara consternada de Payne. Molesto por tan vergonzosa intromisión, le hizo un gesto de complicidad mientras el hombre cerraba la puerta. Decidió no moverse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó impasible.

—Oh, Chris… ¡te he echado tanto de menos! —dijo ella en tono melancólico, avanzando hacia él. Le tomó el rostro entre las manos y lo besó con audacia en la boca—. ¡Y no quiero que te cases por necesidad con esa niña frígida y consentida! Yo te daré el dinero para arreglarlo todo.

Arrollado por la estela de un perfume dulce e intenso, Christopher mantuvo las manos a los lados, tensándose ante esas palabras.

—Tú no sabes nada de ella. No es frígida en absoluto, y, sobre todo, no es consentida. No necesito tu dinero, Virginia. —Sujetó las muñecas de la mujer con dedos firmes y las apartó de sí.

—¡Te estoy ofreciendo mucho más de lo que ella te ofrece! ¡Me estoy entregando a ti completamente y tú sabes cuánto valgo!

—¿Qué quieres a cambio, Virginia? —preguntó él a quemarropa.

—¡Que estés solo conmigo! ¡Nada más!

—Lady Sophie no quiere nada a cambio. Nada. Me ha ayudado sin condiciones. —Con cierta satisfacción, observó su expresión desconcertada: claramente no podía comprender cómo alguien podría querer ayudar sin esperar nada a cambio.

—No entiendo...

—No hay mucho que entender: me ayudó incondicionalmente, sin pedir nada. Soy yo quien ha decidido casarse con ella. Y al aceptar, es ella quien me ha hecho un favor a mí, porque es la mujer que más estimo en el mundo.

Esas palabras resonaron en la habitación como una sentencia y hasta a él le parecieron extrañas. Entreabrió los labios y su mirada vagó perdida por dos segundos ante esa constatación pronunciada en voz alta. Sin embargo, habían salido de su boca sin pensarlo, sin prepararlas. Las sentía suyas, verdaderas y sinceras como nada que hubiera afirmado jamás en su vida.

Se irguió más seguro que nunca, mirando a la viuda con una sonrisa apenas esbozada: sí, Sophie era la mejor mujer que había conocido. Una chispa de incertidumbre en los ojos de la mujer le reveló que comenzaba a sospechar que había fallado en su intento de seducción. Desesperada, dio un paso adelante y lo abrazó.

—¡Pero yo puedo ser tuya! ¡Ahora! Ella no.

Chris contuvo el aliento cuando ella apartó la bata y deslizó sus voluptuosos labios por su cuello, sus hombros, su pecho.

—Sabes cuánto te deseo, Chris... quédate conmigo... no me dejes...

No supo cómo reaccionar, y eso la animó a arriesgarse más. Lo besó, introduciendo la lengua con destreza. Se preguntó si debía divertirse una vez más con ella.

Esos instantes de indecisión fueron suficientes para dar paso a la excitación que avanzaba con fuerza mientras ella frotaba su generoso pecho contra su torso.

Pero cuando cerró los ojos, la imagen de Sophie recortada contra el fondo de la mágica luz de la ventana del salón de los Northcliff le desgarró la mente. Se vio a sí mismo acercándose a ella, rodeándola suavemente con los brazos y besándola, rozando lentamente su boca en forma de corazón, acariciando los labios enrojecidos por el frío, buscando el camino para llegar a la parte más secreta de su mente. La presión del pene rígido contra el cuerpo femenino que se frotaba indecentemente lo trajo de vuelta a la realidad: quería a otra mujer, quería a la muchacha que lo había salvado, quería hacer las cosas bien, al menos por una vez. ¿Cómo era posible? Una cosa era la estima y la gratitud hacia ella, y otra muy distinta permanecerle fiel. ¡Y ni siquiera estaban casados!

Fue por rebelión contra ese peligroso arrebato hacia Sophie que aceptó la agresión erótica de Virginia.

La estrechó contra sí y se sentó en el sillón con ella encima. Antes de que su conciencia lo hiciera cambiar de opinión, levantó la falda y apartó las numerosas capas de seda y tul que daban volumen al vestido. Sentía la excitación de Virginia al comenzar a tocarlo. Con manos expertas, se lo masajeó en toda su longitud y le colocó el preservativo que había sacado de su escote. Siempre estaba preparada para cualquier eventualidad, y eso lo hizo sonreír. Finalmente, ella se alzó para guiar el pene endurecido dentro de sí y emitió un sonido descarado de placer. Treinta segundos de un ritmo vertiginoso dentro de la cavidad cálida, marcados por gemidos y sonidos subidos de tono. Y todo terminó.

Los besos que ella le dejaba en el cuello le recordaron que no quería nada de ella. Nada más que sexo. La hizo levantarse y cerró la bata.

—Vete.

—¿Cómo?

—Vete, por favor —dijo él en tono duro. Los ojos de su examante se volvieron maliciosos y su boca se convirtió en una línea fina.

—Pensaba que...

—¿Qué? Esto era lo que querías, ¿no? Yo también. Ahora puedes irte.

—¡Me estás descartando como si fuera escoria!

—No te estoy descartando. Tuvimos lo que queríamos. Fue la última vez. No quiero que sigamos siendo amantes.

—¿Amantes? ¿Solo éramos eso?

—¿Creías que había algo más?

—¡Siempre quise más!

Christopher se preguntó si ella se refería a un matrimonio, pero esperó que no fuera así, porque eso significaría que había intentado engañarlo desde el principio y que él nunca se había dado cuenta.

—Si querías más, deberías haberme dado más.

—¡Pero yo te estoy dando más! ¡Te estoy ofreciendo mi dinero!

—¿Dinero? Yo hablaba de ayuda, comprensión, amistad, quizás, incluso amor. Pero no dinero. Y, sobre todo, sin condiciones. —La vio abrir la boca para responder, pero parecía que las palabras no le salían—. Sí, Virginia, sin condiciones —repitió en un susurro.

Humillada, la mujer le replicó:

—Eres un iluso. Ella también te pedirá que hagas concesiones con tu orgullo. —Giró sobre sí misma con un frufrú de faldas y se marchó dando un portazo.

Chris permaneció inmóvil un momento: «que hagas concesiones con tu orgullo».

¿No lo había hecho ya al aceptar el dinero de lady Sophie? ¿No había decidido sin imposiciones? Pasar por alto su orgullo no había sido tan difícil, después de todo, al menos no con Sophie.

Así, las palabras que había pronunciado poco antes, «ayuda, comprensión, amistad, quizás amor», abrieron paso a nuevas preguntas: ¿por qué Sophie había estado dispuesta a ayudarlo incluso si él no le hubiera pedido que se casara con ella? La única respuesta posible era que la muchacha sentía algo por él.

La revelación arrolladora lo golpeó como un mazazo. Completamente desprevenido ante semejante posibilidad, abrió la boca y se llevó las manos a la cabeza. Hundió los dedos entre el cabello y empezó a caminar sobre la alfombra. Se sintió un necio por no haberlo pensado antes. La duda de no saber si sería capaz de

corresponder a cualquier sentimiento lo desmoralizó, haciéndolo sentir culpable.

El sexo recién consumado intensificó esa sensación, transformándola pronto en arrepentimiento.

Se sentó en el borde de la cama y se dejó caer hacia atrás.

Ingrato e inepto, el desprecio por sí mismo creció, pero se esforzó por no pensar en ello.

No había manera. A pesar de cada razonamiento surgido de su mente oportunista y por mucho que odiara admitirlo, Sophie seguía siendo realmente la mejor mujer que había conocido.

8 de septiembre de 1835

Granja MacQuoid, Greensburg Court House, Condado de Green, Kentucky.

Cuando Ken partió de Inglaterra, tras haberle comunicado a Heather su voluntad de cumplir con su deber casándose con ella, mostraba un aire afligido, el corazón lleno de tristeza.

Había escrito unas líneas a lady Bridget con gran dificultad, sufriendo al constatar que debía abandonar definitivamente todo sueño.

Los muchos días de navegación le habían dado tiempo para dejarlo todo atrás, aunque conservaba el recuerdo de la joven rebelde de cabello rojo, una diablillo que lo había hecho enamorarse por primera vez. Al llegar al puerto de Nueva York, en mayo, se había dispuesto a ser el compañero responsable y honesto que Heather merecía.

Transcurridos un par de meses desde su llegada a la propiedad que había adquirido regularmente en Nueva York, se había construido una casa satisfactoria para enfrentarse al invierno.

Pero Heather no había engordado en absoluto.

Fue a principios de agosto cuando él se decidió a hablarle.

—¿Lo has perdido?

—Creo que sí —había murmurado ella sin apartar la mirada. Fue un gran error, porque si había algo que Ken sabía hacer bien, era detectar una mentira.

—Pues a mí me parece que nunca has estado embarazada. —La vio palidecer mientras permanecía de pie con su vestido gastado, la mirada perdida en el suelo de tablas ásperas de la cocina y las manos en las caderas. Heather no respondió y salió de la casa para cumplir con sus tareas. Fue en ese momento cuando él vio la expresión primero atónita, luego indignada, de Mrs. Burney, que había escuchado su conversación desde la habitación de Niall, donde estaba haciendo la cama. Sabía que la mujer nunca había aceptado la presencia de Heather.

—¡Kenneth MacQuoid, he rezado todas las noches para que el pastor tardara en llegar, y nada ni nadie me hará cambiar de opinión: no es mujer para ti! —le había dicho, apuntándole con un dedo al pecho mientras salía a recoger algunas papas.

Heather se presentó unas semanas después mientras él estaba sentado a la mesa de la cocina.

—Te pido disculpas, pero tenía que intentarlo, quería establecerme contigo. Confiaba en quedarme embarazada una vez que partiéramos, pero tú no quisiste volver a tocarme. Te engañé, lo sé, y volvería a hacerlo. —Se detuvo un momento, pero él la observaba impasible—. He encontrado trabajo y alojamiento en Greensburg. Un trabajo honesto. Mañana por la mañana me iré.

Ken no volvió a dirigirle la palabra, ni siquiera cuando le tocó verla en la ciudad.

Desde aquel día se había recogido en un mutismo más hondo que nunca, entregado a constantes cavilaciones sobre lo que —o más bien, *quién*— había dejado en Londres. No era propio de su índole ceder al desaliento, pero la soledad y el lacerante sentimiento de derrota terminaron por imponerse, y el encuentro con Megan se le antojó poco menos que providencial.

Similar a Heather en carácter y determinación, con ella había adoptado una actitud ruda, desentonada con su verdadera índole abierta y alegre.

—Si te quedas embarazada, no me casaré contigo, que lo sepas desde ahora —le había dicho bruscamente, con una expresión dura.

La experiencia negativa lo había puesto a prueba. Renunciar al amor de su vida le había hecho sufrir de una manera que nadie comprendería jamás, de eso estaba seguro.

El aparente equilibrio alcanzado y las palabras de Mrs. Barney, que todas las noches se quedaba con él después de la cena para charlar, lo habían ayudado a recuperar su buen juicio y su capacidad para encontrar soluciones.

Le llevó tiempo convencerse de escribirle de nuevo a lady Bridget para decirle que las cosas iban bien y que esperaba poder recibirla el año siguiente. La esperanza que creía perdida para siempre le había hecho recordar cada proyecto que había imaginado cuando conoció a la pequeña Northcliff.

Lleno de una nueva alegría, esa mañana salió corriendo a mirar el buzón para ver si había llegado una respuesta de Bridget, olvidándose de que Megan, de vez en cuando, se quedaba con él por la noche y de que eso, tarde o temprano, representaría un problema.

Residencia del conde de Richmond

Lady Richmond bajó del carruaje ayudada por el lacayo, y, sin demora, se dirigió hacia el portón de entrada, que ya estaba abierto de par en par, emitiendo un frufrú de seda proveniente de la voluminosa falda compuesta por múltiples volantes y encajes superpuestos.

A cada paso, los pesados adornos de su sombrero —hojas otoñales y un pequeño racimo de uvas rosadas, todo cosido a mano —, inclinaban cada vez más el tocado, que corría el riesgo de caerse en cualquier momento.

—Bienvenida de nuevo, lady Richmond —dijo Payne con una reverencia, observando de reojo el extravagante atuendo.

—Gracias. ¿Dónde está el conde? —preguntó ella, desatando las cintas del manto que entregó al mayordomo.

—En su estudio, condesa.

—Muy bien. Haz que suban los equipajes a mi habitación y ordena que todo sea guardado —dijo la mujer en un tono categórico.

Payne maldijo para sus adentros la ingrata tarea y, antes de que la madre del conde se encaminara, se armó de valor.

—Condesa, vuestra habitación, al estar contigua a la del conde, ha sido despojada de vuestros efectos personales para dar cabida a la futura condesa —pronunció intencionadamente en un tono neutro. Vio cómo el rostro habitualmente altivo de lady Richmond se tensaba, pero continuó impasible—. Me he encargado personalmente de asegurarme de que todo fuera colocado en orden en la habitación de la esquina, la más luminosa —añadió en un vano intento de apaciguarla.

—Entiendo —respondió ella, prosiguiendo su camino hacia el estudio. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta—. Buenos días, Christopher.

Sentado en el escritorio, con la pluma en la mano y ocupado en hacer cuentas, Chris levantó la mirada y luego se puso de pie.

—Buenos días, *maman*. Os pido disculpas, pero estoy abrumado con el trabajo —aclaró de inmediato. Su madre no se movió.

—Lamento insistir, pero tengo una necesidad urgente de información y dinero.

Chris dejó la pluma, que goteó tinta desde la punta demasiado empapada, dispuesto a armarse de la paciencia habitual que en el pasado incluso le había permitido evitar responderle.

—¿Qué información?

—¡Sobre vuestro inminente matrimonio, evidentemente!

Él se obligó a mantener la calma para no emplear unas duras palabras y respiró profundamente.

—En cuanto al matrimonio, hay poco que decir. Me gusta lady Sophie, le pedí que se casara conmigo, ella aceptó, y junto con su excelencia, la duquesa, mi prometida se encargará de los preparativos y no será necesaria vuestra intervención.

—Claro, después del escandaloso incidente en *Almack's*, podríais haber elegido a otra mejor.

Intentando aún la vía de la paciencia, se esforzó por responderle con serenidad.

—Estaba comprometido con ella desde antes del incidente al que aludís, y quiero aclarar que eso no ha cambiado mi afecto por ella. Así que no me agrada discutirlo.

—Parece que tenéis una respuesta para todo. Entonces decidme cómo fue posible que os encarcelaran. ¡Acabar encerrado en prisión! ¡Ay, qué cosa más reprobable e indigna de vos!

A estas alturas su resistencia había superado todos los límites y no iba a seguir ignorando las agrias maneras de su madre ni las injustas acusaciones.

—Ya, reprobable, y es algo que se debe a vuestras deudas: os había recomendado que no contrajerais más a mi nombre, pero vos seguisteis gastando más de lo que podíais permitiros, metiéndome en problemas. —Esa revelación en voz alta, explicada con palabras claras, fue una liberación para él.

—Resulta increíblemente maleducado que me digáis esto. Yo no tenía idea de que la situación fuera tan grave —intentó congraciarse su madre, frunciendo el ceño.

—No sé realmente qué había que entender en la clara y rotunda petición de no emplear mi dinero.

Ella fingió no comprender. La observó sentarse frente al escritorio.

—De todos modos, ahora todo se arreglará gracias a este matrimonio. Al fin y al cabo, querido, no habéis elegido mal. Hija del poderoso duque de Northcliff, buena dote, más bien excelente, lo bastante encantadora para estar a tu altura.

Los cálculos interesados de su madre y el tono altivo con el que definía a Sophie casi hicieron desbordar su rabia. Se sentó lentamente para tomarse el tiempo de encontrar una respuesta breve y contundente que no incluyera la aclaración que le habría gustado hacerle sobre lo excepcional que era Sophie, y no simplemente «lo bastante encantadora para estar a tu altura». Juntó las manos sobre la mesa y, mirándola a los ojos, afirmó:

—Sí, una excelente elección: yo ya no tengo deudas y pondré a rendir la propiedad en Hampshire. Vos, en cambio, viviréis

exclusivamente de la vuestra, la que os dejó mi padre.

—Mi nivel de vida requiere más dinero que la mísera renta que él me otorgó.

Hablaba sin inmutarse, segura de que, una vez más, se saldría con la suya. Pero él no tenía intención de ceder esta vez.

—Entonces cambiaréis vuestro estilo de vida y aprenderéis a contar sólo con eso —insistió sin apartar la mirada: ese color gris sabía asestar un golpe mejor que una espada, y él lo sabía.

—Christopher, estoy aquí pidiéndoos ayuda porque tengo algunas cosas que pagar.

Su exclamación reveló que comenzaba a sospechar que no lo lograría.

—Lo siento, no puedo. Pero os sugiero que vendáis algunas joyas: varias de las que comprasteis recientemente tienen un valor considerable, diría incluso excesivo para una viuda.

—¡Habéis debido perdido el juicio!

Al constatar cuánto le escandalizaba a su madre la idea de deshacerse de objetos que le importaban, evocó con amargura todas las veces que su padre había tenido discusiones similares con ella.

—Ya que estamos hablando de ello, os informo de que he calculado cuánto habéis gastado desde que os recomendé no hacerlo. —Colocó frente a ella un papel en el que varias cifras con algunas notas eran claramente visibles. Casi se le escapó una risa al ver la expresión indignada en su rostro—. Os pido, amablemente, que devolváis ese dinero, porque no tengo intención de usar el dinero de mi futura esposa para pagar vuestras deudas. Por lo tanto, os reitero la sugerencia de vender las joyas.

—Espero que solo estéis tratando de alarmarme, Christopher, por una de vuestras bromas habituales, pero no me parece nada divertido.

Él la miró con ojos insondables. El tono gris de sus ojos se volvió frío y duro. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que no tenía escapatoria y, sin saber a qué más aferrarse, exclamó:

—¡Someterme a un trato como éste, incluso hacerme cambiar de habitación! ¡Yo, vuestra madre! ¡Vergonzoso!

—*Maman*, durante años habéis desperdiciado palabras tratando de convencerme de que me case —respondió Christopher con una sonrisa burlona—, y ahora que lo estoy haciendo, ¿pretendéis que mi condesa renuncie a la alcoba destinada, precisamente, para ella? No creía que fuerais tan incoherente. Ocuparéis la alcoba que yo he decidido. Si este arreglo no fuera de vuestro agrado, siempre podéis mudaros a vuestro apartamento en el centro.

—Mi apartamento en el centro está alquilado —le informó en un tono petulante.

—¿Alquilado? —preguntó él, fingiendo no saber nada para luego rematar sin piedad—. Entonces, además de la renta de mi padre y mi dinero, hasta ahora también habéis estado cobrando un alquiler. Sin duda habéis despilfarrado bastante dinero. —Y otra escena de muchos años atrás le vino a la mente, una discusión similar entre su padre y lady Richmond, pero más acalorada: la derrota en el rostro del conde cuando se quedó solo en su estudio se le había quedado grabada. Tal vez por ese recuerdo, o quizás solo por un deseo de revancha en nombre del progenitor al que estaba muy unido, Chris decidió que había terminado el tiempo de fingir que no veía la superficialidad de su madre. Así que añadió implacable—: Estoy profundamente consternado por vuestro negligente comportamiento y ahora comprendo cuánto sufrió mi padre, el conde.

El efecto fue inmediato: el color del rostro de la condesa cambió y la humillación la abrumó, aunque intentó no parecer perturbada.

—En caso de que decidáis desalojar a los inquilinos, os aconsejo que consultéis al abogado Wilkinson para obtener las oportunas sugerencias.

—¡Todo esto es inaudito!

—No más que gastar dinero que no os pertenece, ¿no creéis? Ahora, debo terminar algunas cuentas, así que si me disculpáis...

Lady Richmond, indignada, se levantó y salió sin despedirse.

11 de septiembre de 1835

Londres, Residencia de los Northcliff

El reloj de péndulo de la entrada dio once campanadas.

Sentada, inmóvil en el banco del piano de cola del gran salón, Sophie mantenía los dedos sobre el teclado, como a punto de tocar, con la mente perdida.

Su hermano Nicholas pasó por delante de la puerta abierta y soltó una risita divertida. Ella lo fulminó con la mirada y comenzó a mover las manos, produciendo finalmente una melodía ligera y lenta que parecía seguir el curso de sus pensamientos.

Tras recibir la nota de lord Richmond en la que le informaba que no podría visitarla durante unos días debido a «compromisos ineludibles», la preocupación de que él hubiera cambiado de opinión la había atormentado durante días.

—¡Te ha enviado una nota! —había exclamado su prima juntando las manos en un gesto teatral que revelaba su innato romanticismo.

—Creo que el 15 de noviembre es una fecha razonable —había dicho su madre, ya sin prestar atención al alboroto de Charlotte, mientras se servía té en la taza de delicada porcelana decorada con florecitas naranjas. Luego le había dirigido una mirada, esperando una respuesta—. ¿Sophie?

—Sí, perdón, mamá, está bien, le diré que hemos decidido el día 15 —había respondido mientras pensaba: «Siempre que vuelva... no lo culparía si hubiera decidido retractarse. ¿Quién querría casarse con una epiléptica?».

—¿Y después de la boda qué haréis, Sophie? —había intervenido Charlotte de nuevo.

—No lo sé.

—Deja que sea tu prometido quien decida, querida: darle carta blanca a un hombre en ciertas cuestiones nos cuesta poco y para ellos es una confirmación de su masculinidad —la había instruido la duquesa.

Cuanto más recordaba esa conversación, más se convencía de que le resultaría muy difícil seguir los consejos de su madre. Demasiado acostumbrada a vivir apartada, a ocultar sus sentimientos y emociones, sospechaba que cualquier intento de parecer más desenfadada y femenina acabaría en un fracaso.

Absorta en sus reflexiones y en el sonido que producía el instrumento, no oyó la puerta principal abrirse y cerrarse.

El conde cruzó el umbral y, cuando el mayordomo le informó que su prometida estaba en el salón practicando al piano, su sonrisa se ensanchó. Entró en silencio, acercándose despacio, fascinado por los dedos blancos y finos que se movían armoniosamente sobre las teclas. Cuando estuvo lo bastante cerca, la muchacha dio un respingo y se llevó las manos al regazo. Parecía casi sorprendida de verlo.

—Buenos días. Me encanta cómo tocáis —la saludó él, sentándose a su lado y rozando su muslo con el suyo—. ¿Estáis bien? Parecéis ansiosa —dijo, fingiendo no entender que su presencia la perturbaba.

—Estoy bien, gracias —le mintió Sophie en un murmullo apenas audible, percibiendo el agradable aroma del conde. El deseo repentino de hundir la nariz en su cuello la abrumó y se avergonzó de sí misma. Bajó la cabeza para evitar la mirada gris a la que siempre le daba la sensación de quedar expuesta, y fue entonces cuando vio las manos de lord Richmond—. Ay... ¿qué habéis hecho? —preguntó atónita. Los nudillos estaban magullados hasta sangrar, con la sangre ya coagulada, y la piel del dorso tenía un color intenso, tirando a morado.

—No es nada grave.

—Habéis golpeado a alguien —afirmó Sophie con el tono seguro de quien ya había visto heridas similares. Lo observó entrecerrar los ojos, uno un poco más que el otro.

—¿Estáis espiando mis pensamientos? —preguntó él, divertido.

Molesta, Sophie apretó los labios y se sentó rígidamente.

—No, os equivocáis, los pensamientos de los demás me llegan, a menudo sin que yo lo desee.

La mirada del hombre se suavizó, quizás enternecida por su defensa.

—Os he entendido, sólo estaba bromeando.

Sophie se sintió incapaz de mantener la conversación. El conde era desenfadado y agradable, y ella demasiado rígida y torpe.

—Os habéis peleado a puñetazos —afirmó para cambiar de tema.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—No es la primera vez que veo... —No terminó la frase, limitándose a señalar las manos que él mantenía apoyadas en las piernas—. ¿A quién habéis pegado? —preguntó con seguridad, sabiendo bien que en un entrenamiento, incluso con las manos desnudas, no se golpeaba con tanta fuerza como para sangrar.

Chris la observó. Esa chica intuía muchas cosas, era perspicaz, y cada día descubría algo nuevo sobre ella. Pensó en mentirle, pero carecía de sentido: los rumores ya se estaban multiplicando y pronto ella lo sabría.

Fijó la vista en la piel blanca de los hombros que apenas se vislumbraba a través del encaje del vestido. Imaginó pasar los dedos justo allí, subiendo por la curva del cuello hasta la pequeña oreja, adornada con un pendiente sencillo, y le pareció sentir su suavidad bajo las yemas de los dedos. El pantalón presionó peligrosamente contra la rigidez entre sus piernas. Se sacudió, temiendo que ella percibiera sus deseos. Juntó más las manos para no delatar su repentina excitación.

—Me enfrenté a Fishbourne en un duelo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque os humilló y me correspondía a mí repararlo.

—¡Aún no estábamos comprometidos! —exclamó ella.

—Publiqué en el *Morning Post* que nos casaríamos en la fecha que vos elegisteis, el 15 de noviembre, y que estábamos comprometidos desde antes del escándalo en *Almack's* y de mi encarcelamiento. Su excelencia se encargó personalmente, respaldando mi decisión.

Sophie estaba atónita. Mientras ella se preocupaba de que el conde hubiera cambiado de opinión sobre el matrimonio, él se había batido por ella, arriesgando su vida en un duelo.

—Por eso no habéis vuelto a venir...

Su expresión consternada fue suficiente para Christopher. El alma femenina no tenía secretos para él, así que lo comprendió todo al instante.

—¿Pensabais que había cambiado de idea?

Esa frase la hizo sonrojarse, la habían pillado en una falta. Ciertamente no estaba acostumbrada a equivocarse.

—Si hubierais cambiado de idea, lo entendería.

—Yo no cambio de idea. Me casaré con vos porque lo deseo de verdad, de lo contrario no habría asumido este duelo.

A Sophie le vinieron mil palabras a la boca, pero en lugar de pronunciarlas con espontaneidad, comenzó a mordisquearse el labio inferior.

—Decid lo que pensáis y no torturéis más ese labio.

Ella levantó los ojos y, alentada por la mirada del conde, murmuró:

—Os agradezco que lo hayáis hecho y me siento honrada de que os hayáis ocupado de mi reputación.

—El honor es mío, lady Sophie, sois una mujer que se merece esto y mucho más —dijo él, extendiendo con cautela una mano para acariciar un mechón rubio que rozaba su oreja. Se miraron fijamente, con esa conexión silenciosa e intensa que los unía. Y una sonrisa repentina los envolvió a ambos.

—¿Sabíais que estaba escondido?

Ella asintió con la cabeza.

—Pues bien, lo saqué de su escondite: entré en la casa y lo busqué en cada habitación. —El sonido de asombro que hizo Sophie lo llevó a soltar una carcajada—. Vuestro hermano es una buena compañía en ciertas circunstancias. —La observó levantar las cejas con incredulidad y él rio de nuevo.

Animada por el diálogo espontáneo que él lograba ofrecerle, le preguntó:

—¿Por qué a una pelea a puñetazos?

—La elección de las armas era suya y prefirió la lucha: no es muy hábil con pistola ni espada, supongo que tenía miedo.

—Odio la violencia —comentó ella, llevándose una mano al rostro sin pensarlo.

—También yo. Sobre todo la ejercida contra las mujeres —sentenció él con severidad, fijándose en el moretón.

—Creo que es cortés de mi parte agradecéroslo.

—Os había dicho que emplearía mis energías en demostrar cuánto os agradezco y lo mucho que os admiro.

—Entonces ahora estamos en paz —concluyó ella.

—Nada de eso. Vos me salvasteis la vida. Yo no.

—Solo pagué algunas deudas.

—Evitándome la prisión de por vida, precisamente. Sois una mujer dura incluso con vos misma, lady Sophie. Mientras que yo creo que merecéis vivir con mayor despreocupación. Pretendo ayudaros también en eso. —La vio en apuros una vez más y se propuso encontrar la manera de hacerla sentirse cómoda. Tomó una de sus manos y la sostuvo entre las suyas—. Sé que los cumplidos os incomodan, pero ya podéis ir acostumbrándoos. Yo siempre digo lo que pienso y lo haré a menudo con vos. —Colocó la mano de ella sobre su muslo, en un gesto deliberadamente casual, y la presionó ligeramente para indicarle que debía dejarla allí. Luego sacó una cajita del bolsillo y la abrió—. ¿Os gusta? Para mí, la piedra que os corresponde es el diamante: incoloro, pero en realidad lleno de mil reflejos nuevos con cada movimiento, puro y precioso.

Desconcertada ya por el contacto íntimo con la pierna de él, el corazón de Sophie latía a un ritmo tan acelerado que le provocaba un leve temblor. Inmóvil, se quedó fascinada observando los destellos que desprendía la gran piedra. Miró a su prometido deslizarle el anillo en el dedo de la mano libre.

—Os queda perfecto. Tenéis unas manos muy hermosas —comentó Christopher acariciándola suavemente, esperando ver alguna reacción, pero la joven parecía incapaz de pronunciar palabra. Se arriesgó a entrelazar sus dedos con los de ella, poniéndose serio—. Al menos decidme si os gusta. —Y por fin, ella asintió—. Lady Sophie, comprendo vuestra naturaleza reservada y tímida. Los acontecimientos se han desarrollado rápidamente y tal vez no estéis lista para compartir la intimidad matrimonial. Quiero que estéis tranquila, así que os aseguro que no exigiré nada que no deseéis —le susurró. Se preguntó cómo lograría resistirse a no tocarla, porque cuanto más la miraba, más ardía en deseos de abrazarla, besarla, protegerla y hacerla suya. En ese instante, ella levantó la mirada de golpe: había visto dentro de él, estaba seguro.

—Confío en vuestra experiencia... Lo habéis dicho hace un instante: tal vez no esté lista, pero... aprenderé.

Esas palabras golpearon a Chris como una oleada de placer: ella se entregaba con humildad, algo que jamás habría esperado. Colocó una mano en su nuca y la atrajo hacia sí para abrazarla, sólo por eso. La estrechó con delicadeza, con la boca sobre su cabello rubio, y una mano acariciando su rostro angelical.

Para Sophie fue una emoción pura que, desde el estómago, revoloteó por todo su cuerpo como un dulce fluido que vibraba, dándole una indescriptible sensación de alegría. Las lágrimas llenaron sus ojos y sus brazos se movieron para rodear el torso del hombre que amaba.

Christopher sonrió y le besó la cabeza.

—Apuesto la mejor botella de mi colección a que vos y yo encontraremos pronto una confianza especial —bromeó—. Después de la boda, iremos unos días a mi casa en Cornualles. Resolveré algunos asuntos para poder iniciar los cultivos del próximo año y, finalmente, os llevaré a Escocia, a la casa de vuestro padre. Sé que siempre pasáis la Navidad allí, y le he dicho al duque que quiero que estéis en un ambiente familia. —Los ojos verdísimos que lo observaban desde abajo mostraban que ella no estaba acostumbrada a que tomaran decisiones sin pedirle su opinión—. Solo si te gusta mi plan, claro está.

La hermosa boca en forma de corazón de Sophie se abrió en una sonrisa.

—Sí, me gusta.

—¡Bien! —exclamó él, estrechándola de nuevo.

—Recordad que soy católica.

Chris se apartó de golpe con una expresión divertida.

—¡Caray! ¡Desde luego sabéis cómo sorprender a un hombre cuando queréis!

—Lo siento... debería habéroslo dicho antes.

—Y yo debería haber recordado que vuestro padre también se convirtió al catolicismo por su excelencia.

—¿Entonces lo sabíais?

—Por supuesto que sí. En su momento causó revuelo y aún se habla de ello para destacar su carisma al hacer lo que está prohibido o, al menos, desaconsejado. Eso significa que yo también lo haré por vos.

Fijó la mirada en su rostro, tan cercano y accesible, admirando sus delicadas facciones e inhalando el delicioso aroma a flores que emanaba de ella con cada pequeño movimiento.

—Lord Richmond, no quiero que os sintáis en la obligación de...

Christopher se inclinó para besarla, pero se impuso no ir más allá: un beso de apenas unos segundos, depositado allí, sin más intromisión. La docilidad de Sophie le indicó que estaba siguiendo los modos y tiempos adecuados, y que, tras aquella fachada de forzada compostura, la muchacha escondía un lado reconfortante que él ansiaba descubrir. Separó lentamente su rostro, con los ojos entrelazados a los de ella, sus respiraciones fundidas en una sola. Hizo ademán de levantarse. Los brazos de la joven rodearon su torso. Sorprendido por aquel gesto inesperado, entreabrió los labios, observando de cerca su mirada. Vio a una mujer dispuesta a entregarse, pero temerosa de hacerlo. Mantenía el rostro alzado, expectante.

No dudó. Vencido por el deseo, la besó de nuevo, esta vez con menos cautela. Acarició sus labios con los suyos, rozándolos suavemente con la lengua para ver cómo reaccionaba. Para nada sorprendida, la recatada señorita estaba dando paso a la otra, la que mantenía oculta y bien guardada. La estrechó contra sí, exigiendo sentir aquel cuerpo pegado al suyo. Sus manos empezaron a deslizarse por la espalda y las caderas femeninas, disfrutando de las formas que percibía.

Sophie sentía cada una de las sensaciones de Christopher, pero no podía evitarlo. Entonces decidió abandonarse, al menos físicamente, dejar que él dirigiera aquel delicioso juego en el que tenía gran experiencia y que para ella era completamente desconocido. Entreabrió los labios y acogió la seductora incursión de su lengua con un entusiasmo que jamás habría creído posible. La húmeda caricia que se insinuaba se volvió imperiosa, y ella respondió intentando no mostrarse torpe. Los dedos masculinos que

se deslizaban por su piel le provocaban escalofríos jamás experimentados, y le pareció tener un nudo en el estómago.

Y su asombro aumentó cuando el conde comenzó a mover la lengua en una danza propia. La pasión del momento le arrancó respiraciones entrecortadas. Se aferró a él como si no quisiera detenerse, devolviéndole aquella intimidad, conmocionada por la sensación arrolladora que la embargaba.

Un frío repentino la obligó a abrir los ojos.

Chris se había apartado, sus ojos grises parecían más oscuros, con una sonrisa seductora en el rostro. Extendió una mano y pasó un dedo por el labio inferior de Sophie, aún húmedo.

—Volveré mañana —susurró un instante antes de incorporarse.

Salió del salón con la gran satisfacción de haber confirmado que sería capaz de hacer emerger a la verdadera Sophie.

20

12 de septiembre de 1835

Londres, Residencia de los Northcliff

—Buenos días —murmuró Bridget con aire afligido al entrar en la sala del desayuno.

Sophie notó enseguida sus pies descalzos asomando a cada paso bajo el vestido descolorido y deseó que nadie más se percatara. Vio a Nick esbozar una sonrisa, pero no supo decir si era de diversión o de burla: su hermano encontraba ridículo el comportamiento enamorado de su hermana.

El ánimo de Bridget había empeorado día tras día desde la partida de lord Selkirk, y ahora, a causa de la carta, su estado de ánimo era cada vez más deprimente, lo que demostraba cuánto estaba implicada. Picoteó un huevo, bebió un sorbo de agua y apoyó las manos en el regazo, fijando la mirada en un punto indefinido del mantel claro.

—Bri, ¿vienes conmigo esta mañana? —le preguntó Sophie—. Tengo que hacer unos recados.

—Como quieras.

El duque y la duquesa intercambiaron una mirada cómplice y decidieron no reprenderla por ir sin zapatos.

—¿Puedo ir yo también, Sophie? —preguntó Charlotte, fingiendo haberse percatado del ánimo de Bri con la esperanza de no verse luego obligada a referir las confidencias que su prima le había hecho.

—Por supuesto.

—Tal vez sería mejor si Bridget diera conmigo un paseo fuera de la ciudad. ¿Qué opinas, papá? —intervino Nick, obteniendo de inmediato la aprobación del duque—. Entonces iremos a caballo —

concluyó el hermano, recibiendo sólo un encogimiento de hombros por parte de la muchacha.

—Excelencia, si me lo permitís, haré compañía a Bri —intervino de nuevo Charlotte.

—Claro, Charlotte —le respondió lord Northcliff.

—Yo pasaré por la modista; debo recoger los nuevos vestidos para las jóvenes recién llegadas a la Casa de Acogida —comentó la duquesa—. Bridget, ¿no preferirías acompañarme?

—Como quieras, mamá —respondió la hija con un aire cada vez más apagado, que realmente no le hacía justicia.

—¡Oh, lady Northcliff, olvidaba que hoy es el día de los peinados en la Casa de Acogida! ¿Puedo ir con vosotras? —preguntó entusiasmada Charlotte, que adoraba seguir las clases didácticas impartidas a las jóvenes madres.

—Por supuesto, querida.

El silencio reinó durante unos segundos, mientras todos se miraban entre sí, indecisos sobre qué hacer.

Ben entró con un sobre blanco sobre la bandeja de plata. Observó la escena, cruzó la mirada con el duque y le guiñó un ojo; luego, arqueó las cejas divertido y anunció con solemnidad:

—Lady Bridget, hay una carta para vos.

Los ojos de la joven se abrieron de par en par ante el preciado objeto, como si temiera que se volatilizara. Se levantó como un resorte, cogió la carta, y leyó el remitente: «Conde de Selkirk, Puerto de Nueva York, Estados Unidos». Se puso colorada.

—¡Es él! ¡Es él! ¡Ha escrito de nuevo! ¡Es él! ¡Ha llegado a Nueva York! —exclamó, llevando la carta contra su pecho. Y sin decir una palabra, salió corriendo. Subió las escaleras a toda prisa, produciendo un inconfundible sonido de talones desnudos golpeando el suelo de madera.

—¿Qué significa «ha escrito de nuevo»? —preguntó Nick.

Nadie respondió, pero aquel silencio bastó: todos sospecharon que ella había recibido una carta anterior, salvo Sophie, la única que lo sabía con certeza.

Ben llenó un plato de comida y dijo:

—Con el permiso de sus excelencias, llevaré el desayuno a lady Bridget a su alcoba. Ahora que tiene su carta, quizá coma algo.

Keiran asintió con la cabeza al mayordomo, que se retiró.

—Esta historia debe terminar —sentenció con autoridad.

—Lo ama —replicó Eleonor con tono de obviedad.

—¿Habéis visto cómo ha saltado de la silla? —añadió Nick riendo, sin dejar de comer.

—No me parece el tema más relevante, Nicholas —le señaló Sophie.

—Es ridículo comportarse así —le respondió él.

—Lo ridículo es que tú no lo entiendas. Es evidente que nunca has estado enamorado.

—Por supuesto que no, Sophie —replicó él con aire de disgusto —. Es mejor divertirse con distintas mujeres que...

—Nicholas —lo reprendió el duque.

—Pido disculpas —dijo el hijo—. De todos modos, sigo insistiendo en que su comportamiento es exagerado, como siempre. Menos mal que la abuela no está aquí.

—Si Lady Bridget Northcliff estuviera presente —intervino Charlotte—, os haría notar vuestra falta de delicadeza hacia la querida Bri.

—Estoy de acuerdo con Charlotte —afirmó Sophie, pensativa. Tras la carta anterior, no creía que él volviera a escribir; su intención parecía ser la de romper todo contacto, y, sin embargo...

—Nick tiene razón: el comportamiento de Bridget es exagerado. Y me gustaría saber qué está pensando Selkirk —declaró Keiran con dureza.

—Key, no te vuelvas frío y cínico. Lord Selkirk se preocupa por Bridget, de lo contrario, no le habría escrito.

—Él vive en Estados Unidos, Leo. No permitiré que Bridget lo alcance sin haber hecho las cosas como es debido.

—Bien dicho, papá.

—Nick, silencio —lo reprendió su madre. Luego se dirigió a su marido con aire desafiante:

—Bien, Key. Entonces elígele un marido y oblígala a casarse con quien tú quieras, justo como hacen todos los obtusos nobles de esta

maldita ciudad.

—Exacto —se hizo eco Sophie.

—Sophie, cállate —le ordenó su padre—. No llegaré a eso, Leo, y tú lo sabes. Escribiré a Selkirk pidiéndole explicaciones.

Eleonor sonrió a su marido con expresión afectuosa.

—Estaba segura, querido, de que harías lo correcto —añadió inclinando la cabeza con coquetería—. Eres la persona más justa que conozco.

—No me hagas tus arrumacos —murmuró él apretando los dientes, dándose cuenta de que había sido engañado por enésima vez.

—Sophie y Bridget han salido a ti, mamá: se necesita arte —rio Nicholas.

—Impertinente —siseó Sophie sin levantar la vista del brillo del diamante de su anillo de compromiso.

—Nick, estás sobrepasando todos los límites —dijo su padre.

—Te pido perdón, mamá, y a ti también, Sophie.

—No importa, querido. Después de todo, tu padre adora mis arrumacos, pero finge indiferencia por amor al título.

—Eleonor.

—¿Key?

—Ya basta —dijo Keiran mirando a cada uno de ellos.

Nicholas ocultó la risa con la servilleta y Sophie puso los ojos en blanco.

—Lord Northcliff, ¿puedo decir sólo una cosa, con vuestro permiso? —se atrevió Charlotte a dirigirse a él.

—Habla.

—El conde de Selkirk hará las cosas bien: volverá aquí, para hablar con vos, en cuanto allí tenga todo arreglado para recibir a Bridget.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nick.

—Él se lo dijo a Bridget.

—¿Cuándo?

—Nicholas MacKendrick, ¿puedo recordarte que no estoy bajo juicio y que tus preguntas son sumamente inadecuadas? —dijo

Charlotte con aire altivo—. No eres tú quien debe exigir respuestas, sino su excelencia.

A Eleonor le dio risa por las constantes discusiones entre su hijo y su romántica sobrina. Reflexionando, llegó a la conclusión de que Bridget y el conde se habían encontrado en secreto. Y, claro está, Charlotte estaba al tanto. Temiendo una reacción de su marido, decidió ayudar a la pobre sobrina.

—Querido, Charlotte tiene razón. No hagas tantas preguntas cuya respuesta es obvia: ¡se han visto muchas veces en cenas y fiestas!

Keiran entrecerró los ojos, seguro de que su esposa estaba tratando de engañarlo.

—Tienes la misma cara de Natalie cuando esconde la mano llena de azúcar detrás de la espalda —dijo lentamente.

—No sé de qué estás hablando —esgrimió su esposa con fingida inocencia.

—Hablaremos de esto más tarde, Leo.

—¿Puedo ir a ver a Bridget para conocer las novedades? —preguntó Sophie.

—No. Le pediré personalmente que me deje leer la carta —afirmó su padre decidido.

—¡Key! ¡Por el amor a la bondad!

—Es mi derecho. Fin de la discusión.

—La humillación es el arma que los hombres usan para someter a las mujeres —dijo Sophie indignada. Inmediatamente vio tormenta en los ojos azules de su padre y comprendió que él exigiría explicaciones. No le gustaba que lo desafiaran, y menos aún sus hijos. Pero, sobre todo, detestaba que no se le dijeran las cosas claras.

—Quería decir... que no sería útil obligar a Bridget a dejarte leer la carta.

—¿Por qué? —insistió él, exigiendo una respuesta precisa.

—Porque las imposiciones son la solución de quien no sabe obtener las cosas de otra manera. Pero tú no necesitas imponer tu autoridad.

—Tienes razón. De hecho, no le ordenaré a Bri que me deje leerla. Pero te ordeno a ti que conozcas el contenido de esa carta y me lo comuniques todo. Sophie, no me desafíes más.

—Perdón, papá.

—Papá, ¿puedo decir algo? —intervino Nick.

—Habla.

—Yo creo que a Bridget hay que tenerla vigilada.

—¡Nicholas! ¿Cómo puedes hablar así? —exclamó su madre, mostrándose sorprendida.

—Leo, deja de fingir que no tienes la misma preocupación solo para complacerme. Nick tiene razón y tú lo sabes.

—En serio, Key, no sé de qué estás hablando.

—Nick, eres un traidor —dijo Charlotte entre dientes.

—¿Qué he hecho ahora? ¿Y por qué un traidor? —Su expresión desconcertada resaltaba la belleza de su rostro masculino.

—Creo que se refiere a que siempre le cuentas todo a papá, es decir, estás del lado de los padres y no del de tus hermanas —explicó Sophie con mordacidad.

—Quizás porque soy un adulto de veintitrés años y vosotras... unas niñas.

—Eres adulto cuando te conviene —replicó Charlotte—, pero no cuando se trata de ser comprensivo con quien sufre.

Sophie sonrió complacida con su prima.

—Entonces el duque se convirtió en adulto después de casarse conmigo. Tenía al menos treinta y tres años —exclamó Eleonor, haciendo que su marido la fulminara con sus amenazadores ojos azules.

—¿Por qué la tienes tomada conmigo? —preguntó Nick a Charlotte. Ésta lo ignoró.

—¡Ya basta! —exclamó Keiran—. Que sepáis que percibo demasiada agitación mental en Bridget y no quisiera que cometiera ninguna tontería. Vigilémosla. Esto también va por ti, Charlotte.

—Sí, señor —respondió Charlotte, llamada al orden.

—Voy a ver a Bri —dijo Sophie, levantándose—. Luego saldré a hacer mis recados. Con permiso.

—Lleva un lacayo, Sophie —ordenó Keiran.

—No hace falta...

—Mírate al espejo para que recuerdes lo que ha sucedido.

—No creo que lord Bellaco tenga el valor de...

La mirada del padre la hizo callar.

—No se necesita valor, sino cobardía, precisamente.

—¿Lord Bellaco? —rio Nick.

—Está bien, papá —consintió Sophie—. Vamos, Charlotte.

Tan pronto como las chicas cerraron la puerta, el duque miró a Nicholas.

—Fishbourne podría convertirse en un problema.

—¡Sabía que llegaríamos a esto! —exclamó Eleonor.

—¿Qué quieres que haga, papá?

—Por ahora, habla con el lacayo que la acompañará. Si Fishbourne se atreviera a acercarse, será su prometido quien intervendrá.

—¡Juro que le diré cuatro cosas! ¿Cómo se atreve? ¡Después de lo que le hizo!

—Cálmate, Leo —intervino Keiran, presagiando el ataque de ira de su esposa.

—¡Maldito él y todos los hombres en celo que...!

—¡Leo!

—En realidad, no serían los hombres los que entrarían en celo... —murmuró Nick para sí mismo.

—¡Nicholas! —lo regañó su padre.

—¡Habla ahora mismo con ese cerdo, Key!

—Leo, cálmate.

—Bien, entonces lo haré yo, ¡esta misma mañana!

—¡Nicholas, sal de aquí! ¡Ahora! —ordenó el duque.

El joven saltó como un rayo, sonriendo divertido. Su madre era todo un espectáculo cuando perdía los estribos y comenzaba a hablar sin pensar.

—No hace falta que me mires así, Key. ¡Yo hablaré con él! —insistió ella, levantándose de la silla. Comenzó a caminar de un lado a otro por la habitación.

—¡Eleonor Grace! ¡Basta ya! —El silencio volvió a reinar en la habitación. —Tú no harás nada. Si es necesario, Richmond y yo

sabremos cómo comportarnos.

—Yo...

—¡Siéntate!

Ella obedeció.

—¿Ya no confías en mí, Leo? —preguntó Keiran, tomando el mentón de su esposa entre los dedos. La observó respirar con la agitación que la caracterizaba cada vez que la ira tomaba el control. Bastó ese contacto para que ella recuperara la calma.

—Sí, confío en ti. Pero te lo suplico, ten cuidado, ¡te lo pido! ¿Te he dicho alguna vez lo atractivo que eres cuando te enojas?

Keiran levantó los ojos al cielo y en ese momento la puerta se abrió de nuevo.

—Excelencia, me complace comunicaros que lady Bridget ha comido todo —anunció con orgullo el mayordomo.

—¡Menos mal! —exclamó Eleonor.

—Ese conde debería escribirle más seguido —comentó Ben.

—Yo le escribiré al conde, en cambio.

—Lord Northcliff, sabed que podéis contar con mi disponibilidad en cualquier momento —comunicó el mayordomo.

—¿Estáis locos? ¡Ya no tenéis treinta años! ¿Creéis que se puede hacer razonar a la gente a base de golpes? —Eleonor recordaba bien las hazañas aventureras de su marido, que con sus barcos realizaba actos de piratería contra los franceses de Napoleón, siempre escoltado por su fiel mayordomo Ben.

Keiran sacudió la cabeza en dirección a su amigo, que se despidió rápidamente, dejando pasar a Hettie.

—Excelencia, lady Charlotte os avisa que no saldrá más con lady Sophie. Preferiría quedarse en casa con lady Bridget, si ellas lo permiten.

—Esa jovencita no sabe tomar decisiones —comentó Keiran.

—Si se me permite expresar mi humilde opinión... —comenzó a hablar el ama de llaves.

Keiran se mostró de inmediato interesado, porque Hettie nunca hablaba sin motivo ni expresaba juicios apresurados.

—Habla con libertad.

—Creo que lady Charlotte, en realidad, tiene las ideas muy claras. Sus elecciones tienden siempre, por así decirlo, hacia el marqués de Lothian.

—Lo ataca constantemente, lo provoca y lo desafía. Había notado algo —reflexionó la duquesa en voz alta, con los ojos soñadores.

—Por el amor a la bondad, Eleonor. No empieces a fantasear —intervino Keiran, para nada sorprendido por aquella revelación.

—¿Así que te habías dado cuenta de que hay algo entre ellos? ¡¿Y no me has dicho nada?! —exclamó su esposa, indignada.

—Esa jovencita tiene solo dieciséis años y, lo que es más importante, Nick es demasiado joven.

—Solo porque tú me casaste siendo un viejo...

—¿Viejo?

—...no significa que los demás...

—Te juro, Eleonor, que hoy estás más impertinente de lo habitual.

—...deban hacer lo mismo.

Sophie regresó en ese momento y percibió el ambiente de animada discusión que siempre flotaba durante las conversaciones de sus padres. Miró a Hettie. Ésta levantó las cejas, sacudió la cabeza y le hizo un gesto repentino con la mano, como sugiriendo que no pidiera explicaciones. Sophie simplemente se quedó de pie junto a sus padres, esperando.

Su padre hizo un gesto al ama de llaves para que cerrara la puerta y fijó la mirada en su hija, listo para escuchar.

—Lord Selkirk llegó a Nueva York en mayo y compró un terreno de doscientas cincuenta acres. Sí, mamá, escribió exactamente eso: doscientas cincuenta acres en Kentucky, lindando con un río de cuyo nombre no me acuerdo. Además, ya es dueño de un rebaño de vacas, que él mismo condujo a caballo hasta su nueva propiedad, con la ayuda de dos hombres a los que contrató. Uno es inglés y tiene a su familia con él; el otro es un indígena cheroqui.

—¿Cheroqui? Buena señal —comentó inesperadamente la madre.

—¿Por qué? —preguntó su hija.

—No son violentos y han demostrado una notable capacidad de adaptación a nuestras costumbres. Aunque, por mi parte, no veo

justificación para que los nativos hayan tenido que doblegarse ante los invasores.

—Continúa, Sophie —ordenó Keiran.

—Escribe que en unos meses la estructura principal de la casa estará lista. Para la próxima primavera la habrá terminado. Así que regresará en aproximadamente un año, o quizá un poco más.

Tomó aire, sabiendo que su padre entendería que había algo más.

—Bridget no se ha tomado muy bien esta noticia. Dice que un año es demasiado y que morirá de la desesperación.

—¿Acaso creía que en pocos meses todo estaría listo? Iré con ella e intentaré hacerla entrar en razón —afirmó Eleonor con determinación mientras se levantaba de la silla. Besó a su marido en la mejilla y salió.

—¿Puedo irme? —preguntó Sophie.

—Lleva al lacayo contigo y nunca estés sola.

—¿Temes a Fishbourne o una crisis epiléptica? —inquirió la joven.

La falta de respuesta de su padre y sus ojos azules clavados en ella fueron suficiente respuesta.

Lady Bridget caminaba con paso débil.

Su doncella, Lottie, conocía la razón de tanta tristeza y decidió no hablar para evitar que volviera a llorar. Era extraño verla tan abatida, y, aún más, que derramara lágrimas. Sonrió al recordar aquella mañana.

Cuando, durante el desayuno, había llegado inesperadamente la carta del conde de Selkirk, tras un primer momento de alegría, la muchacha se había ensombrecido: esperar hasta el próximo verano le resultaba inaceptable.

Ante su evidente descontento, incluso lady Sophie había perdido la paciencia.

—Ha escrito: «Ya estoy en la lista de pasajeros del barco que zarpará de Nueva York a principios del verano, lo que significa que podré hablar personalmente con el duque». ¿Qué más quieres, Bri? —le había preguntado, agitando la carta en el aire—. Si sigues

dejando entrever tu exagerado deseo de alcanzarlo, no solo el conde se preocupará, sino que pensará que eres una niña mimada y no una mujer preparada para enfrentarse a la vida dura que te espera.

Lady Sophie siempre sabía cómo tratar a su hermana.

—Tiene razón —había intervenido lady Charlotte, inspeccionando un retazo de seda hallado en el fondo de un baúl para asegurarse de que estuviera intacto.

—Como de costumbre, Sophie, eres más sensata que yo —había murmurado derrotada la rebelde de cabellos rojos—. Yo grito, lloro, me lamento y me enfado. Y es una forma de desahogo. ¿Tú cómo te desahogas, Sophie?

—Dibujando, creo. Ahora cálmate. Debo salir a hacer compras para la boda.

Lottie recordó la expresión de culpa en los ojos azules de lady Bridget en aquel instante.

—Sophie... te pido disculpas. Estoy aquí haciéndote perder el tiempo cuando tienes una celebración que organizar. Estoy muy feliz por ti, de verdad —y acto seguido la abrazó con afecto.

—¡Qué alegría... una boda en nuestra casa! —había exclamado Charlotte, juntando las manos con su habitual teatralidad romántica. Ya consideraba la Residencia de los Northcliff como su hogar, tanto en Londres como en Escocia.

Perdida en estos pensamientos, la doncella caminaba detrás de lady Bridget por la acera atestada de gente.

Bridget ardía de impaciencia por partir, pero sabía que debía esperar. Comenzaba a visitar a los Payton con mayor frecuencia. Aunque su padre le había encargado al señor Payton algunas tareas menores, él había decidido que, junto con su familia, se uniría a su hermano en América. Estar con ellos le daba la sensación de acercarse, aunque solo fuera un poco, a lord Selkirk.

Llegaron al edificio ruinoso del barrio degradado donde vivían sus amigos y subieron las escaleras, donde el yeso se desprendía por la excesiva humedad y el olor a col hervida ya impregnaba el aire. Llamaron a la puerta.

Fue Margareth quien abrió.

—¡Lady Bridget! Entrad —dijo la niña con extrema cortesía. Empezaba a parecer más mayor con esa compostura y su vestido bien arreglado.

—¡Hola, Maggie! ¡Estás preciosa vestida de celeste!

La niña sonrió.

Peter y Mary jugaban en el suelo, sobre una alfombra raída y gastada pero limpia.

Bridget alcanzó a ver a la señora Payton cocinando.

—¿Sois vosotros los que están hirviendo la col? —preguntó tapándose la nariz.

—No, es nuestra vecina —rio la mujer, limpiándose las manos en el delantal descolorido para saludar a la joven—. ¡Hoy tenemos carne!

—¡Qué lujo! —bromeó la muchacha, sentándose a la mesa de la cocina.

—Lady Bridget, ¿no preferiríais acomodaros en la otra habitación?

—Vamos, señora Payton, ¡no os pongáis formal conmigo! Además, me gusta esta cocina. ¿Me invitáis a un té?

La mujer puso inmediatamente el agua a calentar.

Lottie se sentó con los niños y comenzó a hacer dibujos para ellos.

—¿Ya habéis decidido la fecha?

—No, lady Bridget. El capitán del mercante dice que será antes de Navidad, pero aún no ha fijado el día. Solo espero que el dinero nos alcance hasta entonces. El nuevo propietario no ha hecho más que perjudicar a muchas familias trabajadoras. Quién sabe quién será, seguramente alguien sin corazón —murmuró mientras colocaba sobre la mesa dos tazas de simple loza—. No sé cómo haré sin volver a veros... —se lamentó, conmovida.

La joven dejó volar su imaginación por diez segundos. ¡Qué maravilloso sería subir a ese barco mercante con ellos! Su padre, sin duda, la perseguiría como un sabueso. Además, el hecho de que el conde de Richmond y Sophie se iban a casar pronto sería un obstáculo... ¿o quizás una ayuda involuntaria?

—Debo hablar con vos, señora Payton, y muy seriamente —le declaró con convicción.

Sarah se sentó, acercando su silla, y aguardó.

21

15 de noviembre de 1835

Granja MacQuoid, Greensburg Court House, Condado de Green, Kentucky.

Ken bostezó ruidosamente y se estiró. El reloj sobre la mesilla de noche marcaba las cinco y cincuenta y dos. Estaba a punto de amanecer. Recordó la noche anterior, y, por instinto, miró a su lado.

Megan todavía estaba allí, a pesar de que le había recomendado que se fuera. Se había dormido sin darse cuenta de su presencia. Era la segunda vez que ocurría, y eso no le gustaba nada. No era respetuoso para quienes vivían con él que lo encontraran en la cama con una mujer, y además, era contraproducente darle falsas esperanzas. Decidió que le hablaría con claridad.

Habiendo huido de Irlanda porque su marido la golpeaba, Megan O'Connor ansiaba empezar de nuevo. A sus treinta años, igual que Ken, se había visto en la necesidad de valerse por sí misma, y afirmaba ser viuda.

Ken la tocó en el hombro y ella se movió. Su cabello negrísimo y su cuerpo voluptuoso eran una atracción irresistible en aquellas tierras desoladas, donde mujeres tan hermosas como ella eran muy pocas. La tocó de nuevo y ella abrió los ojos.

—Perdón, me he quedado dormida. ¿Qué hora es?

—Está a punto de salir el sol. Y tienes que irte.

La observó mientras se vestía.

—No eres nada amable.

—Las reglas estaban claras, Meg. Y ésta ya es la segunda vez.

—Me he quedado dormida, ya te lo he dicho —le respondió ella, molesta.

Mentía. Ken recordaba bien que la noche anterior ella se había vestido para irse. Independiente y decidida, haría cualquier cosa por entrar en esa casa como su esposa. Después de todo, gracias a su espíritu pionero, había abierto un almacén donde se podía encontrar de todo: desde telas hasta madera, desde armas hasta instrumentos musicales, desde periódicos hasta carbón. Tenía valentía, eso no se podía negar.

Se levantó, tomó los pantalones y dijo:

—Date prisa. No quiero que te vean —dijo Ken.

Megan apretó los labios carnosos para contener el malestar de no saber llegar al corazón de ese hombre tan duro. ¿Siempre había sido así? ¿O esos ojos escondían un buen carácter endurecido por las malas experiencias? Le gustaba Ken. Le gustaba estar allí. Sin embargo, no parecía que él apreciara su presencia, al menos no como ama de casa. Era el único con el que sus maneras de mujer experimentada, las mismas por las cuales la llamaban demasiado desenvuelta, no funcionaban. Se había adaptado, convencida de que la costumbre de tenerla cerca haría que cambiara de opinión, pero aún no veía los resultados.

Ken bebió el café rápidamente y salió con una rebanada de pan que la señora Burney acababa de tostar. El aire estaba fresco y él adoraba esa hora de la mañana. Se quedó quieto mirando el sol elevarse sobre el horizonte. Una presencia detrás de él lo distrajo del paisaje.

—Buenos días, Rana —le dijo a *Tooantuh*, Rana de Primavera, el indio que vivía en el granero. El hombre, que tenía más o menos su misma edad, asintió con la cabeza—. ¿Ya has desayunado?

Tooantuh asintió.

Se quedó también en los escalones del porche, mirando el amanecer. Hablaba poco, en monosílabos, pero cada una de sus palabras valía tanto como un discurso sensato y siempre ocultaba motivos válidos y concretos. Sabía lo que pensaba sobre Megan y tenía razón. Valoraba mucho su parecer y sentía que el destino, o quizá la Providencia, lo había puesto bajo su tutela.

Había ocurrido una noche. Lo había sacado de un apuro con unos ingleses que se habían ensañado con él. Rana le había dicho: «Yo

estar en tierra del río verde mientras la luna diga quédate». Ken no tenía idea de qué significaba aquello, pero sin duda había algo de misterio en torno a él y a sus rituales, y nadie sabía con certeza por qué seguía en Kentucky si su familia estaba en Texas.

El ruido del carro de Megan, que pasaba en dirección a Greensburg, rompió la magia del momento. Ella no los saludó ni miró hacia ellos.

—¿Debería haber ido a su casa?

—Sí —le confirmó el indio.

Ken lo observó alejarse hacia el establo, con sus cabellos negros y rectos ondeando sobre sus hombros. Se preguntó cómo sería de niño y lo imaginó curioso y reflexivo. Después de todo, lo habían llamado Tooantuh porque seguía a las ranas que, en primavera, se zambullían en el río, donde estuvo a punto de morir ahogado.

Lo siguió. Ensillaron los caballos y se encaminaron al galope hacia los rebaños de vacas y caballos. Las cercas que delimitaban la propiedad debían revisarse a diario, y siempre había reparaciones que hacer.

Los días en aquellas tierras parecían no terminar nunca, y el trabajo manual, aunque brindaba una gran satisfacción, era duro y agotador. A veces Ken se preguntaba si una muchachita como Bridget sería capaz de soportarlo. Pero entonces la recordaba, con su cabello rojo al viento, enfrentándolo como en un duelo, discutiendo con él con tozudez para convencerlo de llevarla consigo, irritada por los corsés apretados y las maneras ceremoniosas. Sí, pensaba, sí que podría hacerlo.

A la hora del almuerzo regresaron a casa, como de costumbre.

—¿Alubias y patatas? —le preguntó Ken hambriento a la señora Barney.

—¡Para un regimiento! Hoy vuestro tío estaba de mal humor: está obsesionado con encontrar algo que hacer. No sé qué, con esas piernas. Ha comido sin esperarles y se ha acostado.

—Ahora que tengo los troncos para la escalera, tal vez podría encargarle que los cortara. Es un trabajo duro, pero puede hacerlo de pie y sin prisa —propuso su marido William.

—Buena idea —dijo Ken, notando que también Rana asentía convencido.

Se sentaron a la mesa y, después de la oración hecha por la señora Barney, comenzaron a comer.

Aquel guiso, humilde pero nutritivo, le pareció la comida más sabrosa del mundo. Ken hizo un gesto de satisfacción, lo que hizo sonreír a la mujer. Gillian era una excelente cocinera y se encargaba de la casa, de la ropa de todos, de las provisiones que había que comprar, del jardín con una dedicación propia de una verdadera ama de casa. Y lo más importante, cuidaba de tío Niall con gran esmero.

—Will, ¿cómo va la nueva ala de la casa?

—Bien, diría yo. No os preocupéis: dentro del próximo año, su futura esposa verá una residencia digna de ella, señor MacQuoid.

Así le llamaban. Señor MacQuoid. Ken había decidido que su título carecía de importancia allí. Para él nunca la había tenido, en realidad.

Residencia de los Northcliff

El salón de los Northcliff era acogedor y estaba decorado con flores blancas que formaban arreglos simples pero elegantes.

Chris estaba satisfecho de que el sacerdote hubiera aceptado celebrar la boda allí y no en la iglesia, donde, sin duda, la parte más chismosa de la nobleza londinense se habría agolpado, sin estar invitada, solo para presenciar su unión con la hija del duque de Northcliff. Miró a su alrededor. Todo era perfecto, nada pretencioso. Era increíble cómo las mujeres podían organizar semejantes eventos en poco más de un mes.

No podía evitar mirar de reojo a un animado grupo de niños y jóvenes, tanto varones como hembras, que susurraban con gran excitación, bien vigilados por una joven de cabellos rubísimos y por otra mujer de piel oscura, ya entrada en años. Sonrió ante aquella escena de intimidad familiar tan poco habitual para él. La más pequeña del grupo, Natalie, según había oído, lanzaba preguntas sin

descanso. Le guiñó un ojo y la niña soltó una risita. Eran un espectáculo.

A su lado, su madre observaba al peculiar grupo con desdén.

—Una idea extravagante permitir que todos esos mocosos asistan al banquete —le había dicho cuando descubrió la organización—. Su lugar es una habitación con la niñera, no la boda de un conde.

—Si a sus excelencias y a mí nos parece bien así, me temo que deberíais absteneros de hacer tales comentarios —lo había zanjado él.

Sabía perfectamente que su mal humor aumentaba cada día debido a las restricciones a las que la había sometido. Además, su innata presunción se resentía del hecho de que el evento resultara demasiado modesto para sus costosos gustos, así como para sus excesivas pretensiones de impresionar a la sociedad.

Christopher miró de reojo a lady Bridget, que esperaba a su hermana, quien llegaría en cualquier momento junto con sus padres. La muchacha parecía más delgada y pensativa. Se preguntó si se debía a los cambios que traía consigo el matrimonio o si aún sufría la ausencia de Ken. A su lado, lady Charlotte, la encantadora sobrina del duque, intentaba conversar con los demás invitados, aunque en realidad no tenía ojos más que para el marqués de Lothian.

—Vuestra prima no os quita la vista de encima ni un solo instante —comentó dirigiéndose a Nick.

—Mi prima me detesta y disfruta pillándome en falta para reprenderme.

La familia del duque era decididamente distinta a todas las que había conocido, y la atmósfera de afecto y sencillez que se respiraba en su compañía resultaba reconfortante, en contraste con el papel formal que el duque desempeñaba en público.

Los sirvientes de la casa parecían particularmente involucrados, sobre todo el ama de llaves, Hettie, y su joven hija. El mayordomo asomó la cabeza por la puerta y Nicholas se acercó a él. Pocos instantes después, acompañada precisamente por su hijo, lady Northcliff entró con un vestido de corte sencillo en color marfil, completamente de encaje, desatando los gritos emocionados de los niños.

Detrás de ellos avanzaban su excelencia, el duque de Northcliff, y la contrayente.

El silencio cayó sobre la sala, y ni siquiera los más pequeños se atrevieron a hacer ruido.

Sophie se aferraba con fuerza al brazo de su padre. Nunca había sentido tanto miedo como en ese momento. Pensaba que, al abrirse la puerta, lord Richmond no estaría allí. La posibilidad de que hubiera cambiado de opinión y no se presentara la había turbado tanto la noche anterior que no había logrado conciliar el sueño.

Prestó atención para no tropezar con el vestido blanco y agradeció haber escogido un modelo sencillo, sin encajes ni adornos excesivos. Dos volantes de seda caían desde sus hombros sin dejarlos al descubierto, y la falda, también adornada con volantes, no era demasiado abultada. Tres camelias de fina tela blanca, bordadas con una pericia admirable, estaban fijadas en el centro del escote, adornadas con delicadas hojitas de un verde salvia pálido.

Sus manos estaban entumecidas desde la noche anterior y eso le dificultaba hasta los movimientos más sencillos. Se concentró en contener la agitación que sentía en su interior.

—Sophie, no logro aliviar tu tensión por más que lo intento —admitió su padre, tratando de concentrarse en su mano temblorosa.

—No importa, se me pasará. Solo estoy muy emocionada —respondió ella, mirando con asombro al conde de Richmond.

Atractivo con su impecable traje negro, se mostraba sereno como siempre y sonreía con su habitual aire desenfadado.

Quizás ella había esperado encontrar en su rostro un gesto resignado por aquella unión planificada, pero no era así. Percibía su alegría y eso bastó para calmarla. Admiró su figura alta y proporcionada, el rostro bien afeitado, los ojos grises y brillantes, la expresión de alguien que sabe cómo tomarse la vida. La esperanza de que aquel hombre la guiara se convirtió en un deseo ardiente, y, por una vez en su vida, se permitió creer que alguien la cuidaría por afecto y no por conveniencia.

Keiran percibió aquel cambio de energía.

—Él consigue cambiar tu ánimo. ¿Qué temías? ¿Que no se presentara?

A pesar de su agitación, Sophie logró sonreír antes de darle un beso en la mejilla cuando la dejó junto al conde.

El duque fijó la mirada en lord Richmond por un instante.

Chris sostuvo su mirada con seriedad y, finalmente, hizo un leve gesto con la cabeza, como si entre los dos se hubiera sellado un pacto silencioso. Satisfecho, su excelencia se retiró.

—¿Asustada? —le preguntó a Sophie. Inmóvil e indecisa, parecía sorprendida de verlo—. ¿De nuevo habéis pensado que huiría de vos? —bromeó, incomodándola al descubrir la verdad—. De todos modos, yo tengo un miedo terrible. ¡Pero estoy seguro de lo que estoy haciendo y me alegra que estéis aquí! ¿Y vos? ¿Tenéis miedo?

—Mucho —murmuró ella con voz débil.

La ceremonia transcurrió rápidamente. Una dulce melodía acompañó los momentos más importantes y, al final, los niños cantaron un himno alegre.

Chris notó que Sophie necesitó mucha concentración para recitar sus votos y lo atribuyó a la emoción. Le estrechó las manos, con la esperanza de darle apoyo.

Cuando el sacerdote les permitió darse el beso, él se estremeció al contacto con los labios de su esposa: una sacudida repentina lo recorrió, sorprendiéndolo. La miró maravillado y comprendió que ella también lo había sentido.

¿Estaba relacionado con su don?

No tuvo tiempo de averiguarlo, pues la gente ya comenzaba a acercarse.

El duque y la duquesa fueron los primeros en felicitarlos, seguidos por los demás, que se turnaban con entusiasmo.

Mientras él se entretenía con los niños, disfrutando de su compañía y divirtiéndose con sus ocurrencias inesperadas, notó que Sophie había ido junto a sus padres y, poco después, los tres se apartaron en una habitación contigua al salón.

—Hoy no consigo controlarme... —dijo la joven con los ojos brillantes.

—Es un día especial, es natural que tu don no te dé tregua. ¿No es así, Key? —preguntó la duquesa, buscando apoyo.

—Tu madre tiene razón.

—Tengo miedo de ver lo que hay dentro —confesó Sophie.

—Ahora todo está claro, pequeña mía —dijo Eleonor, abrazándola —. Tu don conlleva grandes responsabilidades, lo sé bien. Pero también brinda enormes satisfacciones. Háblalo con tu esposo, cariño, cuéntaselo siempre y deja que él comprenda lo que sientes.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y lord Richmond asomó la cabeza con una radiante sonrisa. Pero al ver los ojos llorosos de Sophie, su expresión cambió.

—¿Ocurre algo?

Un sollozo, eco de su llanto, hizo que frunciera el ceño. Entró y cerró la puerta tras de sí.

—¿Qué está pasando?

El duque suspiró y le dirigió una mirada de entendimiento a su hija. Los dos se comunicaron así, solo con los ojos.

—A riesgo de parecer insistente, ¿podría saber qué sucede? —preguntó Chris, avanzando unos pasos.

La joven tomó aire, les hizo un leve gesto de aprobación a sus padres y ellos se retiraron, dejándolos a solas.

Apenas oyó el sonido de la puerta cerrándose, Christopher se acercó.

—¿Ya te has arrepentido de haberte casado conmigo, Sophie? —bromeó él.

—¡No!

—Entonces, ¿qué ocurre?

Ella tardó un segundo en darse cuenta de que él le hablaba con un tono de confianza, igual que hacían sus padres. Incluso la había llamado por su nombre.

Se llevó una mano a la cabeza en un gesto que delataba su desesperada confusión mental. Vio al conde dar un paso hacia ella, y, de manera instintiva, se apartó del posible contacto revelador.

Por suerte, él se detuvo. Sophie desvió la mirada, buscando las palabras adecuadas para expresar sus temores, y no vio la mano masculina acercándose. Apenas dio un respingo cuando Chris le tomó la muñeca.

—No quieres que te toque. ¿Por qué?

El calor reconfortante que emanaba de sus dedos reveló a la joven una preocupación sincera. Aquello la llevó a sentir un atisbo de confianza.

—Preferiría... que habláramos de esto con calma más tarde, quizá cuando estemos solos. Si no os importa —balbuceó.

—Está bien. Sin embargo, no esperes que me mantenga alejado de ti todo el día. Además, ¿podemos evitar este tono formal cuando estemos en familia? Me encanta cómo se hablan tus padres.

—Mi familia es bastante peculiar.

—Bueno, a mí me gusta. Así que haremos lo mismo.

Cuando ella asintió, él insistió:

—Dime al menos si tiene que ver conmigo y si te has arrepentido.

—Lord Richmond, ya os he dicho...

—Chris, ya te he dicho —le ordenó él.

—Chris, ya te he dicho que no me arrepiento en absoluto —respondió desconcertada, percibiendo con intensidad su presencia. La interioridad de aquel hombre le invadía la mente: era enérgica, poderosa, se irradiaba como el fuego. Alzó los ojos y supo la verdad: estaba contento con ese matrimonio, y no por el dinero.

—Lord Richmond, ¿por qué me habéis desposado?

—Porque eres la esposa adecuada para mí, por eso.

—¿Es decir, cómo soy?

—Generosa y honesta. Sincera y con los pies en la tierra. Sé que eres lo bastante realista como para no esperar que te declare amor ahora mismo. Pero también eres lo suficientemente inteligente para comprender cuánto te estimo y valoro, y que sabré quererte como mereces. ¿Me dirás qué ha ocurrido hace un rato con tus padres?

—Sí, cuando esté preparada.

Chris la tomó del brazo y se encaminó con ella de nuevo al salón.

—Llámame por mi nombre, Sophie, por favor —murmuró en tono casi suplicante. Esperó su asentimiento y continuó.

Al entrar, un aplauso espontáneo los recibió.

Sophie sonrió a sus padres para tranquilizarlos, pero la figura de lady Vivian Richmond avanzando hacia ellos la hizo preocuparse. Desde su regreso, la mujer se había mostrado bastante inoportuna.

Sophie comprendía que, como cualquier madre, lady Vivian estaba inquieta por el futuro de su hijo. Sin embargo, en más de una ocasión y en algunos intercambios de palabras, había tenido la impresión de que le guardaba cierto rencor, quizá por haber sido privada del papel principal como condesa. Se armó de paciencia cuando la tuvo delante.

—Me preguntaba dónde os habíais metido. Un gesto poco educado, querida, ¿no lo creéis?

—He sido yo quien le ha pedido a Sophie que me acompañe, *maman*.

—Pero Christopher, creo que no es en absoluto apropiado que llaméis a vuestra esposa por su nombre. No sé cómo se os ha ocurrido semejante idea.

—*Maman*, quiero que sea así —afirmó él, mirándola con determinación.

—No os reconozco —murmuró ella, lanzando una mirada torva a la joven esposa, insinuando que el cambio de su hijo era culpa suya.

—*Maman*, lamento deciros que, en realidad, nunca me habéis conocido.

Tiró de Sophie por el brazo y se alejaron.

Los recién casados se sentaron en el sofá, cuya tapicería de flores había sido renovada recientemente. Los niños se acercaron con preguntas y comentarios, mientras las mayores se entretenían acomodando la falda del vestido blanco de Sophie. Chris señaló la alfombra, y algunos de ellos se recostaron en ella con entusiasmo.

—¿Es cierto que le pegaste a un conde para defender a mi hermana? —preguntó Natalie, inclinando la cabeza con curiosidad, haciendo que algunos de sus rizos se balancearan.

La mujer de piel oscura le lanzó una mirada de advertencia.

—Sí, pero era un hombre malvado.

—Hiciste bien —asintió Henry con la solidaridad masculina de un chico de doce años. Adoraba a su hermana Sophie y sabía exactamente a qué conde se refería.

—¿Le pegaste? Entonces no fue un duelo —afirmó Richard, con el conocimiento de un muchacho de quince años. Estaba de pie, inusualmente serio, quizá para diferenciarse de los más pequeños.

—No, fue un duelo en toda regla. Pero le di la oportunidad de elegir las armas.

—Elección inusual: los puños —comentó James, el primogénito de dieciocho años de lord MacKendrick, hermano del duque, de pie detrás del sofá junto a Bridget y Nicholas.

—Nuestro tío Roy nos enseña esgrima, y yo habría elegido la espada —intervino Matthew. Tenía siete años y le encantaba demostrar que aprendía de los mayores, y que lo hacía bien.

—A mí también me gusta la esgrima. De hecho, aquél tenía miedo de que lo atravesara —dijo Chris sin rodeos, guiñando un ojo con complicidad.

Los más pequeños rieron al oírle referirse al conde de Fishbourne simplemente como «aquél».

—¿Sois tan bueno? ¡Evidentemente aquél lo sabía! —exclamó Edward, el tercer hijo de Roy. Tenía los ojos brillantes, y Richmond estaba seguro de que no dependía solo de la despreocupación de sus doce años.

—Sí, lo sabía porque ya lo había vencido en otra ocasión —respondió Chris.

—Podría haber elegido las pistolas —dijo con voz melodiosa la graciosa Constance.

—También soy mejor con ellas. Perdonadme, pero estoy confundido... ¿cuál de las hijas del duque sois?

—No soy hija del duque, sino su sobrina. Mi padre es su hermano —le explicó Constance.

—Miss Constance —susurró Sophie, acercándose un poco a él.

—Entiendo, Miss Constance. Perdonad mi despiste —dijo Chris inclinando la cabeza.

—¿Nos dais permiso para ir a ver a Sophie, aunque ya estéis casado? —canturreó Natalie.

—¡Sería un desastre si no lo hicierais! —exclamó él dándole un pequeño golpe en la cabeza a la pequeña—. Cuando nuestra casa en Hampshire esté lista, todos estaréis invitados.

—¿Hampshire? —preguntó Charlotte, que hasta ese momento se había mantenido apartada. Había colocado las manos en el pecho en un gesto teatral.

—Sí —confirmó Chris—. ¿Por qué preguntáis?

—No le hagáis caso —dijo Matthew con un gesto de la mano que enfatizaba sus palabras—. Charlotte es una romántica empedernida y lee libros extraños sobre gente que se ama —explicó, torciendo la boca en señal de desdén.

Richmond no entendió la conexión entre los libros románticos y Hampshire, así que miró a su esposa esperando una explicación.

—Lee a Jane Austen, la famosa escritora. Algunos de sus libros, no sabría decir cuántos en este momento, están ambientados allí —le susurró Sophie—. Seguro que habéis oído hablar de ella, lord Richmond.

—Sí, la conozco. Llámame por mi nombre —dijo él, mirando primero los labios de su esposa, luego sus ojos.

Sophie sintió un escalofrío en el estómago y se giró para defenderse de la mirada seductora de su esposo.

—Seréis mi invitada, lady Charlotte —añadió Christopher.

La joven hizo una reverencia en señal de gratitud.

—¿Puedo dormir con vosotros como hago con mamá y papá? —preguntó Natalie.

Richmond parecía confundido.

Sophie se acercó nuevamente a él y explicó:

—Mis padres... duermen juntos, y, de vez en cuando, la pequeña se cuela en su cama.

—Entiendo —murmuró Chris riendo—. Está bien, Natalie, podrás dormir con nosotros. —Luego, inclinándose hacia Sophie, le susurró —: Entonces tendremos que usar una sola habitación con una cama para no decepcionar a la niña. —Le guiñó un ojo y vio cómo ella abría los ojos sorprendida.

—Sophie duerme con la vela encendida —dijo Matthew.

Los mayores se rieron.

—¡Matthew! —lo regañó Sophie.

—¿Qué he dicho? —preguntó Matthew con aire desconcertado.

Natalie se levantó y, atraída por la simpatía del conde, subió a sus piernas.

—¿Por qué con una vela encendida? —le preguntó él a Sophie mientras sentaba a la niña sobre sus piernas.

—No me gusta la oscuridad —respondió ella con gran dignidad, levantando la cabeza.

—¿Qué tiene de extraño? —intervino Henry, ya dispuesto a defender a su hermana.

—¡Para ti nada, ya que eres como ella! —le replicó Edward, con descaro.

—¡Déjale en paz a mi hermano! —estalló Matthew.

—Sólo he dicho la verdad —insistió Edward.

—Si vamos a insistir en la verdad, entonces yo diré que tampoco a la duquesa, mi madre, le gusta la oscuridad —intervino Henry—. Y también diré que tú tienes miedo de los sapos que hay en el Castillo —añadió, señalando a Edward con el dedo.

—¿Qué Castillo? —preguntó Chris.

—Shell Bay Manor, en Escocia. Lo llamamos el Castillo —le explicó Sophie.

—No le dan miedo los sapos. Le dan asco, nada más —puntualizó Richard—. Sin embargo, teme muchísimo a Alexander cuando se enoja —añadió el joven, sonriendo de forma cómplice hacia los demás.

—¿A quién? —preguntó Chris, confundido.

—A Alexander: es el primogénito del marqués de St. James, gran amigo de mi padre —explicó Sophie.

—Ah, entiendo —respondió Chris.

—¡No le creáis! —dijo Edward—. ¡A él no le tengo miedo!

—Sí, le tienes miedo —intervino James, su hermano, de manera categórica—. Pero tranquilo: no eres el único. Veréis, lord Richmond, Alexander es un tipo particularmente impulsivo en ciertas ocasiones y eso impresiona a los más jóvenes.

—Es porque tiene los ojos de lobo, como su padre —explicó Natalie con total claridad.

—Papá lo llama Wolf —añadió Matthew.

Chris levantó las cejas.

—¡Se parece a un lobo cuando se enfada! —trinó Natalie, riendo entre dientes.

—¿A un lobo? —le preguntó él a Sophie.

Su esposa asintió con la cabeza, confirmando las palabras de la pequeña.

—Es su nombre de capitán —especificó Richard.

—Nuestro papá es el capitán Blake —dijo Henry con orgullo.

—Eso ya lo sabía —respondió Chris. Estaba divertido por la multitud de voces que el grupo generaba y se sorprendió al darse cuenta de lo bien que se sentía. Su familia nunca había sido así. Si él se hubiera permitido reír abiertamente o mostrar un poco de vivacidad, su madre lo habría regañado con una de sus miradas gélidas.

En ese momento, pensó que sería bonito tener hijos como ellos. Por un instante creyó que se había vuelto loco, luego echó una larga mirada a su alrededor: ese deseo extraño era tan verdadero y concreto como los jóvenes que lo rodeaban.

—Disculpadme, lord y lady Richmond —dijo la mujer rubísima que se había acercado con cautela—. Creo que es hora de que los más pequeños vayan a comer algo al *buffet*, y después, si el duque lo permite, los llevaremos a dar un paseo por el jardín.

—Ella es lady Caroline —le susurró Sophie mientras los niños se levantaban para seguirla—. Lord Richmond, más tarde os explicaré... te explicaré algo sobre ella y sobre Beyruud.

—¿Beyruud? ¿Es el nombre de la otra mujer? —preguntó él.

—Sí.

—Creo que conozco la historia. Durante años se habló del rescate de unos niños y de una mujer de color a manos del capitán Blake.

—Conde, me alegra que hayáis elegido a Sophie —le comunicó Natalie antes de darle un beso en la mejilla.

Él sonrió, conmovido por el gesto afectuoso. La observó alejarse con algunos saltitos que hicieron que la delicada falda de seda de Natalie se moviera. Cuando se quedaron solos, le dijo:

—Yo también quiero una familia como ésta.

—No pensaba que quisieras hijos —le susurró Sophie, sorprendida.

—¿Crees que soy tan egoísta? —respondió él, molesto—. Aunque hasta hace poco me divertía con mujeres y alcohol, eso no significa que no sea capaz de cambiar.

Sophie apretó los labios.

—No quería decir eso. Es que siempre has sido un hombre mundano y no pensaba que quisieras abandonar tu vieja vida para dedicarte a la familia, como hace mi padre.

—Bueno, te equivocas. ¿Tú quieres hijos? —le preguntó mientras tomaba su mano.

—Yo... creo que sí.

—Pues no se te ve muy entusiasmada. ¿De qué tienes miedo? ¿De los hijos o de mí?

Ella lo miró, tratando de encontrar el valor para hablar.

—Queridos, vamos al *buffet* —los interrumpió lady Northcliff. Metió el brazo bajo el del conde de Richmond y Sophie se dejó acompañar por su padre.

Fue un día extraño para todos.

Christopher reía constantemente, mostrando una felicidad de la que ni él pensaba poder disfrutar; le gustaba la familia, adoraba conversar con personas que lo consideraban uno de ellos, amaba la idea de cuidar a su esposa.

Sophie lo miraba a menudo, sorprendida de descubrirlo tan accesible y feliz; poco a poco, le surgió la duda de que él realmente sentía afecto por ella, y esos sospechas se convertían en esperanza cada vez que él le sonreía.

El duque observaba con esos ojos que solo aparentaban ser impasibles, mientras Eleonor rezaba para que aquel hombre tan despreocupado y sencillo comprendiera por completo el cambio que estaba experimentando su hija, para que aceptara sus miedos y los borrara con la seguridad innata que lo caracterizaba, convirtiéndose en su amigo y cómplice.

Granja MacQuoid, Greensburg Court House, Condado de Green, Kentucky.

Ken había planeado que la casa contara con un salón para el entretenimiento, una salita para las comidas y una cocina separada. William trabajaba con determinación en la construcción, sabiendo

que la pequeña de los Northcliff llegaría el próximo año. El tío Niall estaba seguro de que la muchacha, tan traviesa como la había descrito su sobrino, le caería muy bien. Sí, lady Bridget se adaptaría sin problemas a su nuevo hogar.

Después de un comienzo difícil, se había acostumbrado a la extraña rutina de aquel lugar. Tenía una habitación acogedora y cálida, donde William acababa de construir una chimenea espaciosa. Aún le costaba aceptar que la casa estuviera hecha completamente de madera, pero se tranquilizó al ver que la nueva ala, que William había empezado a construir, era de ladrillos auténtico, tal como Ken había prometido.

Por lo general, Gillian le llevaba el desayuno a la habitación, pero a él comenzaba a fastidiarle ser atendido por una mujer que trabajaba sin descanso. No soportaba esa inactividad. Por eso, había comenzado a pedirle a William que lo acompañara a la cocina apenas despertaba, y, desde hacía dos días, tomaba el desayuno con el matrimonio. Sin embargo, esa ociosidad forzada seguía irritándolo.

Aquel día, por esa misma razón, estaba de mal humor. Escuchaba las voces de los demás desde la cocina, pero decidió no unirse a ellos. Se quedó sumido en sus pensamientos, la única cosa que podía hacer sin causar molestias a nadie.

Residencia de Richmond

Las calles estaban casi desiertas a las nueve de la noche, y la carroza que llevaba a los recién casados hacia su hogar avanzaba a un ritmo moderado.

Chris había sugerido a su madre que tomara otro vehículo, pero por el tono con el que lo dijo, a Sophie le pareció más una orden.

—Lamento lo de lady Vivian Richmond. Espero que no se ofenda por lo de la carroza —dijo ella.

—A mí no me molesta. Eres muy amable, Sophie. Ella es inoportuna y egoísta. Además, no veía la hora de estar a solas contigo —la observó tensarse—, para saber qué ha pasado cuando estabas con tus padres... —Le tomó el mentón, obligándola a mirarlo

—. Y para entenderte mejor, para comprender tus silencios y el mundo que llevas dentro. Eres una mujer misteriosa, Sophie, pero no conseguirás mantenerme alejado de ti.

Confusa, Sophie no dijo nada más.

Cuando llegaron, él la condujo hacia la entrada, donde la puerta ya estaba abierta y algunos sirvientes con librea color bronce aguardaban su llegada.

—Buenas noches, lord Richmond, lady Richmond. En nombre de todo el personal, os doy mis más sinceras felicitaciones —dijo el mayordomo.

—Gracias, Payne —dijo el conde—. Ésta es lady Richmond. Estoy convencido de que no tendréis problemas en acostumbraros a ella, porque es todo lo contrario a mi madre: generosa y altruista hasta el exceso.

Esa presentación desconcertó a Sophie. El hecho de que todos rieran reveló no solo una complicidad entre el amo de la casa y sus sirvientes, sino también la opinión que ellos tenían de la madre del conde. Sophie decidió dejar de lado un poco el formalismo habitual y se acercó a la servidumbre. Le estrechó la mano a cada uno de ellos, preguntando nombres e información, con interés y empatía.

Al notar que el mayordomo estaba sorprendido por su actitud, Chris sonrió.

—Payne, subiremos ahora porque lady Richmond está muy cansada. Y porque no queremos ser interrumpidos por la condesa madre, que llegará enseguida.

Payne, siempre encantado de que el conde compartiera ciertos pensamientos con él, asintió.

—En vuestra alcoba está todo en orden, lord Richmond. Lo he revisado personalmente. He preparado un baño caliente en ambas habitaciones y he colocado toallas. He encendido la estufa en el cuarto de baño de lady Richmond: hace un poco de frío para una joven esposa.

—Bien hecho, gracias —respondió Chris, señalando las escaleras a su esposa, y comenzaron a subir juntos.

El mayordomo, que había llegado antes, abrió la puerta deseándoles buenas noches.

Sophie se detuvo un momento para observar a su alrededor. Era un ambiente bastante masculino: un libro de economía descansando sobre la mesa del desayuno, algunas corbatas colgadas en el respaldo de una silla en lugar de en el armario, una cigarrera negra brillante sobre la mesa junto a la chimenea, y dos botellas de licor llenas hasta el borde, lo que indicaba que lord Richmond no había bebido en un tiempo, cuidadosamente colocadas en otra mesita junto a la ventana. La cama era enorme, y el pensamiento voló de inmediato a su inminente primera noche de bodas. ¿Dormirían juntos?

Miró un instante a su esposo. El deseo desconocido y aterrador de tocarlo o abrazarlo salía de los esquemas que ella misma había preestablecido. El cariño que sentía por él era algo que se apartaba mucho de su usual y rígido comportamiento.

Vio una puerta abierta. Debía ser su alcoba. Dio unos pocos pasos en esa dirección.

—Es tu alcoba. Pero me gustaría que también abordáramos este tema, Sophie —dijo Chris, quien se había quitado la corbata y la había tirado sobre una silla, junto a las otras—. Ahora tu sirvienta te espera allá. Ponte cómoda, báñate si quieres. Luego tendremos tiempo para hablar, tranquila.

Le habría gustado abrazarle para expresarle su gratitud por cómo conseguía calmarla siempre, pero sólo pudo decirle:

—Gracias.

Al entrar en la habitación, notó un ambiente austero y excesivamente lujoso. Los pesados tejidos burdeos de las cortinas y las sábanas de la cama eran oscuros, y todo ese terciopelo le daba una sensación de opresión que hizo que frunciera la nariz. Una profunda sensación de incomodidad le invadió el pecho; la sensación de algo desagradable que había ocurrido allí le causó una gran agitación.

—¡Parece que estoy dentro de un mausoleo gigante! ¡Por el amor a la bondad, aparta estas cortinas! —exclamó sin controlarse—. ¡Y también ésas... maldita sea! ¡Siento que me estoy ahogando! —dijo, zarandeando bruscamente las cortinas de la cama, cubiertas por una manta rojo oscuro.

Una puerta junto a la cama captó su atención y se acercó para curiosear. Era un cuarto de baño, muy pequeño, casi completamente ocupado por una bañera llena de agua caliente.
Jinny la alcanzó y le desabrochó el vestido blanco.

—Supongo que la duquesa os ha hablado de lo que sucederá con vuestro marido —dijo preocupada.

Sophie se rio.

—Un millón de veces. Creo que empezó a hacerlo cuando tenía doce años. Vamos, me conoces. Y conoces bien a mi familia.

—Ya. Pero yo también soy madre y os tengo cariño, Sophie, lo sabéis.

—Será difícil para ti estar aquí todo el día mientras tu marido trabaja para mi padre. ¿Cómo lo haremos cuando no estemos todos en Londres? —preguntó Sophie mientras entraba en la bañera.

—Lo he pensado, de hecho, y esperaba encontrar una solución con vos.

—La encontraremos, Jinny. No permitiré que te separes de tu familia solo para quedarte conmigo.

Jinny se lo agradeció.

—¿Tienes miedo?

—Pero no de lo que tú piensas. ¡Él afronta la vida de una forma tan serena y espontánea! Temo no estar a la altura. —La joven condesa se enjabonó y se enjuagó rápidamente.

—Yo encuentro que sois una pareja bien avenida: sois lo opuesto el uno de la otra, y eso es algo bueno —dijo la sirvienta, tendiéndole una toalla tibia.

Sophie se secó y se acercó al tocador. Se aplicó un poco de su perfume en las muñecas y el cuello, se puso la camisa de noche y la bata blanca de encaje chantilly, y se acercó al espejo largo junto a la ventana.

—¿No será demasiado para la primera noche? —preguntó titubeante.

—Estáis decorosamente femenina, confiad en mí. Supongo que él vendrá —dijo Jinny.

Sophie reflexionó un momento mientras se ajustaba mejor la bata. La idea de pasar la primera noche de bodas en esa especie de

mausoleo rojo oscuro la aterraba. Se soltó el cabello y comenzó a cepillarlo.

—¡Vivian, no puedo evitarlo si siento esto por él!

Una desconocida voz masculina invadió el silencio, y Sophie se giró rápidamente para mirar hacia la puerta de comunicación con la habitación de su marido. Jinny parecía indiferente.

—¿Has oído? —le preguntó.

—¿El qué?

—Alguien ha gritado... —intentó explicarle. Pero la sirvienta la miraba como si estuviera loca. Sophie se enderezó de nuevo y comenzó a hacer movimientos lentos para desenredarse el cabello. «¡Vivian, no puedo evitarlo si siento esto por él!». Vivian era el nombre de la condesa madre, y la voz era la de un hombre. Sí, esa habitación guardaba recuerdos tan dolorosos y secretos tan íntimos que le pareció imposible quedarse allí aún—. Voy a hablar con él. Odio esta habitación, la suya es más acogedora. Adiós, Jinny —exclamó decidida mientras se dirigía a la puerta comunicante.

Miró dentro, pero no vio a su marido.

—¿Puedo entrar? —preguntó en voz alta.

—¡Adelante! —respondió él desde el baño.

Sophie avanzó y cerró la puerta. Lo vio salir del cuarto de baño, desnudo de torso, con una toalla alrededor de las caderas. Ella lo estudió aprovechando que él estaba frotándose vigorosamente el cabello.

Era tal y como lo había imaginado, delgado y con un físico atlético. El pecho estaba cubierto por una fina pelusa que se estrechaba conforme descendía; una cicatriz muy fina marcaba su costado izquierdo, y la que tenía en el muslo le recordó el incendio en Westminster.

Se sintió culpable por la atrevida inspección, pero aquel hombre, que por años había estimulado su fantasía, le gustaba mucho. Un natural anhelo la invadió desde el vientre.

Chris apartó la toalla de su rostro.

—Debería haber ido yo a... —Se quedó con la boca abierta al verla y soltó un silbido de admiración mientras sonreía—. ¡Vaya, Sophie, estás preciosa! —dijo, arrojando la toalla sobre la cama. Se

acercó a ella, al tiempo que se pasaba las manos por el cabello húmedo y despeinado—. Mucho más que cuando llevas tus elegantes vestidos.

—Yo... no he tenido mucho tiempo, así que mi ajuar de lencería es bastante escaso —se justificó ella.

Chris no le prestó atención y, sin pensárselo dos veces, le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí en un abrazo.

—Adoro tu perfume —murmuró, hundiendo el rostro entre su cuello y el cabello rubio que caía sobre sus hombros como una nube vaporosa.

Sophie, sorprendida por aquel gesto, se quedó quieta, con los brazos a los lados. Sentía el calor de sus manos sobre la espalda, y el deseo de tocarlo la venció. Lentamente, le rodeó el torso con los brazos. El contacto con su piel desnuda le erizó la piel. Se dejó llevar por la dulzura de aquel instante, dejando que aquellas vibraciones, como olas ligeras, recorrieran su cuerpo inexperto. Entreabrió los ojos, casi embelesada.

—¿Por qué no has esperado a que fuera yo? ¿Estabas impaciente por verme? —bromeó él.

—Yo... prefiero quedarme aquí.

Él se apartó un poco para mirarla desde arriba.

—No te gusta esa habitación, ¿verdad?

Sophie no quería parecer descortés y, sin saber qué decir, se mordió el labio inferior.

—A mí tampoco me gusta. Siempre la he detestado. Es demasiado oscura y triste —susurró él.

—Perdóname, no quería ser maleducada.

—Dormirás aquí hasta que redecoremos ese mausoleo, ¿de acuerdo?

Ella esbozó una sonrisa al oír aquella palabra, la misma que había pensado poco antes. En realidad, se sorprendió deseando compartir la habitación con él para siempre.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, notando su inquietud.

Sophie abrió la boca. Luego la cerró.

Chris arqueó las cejas en una invitación explícita a que hablara con claridad.

—Si quisieras compartir la habitación... a mí me parecería bien —susurró Sophie con un valor que ni siquiera sabía que tenía.

Chris sonrió. Hundió los dedos en su cabello rubio, atraído por su suavidad.

—¿Y tú lo quieres? —Esperó su respuesta, pero la vio encogerse de hombros, como si quisiera quitarle importancia al asunto. Entonces, le sujetó un mechón en la nuca y la obligó a inclinar la cabeza hacia atrás—, ¿Y bien? ¿Tú lo quieres?

Sophie contuvo la respiración un instante.

—Sí.

Él se inclinó para besarla, acariciando sus labios suaves. Jugó con su boca acogedora, que enseguida se entreabrió para él, aceptando la dulce invasión de su lengua. Al principio se movió con cautela, luego se atrevió con una incursión lenta, hasta que el beso se volvió más insistente y rítmico. Siempre había sospechado que aquella muchacha de porte severo era fuego latente bajo la ceniza; solo había que avivarlo un poco.

Aturdida por las sensaciones que la embargaban, Sophie se dejó llevar y permitió que él la guiara. Aprendió pronto aquel juego y correspondió cada caricia. Lo estrechó contra sí con impaciencia y sintió su dureza presionándola. ¡Christopher la deseaba, podía sentirlo! Aquello le produjo un placer tan inesperado que la sorprendió. Un poderoso sentimiento la invadió, llenándola de una consciencia nueva sobre sí misma como mujer.

—Ahora nos relajamos y hablamos un poco, ¿de acuerdo? —decidió Chris.

Pero ella negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

Su joven esposa parecía reacia a responderle. Él volvió a sujetarle el cabello en la nuca y le dio un ligero tirón para animarla a hablar.

—¿Por qué no? Dímelo.

—Tal vez no te guste saber lo que siento.

—¿Qué demonios puedes decirme que sea tan terrible? —bromeó él.

Pero, al verla dudar, una sospecha lo hizo ponerse serio.

—No eres virgen.

—¡Por supuesto que lo soy! ¡Lo juro! —exclamó ella con vehemencia.

—Está bien, no te enfades, c*hérie*. ¿Ahora podrías soltarme para que podamos sentarnos?

La vio tensarse, quizás porque acababa de darse cuenta de que lo había estado sujetando con fuerza. Chris tomó su mano y la condujo a sentarse junto al fuego de la chimenea. Luego se dirigió a peinarse y se deshizo del paño sin el menor pudor, dejando al descubierto su trasero masculino y su erección prominente.

—¿Sigues convencida de querer compartir la habitación conmigo? —se burló.

—No es la primera vez que veo a un hombre desnudo —replicó ella, alzando el mentón, herida en su orgullo. En verdad, también le molestaba esa palabra francesa que usaba demasiado.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Que no eres el primer hombre desnudo que veo.

—¿Quién más? —preguntó él, colocándose justo frente a ella.

—Muchos.

—Sophie, te estás vengando con estas mentiras. Sé que no puede ser cierto.

—Lo es. Ayudo a mi madre a atender enfermos y he visto otros hombres desnudos.

—¿Y la duquesa te lo permite?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Atendemos a personas que están sufriendo.

Chris se sentó y se quedó mirándola, frotándose el mentón con los dedos. Era bellísima, y la forma en que la bata se había deslizado dejaba entrever un seno que se moría por acariciar.

—Entonces, habrás notado que soy como todos los demás.

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir?

—Los hombres que atendemos no están... —Sophie señaló con un elegante gesto de la mano la evidente excitación entre las piernas de su marido.

Él rio.

—¡Eres tan graciosa, Sophie!

—Creía que me considerabas monótona.

—No, no. Te muestras rígida y tediosa, pero no lo eres en absoluto.

Se inclinó un poco más hacia ella, intrigado.

—Entonces, ¿qué es eso tan grave que temes decirme, por miedo a que me enfade?

Sophie llevó las manos a la boca, como si no supiera por dónde empezar.

—Habla, Sophie.

—Sabes que tengo un don, como mi padre.

—¿Es por eso por lo que no querías que te tocara cuando nos quedamos solos? ¿Qué temías?

Ella reunió valor y dijo de golpe:

—Temía ver lo que llevas dentro.

Chris entrecerró los ojos.

—Sé bien que no lo haces a propósito, así que jamás me enfadaré porque puedas leerme por dentro —susurró—. ¿Y bien? ¿Qué has visto?

Sophie negó con la cabeza, negándose a pronunciar palabra.

—Tal vez no has visto nada —la provocó él.

—Sí que he visto.

—No te creo.

—Admiración, respeto, gratitud —soltó ella de pronto—. Y estabas feliz junto a mi familia.

—Todo cierto. Pareces sorprendida. ¿Qué creías encontrar?

—No lo sé.

—Pensabas que no me gustabas, ¿verdad?

Chris se deslizó hacia adelante para observarla mejor.

—Pero sí me gustas, Sophie.

Se quedó mirándola unos segundos.

—¿Y tú qué llevas dentro, Sophie? ¿Por qué te has casado conmigo?

El corazón de Sophie empezó a latir con fuerza. ¡Jamás admitiría que lo amaba!

—Para ayudarte y para salvarme, obviamente —respondió.

—No se ayuda a un hombre sin un motivo válido. Y dado que claramente ya no soy un buen partido, eso significa que la razón debe ser algo menos material. ¿Quizás un sentimiento?

Con tal de no confesar su amor, Sophie intentó otra vía.

—Eres simpático, guapo e inteligente. Pensé que un matrimonio contigo sería mejor que con algún petimetre maloliente, vientre hinchado y que ni siquiera sabe hacer la O con un canuto.

La carcajada de Christopher resonó alegre.

—¡Y yo que creía en un amor incondicional y apasionado! —exclamó, observándola con atención para captar su reacción a esas palabras. Estaba seguro de que su esposa sentía algo por él, pero se mostraba reacia por miedo al rechazo. Sí, ella había desviado la mirada porque no sabía mentir: lo amaba, aunque él no entendiera por qué.

—Tal vez algún día me ames y eso me hará sentir profundamente satisfecho. O quizá ya me amas y no tienes el valor de decirlo. —El silencio cayó entre ellos—. ¿Te asusta ser como tu padre?

—Me da miedo sentir el dolor de la gente, ver cosas horribles que me hagan sufrir. A él le pasa desde que era un niño. Son vibraciones, a veces dolorosas, cuando llega un sentimiento malo o negativo. O pequeñas sacudidas, como ocurrió antes.

—¿Antes? ¿Cuando te tenía entre mis brazos?

Ella asintió.

—Explícamelo, por favor.

—Empiezan en los dedos... —dijo mirando sus manos, como si buscara respuestas más concretas—. Luego suben por los brazos. Y finalmente, dentro, como ondas, y me siento invadida —explicó, llevándose las manos al pecho. Con aquel gesto, se dio cuenta de que la bata estaba abierta. La cerró y apretó el cinturón de raso—. Sé que será una molestia tener una esposa como yo. Y si cambiaras de opinión, lo entendería.

Él no perdió ni un solo detalle de su rostro angustiado. Su preocupación por haberle complicado la vida era conmovedora. ¿Qué había hecho para merecer a una mujer como Sophie?

Se arrodilló frente a ella. Tiró de un extremo del cinturón de raso y deshizo el lazo. Apartó la bata, contemplando el cuerpo tentador

de su esposa.

—Eres la mujer más transparente que he conocido... al menos, para mí —dijo, dejando que la prenda resbalara por sus hombros—, aunque escondas lo mejor de ti —continuó, apoyando las manos en su cintura esbelta—, detrás de esa máscara de mujer severa —concluyó, deslizándolas sobre su cuerpo para explorarlo mejor.

Notó enseguida que ella contenía el aliento.

—¿Son las vibraciones o soy yo quien te hace temblar?

No obtuvo respuesta.

Besó la piel suave de su cuello, de sus hombros y luego la parte superior de su pecho.

—¿Entonces? ¿Soy yo?

—Estoy confundida... ya no entiendo nada —suspiró, indefensa ante tantas emociones.

—Se llama pasión, tesoro —le susurró Chris.

«Tesoro» ... ¡qué sonido tan maravilloso! Mucho mejor que *chérie*. Sophie le sonrió, agradecida.

Él tomó las pequeñas manos de la joven y se las posó sobre el pecho.

—Puedes tocarme si quieres, no tengas miedo.

Sophie movió los dedos, sintiendo la suavidad de su piel, los músculos en tensión bajo su tacto.

—¿Quieres que siga o no? Sé muy bien que este matrimonio ha sido repentino y que no has tenido tiempo de acostumbrarte.

La disposición de aquel hombre fue un regalo inesperado y sorprendente, tanto que los ojos de Sophie se llenaron de lágrimas. Lo abrazó con ímpetu, apoyando el rostro en su cuello. Lo sujetó con fuerza, como si temiera que se le escapara de entre las manos. Hundió los dedos en su cabello, en la nuca, y se quedó así, recostada contra él, con los ojos cerrados, disfrutando de aquel instante.

Deseosa de superar sus propias reservas, de ir más allá de las barreras que la aprisionaban, Sophie se apartó para mirarlo a los ojos. Posó las manos sobre el rostro masculino; la barba que comenzaba a crecer le resultó áspera al tacto. Rozó sus labios y su

nariz con dedos temblorosos, como quien está sediento de sensaciones desconocidas.

—Eres tan hermosa, Sophie —susurró Christopher, sabiendo que presionar el punto adecuado siempre provocaba una reacción inmediata y maravillosa.

—Lo dices por galantería.

—Lo digo porque es verdad.

Un instante más de silencio entre ellos, como si intentaran descifrar las intenciones del otro. Luego, Chris se movió, rozó suavemente su pecho y la besó. Fue una entrega lenta y voluptuosa que crecía en ellos con cada segundo, se volvía apremiante, insoportable. Hundir la lengua en su boca no bastaba.

Sophie olvidó toda vergüenza y permitió que la excitación se apoderara de su cuerpo. Siguió el movimiento sinuoso de sus labios que la devoraban, ávida de conocer más, de tener más. Despojada ya de su habitual recato, se aferró a sus hombros y dejó que él le abriera las piernas y la atrajera hacia sí sin miramientos. El contacto con su miembro rígido le arrancó un gemido ahogado.

Chris se detuvo.

—¿Qué ocurre?

Sophie no respondió, solo exigió besarlo de nuevo. No se reconocía, pero era más fuerte que ella. Estaba poseída por una fuerza ajena, rendida a aquellas sensaciones puramente carnales y abrasadoras.

Fue entonces cuando Chris dejó de contenerse. Atrapó un pecho y acarició su pezón con el pulgar a través del delicado encaje blanco. Apenas la vio arquearse. Repitió la caricia en el otro pecho y ella gimió.

Aquellas reacciones habrían vuelto loco a cualquiera. Saber que provenían de la altiva Lady, a quien durante años había considerado fría, encendió en su mente imágenes febriles sobre lo que sería el sexo entre ellos

Ahora ardía en deseos de verla sin aquel encaje encima. Le tomó la mano y la condujo junto a la cama. Desató la camisa de dormir, dejándola deslizarse hasta el suelo. Allí estaba, desnuda y bellísima.

Observó cada detalle de aquel cuerpo y se obligó a dar dos pasos atrás, apoyándose contra la pared en busca de una tregua.

—Me produces un efecto extraño, tesoro. Estoy tan excitado por ti que corro el riesgo de mancharlo todo.

—Entonces... ¿de verdad te gusto?

—Maldita sea, Sophie, no te infravalores, no lo soporto.

Tiró al suelo la bata y se acercó lentamente, atrayéndola hacia sí. Hizo deslizar los dedos por su piel sin dejar de mirarla, ansioso por ver su estallido de sentidos. La empujó hacia atrás obligándola a tumbarse; le indicó con un gesto que se colocara en el centro de la cama y, poco después, estaba sobre ella.

Se inclinó para besar su vientre blanquísimo y liso, mientras con dedos ligeros rozaba el interior de sus muslos, subiendo hacia el centro de su feminidad. Cuando llegó allí, rozando suavemente para dar placer, ella no pudo quedarse quieta. Le agarró el cabello, jadeando.

—No sabes controlarte, Sophie, y no pareces tú —la provocó, mientras subía una mano hacia su pecho—. Ten cuidado de no arrancármelo, tesoro. Pero si no puedes resistirte, siempre puedes gritar mi nombre.

Sophie tiró más fuerte de los mechones castaños para vengarse.

En respuesta, él le mordió suavemente un pezón, haciéndola gemir.

—A este juego gano yo, Sophie —dijo mientras la penetraba con decisión. Esperó un momento, sumergido en ese calor apremiante y húmedo. Apretó los dientes, tratando de ignorar la embriagadora sensación lúbrica que lo envolvía. No dejó de mirarla ni un instante.

—Quédate quieta. Ahora se te pasará el dolor —susurró, dándole suaves besos en los labios—. ¿Tienes miedo?

Ella negó con la cabeza, tratando de acercar la pelvis a él.

—Me deseas, lo veo en tus ojos.

Christopher se movió con cautela para no hacerle daño, pero ella se arqueó de inmediato para recibirlo mejor. Nunca había visto a una mujer tan receptiva a los estímulos sexuales, por eso se tomó el placer y el tiempo de saborear cada instante. Su pasión lo llenaba de una manera que nunca había experimentado.

El baile lento y rítmico que comenzó tenía el único propósito de hacerla gemir con cada embestida. Apartó las piernas esbeltas, las dobló a su antojo, pues ella aceptaba cualquier cosa, ya perdida. Apoyó las manos alzándose, y ese rostro femenino alterado por el deseo se convirtió en un poderoso afrodisiaco. Cuando comprendió que ella estaba a punto de explotar, susurró:

—Sophie... quiero sentirte...

Fue lo último que ella oyó. El placer feroz la obligó a emitir un sonido erótico. Palabras entrecortadas por los jadeos brotaban de sus hermosos labios. La prisión de la rigidez a la que se había obligado se transformó en la liberación de cada instinto animal. Sus caderas buscaban mayor satisfacción, ofreciéndose al hombre que, por primera vez, la tomaba sin reticencias, sin límites, sin ninguna barrera.

Chris explotó con violencia, completamente cautivado por la mujer salvaje y libre que tenía debajo de él, la esposa a la que debía gratificar y satisfacer, la mujer que no había tenido a nadie antes que él y que nunca permitiría que se alejara de su lado. Esa criatura, aparentemente tan fría y sexualmente ardiente, debía ser solo suya.

Los jadeos de quienes habían dado y recibido tanto se convirtieron en el único sonido durante al menos un minuto. El abrazo envolvente que los unía en un solo cuerpo los reconfortó hasta que recuperaron la lucidez.

—Tesoro, deja que salga de ti, si no te haré aún más daño.

Ella no se movió.

—Te haré daño, Sophie. Deja que me vaya.

Pero ella no oía.

Después de varios minutos, él se dio cuenta de que los brazos que lo rodeaban habían aflojado el abrazo. Se recostó a su lado, apoyado en un codo, para observarla.

Sophie se acurrucó de inmediato, dándole la espalda.

—Mírame, Sophie —le dijo, acariciando el rostro medio escondido —. Sophie. —Silencio—. ¡Maldita sea, al menos dime si estás bien!

—¡No estoy bien! ¡Te odio! —estalló ella.

A él le dio la risa.

—¿Qué te he hecho? Me parecía que te gustaba. Has gritado mi nombre —la provocó.

—¡Te odio!

—Embustera. —Le apartó el cabello del rostro y comenzó a acariciarla.

De inmediato, ella le apartó la mano.

—¡No me toques!

—Al menos dime qué te he hecho.

—¡Me has convertido en un animal salvaje! —dijo ella, desesperada.

—Te he hecho mujer, eso es todo —respondió él, riendo de nuevo.

—No, me has transformado en un ser salvaje, como cuando tengo mis crisis epilépticas. ¡Te odio!

Ese arrebato no ofendió en absoluto a Christopher; al contrario, se sintió gratificado: ella había abandonado toda compostura y le arrojaba toda su ira, espontánea y sin reservas.

—Si quieres pelear conmigo, hazme el favor de mirarme a la cara —le dijo, esperando la reacción que ella tuvo.

Sophie se incorporó, intentando cubrirse los pechos con los brazos. Al no lograrlo, agarró una almohada y se la colocó delante.

—¡Yo no soy así! ¡No soy como tus vergonzosas amantes, viudas y bailarinas! —le gritó en la cara. Y el hecho de que él siguiera sonriendo la enfureció aún más.

—Al contrario, tú eres exactamente así: fuego y pasión en la intimidad. No sé cómo se te ha ocurrido compararte con mis amantes, porque honestamente no tienes nada, pero nada en común con ellas.

Sophie abrió los ojos de par en par, indignada.

—¡Me estás echando en cara que no valgo tanto como ellas! ¡Muy bien, Christopher Clayton, conde de Richmond, discúlpame si no he conseguido estar a la altura de ellas!

—He querido decir que vales más que ellas, Sophie. De hecho, eres bastante desinhibida para ser la lady Sophie que conocí hace años. Deja de subestimarte, no lo soporto.

—¡Me estás ofendiendo!

—Si te digo que eres fría y rígida, te ofendes. Si te digo que has estado excepcional porque olvidas toda vergüenza, te ofendes. La verdad es que, por fin, te has dejado llevar, con una pasión que adoro. Pero estás confundida porque hacer el amor conmigo te ha gustado más que cualquier otra cosa en el mundo y me culpas a mí por eso en lugar de aceptarlo con madurez.

Ella apretó los labios con fuerza, sin saber qué más decir. Él tenía razón, y las ganas de llorar aumentaron.

—Hasta esta rabia es nueva para ti, ¿verdad, Sophie? En este momento estás tan hermosa y espontánea, tan seductora, que tendría ganas de hacerlo de nuevo.

—¡Eres... eres un mujeriego impenitente! ¡Eso es lo que eres!

—Sí, sí, lo que quieras. —Chris rodó hacia el otro lado de la cama —. Quédate quieta. Vuelvo enseguida.

Sophie lo escuchó usar el agua en el baño y, tras un minuto, él estaba frente a la cama con dos toallas en la mano.

—Ven —dijo, extendiéndole la mano.

Sophie no se movió, desafiándolo con la mirada.

—Vamos, Sophie, necesitas limpiarte. Y está goteando todo en la cama —explicó él con paciencia.

Sophie miró debajo de sí y vio la mancha de líquido mezclado con sangre que había salido. Mortificada, se deslizó hacia el borde de la cama para ponerse de pie.

Él se acercó para ayudarla.

—Puedo hacerlo yo sola —dijo ella, apartándolo bruscamente. Con gestos irritados, limpió la mancha lo mejor que pudo, demasiado enfadada para notar que su esposo la observaba divertido.

—Deberías limpiarte entre las piernas, Sophie.

Ella se detuvo. Sintió sus ojos sobre ella, así que tomó la bata de la silla y se la puso. Luego también agarró el camisón y se dirigió a la puerta de su habitación.

Chris decidió no detenerla para darle un poco de respiro; sin embargo, le surgió la preocupación de que pudiera tener malas sensaciones debido a la vieja y sombría habitación que había pertenecido a su madre. ¿Su don le haría percibir las cosas

desagradables que habían ocurrido allí? Las disputas entre sus padres, las palabras cortantes y ofensivas de su madre hacia el hombre que la había soportado toda una vida, los chismes malintencionados susurrados solo para causar dolor.

Tomó su bata y se la puso. Se alisó el cabello con las manos y la siguió.

Sophie estaba de pie frente al tocador y ya se había puesto su camisón. Inmediatamente lo miró a través del espejo.

—Ven a dormir conmigo —dijo él con sencillez.

—No, gracias. Estoy bien aquí.

—Esta habitación no te gusta, Sophie. No quiero que duermas mal por las extrañas vibraciones que causa este lugar.

Chris era realmente considerado, y ella casi se arrepintió de haberlo tratado mal. Lo vio acercarse y de inmediato se alarmó. Se giró bruscamente y retrocedió.

—De verdad, eres un espectáculo. ¿De qué tienes miedo? Vamos, ven a dormir conmigo. —Pero Sophie lo miraba indecisa, y empezó a morderse el labio—. Está bien, entonces dormiré yo aquí —afirmó él, acercándose a la cama.

—¡No! —exclamó ella impulsivamente. Se dio cuenta de que había gritado. Detestaba esa habitación—. Dormiré en tu cama —accedió, intentando recuperar la calma. Se dirigió a la puerta con paso elegante, la figura erguida.

Satisfecho de haber alcanzado una vez más su objetivo, Chris la siguió. Era fácil con Sophie. Bastaba con presionar el botón correcto y ella hacía exactamente lo que se esperaba. Lo curioso, reflexionó, era que su controlada inflexibilidad le impedía aprovechar al máximo el don heredado de su padre; de lo contrario, habría descubierto la simple estrategia que él estaba utilizando.

Arregló el fuego en la chimenea, apagó todas las velas, se quitó la bata y se metió bajo la colcha de color bronce. Los ojos suspicaces de la chica al ver su cuerpo desnudo lo llevaron a explicar:

—Nunca uso camisón, si es lo que te estás preguntando. Estoy cansado, Sophie, y solo quiero dormir. Así que tranquilízate.

Ella se acostó, cubriéndose con cautela, y permaneció boca arriba, inmóvil como una momia.

—¿Crees que podrás quedarte quieta en esa posición toda la noche?

—Tal vez.

Chris extendió la mano y, antes de que ella pudiera darse cuenta, le tomó el rostro y le dio un sonoro beso en la boca.

—Tarde o temprano cederás. Y yo sé esperar. —Luego le dio la espalda y se durmió pocos minutos después.

Al principio, Sophie había contenido la respiración, pero al escuchar su respiración regular, se permitió reflexionar.

Aunque estaba agotada, cada momento de esa noche desfilaba ante los ojos de su mente, despertando sentimientos de todo tipo.

Él tenía razón. En todo.

En más de una ocasión había percibido gratitud, el amor por su familia, el deseo casi inesperado de tener hijos y, algo increíble, sentía que realmente ella le gustaba a él.

Demasiado acostumbrada a quedarse al margen, a ser la menos deseada, la más criticada, la diferente, no podía comprender que fuera objeto de admiración.

Se durmió una hora después, atrapada por un sueño tan profundo que no se dio cuenta de que Chris la había abrazado, deseoso de tenerla lo más cerca posible.

AGRADECIMIENTOS

Mientras escribía el último episodio de *Le figlie del Duca*, a menudo me encontré reflexionando sobre el camino recorrido en estos últimos dos años.
El mundo sufrió un grave ataque por parte de un virus que segó vidas, especialmente en aquellos países incapaces de defenderse debido a su pobreza. Me quedaba petrificada ante los números abrumadores que los medios difundían con gran facilidad, y perdí el sueño pensando en madres sin hijos, esposos sin esposas, niños sin padres. Lo único que me quedaba por hacer era volcar mis sentimientos y emociones en algo bueno.
Así nacieron varias obras, entre cuarentenas forzadas, confinamientos, aislamientos y serios problemas de salud. Dos largos años en los que reinventé mi vida, superando grandes dificultades, aceptando lo que no podía cambiar, eliminando todo y a todos aquellos que me hacían malgastar energías preciosas.
Y, sin embargo, a pesar de los grandes cambios, algunas certezas permanecieron: mi familia —que incluye a quienes se aman más allá de los lazos de sangre—, la escritura y mis lectores.
Vosotros, queridos lectores, habéis estado siempre conmigo; os encontraba en los mensajes, en los comentarios afectuosos en las páginas, en mi sitio web, en los correos. Así que, a todos vosotros, gracias, gracias, gracias.
Gracias también a Silvia, editora y amiga, que me animó a terminar la novela en un momento de gran dificultad personal.
Gracias a Maria Elena, Fiammetta y Franca, *lectoras beta* siempre presentes con su honestidad y sinceridad.
Gracias a Cristina Caboni, amiga genuina en la que sé que puedo contar en cualquier momento.
Un pensamiento agradecido, no menos importante, va dirigido a quienes en la vida han cruzado mares en tempestad y han encontrado puertos seguros donde recalar tras una lucha agotadora contra la discriminación, la intolerancia, la incomprensión, la

injusticia, las habladurías y la maldad. Ellos serán siempre, en mis novelas, un emblema de vida verdadera, vivida con dignidad y honor.

EMMA LEE BENNETT

[1] En gaélico escocés, expresión cariñosa que significa mi amor, mi tesoro.

[2] Zaynab es una mujer negra a la que el duque de Northcliff rescató de la esclavitud durante una de sus misiones de piratería contra los bonapartistas, incluso antes de casarse con Eleonor. Con Zaynab también había algunos niños, entre ellos Beyruud.

[3] El conde y la condesa de Bath eran viejos conocidos del anterior duque de Northcliff, el padre de Keiran. Movidos por el ansia de poder, llevaban años maquinando todo tipo de maniobras ilícitas para conseguir el título de los Northcliff.

[4] La Lucha de Lancashire es una modalidad de lucha cuerpo a cuerpo muy violenta, originaria de Lancashire, que se considera precursora de la lucha libre actual.

[5] Pitch, que significa pez, es el apodo de Wanjala Sikulu, un marinero somalí del barco del duque de Northcliff; el duque les regaló a su madre Asabi y a su abuela Homa una casa en su propiedad de Escocia.

[6] Oficial perteneciente al primer Cuerpo de Policía de Londres, fundado en 1749.

[7] Es el nombre genérico que se da a los lugares de reunión para hombres homosexuales, normalmente tabernas, posadas, pubs o reservados, donde socializan o encuentran pareja sexual.

[8] Donatien-Alphonse-François de Sade, conocido como marqués de Sade pero también como D.A.F. de Sade y apodado «Divino Marqués», de noble cuna, escritor de literatura erótica, filósofo, poeta, dramaturgo, ensayista, acusado de diversos delitos relacionados con sus supuestas transgresiones sexuales y violentas. El término «sadismo» deriva precisamente de su nombre.

[9] La primera obra del marqués de Sade, publicada en 1791, una novela erótica con profusas ilustraciones.

[10] Carruaje deportivo abierto de cuatro ruedas, arrastrado por uno o dos caballos, ligero y, por tanto, rápido pero igualmente peligroso.

[11] El uso de una protección, inicialmente una prerrogativa de la clase media alta, se volvió cada vez más común debido a la proliferación de enfermedades venéreas. Por ello, era normal que pubs, teatros, peluquerías, etc., los vendieran. Los profilácticos de seda o lino, tratados con sustancias químicas para ser más suaves, fueron reemplazados por aquellos hechos con vejiga o intestino de animales y tratados con azufre y lejía.